



CRISTINA BAJO

Territorio de  
penumbras

Lectulandia

París, 1841. Sebastián Osorio y el doctor Saint-Jacques, quienes combatieran bajo las órdenes del general José María Paz en La Tablada, se reúnen y deciden volver a la Argentina para luchar por la Constitución. Mientras tanto en Córdoba, Fernando Osorio entierra al perro de su mujer — asesinada dos años atrás—, que ha muerto defendiéndolo. El corazón del Payo está dividido entre el recuerdo de la amada y la pasión que siente por su prima Ignacia, la dama del halcón, a quien no puede desposar.

Desde Galicia, un misterioso hidalgo y su acólito sarraceno llegan a la ciudad trayendo noticias del marido de Ignacia. Y el legendario gobernador de Córdoba, López Quebracho, regresa del sur para sofocar intrigas y reclamar la lealtad de Fernando.

La Guerra Civil arrasa en las provincias, pero las mujeres resisten como faros en la tormenta: las Osorio, «imbatibles en asuntos de conciencia, lealtades o venganzas», y las de los vencidos, que en medio del dolor se empeñan en reparar el tejido de la vida. Así, mientras se sepulta a los muertos y se llora a los ausentes, el amor, el desolado amor, renace entre las ruinas.

*Territorio de penumbras* marca un crescendo fascinante en La saga de los Osorio. Una vez más, con la fuerza del relato y el encanto de su magia, Cristina Bajo nos deja fatalmente atrapados en esa «trama que los dioses tejen para que el destino sea, a veces, favorable a los hombres».

**Lectulandia**

Cristina Bajo

# **Territorio de penumbras**

**La saga de los Osorio: 4**

ePub r1.0  
diegoan 06.02.16

Título original: *Territorio de penumbras*  
Cristina Bajo, 2011  
Ilustraciones: John William Waterhouse

Editor digital: diegoan  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*En memoria del general José María Paz, cordobés, un hombre  
extraordinario en todas las circunstancias de su vida.  
Para Margarita Weild, su esposa, que lo amó más allá de la cordura.  
Para las mujeres de los vencidos, cuyas vidas recuerdo en este libro.*

## Estancias de los protagonistas



Los Algarrobos (Tercero Arriba, sur de Córdoba). Descendientes de don Carlos Osorio: Sebastián, Fernando, Inés, Luz, Isabel, Ana y Carlitos.

La Antigua (Ascochinga, Sierras de Córdoba). Descendientes de don Felipe Osorio: Edmundo, Laura, Catalina, Javiera y Francisco.

El Oratorio (Ascochinga). Propiedad del comandante (R) Eduardo Farrell.

# DESPUÉS DE QUEBRACHO HERRADO

Como dicen María del Carmen Ferreyra y David Sven Reher<sup>[1]</sup> en el estudio preliminar a la obra *Memorias de una sociedad criolla*. El diario de Ramón Gil Navarro (1845-1856):

«Las grandes hecatombes fueron las guerras civiles que se sucedieron después de la independencia de España, donde la anarquía fue la regla, los localismos la raíz de los desencuentros, las alianzas en busca de orden efímeras y las pasiones desbordantes. País dividido entre dos consignas: federal o unitario, y que al momento de esta historia ya habían perdido su significado».

Porque resulta difícil, llegado cierto punto, tildar de «unitarios» y «federales» a muchos de los protagonistas: a medida que se leen cartas, diarios, memorias y autobiografías —de víctimas y victimarios de ambos bandos— resulta desconcertante endilgar el membrete de unitarios a hombres que se escribieron con Rosas durante años, en la esperanza de consolidar una Patria federal. Y las respuestas —directas o indirectas— a aquellos genuinos reclamos, casi siempre desoídos, terminaban siendo ofrecidas, en el mejor de los casos, con ambigüedades y frases dilatorias que no condecían con la idea de federalismo.

Para 1840, varios jóvenes ilustrados en las ideas de la Asociación de Mayo — Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez, Félix Frías y otros — agitaron las provincias, impulsando la sublevación contra el poder del gobernador de Buenos Aires, don Juan Manuel de Rosas, que seguía posponiendo la organización constitucional del país. Por desgracia para los revolucionarios, el fin del conflicto con Francia y la retirada de Lavalle de Buenos Aires permitieron a Rosas dirigir sobre el Interior lo más aguerrido de sus fuerzas, enviando al general Manuel Oribe, expresidente uruguayo —u «oriental», como se decía entonces—, y al general argentino Ángel Pacheco —a quien debería habersele confiado el mando— a comandar la represión contra los sublevados.

Nunca —ni aun en los albores de la Revolución de Mayo— los ejércitos porteños habían dejado en el Interior buenos recuerdos, pero la ferocidad desatada entre 1841 y 1843 marcó para siempre la historia de la Argentina y el destino de sus provincias. Esta campaña fue recordada, más que por la invasión porteña, por los métodos con que se la llevó a cabo.

En Córdoba se aplicó uno de los escarmientos más brutales del país, pues en su capital se inició la que debía ser lección para el resto de las provincias, cuando les llegara su turno; la persecución y el asesinato se ejercieron indiscriminadamente contra ciudadanos comunes y aun amigos del federalismo o del gobernador de la

provincia, indiscutiblemente fiel a Rosas: el mensaje era que nadie estaba a salvo.

El general Oribe, jefe del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación, con otros generales afectados, se encargaron de ahogar la rebelión en las provincias argentinas, dejando un rastro indeleble, pues hasta hoy pobladores de la ciudad y paisanos de las sierras cordobesas, gente de los valles o la montaña catamarqueña y mendocina recuerdan los sangrientos sucesos que los ancianos legaron oralmente a su familia.

Lavalle fue derrotado por Oribe y Pacheco en Quebracho Herrado y emprendió la retirada hacia el norte. A principios de octubre de 1841, en Jujuy, encontró la muerte. Oribe continuó la persecución, empeñado en cortarle la cabeza, aunque fuera póstumamente, para enviársela a Rosas, como había prometido: la devoción de sus «Leales» logró poner a salvo sus restos, evitándole el último ultraje, burlando así el empeño del «oriental».

La represión ordenada por el gobierno de Buenos Aires aplastaría a los jefes civiles y militares de la Liga del Interior (o Liga Unitaria): Acha en Cuyo, Cubas en Catamarca, Marco Avellaneda en Tucumán fueron ultimados con tal ferocidad, que varios militares del federalismo, que intentaron salvar las vidas de los vencidos y proteger a sus familias —como el coronel Hilario Lagos—, terminaron pidiendo otro destino por estar en desacuerdo con aquellos métodos. Extrañamente, la crónica de las barbaridades que se hicieron fue relatada por los ejecutores, en cartas personales y partes de guerra —en muchos casos, cifrados— dirigidos a sus jefes, compañeros de armas o amigos.

La resistencia de las provincias andinas contra Rosas llegó a su fin cuando el general La Madrid fue vencido en Rodeo del Medio por el Fraile Aldao y el jefe unitario tuvo que huir a Chile con sus hombres.

Este último hecho ahogó la exigencia de gran parte de los argentinos que, a casi treinta años de haberse independizado de España, reclamaban la Constitución del país. De tal manera se apagó en las provincias «de adentro» la oposición al régimen —más que federal, rosista—, aunque las luchas persistieron por un tiempo en los territorios del Litoral.

Cuando las tropas de Oribe y Pacheco abandonaron la ciudad de Córdoba, esta se tomó un respiro para ver qué había quedado después del vendaval: propiedades y discretas fortunas pasaron a manos de los represores provenientes de Buenos Aires y de Montevideo, cuando no a manos de cordobeses inescrupulosos. Muchas familias se habían desintegrado por la matanza llevada a cabo por los mazorqueros que llegaron con el ejército porteño —y siguieron hacia el noroeste—, pero también porque las posiciones políticas, enconadas, se volvieron insostenibles. Estancias confiscadas, ganado incautado, cueros, sebo y cecina —la moneda más corriente del momento— fueron secuestrados por los jefes que dirigían la Mazorca y sus «mataderos», o por oficiales uruguayos.

El saldo: escuelas cerradas, un hospital colapsado, viudas, huérfanos y



prisioneros, sumados a la pobreza general y a la discordia dentro del tejido social de las clases ilustradas.

En medio de aquel panorama, Fernando Osorio y su familia trataban de sobrellevar su vida, proteger a los suyos, resguardar sus propiedades y cumplir con sus deberes. Pero después del paso del general Oribe, nada volvería a ser igual.

# PRELUDIOS I

# LA PROMESA DE ABRIL

«Porque morir por alguien o por algo, está bien, está en el orden de las cosas; pero es preciso saber por quién y por qué se muere».

Giuseppe Tomasi di Lampedusa, *El Gatopardo*

PARÍS (FRANCIA)  
PRIMERA MITAD DE 1841

Cuando Edmundo Osorio bajó del carruaje de lady Clarissa Lytton en la puerta de la mansión de su primo —con quien vivía—, se despidió de ella con un beso en la muñeca y, mientras recogía la capa que llevaba desmañadamente sobre los hombros, observó un coche desconocido en la entrada del jardín. Al acercarse, constató que era de alquiler, de las cocheras que atendían a la nueva nobleza.

El cochero, joven con aspecto de campesino, estaba sentado en uno de los bancos de piedra, bajo las enredaderas que colgaban del muro, leyendo un folletín ajado.

—¿Qué lees?

El muchacho le respondió con acento de Normandía:

—Nuestra Señora de París, de monsieur Hugo.

Sorprendido, Edmundo sacó una moneda y la arrojó al joven, que la cazó en el aire.

—Para el próximo número —le dijo, y entró en la casa.

Vivían en el barrio d'Enfer, en la orilla izquierda del Sena, en la calle de Saint-Dominique. Su primo Sebastián, con la fortuna obtenida pintando retratos por Europa, había podido comprar aquella petit maison construida durante el reinado de Luis XIV.

Edmundo entró sin llamar y encontró a Sebastián acodado en la repisa de mármol de la chimenea encendida, pues pasaban por una primavera fría. Junto a él, un visitante se volvió a mirarlo; era un hombre joven, elegante, de cabellera cobriza y ojos verdes con expresión algo triste. Entre ambos, había dos copas servidas.

—Primo —dijo Sebastián—, ¿recuerdas a Armand?

De inmediato, Edmundo evocó la defensa de la plaza de Córdoba en 1829, donde intervino, cuando Facundo Quiroga invadió la ciudad; la gloriosa batalla de La Tablada, al día siguiente; el discurso para el general Paz que escribiera sobre un texto de Coriolano. Y ese médico francés amigo de Sebastián que atendió a los heridos después de que Facundo perdiera la ciudad conquistada el día anterior.

—Saint-Jacques —dijo, llevándose dos dedos a la frente.

—Buena memoria —replicó el francés con una sonrisa.

Edmundo iba a preguntarle qué hacía en París cuando notó el crespón en su brazo y comprendió que alguien muy allegado a él había muerto: la melancolía reflejada en

su rostro era notoria.

Sebastián sirvió otra copa de calvados y la extendió a su primo.

—Armand vino a encontrarse con el doctor Larrey, que llegó para asistir a la repatriación de las cenizas de Napoleón.

—Dominique Larrey fue mi maestro —Saint-Jacques movió la cabeza—. El mismo Bonaparte le concedió la baronía. —Y aclaró para el recién llegado—: Larrey fue un médico extraordinario; adelantó la cirugía militar en cien años. Es el inventor de la ambulance volante, un coche-hospital; gracias a él se podían trasladar rápidamente los heridos en el campo de batalla.

—Armand nos trae malas noticias de la patria: el general Lavalle ha sido aniquilado en la frontera entre Córdoba y Santa Fe. Le ha escrito su tío, el perfumista afincado en Rosario. —Hizo un gesto nervioso y aclaró—: Rosas ha equipado un enorme ejército y ha puesto al frente a Oribe. El general Paz está en Corrientes y es la única esperanza que resta de constituir el país.

Guardaron silencio frente al fuego de la chimenea; en el declinar del día, el recuerdo de los héroes que reverenciaban parecía surgir de los tapices que cubrían las paredes. Desde el lienzo, una castellana de siglos pasados levantaba la vista de su labor y la imagen despertó en Saint-Jacques el recuerdo de la mirada insondable de Luz, la hermana de su amigo, hacía mil años, en un lugar llamado Los Algarrobos.

Un sirviente llegó con una fuente de fiambres, quesos y frutos secos y un botellón de vino blanco. Mientras cambiaba las copas y repartía servilletas, ellos continuaron sumidos en sus propias cavilaciones.

\* \* \*

A la mañana siguiente, cuando Edmundo despertó y bajó al comedor, que daba al jardín posterior, vio a través de la ventana a Sebastián, sentado en la glorieta con su amigo. Con el jarro de café en la mano y en robe de chambre, se unió a ellos.

Las plantas de lavanda rodeaban la glorieta, y cerca de la fuente de agua crecían lirios blancos. Más atrás, en el huerto, los árboles frutales ya tenían brotes. Era abril y la primavera se anunciaba tímidamente.

Sebastián levantó la mirada y le dijo muy serio:

—Nos vamos a Montevideo con Armand. Trataremos de llegar a Corrientes para unirnos al general Paz...

—Será inútil —lo interrumpió Edmundo—. Por lo que me escribe Rivera Indarte, Rosas ha ordenado a Oribe y a Pacheco arrasar con la oposición. No quedará títere con cabeza.

Sebastián se alzó de hombros:

—Por eso lo hago. Si van a perder, perderé con ellos; la vida misma, si así me lo demandan.

Edmundo tomó un sorbo de café y preguntó al médico:

—¿Su esposa está de acuerdo?

Tras una breve hesitación, el otro respondió:

—La he perdido... hace seis meses. Murió de septicemia.

—Oh, lo siento...

—La pena es buena compañía —citó Saint-Jacques—. Nunca nos deja solos.

Edmundo tomó un cigarrillo del estuche de plata y lo encendió. Después de la primera bocanada de humo, preguntó a Sebastián:

—¿Y tu dama? ¿Renunciarás a ella?

Se refería al amor de su primo por Edmée de Simeuse, una joven de la vieja nobleza a quien su familia había casado con un anciano y adinerado aristócrata para pagar las deudas galantes del padre.

Sebastián lo miró con expresión sombría:

—Su marido se ha recluido con ella en la propiedad de Quimperlé y no reciben a nadie. Dicen que él está muy enfermo...

—Ya —dijo Edmundo—; la enfermedad será eterna.

—... no obstante, avisaré a Edmée de mi viaje. Su hermana se ha ofrecido a llevarle mi carta y me enviará las tuyas al Consulado, en Montevideo.

Armand recordó la historia de amor entre Edmée y Sebastián, renombrada en todos los salones de París. Años antes, cuando la conociera, su amigo le preguntó: «¿Existe nombre más dulce que Edmée?». Edmundo apagó el cigarrillo.

—¿Avisamos a la familia?

—No; Varela me escribe que tengamos cuidado con las cartas que mandamos a la Argentina, el correo es interceptado. Armand ha tenido una idea genial. Cuéntale —instó a su amigo.

—Voy a dotar al ejército del general Paz con la ambulance de Larrey. Llevaremos una con nosotros en el barco y si encontramos artesanos en Corrientes, haré construir otras dos.

Sebastián estaba entusiasmado; los ojos oscuros le brillaban en la palidez morena del rostro y el pelo negro había escapado de la redecilla con que lo sostenía mientras pintaba.

Edmundo cerró los ojos y trató de pensar en Córdoba, en su casa, en los suyos. Todo le parecía lejano, como si ya no perteneciera a aquel mundo en guerra, donde se ignoraba si habría un próximo amanecer. A diferencia de Sebastián y Saint-Jacques, no estaba preparado para regresar a la Patria. Ayudaría de otra manera: estaba en conversaciones con Alejandro Dumas, con quien tenía largas pláticas en la cocina de su casa, en compañía de otros exiliados.

Solían estar presentes en aquellas reuniones el genial Víctor Hugo, Lamartine, Gérard de Nerval, Federico Chopin y George Sand, atrevidamente vestida de varón, mientras Alejandro Dumas, transpirado y arremangado, cocinaba para todos. A Edmundo le hubiera gustado departir con Chopin, que vestía con mucha elegancia, pero tenía tan mala salud que casi siempre eludía las reuniones.

Entre los exiliados argentinos y los funcionarios uruguayos intentaban convencer a Dumas para que escribiera algo sobre Montevideo y los sucesos que involucraban al gobierno francés. Este los escuchaba mientras bebía vino de su copa, y con el cucharón en la mano gesticulaba llamando a aquella remota ciudad sudamericana «la Nueva Troya». Por entonces estaba tratando de dejar de lado sus obras de teatro — casi todas históricas— para dedicarse a la novela.

Edmundo estaba seguro de que si el gran personaje hacía conocer la resistencia de los intelectuales argentinos exiliados en Montevideo, serían escuchados por todos los países europeos, que incrementarían la ayuda tan necesaria.

Sentía desasosiego ante la partida de Sebastián. No solo la sangre los unía, sino también el compañerismo y la amistad. Su primo siempre había actuado como hermano mayor, ocupando el lugar del padre muerto en ausencia.

Pensó en todos los compatriotas caídos en esas sangrientas batallas, en campos olvidados de la mano de Dios, y el temor de que Bastián fuera motivo de «entretenimiento» de las huestes enemigas lo llenaba de angustia. El imaginar que quizás nunca volvería a verlo le provocaba un profundo dolor.

Sintió que traicionaba a los suyos al no compartir la decisión de su primo de retornar a aquel territorio de penumbras, pero no podía evitarlo.

## **PRELUDIOS II**

# ENTERRAR AL GUARDIÁN

«¿Tengo que dejarte? ¡Muy bien!,  
que mi reflejo te pertenezca para siempre».

Ernest Hoffmann, «Historia del reflejo perdido», de *La noche de San Silvestre*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1841

No había sido agradable para Fernando Osorio tener que encargarse de Aveira y Guzmán. Aquel oscuro personaje que esperara más de treinta años para vengarse de su familia casi lo había logrado: aprovechando que el gobernador le ofreciera, por ser amigo y pariente, un cargo, Aveira pidió la oficina de catastro para así poder apropiarse de Los Algarrobos y La Antigua, las estancias ancestrales de los Osorio.

En medio de la confusión, cuando el ejército de Oribe dejaba la ciudad, Fernando se presentó con sus ranqueles en lo de aquel hombre para recuperar los documentos robados. Había salvado la vida por milagro: cuando el perro de Aveira, grande y bravo, se le abalanzó a la garganta, el galgo cimarrón de su mujer, violada y asesinada por designio de aquel malvado, saltó sobre el otro animal, obligándolo a soltar la presa. Mientras el hombre escapaba, los perros se trenzaron en una pelea que terminó con el de Aveira muerto y el Bayo agonizando. Fernando se arrodilló ante él, contemplando con tristeza sus ojos fieles y amarillos. No tenía cura; con un nudo en la garganta y acariciándole la cabeza, lo degolló para evitarle la agonía. Cuando sintió que bajo su mano se escapaba el último aliento del animal, se puso de pie y arrojó el poncho que todavía tenía enrollado en el brazo al muchacho que lo acompañaba.

—Tomá, envuelvelo y llevalo a casa —y mientras el chico obedecía, agregó—: ya te sigo.

En ese momento su lugarteniente, Lienán, le avisó que habían lanceado al fugitivo mientras huía por los tapiales.

«Muchas cosas tenía que pagar el maldito, y no había fortuna que cubriese esa deuda», pensó Fernando. Después de dar órdenes a sus hombres —debían esperarlo en un baldío, para liberar a los reos presos en los llamados «mataderos»—, se desvió hacia la casa de su tía acompañado de tres lanceros. Entraron por los fondos y encontraron al muchacho esperándolos. Fernando, al desmontar, le ordenó que lo siguiera al cobertizo de las monturas. El chico fue por un candil, pues apenas clareaba y los galpones estaban en sombras.

Cuando volvió, encontró al patrón apoyado en el muro y al ver la luz aparecer por la abertura, una sombra le nubló la expresión.

—Allá, y que sea hondo —y señaló al pie del muro.



Los ranqueles, que husmeaban el talante de su jefe, se quedaron afuera. Uno de ellos removía con una ramita la lata llena de sangre de res traída del corral municipal. En el cuarto de servicio, la morena que les había abierto el portón volvió a meterse entre las mantas. Otra de las criadas murmuró:

—¿Qué pasa, Canela?

—Mataron al Bayo cuando defendía al patrón, y se le ha puesto que lo va a enterrar en los galpones.

—¿Y por qué se toma el trabajo?

—Era el perro preferido de Calandria —y con un movimiento furtivo se santiguó, pues ella y su madre creían que el ánima de la difunta había mandado al animal para que cuidara de su hombre. Y ahora estaba muerto.

Afuera se oía el golpeteo de la pala y al silenciarse, el aullido agudo y doliente del perro de la casa vecina les cortó la respiración.

—¿Saberá lo que pasa? —murmuró una de las chicas.

Canela, aterrada, juntó las manos y tartamudeó en voz alta:

*¡San Roque, atá a tu perro con hierro!*

Las otras contestaron, tragándose algunas sílabas:

*¡Que por las Santas Palabras, los perros se callen!*

Terminaban el rezo cuando oyeron salir a los caballos y el ruido del portón al ser calzado.

Rato después se atrevieron a levantarse y fueron a curiosear al cobertizo, donde notaron el rectángulo de tierra pisoteada y cubierta por una losa. Sobre la pared encalada habían escrito, en colorado, el nombre del perro. Las letras, todavía húmedas, chorreaban sobre la cal.

Una de las criadas pegó un grito señalando a varios gatos que lamían de un charco rojo y pegajoso:

—¡Es sangre!

—¿De cristiano? —tartamudeó otra.

Atropellándose, huyeron y se encerraron en la cocina, como si la tranca de madera fuera suficiente para detener las ánimas que, en aquel amanecer de venganza, se enseñoreaban por la ciudad. De pronto, las campanas tocaron a difunto.

# PRIMERA PARTE

## El corazón de las provincias

«Alberdi, Terzaga y Barba —superando el nominalismo de la falsa oposición Federales v. Unitarios— supieron ver agudamente que, bajo la denominación de “federal” adoptada por los rosistas ortodoxos, se escondía la continuidad de una política centralista destinada conscientemente a mantener bajo el control de Buenos Aires el Puerto único y su provechosa aduana».

Roberto A. Ferrero, *El gobernador López «Quebracho» y la época rosista*

# 1. SANGRE Y AFINIDADES

«Las mujeres estaban ocupadas en asuntos menores; sus anhelos, nada insignificantes en importancia, pues de esa delicada naturaleza femenina están hechas las familias y, por consiguiente, la vida».

Leticia Wierzchowski, *La casa de las siete mujeres*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1841

Misia Francisquita de Paula Osorio, dama que cargaba sus años y muchas responsabilidades, despertó después de una noche de mal sueño. Le dolía el cuerpo y sentía que la ansiedad le pesaba sobre el pecho como una piedra.

Ese día habría una misa en la Catedral, encargada por el gobernador delegado, para conmemorar los triunfos de Oribe, que avanzaba reprimiendo hacia las provincias del oeste. No pensaba asistir; lo único que faltaba, que celebrara las matanzas en tierra ajena después de haber probado el castigo en la propia. Tampoco sentía deseos de rezar por las tropas unitarias, que se habían mostrado tan descontroladas a su paso por Córdoba como las rosistas.

Buscó bajo la almohada el rosario y lo apretó en el puño después de besarle la cruz. No acostumbraba a demorarse en la cama, cavilando; ella cavilaba en la sala, mientras hacía encaje, o en el oratorio. Permanecer en la cama una vez despierta no era cosa que aprobara su confesor cuando, siendo jovencita, le aconsejó levantarse no bien abriera los ojos: al Diablo le gustaba deslizarse entre las sábanas de las muchachas indolentes y seducirlas con malos pensamientos.

Ya con las pasiones del cuerpo apagadas, decidió que bien podía usar aquella hora temprana de un día que no sabía qué podía depararles, para pensar en la situación de la familia que pesaba sobre sus hombros. ¡Qué difícil era tratar de arreglarles la vida, protegerlos, educar a los niños, contener al huérfano, casar a la soltera!

Pensó en Fernando, que andaba por Ascochinga, en La Antigua, auxiliando a su prima Laura, la casada con Robertson, un escocés ducho en la guerra, que ahora debía defender la estancia de las tropas con su escasa peonada.

Tenía que buscar pretendida para Fernando, o volvería a las andadas. La muerte de la mulata Calandria, su mujer, resultó un golpe terrible. Decían que él la había amado mucho, pero los hombres eran capaces de mantener un altar en el corazón mientras buscaban mujer para compartir la cama. «Si elige otra morena, lo perdemos», pensó con inevitable egoísmo, pues no quedaban varones en la familia que pudieran protegerlas: los que seguían con vida —Sebastián y Edmundo— estaban exiliados, y en Córdoba, los hijos de sus sobrinas eran muy chicos.

Una mujer para el Payo. Inmediatamente pensó en Consuelo, su protegida, pero no veía atracción entre ellos, y además la joven estaba enamorada de Marcos

Ocampo. ¡Ah, Dios!, aquel muchacho tenía escrita en la frente la palabra mártir, como destinado a morir en aquella guerra absurda. «¿Qué será de Consuelo si yo le faltó?». Con esa madre boba, el hermano metido a cura y el tío que no tomaba disposiciones para protegerla, temió que, sin Marcos, Consuelo fuera a parar al beaterío. «Salvo», se dijo, «que el Ángel de la Guarda le mande un pretendiente...».

Un marido para Consuelo; una mujer para Fernando; pensó en su sobrina Ignacia, con su pájaro de presa al puño, galopando a lo varón, disparando la pistola y ejercitándose en la esgrima. Lástima que estuviera casada con un mal hombre, al que había abandonado al otro lado del océano. Una mujer de ese temple era un peligro sin un marido que la contuviera. Y algo había visto entre prima y primo: una mirada larga, una expresión cuidadosa, un interés solapado...

Lo único que faltaba; otro escándalo en la familia, y ya iban... Repasó las viejas —y no tan viejas— historias. El suicidio de la primera esposa de don Ignacio Osorio, fundador de Los Algarrobos y de La Antigua; secreto que no salió de la familia en dos siglos, pues nadie quería que la pobre, que se había ahorcado para no ser mancillada en las tolderías, fuese sepultada en tierra sin consagrar. Luego doña Blanca, la segunda esposa de don Ignacio, que se enamoró de un indio imaginero y se volvió loca cuando lo mataron, lo que no evitó que su marido le hiciera una docena de hijos. Y hacía no tantos años Luz, su sobrina preferida, que repitió la historia, pero con el carácter necesario para esquivar el convento y burlar a todos casándose con Harrison, un gringo rico que la adoraba y a quien nadie se atrevía a cerrarle la puerta. Y antes, su propia hermana Leonor, que se escapó con aquel italiano, el maestro de danza. Sin olvidar a Laura, tan casta, que por una crecida del Suquíá tuvo que pasar la noche sola, en una tapera, con el que ahora era su marido, quedando la santa en boca de todos.

Y ni hablar de los hombres. Solo que las faltas de los hombres se veían como hazañas. «¡Hazañas!», se impacientó. «No es hazaña llevarse una mulata al monte o hacerle un hijo a una esclava. Nadie va a matarlos por eso. Hazaña es acostarse con un indio, como hizo seguramente doña Blanca, como no me cabe duda hizo Luz. O con un bastardo, y además mestizo, como hice yo, de lo cual apenas estoy arrepentida, solo como para poder comulgar. O escapar por medio país como Leonor, sobrevivir en tierras extrañas, y luego regresar. Ser capaz de regresar y plantarse ante medio mundo. Nadie se ha atrevido nunca a humillarnos, aunque algunos murmuren, por envidia o moralina. Lo difícil es olvidar a aquellos que murieron solo porque nosotras los amamos. Hombres bravos, hermosos, tan fuertes en sus desgracias...».

Suspiró hondo, con una mano sobre el corazón. «Y ahora, Ignacia». Menos mal que no se sabía públicamente que estaba casada. Si no, ¿qué dirían de ella? Ya se murmuraba que había andado con Fernando liberando presos y llevando muertos al Pilar en la carretona, junto con Monserrat, la marimacho que le hacía de mayoral, el día que Oribe abandonó la ciudad. Hasta decían que había matado a un mazorquero de un pistoletazo. «¿Y de qué me asusto? Yo también cargo mis muertos», se

recriminó.

Y el hijo de Fernando, ¿se acostumbraría a su nueva vida? Robertson había ganado su confianza y Lucían prefería seguirlo al campo antes que jugar con sus primos, pues era cerril como mula sin cabestro; los hijos de Laura le temían un poco y se avergonzaban de su mala educación. Por suerte, Inés era paciente con él, porque extrañaba a la madre muerta. ¡Quién lo hubiera dicho de Inés! ¡Tantas peleas que tuvo con Luz por cuestiones de lustre, para cuidar ahora al hijo de una mulata, remando contra sus convicciones! Era lindo el pequeño, con la tez mate de su madre y los ojos azules del padre.

También la tenía afligida Mercedes, la esposa del comandante Farrell, su amiga de toda la vida. Algo no andaba bien en ella; el empacho duraba demasiado y no le gustaba el color de su piel, como de cera sucia; las tontas de sus hermanas no lo tomaban en cuenta, se la pasaban rezando por ella, eso sí, y tomando chocolate con el sacristán de la Merced sin notar la expresión del doctor Modestino Pizarro cuando salía de medicarla.

Se quedó pensando en esas redes familiares y amistosas que unían parientes y arrimados, protegidos y peones, criadas y viejos combatientes, todos aferrados a una trama social que era la única forma de sobrevivir en aquellos años de amargura.

Tocaron la puerta y Canela se asomó a preguntar si quería que le alcanzara un mate. Le pidió café con cedrón, que era un tónico cordial; los recuerdos le habían acelerado el pulso.

Mientras tomaba el desayuno, sentada entre almohadones, contempló a Canela que, después de abrir los postigos para que entrara la luz del día, comenzó a sacar del arcón la ropa con que la vestirían. Era joven y guapa, un poco atrevida, como las morenas de las grandes familias que se preciaban de pertenecer a ellas.

—¿Tienes algún amor escondido?

—¿No tendría que avisarle a usted? —preguntó la chica con desparpajo mientras cepillaba los zapatos.

—No —dijo misia Francisquita—; naciste libre.

—¿O sea que puedo casarme con quien quiera?

—Sí, aunque pienso mirar al pretendiente por los cuatro costados. En fin, ¿tienes o no galán? Porque no puedo creer que ninguno te arrastre el ala.

—Varios hay... —se sonrió la chica—, pero el que me gusta tá con otra.

—¿Casado? —Se preocupó la señora.

Canela sacudió la enagua almidonada, desprendió los broches del corpiño que llegaba a la cintura y se alzó de hombros.

—Algo así.

—¿Vive en pecado?

—¿Es pecado querer?

Misia Francisquita lo pensó:

—No, no lo creo —dijo—. ¿Lo conozco?

La morena dudó antes de contestar:

—Es el Camargo, el ayudante de don Farrell.

—¿El guaraní de Eduardo?

Canela desenrolló las medias de muselina y la toreó:

—Qué, ¿le parece mal?

—Es un buen hombre, pero si está acollarado, mejor lo olvidas y te buscas otro.

—Si usted lo manda... —dijo la chica con un dejo de guasa, mientras limpiaba el monóculo de la señora y lo dejaba a su lado, en la mesa de quinqué.

—No te mando; te aconsejo. El tiempo pasa y la mujer no debe quedarse sola. Bueno, basta de palique; manda a una de las chicas a preguntar por la salud de Mercedes y dile a Tola que venga a vestirme.

En ese momento Tola anunció desde la puerta a la hermana de la señora. Doña Leonor entró muy compuesta; se la veía elegante y segura de sí. Se besaron cariñosamente; la recién llegada se sentó al borde de la cama, preguntó qué estaba tomando y se encaprichó en probar café con cedrón. Luego se quitó los guantes y dijo:

—Ayer se llevaron al último refugiado que quedaba en casa. Vinieron a buscarlo desde Cruz del Eje.

Doña Leonor había dado asilo a varios prisioneros rescatados de los «mataderos» por su hija Ignacia y su sobrino Fernando.

—Mientras no te pesque Quebracho...

—No ha de volver hasta que bajen las aguas —contestó Leonor arreglándose los puños, pues era consenso general que el gobernador esperaba a que la ciudad olvidara los estropicios de las tropas de Oribe para regresar a Córdoba.

En la intimidad del dormitorio, con la taza de café en las manos, hablaron a media voz, las frentes casi juntas. Años y distancias, muertes inevitables y las cosas vividas les habían dejado esa necesidad gozosa de hermandad, de confianzas, de recuperar viejos recuerdos.

—¿Amabas a tu marido?

—Lo extraño —se sinceró doña Leonor. Se había casado con el marqués de Zeltia siendo ella bastante menor que él, en un momento en que su destino parecía ser el de eterna «señorita de compañía». No lo amó profundamente —como a su primer novio, al que mató su hermano en un duelo—, pero como marido fue un hombre bienhumorado y lleno de delicadezas para con ella.

—¿Cómo pudiste casarte con alguien llamado Clodio, y cuya mayor preocupación era juntar yuyos?

—Hablas como si fuera uno de esos yuyeros que andan por la sierra con su atado a la espalda. Él era alquimista y se dedicaba a la herbolaria. Venían doctores de Alemania y de Rusia a pedirle consejo. Su biblioteca era la más completa de España en cuanto a hierbas curativas...

—Bueno, yo le agradezco que tuviera la discreción de morir antes de que fueras

demasiado vieja para regresar a casa.

—¿Quieres que nos disgustemos? Sabes que me subleva que hables así de él...

—¡Deja mi monóculo, que luego no sé dónde anda!

Francisca, varios años mayor, la trataba como si aún fuera adolescente; Leonor, en su temprana madurez, tenía ingenuidades de las que la otra hacía burla, y caprichos que las llevaban a discutir.

Afuera, conspiraciones y asechanzas mantenían vivo el miedo, pero los muros de la casa, los racimos de glicina derramándose desde los techos hacia las galerías, el aljibe con su coronación de hierro forjado y el cantero donde un granado se aprestaba a florecer, creaban áreas de paz, en las que se podía olvidar por algunas horas, a veces por días, el terror de la guerra.

Bajo el cielo de la mañana, el espinazo del antiguo tejado se arqueaba ante el peso de medio siglo; el verdín y el gris de líquenes moteaban las tejas como piel de serpiente. Un surtidor murmuraba mansamente sobre piedras de mica.

## 2. ARS MORIENDI

«Estos libros se convirtieron en la guía que debían seguir —tanto moribundos como sacerdotes— para “vivir” una buena muerte. Cada hoja de ellos estaba ilustrada con imágenes y representaciones que tenían la finalidad de informar no solo a las personas eruditas, sino también a aquellas que no podían leer».

Alejandra Bustos Posse, «Las artes de morir», de *Piedad y muerte en Córdoba. Siglos XVI y XVII*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1841

Doña Mercedes Villalba, esposa del comandante Eduardo Farrell, ha estado reflexionando sobre la muerte que, ahora lo sabe, no anda muy lejos. Ella la ha visto como una vieja seca, vestida de harapos, con la guadaña al hombro, como las antiguas estampas medievales del libro que descansa en la mesa de la candela, junto a los remedios, la copa y el botellón de agua.

Junto a un San Roque dulce y barbado, mostrando la herida en la pierna y con el perro a sus pies, está El Libro del Buen Morir. Se lo ha llevado el padre Ferdinando, medio pariente y viejo amigo de la familia. Consuelo Achával, la joven que va a acompañarla varias horas al día, suele leerle algunos párrafos, pues embarga a la señora la preocupación de olvidar los deberes del tránsito a la otra vida.

No se atreve a mirar a la Muerte cara a cara, pero el invierno pasado, en la duermevela en que caía varias veces al día, la vio deslizándose entre dos tablones del portón de mulas, para disimularse entre los frutales sin hojas. Desde aquel entresueño, que primero la aterrorizó y luego consideró un mensaje de su Ángel de la Guarda para poner sus cosas en orden, doña Mercedes la ha sentido avanzar hacia su cuarto, pasando de la huerta al galpón, escondiéndose en los recovecos del gallinero y en las perreras vacías.

Todas las mañanas, al despertarse, trata de descubrir su escondite y tomar cuenta del tiempo que le resta antes de dejar este mundo. Esa tarde, más lúcida que los días anteriores, su memoria dejó de pasearse por los años de la infancia para recalar en el presente. Esperaba a su marido, a quien había mandado buscar a El Oratorio, la estanzuela de Ascochinga. Deseaba que pudiera llegar antes de que ella se entregara finalmente a Dios; tenía algo que decirle y no quería morir con eso atravesado en la conciencia.

Escuchó la aldaba de la puerta, la corrida del negrito Serafín para atender y la voz de misia Francisquita de Osorio. Hizo un esfuerzo por enderezarse en la cama y la criadita que dormitaba en un rincón se espabiló y se acercó a ella.

—Que preparen mate, algún refresco... —indicó con un hilo de voz, mientras entraba su más querida amiga, acompañada por Consuelo. Cuando la señora se



inclinó a besarla, doña Mercedes le susurró al oído—: Pídele que se vaya, tengo que decirte algo...

Consuelo cruzó una mirada con su mentora, y con un gesto de asentimiento, cerró sin un ruido la puerta detrás de ella.

—¿Por qué el capricho? —le recriminó su amiga, acomodándose en un sillón, casi pegada a la cama; echó una mirada al *Ars Moriendi*, abierto en una espantosa ilustración de la Muerte, y lo cerró con fastidio.

—No quiero que escuche lo que tengo que pedirte.

—Mercedes, no te agotes; disfrutemos de estar juntas un rato. Enseguida vendrá Leonor con su hija y...

Al oír el nombre de la hermana de su amiga, con quien se habían criado juntas, la enferma se puso más inquieta.

—Justamente por eso...

—Ya veo; no descansarás hasta que te salgas con la tuya. ¿De qué quieres hablar?

—De Farrell. Tienes que buscarle mujer.

—Pero ¡qué disparate! ¿Acaso soy la Celestina?

—Siempre tuviste buen ojo para los matrimonios. Has casado bien a Luz y a Laura.

—Mecha, Eduardo es un hombre grande, no se dejará...

—¡Quiero que sea feliz! —exclamó doña Mercedes, y misia Francisquita se apresuró a palmearle la mano para calmarla.

—Está bien, no te pongas así...

—Él nunca fue feliz conmigo...; en realidad, no fue feliz desde que se le murieron aquella morena y su hijito, antes de que nuestros padres nos casaran. Yo estaba perdida por él, pero siempre supe que no me quería para nada. Pensé que cuando vinieran los hijos... pero ya ves, he cuidado muchos chicos, pero nunca un hijo. Y Eduardo siempre los ha deseado. Porque, Panchita, soy yo la que no pudo concebir. ¡Tantas veces le rogué que adoptáramos uno! Creo que no quiso hacerlo para castigarme.

Se recostó, volviendo el rostro hacia los cortinados de la cama.

—Él no es hombre para vivir solo...

—Pues bien se las ha ingeniado, sin embargo —dijo misia Francisquita, comprendiendo que su amiga no estaba para aceptar mentiras.

—Sí, razón llevas. Pero, Francisca, ¡es tan buen mozo y todavía en sus fuerzas! Con esto de la guerra, no hay hombres por ningún lado; más de una sinvergüenza querrá echarle el guante. Y él, viéndose libre después de tantos años, puede dejarse engatusar...

—Está bien, entiendo el punto. ¿Y qué debo hacer? ¿Presentarle viudas y jovencitas rezadoras?

Doña Mercedes calló el sarcasmo de su amiga con un ademán.

—No tendrás que buscar mucho. Ya la tengo elegida, pero nadie debe saberlo. Y

menos que nadie, él.

Misia Francisca olvidó el momento, tan solemne, de aquel repartir el bien corporal y espiritual del futuro viudo por la presunta difunta; repasó rápidamente quién podría ser, pero no se le ocurrió ningún nombre.

En los corredores se oyeron las voces de las hermanas de doña Mercedes que volvían con el sacristán después de rezar por la salud de la enferma.

La moribunda tironeó de la manga de su amiga para que se acercara y misia Francisquita obedeció, sabiendo que tenían segundos para intercambiar algunas palabras. Con el aliento enfebrecido, la otra deslizó en su oído el nombre de la que había elegido para mujer de su marido. Francisca se llevó la mano a la frente y tanteó con la otra, a ciegas, buscando en los interiores de su traje la cruz del rosario que llevaba al cuello.

—¿Lo harás? —la apremió doña Mercedes. Y Francisca, aún con la mano sobre los ojos, sin querer mirar a los que entraban, susurró al fin:

—Será lo que me pides. Y que Dios se apiade de tu alma si te equivocas y me haces meter la pata, porque entonces rezaré para que te quedes en el Purgatorio por más años de los que te toquen.

La criadita entró llevando una bandeja con vasos de refresco de limón y hojas de menta, y mandaron llamar a Consuelo. La joven, solícita, se ubicó al otro lado de la cama, hizo el cortinado a un lado y ayudó a la enferma a incorporarse sobre las almohadas. Mientras encendía más velas, la señora, extenuada de sufrir, rogó:

—¡San Cristóbal, tráeme a mi marido; ya quiero morir!

Un silencio resignado se derramó en la habitación.

### 3. LA NUEVA TROYA

«Los románticos de la generación de 1837 sirvieron de enlace entre las fuerzas antirrosistas: llevaron mensajes, escribieron panfletos que incitaban a la rebelión y colaboraron con los jefes unitarios de la Coalición del Norte y en la sublevación de los Libres del Sur. Su labor no solo fue política, sino educativa y cultural».

María Sáenz Quesada, *La Argentina. Historia del país y de su gente*

MONTEVIDEO (URUGUAY)  
SEGUNDA MITAD DE 1841

Sebastián Osorio y Armand Saint-Jacques se habían conocido a fines de 1828, en el barco *La Herminia*, durante el primer viaje que hiciera el francés al Río de la Plata. Los unieron el idioma, la concepción romántica de la política y cierto idealismo de conducta.

Por aquellos días, Montevideo les había parecido una ciudad de hermosas construcciones, con amplios miradores, profusión de jardines y gente cordial.

Pero cuando en 1841 arribaron a puerto, era otra ciudad: en la última década se había convertido en el bastión de la oposición a los gobernadores de Buenos Aires, creando un ambiente opresivo para los ciudadanos «orientales», por más buena voluntad que ponían estos en amparar a tanto exiliado.

Junto a ellos, se habían duplicado los extranjeros, especialmente franceses, además de aventureros, negociantes y mercenarios que, sumados, componían las dos terceras partes de los residentes en la ciudad. Y en aguas profundas nadaban espías de muchos sectores y nacionalidades, que iban desde diplomáticos hasta damas cortesanas, como la famosa Dominga Rivadavia: unitarios y federales creían que espía para ellos mientras la veleidosa —decían— llenaba sus arcas con un picotazo aquí y otro allá.

Para alojar a tanto recién llegado, se levantaron especies de aldeas y se incautaron propiedades de los «blancos» —adeptos al general Oribe— asilados en Buenos Aires o encarcelados por el presidente Fructuoso Rivera. Por entonces, casa abandonada era casa perdida.

Algún viajero escribió: «... los suburbios eran un amasijo de barracas y rancherías que se extendían a lo largo de los caminos que entraban en la ciudad»; detrás, «agonizaban los campos de labranza por falta de brazos». Porque los movimientos conspirativos habían suplantado al progreso y Montevideo era como «una enorme familia, sufriente y empobrecida», poco quedaba de la bella ciudad que ellos habían visitado doce años atrás.

\* \* \*

Al descender del barco, se encontraron con José Rivera Indarte, un cordobés amigo de Edmundo, que se había vuelto panfletario a la hora de atacar a Rosas. Sebastián había leído en París algunos periódicos dirigidos por él y otros escritos. Aquel joven tenía mucho fuego en el verbo y seguramente sus alegatos eran convincentes para lectores menos críticos que Sebastián, cuyos cursos de Ética y Estética en la Universidad de Córdoba le impedían opinar favorablemente del autor y sus pasquines.

Por su parte, Rivera Indarte se ofreció a conseguirles alojamiento. Sebastián hubiera preferido encontrarse con Santiaguito Derqui, de quien era amigo desde la niñez, pero aquel estaba en Corrientes.

Consiguieron albergue en la casa de una dama de cierto relumbré, que era amante de un marino francés. Allí se daban cita todos los emigrados argentinos, se contaban historias espeluznantes que Saint-Jacques escuchaba sin decidirse a creerlas, se bebía calvados y coñac, whisky y manzanilla, se comían bocaditos riquísimos y se leía poesía. Muy tarde, después de haber impreso *El Nacional*, Rivera Indarte y sus colaboradores llegaban con los dedos entintados, despeinados y con el saco al hombro, y les leían las arrebatadas diatribas destinadas al «Tirano de Buenos Aires» más que al federalismo.

\* \* \*

Noches después, en una de aquellas tertulias, Sebastián se enteró por Miguel Cané de que Fructuoso Rivera había enviado a Derqui a convencer al gobernador correntino de firmar un tratado para frenar el centralismo porteño.

—Corrientes sufre duramente la prohibición de comerciar por sus ríos. Si esto sigue así, va camino al exterminio económico —dijo Cané.

Pedro Ferré, gobernador correntino, subyugado por el saber y la presencia de Derqui, lo nombró ministro de Gobierno, aceptando este el cargo al identificarse con su pensamiento, que centraba el federalismo en la navegación y la urticante cuestión de la aduana de Buenos Aires. Pronto fundó un periódico, y a la llegada del general Paz trabajaron en conjunto.

—Si alguien puede sacar adelante lo que queda de la Liga del Interior, es el general Paz. Los días de Lavalle están contados. Por lo que se sabe, Pacheco y Oribe lo superan en hombres, en bastimento y en metálico, sin contar las expoliaciones a los enemigos, que para Oribe son todos, pues no distingue federales de unitarios —comentaba Cané a Osorio.

El general José María Paz había sido nombrado jefe del Ejército de Corrientes; los tres —Ferré, Paz y Derqui— se habían aunado en un pensamiento que ni los más acendrados federales podían tildar de unitario: la libre navegación de los ríos y el comercio directo, sin pagar los exorbitantes impuestos con que Buenos Aires los

empobrecía.

Mientras Sebastián y Cané conversaban en la terraza, Saint-Jacques departía con Esteban Echeverría y José Mármol en un jardín cerrado, debajo de ella. Algunas jóvenes, vestidas con elegancia, estaban sentadas en un banco de mármol. Se abanicaban, embelesadas por la voz de Echeverría, que recitaba unos versos de «El Aroma».

Desde arriba, Cané indicó a Sebastián:

—La vestida de azul es mi querida esposa; las otras son mis jóvenes cuñadas.

Cané, periodista y poeta, había fundado en Buenos Aires, con solo veinte años, la Asociación de Estudios Históricos y Sociales, que levantó las iras de Rosas. Debido a este hecho, el día en que recibió el título de doctor en Leyes tuvo que exiliarse en Montevideo. Allí, por su apariencia, su educación y su elegancia, *monsieur* Himonet, un francés adinerado y padre de varias jóvenes hermosas, aprobó que se casara con una de sus hijas.

Separados del grupo, Florencio Varela, Juan María Gutiérrez y Luis Domínguez —«joven y promisorio poeta», cuñado de Salvador María del Carril— hablaban de un suceso reciente: el artilugio mecánico, bautizado por los periódicos «la Máquina Infernal», con el que se trató de asesinar a Rosas. Afortunadamente no funcionó, pues no solo hubiera matado arteramente al gobernador de Buenos Aires, sino también a su hija Manuelita y a una amiga.

En aquel momento Sebastián, acodado en la balaustrada de la terraza, vio a un hombre subir los escalones con cierta premura, como si llegara tarde. Indudablemente no era un intelectual, como los que se paseaban entre los salones y el jardín, vestidos de etiqueta. Más bien parecía un hombre de armas, de aquellos que rondaban por Montevideo ofreciendo sus servicios.

Cuando pasó a su lado, saludando brevemente a Cané, le pareció un oficial de rango de un ejército extranjero. Era de estatura media, recio de espaldas y brazos, con el pelo muy corto y rojizo, que le hizo recordar la cabellera de su prima Laura. Era maduro, apuesto y con algo de soberbia; usaba barba y bigote, cortos y prolijos. Sus ojos leonados parecían capaces de describir de un vistazo una habitación y a quienes se encontrasen en ella.

Sebastián lo siguió con la mirada, estudiándolo; su calzado —había aprendido en París que decía más este de su dueño que las alhajas— eran botas de cuero de Holanda. Su saco de piel de ante le calzaba a la perfección, pero al inclinarse a besar la mano de la dueña de casa distinguió, sostenida en su cinturón, la vaina de un arma de filo.

—¿Quién es? —preguntó a Cané.

—Monforte de Lemos, español recién llegado hace unos meses.

—Tengo entendido que los Monforte son de Galicia —aclaró Sebastián—. Una rama de mi familia proviene de las cercanías de Lemos. —Mientras lo observaba notó en sus maneras una seducción que pocas mujeres podían resistir—. ¿Y a qué se

dedica? —preguntó.

—No estoy seguro; desaparece por semanas. Supongo que es agente encubierto entre los tantos que nos rodean —respondió Cané, alzándose de hombros.

En los días siguientes, mientras Sebastián y Saint-Jacques se mezclaban con los compañeros de exilio, tuvieron la impresión de que, si bien consideraban la organización del país urgente y necesaria, no parecían dispuestos a luchar en el campo de batalla.

Mariquita Sánchez, exiliada en Montevideo después que una turba federal atacara su casa, instaló allí su Salón, semejante al que tenía en Buenos Aires, deseando conciliar a los primeros exiliados unitarios y los disidentes federales —denominados «lomos negros»— con los jóvenes intelectuales que seguían arribando a la costa uruguaya.

—No me agrada esta ciudad de diletantes y panfletarios —reconoció Sebastián ante Saint-Jacques—. Prefiero ir a la guerra.

Su amigo le dio la razón.

—Larguémonos a Corrientes; Paz nos necesita.

Días antes, en respuesta a una carta de Sebastián, el general Paz les escribió sugiriéndoles que fueran a unirse con él en Corrientes.

Organizaron el viaje con premura, sorprendidos de las diferentes clases de barcos que constantemente iban hasta la isla Martín García, desde donde ascendían por el Bajo Paraná hacia la costa del Litoral.

En sus peregrinaciones por el puerto, Sebastián se encontró repetidas veces con Monforte de Lemos, acompañado por un joven de aspecto sarraceno, y se preguntó si no estarían por embarcarse con ellos.

Pero días después notó su ausencia de los cafés que solía frecuentar; preguntó por él a varios conocidos, y cada cual le dio una respuesta diferente: que había viajado a Río de Janeiro, que se había vuelto a España, que había remontado el río para llegar a Asunción.

—Cané tiene razón —comentó a Saint-Jacques—. Debe ser espía.

—La cuestión sería saber para quién espía —reflexionó su amigo.

Sebastián calló; sentía una rara afinidad con aquel hombre, como si lo conociera de algún lado, de otra vida, de algún tiempo perdido...

## 4. EL DESCONOCIDO DE ALLENDE EL MAR

«El hábito del acecho continuo y de los ataques súbitos había dejado un gesto de resolución instantánea en sus ojos enérgicos. Ojos de ave de presa, pupilas duras donde chispeaba la brasa del orgullo».

Enrique Larreta, *La gloria de Don Ramiro*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1841

Eduardito Páez, amanuense del Cabildo y amigo íntimo de Fernando Osorio, levantó la vista de los papeles que tenía ante sí. Por el patio veía al indio Ventura, peón de todo servicio, que con parsimonia iba reponiendo las velas de los faroles del edificio.

Casi un mes había pasado desde aquella madrugada en que Manuel Oribe abandonara la ciudad y partiera hacia el oeste. Mientras jugueteaba con el lápiz recordó cómo, junto a Fernando, lograron hacer desaparecer los papeles de expropiaciones que amenazaban a muchos vecinos. Quizás el hecho no fuera legal, pero sí correcto, pensó.

Aquella mañana se había dirigido a la gobernación, frente a los fondos del Cabildo. La encontró vacía, salvo por un negro viejo que barría con desgano la sala de armas, donde el ejército porteño no había dejado ni una baqueta. Los muebles estaban corridos, los cajones abiertos; varios papeles por el suelo, cigarros consumidos, algunos vidrios rotos. En el último patio, una jauría de perros comía los restos de una oveja asada; uno de ellos había encontrado el cuero todavía húmedo y al trote se dirigía al hueco del fondo, por donde pretendía ponerlo a salvo.

El desorden, el abuso, la suciedad, los muertos. Recordó haber pensado «Si estos son aliados...» mientras volvía al salón donde el negro seguía escobillando. Le había preguntado si esperaban al gobernador delegado y el viejo aclaró que su mujer se encontraba muy malita. La señora de Arredondo sufría ataques de terror desde que uno de los hombres de Oribe, Bárcena, se presentara en su casa con la cabeza de un decapitado.

Eduardito pensó que nunca iba a olvidar su entrada al Cabildo después de aquellos sucesos. Barracas, patios y corredores eran un solo desorden, pero el indio Ventura estaba acuclillado, como cualquier día, preparando el mate.

Con una sonrisa, Páez recordó la llegada de los primeros funcionarios, con aire subrepticio, mientras él, en el escritorio de Aveira, comenzaba a acomodar el desorden; había decidido instalarse en aquella oficina, abandonando el cuartucho en que lo mantuvieron recluido por años. Poco después llegaron los funcionarios de jerarquía, con expresión compungida y como esquivando trampas. Lo primero que hicieron fue interrogar a Ventura que, mate en mano, les contó una historia

descabellada de forajidos que lo encerraron mientras asaltaban las salas, hasta que Medina Aguirre lo liberó y se hizo cargo de la situación.

Aún hoy la escena le sacaba una sonrisa al recordar la expresión de aquellos funcionarios obsecuentes, temerosos de perder sus cargos, intrigando contra el gobernador López Quebracho mientras se cobijaban a la sombra de don Claudio de Arredondo, que conspiraba para quedarse con el poder de la provincia. ¡Qué ingenuos! Rosas no iba a cambiar oro por latón: Quebracho era su hombre.

Poco después apareció en el umbral un señorón pomposo y atildado, que le comunicó con displicencia su intención de quedarse con la sala de Aveira. Aún ahora, Eduardito no sabía de dónde había sacado empaque para contestar: «Lo siento, Ludueña; Cazaravilla me trasladó acá». Sabía que podía contar con el jefe de Policía, hombre íntegro y recio que siempre apoyaba a los suyos.

Lo trajo al presente el olor a carne asada que llegaba de los fondos. El negro viejo de la gobernación, siempre hambreado, había cruzado la calle y, junto a Ventura, esperaba que el indio le tendiera una costilla para chuparla, pues no le quedaban dientes.

Eduardito destapó el tintero y escribió a Fernando Osorio: «Amigo, acá las cosas en calma. ¿Qué pasa más allá de las Salinas? Pocas noticias y contradictorias tenemos...».

\* \* \*

Esa tarde llegó un extranjero en compañía de un joven que llevaba a tiro dos mulas de carga. La ropa del primero era de calidad, lo mismo que los arreos de la montura y los arcones que los animales transportaban; el segundo, de aspecto sarraceno, tenía un toque exótico.

Desde la cresta de la barranca donde se hallaban detenidos, observaron en el valle la ciudad que se extendía entre hermosos templos y airoas torres. El río parecía abrazarla y el serpenteo de un cañadón la partía en dos.

Siguiendo un mapa hecho a mano, donde las distancias se volvían imprecisas, descendieron por la Bajada de San Francisco y entraron a Córdoba.

\* \* \*

El español detuvo a Ventura en la plaza, preguntándole dónde podía conseguir alojamiento, ya que la ciudad carecía de hospedaje. El indio se quedó mirándolo; era de mediana edad, aparentaba riqueza y trasuntaba la seguridad del militar. Lo acompañaba su ayudante, que se mantuvo a distancia.

Llegado hacía unos días, estaba harto de dormir en el cuarto de atrás de una pulpería, le explicó. Ventura se preguntó por qué una persona de caudales, como



aparentaba, no traía cartas de confianza dirigidas a alguna familia importante.

—Podría averiguar en casa de la Vargas.

—¿Es casa de meretrices? —preguntó el español con malicia.

El interrogado no sabía de «meretrices» pero, calculando que sería algo indeseable, negó enfáticamente con la cabeza.

—No, es mujer de bien, aunque del gremio de las criadas más que de las amas.

—¿Y por dónde llegaré a destino?

—Derecho por esa calle, hasta la iglesia de San Roque; ahí le dirán. El forastero, convidándolo con un cigarrillo, lo interrogó sobre la Vargas.

—Su apelativo es Ponciana —aclaró Ventura, haciendo gala del término apelativo, que le había enseñado Eduardito Páez—. Es agorera y salvo eso, no es mal vista. Tiene unos cuartos que a veces alquila.

—¿Y es de buenas carnes? —preguntó el otro, burlón.

—... si no le asustan las que saben ensalmos —le advirtió el indio, pues la mujer era temida por ello.

Luego, el extranjero preguntó si conocía a doña Leonarda Arias de Ulloa. Las orejas de Ventura se pararon —bien recordaba a la dama de rostro velado que terminó siendo de la familia Osorio— y, poniendo cara de tonto, dijo que no sabía quién pudiera ser.

—Española y de buen mirar, de dineros, con hija joven. Ha de hacer como un año que ha llegado —explicó el hombre, sosteniéndole la mirada.

Ladino por naturaleza, el interrogado ofreció hacer averiguaciones y sugirió encontrarlo en la fonda de Valladares. Cuando se separaron, se apresuró a ver a Páez para contarle lo sucedido. Eduardito le dijo que mejor fueran a hablar con Cáceres y Medina Aguirre.

—Mientras tanto, no digas nada, no sea que llegue a oídos de las señoras y se alarmen, ahora que no está Fernando. Y deberías encargarles a tus amigas, las pasteleras, que le sigan el rastro. A la Ponciana le hablo yo.

—¿Le avisamos al Chañarito? —preguntó Ventura, nombrando a Fernando por el apelativo que le daban las parcialidades indígenas.

—No; esperemos al comandante Farrell. No demorará, pues doña Mercedes está muy enferma.

\* \* \*

José Medina Aguirre y Manuel Cáceres compartían un bufete en la calle de la Universidad. El primero había adquirido una pequeña propiedad contigua, para traer de Santiago del Estero a su hermana Elvira, con la intención de casarla en Córdoba.

Aquella tarde fueron a comentarles lo sucedido y lo que habían averiguado.

—Dice Ponciana que pagó adelantado y con buena moneda. Cuando salieron, le husmeó los bártulos; tiene ropa decente, libros y armas. No habla mucho.

—¿Seguro que es español? —preguntó Cáceres.

—De Galicia, lo cual tiene relación con doña Leonor y su hija —hizo notar Eduardito.

—Ese es melico —aseguró Ventura—. Lleva encima mucho fierro.

—¿Qué hacemos?

—Nada —aconsejó Medina Aguirre—, salvo vigilarlos. En caso de necesidad, mandamos por Fernando de inmediato.

Un antiguo liberto de los Osorio, Mártires, se detuvo en la puerta con una canasta que olía apetitosamente a empanadas. Todos tenían hambre, así que recibieron al negro palmeándole las espaldas, mientras Ventura iba por una damajuana de vino. El moreno quitó el lienzo que las cubría y Eduardito, echando mano de un periódico, cortó unos cuadrados de papel a modo de servilletas y las repartió entre todos. Por la puerta que comunicaba con su casa, Medina gritó a la criada que les alcanzara fuente y jarros, bajo pena de dejarla sin empanadas si no se apresuraba.

En la tarde de primavera, el crepúsculo sobrevolaba la ciudad como una paloma de alas color índigo; pronto los faroleros saldrían del Cabildo con teas y chisperos a iluminar las calles. Ventura se apresuró a vaciar el jarro de vino, envolvió varias empanadas en los restos del periódico, para compartir con el negro desdentado de la gobernación, y salió a encontrarse con sus compañeros de yesca y cirio.

\* \* \*

En la pieza, bastante digna, que alquilara, don Blas Monforte de Lemos conversaba con Fares, su ayudante, en voz baja. Aún no habían encendido las velas, pero ambos se encontraban cómodos en la penumbra.

—¿Así que doña Leonarda y su hija viven en buena casa?

—Sí, de las mejores de la ciudad, pero ahora le dicen doña Leonor.

—¿A quién la alquila?

—No la alquila; es de su familia, los Osorio.

Don Blas lo miró con fijeza:

—¿Osorio, dijiste?

—Osorio, sin duda —replicó Fares.

Monforte lo despidió, preguntándose cómo Leonarda Arias de Ulloa se había convertido en Leonor de Osorio.

Sacó la caja-escritorio de viaje y la puso sobre la mesa; tenía doble fondo, que se abría con un listón que simulaba una moldura. Solo con deslizar el dedo sobre ella, giraba y mostraba un espacio secreto. Como se percatara de que habían figoneado en sus bártulos —algo esperable de mesoneras y dueñas—, encendió el candil, cerró los postigos de la única ventana del cuarto y ubicó la silla de espaldas a ella, frente a la mesa. Calzó la tranca en la puerta y recién entonces abrió la caja, acomodó los utensilios de escritura, desplegó los documentos y sacando un librito de papel

agrisado eligió una clave y comenzó el informe confidencial de su viaje desde Rosario hasta Córdoba: caminos, bastimentos en postas, caballada, federales sospechados de unitarios y el hacer corriente de los gobernadores de Córdoba y de Santiago del Estero.

Al finalizar guardó todo, pero antes de cerrar sacó unas cartas personales y releyó los datos y las instrucciones. No estaba seguro de poder cumplir con lo que el hombre le había pedido, pues ninguno de ellos dos, mientras trataban el tema en Galicia, había imaginado la vastedad del conflicto en el Río de La Plata; el tiempo que insumía ir de Córdoba —que era el centro del país— hacia las provincias que llamaban «del Litoral», último bastión unitario, le impedía estar atento a otra cosa que no fuera su oficio de agente secreto.

Tomó un medallón y lo abrió. El rostro pintado por el miniaturista lo había seducido desde que lo tuviera a la vista, y a causa de él, por primera vez en su vida, tenía más ganas de dedicarse a observar a aquellas mujeres que a intervenir en hechos de guerra.

## 5. TUS RECUERDOS SON CAMINOS

«Saciados de azur, dormitan. Sus picos aún están maculados de sangre y sus garras aprietan fuertemente la barra de marfil. Así duermes tú algunas veces, extenuada de amar, tus labios doloridos y tus brazos anudados alrededor de mi cuerpo».

Versión de Pedro Lainez Varela, «El sueño de los halcones», de *El Jardín de las Caricias*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1841

Ignacia comenzó el día llevando al halcón a cazar. Salió montada en Zeltia, la yegua que le regalara el comandante Farrell un año atrás; la seguía Casildo, el negrito que le hacía de ayudante, en un petizo clinudo que había comprado para él.

Llevaba al peregrino para que se ejercitara, en la mano protegida por la lúá, el guantelete de cuero. El libro de cetrería aconsejaba no darle demasiado de comer de la mano, sino mantenerlo con un poco de hambre para que quisiera cazar, pues una de las causas del alejamiento del ave era la circunstancia de contar con demasiado alimento provisto por el dueño. No le había puesto la caperuza, aconsejada por el cetrero que viajó con ellas hasta Río de Janeiro cuidando los halcones del emperador de Brasil, quien dijo que si el ave estaba acostumbrada a su amo, aquello podía ponerla inquieta. Ignacia confiaba en el temple de Zegrí; no era de sobresaltarse, excepto ante ruidos violentos, así que se arriesgaba a llevarlo al descubierto.

Iban hacia el Alto porque Casildo comentó que por allí había muchas urracas, y sabía que estas tenían variadas artes para burlar a las aves de presa; aquel ejercicio le vendría bien. Le dejaría comer las piezas, pues no lo quería para cazar, sino por el afán inquietante de tener bajo su dominio a un animal tan hermoso. El terreno presentaba pocos árboles frondosos y no muy altos, como convenía para aquel lance. Además, era zona de quintas y las urracas solían devastar sembrados y frutos, así que los hortelanos veían como una bendición al halcón precipitándose sobre las bochincheras bandadas.

Aquel día se sentía casi feliz; Casildo la había sorprendido por el entusiasmo con que se encargaba de Zegrí. Además tenía una memoria excelente, y aunque ella recién le estaba enseñando el abecedario, el chico podía recitar con todo entendimiento cada página del libro de cetrería que le leía. Era un juego entre ellos que le soltara preguntas a bocajarro:

—¿Qué son las pihuelas?

—Las dos correítas de cuero que le ponemos en las patas para mantenerlo atado.

—¿Atado a dónde?

—Al banco, a la mano de su mercé, a las alcánt... alcántaras...

—Alcándaras, con d de dulce. ¿Qué largo deben tener...?

Era una forma de no pensar en Fernando, en su ausencia, en sus cartas de pocas frases, donde apenas si le decía nada.

Cuando Casildo soltó las pihuelas, dio libertad a Zegrí y lo miró volar alto, estudiando el entorno. Su grito lastimero pero armonioso penetró en el pecho de Ignacia, estremeciéndola; el chillido del peregrino no se olvida después de haberlo escuchado reclamar desde las alturas su derecho a cazar.

«Así querría gritar yo ante esta ausencia, ante esta espera, ante este no saber qué pasa por su cabeza. Me siento como si llevara una sentencia colgada del cuello», pensó. «¡Ojalá estuviera Cora para darme un remedio que me hiciera olvidar, que me prestara paciencia, que me quitara este soplo del corazón!».

Cuando Zegrí quedó ahíto, bajaron hacia el río para que bebiera y se bañara. Casildo llevaba un bastón de caza, con contera de hierro para clavar en el suelo, la cruceta superior forrada de piel de carnero; era el «posadero» o la percha donde el halcón reponía sus fuerzas después de la cacería.

Ignacia dejó que Zegrí volara hacia el agua. Al volverse, sobre la cresta de la barranca vio a un hombre observándola. Montaba un buen caballo y parecía, desde lejos, persona de importancia. Inquieta, se dio cuenta de que ya lo había visto esa mañana, en la esquina de San Francisco, como si esperase a alguien. Se fijó en él porque vestía con ropas inusuales para la moda de la ciudad, pero no le prestó más atención. Ahora sospechó que quizás la estaba siguiendo. El pensamiento de que Gonzalo, su marido, hubiera mandado a alguien a buscarla le produjo malestar y preguntó al negrito:

—Casildo, ¿conoces al hombre que está sobre la barranca?

El moreno comenzó a desenredar la cuerda del señuelo y a hacer como que miraba las nubes.

—Hace días que anda por la ciudad, acompañado de un gitano que habla raro.

Aquello no tranquilizó a Ignacia; «de tal criado, tal amo», solían decir, y bien sabía que su marido era capaz de enviar a un villano —de aquellos que trataba en la mesa de juego— en busca de ella.

Cuando entraron a los galpones, antes de soltarlo en la paramera, Zegrí, todavía prendido a la lúa que le cubría hasta el puño, se sacudió impaciente y soltó un pitido de satisfacción que Ignacia compensó con unas pasas de uva.

—Mañana temprano tiene que vomitar las plumas —advirtió al morenito—. Y si ves que vomita con mucha agua...

—Le doy un ratón...

—Te nombraré halconero —le prometió ella, con un coscorrón amistoso en la mota. Le encargaría un lindo traje, se prometió, para que sintiera el orgullo de su oficio.

Fue en busca de su madre y le contó sobre el desconocido que andaba por la ciudad. Doña Leonor le dijo que seguramente este hombre no tenía relación con

Gonzalo, con lo que logró tranquilizarla. Pero una vez sola, aquella idea ya no le pareció descabellada. ¿Y qué harían si la sospecha de su hija fuese cierta?

ASCOCHINGA  
SEGUNDA MITAD DE 1841

Aquella noche, en La Antigua, Fernando se quedó hasta tarde escribiéndole a Ignacia. La carta era insulsa, pues le costaba poner los sentimientos en el papel. Solo con su hermana Luz tenía una correspondencia espontánea, sin barreras.

Había pensado en mandar a la ciudad a Rosendo, con el correo, pero se le cruzó la idea de hacer él mismo el viaje. No era mal momento; las cosas estaban tranquilas por Ascochinga y había licenciado a Lienán y sus ranqueles que, cargados con el botín de guerra, aguardaban impacientes volver a las tolдерías del sur.

Se acercaba el tiempo de Adviento y quería dejar todo en orden para pasar la Navidad con los suyos. Sí, le urgía ver a Ignacia y resolver las cosas entre ellos. ¿Cómo diablos iban a solucionar el problema de que era casada, por más que el marido estuviera del otro lado del mar? ¿Tendría ella valor suficiente para aceptar lo único que podían hacer, vivir amancebados y padecer el rechazo social? ¿O deberían esconder su amor como algo vergonzante? Durante el tiempo que estuvo en Ascochinga, más de una vez había deseado salir en la oscuridad, como si esta pudiera prestarle alas, para meterse en su dormitorio; ella había prometido mantenerlo sin llave de noche, por si se le ocurría llegar entre las sombras. Pero luego, en una carta, la joven le planteó su recelo acerca del futuro de sus relaciones. El problema era que él, en cuanto a Ignacia, no quería medias tintas. Era todo o nada, pues no soportaba la incertidumbre. «No debió provocarme si no estaba segura de cómo iban a terminar las cosas entre nosotros», se impacientó. Si continuaba en ese purgatorio, mandaría todo al diablo para irse a Los Algarrobos.

También le preocupaban los asuntos de la familia; en Córdoba las mujeres permanecían solas, ya que su hermano Sebastián y su primo Edmundo, el hermano de Laura, estaban exiliados en París por sus ideas antirrosistas. Lo tenía a mal traer la ley de confiscación de bienes a los unitarios. A veces dudaba si sus credenciales de federal alcanzarían para salvarlo de los que se enriquecían con el despojo de sus oponentes. ¿Acaso no habían confiscado las propiedades de los Ferreyra, siendo que eran buenos federales y amigos de don Quebracho?

Los codos sobre las rodillas, se restregó los párpados con fuerza. «Quiero estar con Ignacia», renegó; «quiero irme a Los Algarrobos, trabajar el campo, criar a mi hijo...». Y pensó con rabia: «¡Esta guerra de mierda que no deja hacer nada! ¿Cuándo acabaremos de achurarnos?».

En el tenue resplandor de la madrugada, un pájaro contestó con un graznido destemplado, solitario y doliente.

## 6. SELVA Y PANTANO

«Tuve un momento de sorpresa al contemplar ese río majestuoso, el Paraná. Las aguas, agitadas por olas, su anchura perdida en el horizonte, me llevaban a admirarlo en religioso silencio. ¡Con cuánto gusto se asiste al despertar de una naturaleza virgen, viendo las acacias y aromas abrir lentamente sus hojas al sol!».

Alcide d'Orbigny, *Viaje por América Meridional*, tomo I

RIBERAS DEL PARANÁ  
SEGUNDA MITAD DE 1841

**E**l viaje en barco desde Montevideo hacia la ciudad de Corrientes fue una experiencia que Sebastián y Saint-Jacques no olvidarían.

La confluencia del caudaloso Paraná Guazú y el río Uruguay iniciaba una región exótica, envuelta en una suave neblina que desaparecía sigilosamente. La corriente era dorada al mediodía, pero el ocaso la teñía de sangre por la que espejeaban peces moteados como orquídeas.

En las isletas abundaban ceibos y frutales en floración: el aire olía a azahar.

Un inglés que viajaba con ellos les comentó que, en los meses de verano, poblaban la corriente canoas cargadas de frutos para vender en las ciudades costeras y en el mercado de Buenos Aires.

—El perfume del durazno es particularmente grato —dijo el gringo—. Podrían hacerse fortunas en estas tierras, si no fuera por la falta de voluntad de los nativos, la carencia de brazos para la recolección, las trabas que se ponen a la industria y a la exportación. Un sobrino mío viaja todos los años para comprar las ramas florecidas de naranjos y limoneros; fabrica agua de azahar, que es muy apreciada. Intentó enseñarles su elaboración a las hijas de los granjeros, para que incrementaran el bienestar de la familia, pero no se interesaron.

La variedad de plantas y árboles, las nutrias y algún perdido manatí en el agua, y cientos de pájaros de coloridos plumajes, abrían la imaginación a una tierra extraña. Pero al anochecer, cuando se detenía el viento y fondeaban en un islote, bandadas de mosquitos los atacaban sin piedad.

El capitán pronosticó que llegarían a destino antes de lo esperado pues, siendo primavera, casi todas las mañanas soplaba el viento que permitía remontar el cauce como si fueran en andas.

La región, que Saint-Jacques disfrutaba como forastero, era para Sebastián la patria desconocida, desmesurada, tropical e incalculablemente rica.

—Aquí podíamos ver manadas de yeguas, reses y mulas pastando a la orilla, pero los ejércitos arrasaron con todo y los hacendados quedaron arruinados. El animal sacrificado para la tropa es pura pérdida; se malogran los cueros, el sebo, las astas y gran parte de los restos dan de comer a tigres y caranchos —dijo el capitán.

—No hay economía que soporte una guerra intestina —sentenció el inglés.

Cuando el calor era soportable, Sebastián pasaba las horas sobre cubierta. Leía y hubiera querido escribirles a Edmundo, a Luz y a misia Francisquita; saber sobre la misteriosa tía Leonor y de su prima Ignacia. Una joven diestra en esgrima, capaz de robarle el halcón a su marido y de presentarse rapada en la puerta de la iglesia, era digna de intercambios epistolares.

A veces, pensando en la batalla de La Tablada, recordaba con un estremecimiento el encuentro con su hermano Fernando, el día en que casi se habían matado; el Payo, acérrimo federal, cabalgaba con la tropa de Facundo Quiroga. Él, unitario a ultranza, estaba con el Manco Paz. Después de aquel episodio, cuando se insultaron a través del estruendo de los fusiles, los relinchos de los caballos, los gritos de los llaneros y las órdenes de los oficiales, nunca más se habían visto y mucho menos escrito.

Lo poco que sabía de Fernando era a través de Luz. La muerte de Calandria le había dejado frío en el alma: recordaba la infancia con ella, antes de que la pubertad separara a los hijos de los amos de los hijos de los criados, cuando todos jugaban juntos. La recordaba más crecida, amante del Payo, con su sentido del humor atrevido pero nunca grosero. ¡Tanta hermosura aniquilada por la barbarie! Cuando preguntó a Luz por su pequeño hijo, le transmitió algo desconcertante: su otra hermana, Inés, tan cerrada en purezas de sangre, se había hecho cargo del niño.

El mundo de su infancia, marcado por las diferencias de clases pero casi siempre benevolente, resultó arrasado primero por la Revolución de Mayo —con sus aciertos y equívocos— y luego por la lucha entre unitarios y federales. ¡Qué maldita guerra!, pensó, con un dolor en el pecho. Quizás el general Paz pudiera voltear la suerte de la contienda. Pero después de haber discutido en Montevideo con los intelectuales exiliados, la única voz que le parecía sensata era la de Mariquita Sánchez cuando sentenciaba que no era fácil descubrir la verdad entre tantas miserables intrigas, ambiciones, mentiras y traiciones. La peor de todas, la del gobierno francés, que al firmar el tratado Mackau-Arana había dejado a los crédulos y a Lavalle en el limbo, condenados a seguir adelante sin recursos, pues ya habían cruzado «el punto del no retorno».

«Solo queda morir por las ideas que sustentamos», pensó Sebastián. Y recordó la cita de Mariquita a su hijo Juan Thompson, resignada ante la decisión del joven a unirse al ejército correntino: «Y si todo se pierde, nos quedará el honor».

Sebastián ignoraba que Fernando, en el corazón de su provincia, había hecho un análisis tan amargo y claro como el suyo, desde la raíz de sus ideas.

Saint-Jacques también leía, pero casi siempre tratados de cirugía militar y el vademécum de fármacos que podían conseguirse en Montevideo. También se interesaba en las propiedades de las plantas de la región que, en caso de necesidad, podían suplir a varios medicamentos. Algunas noches, antes de caer en el sueño, hojeaba un pequeño libro encuadernado.

Un día Sebastián encontró el tomo en el suelo: eran las poesías de Lamartine. El



libro se abrió en el señalador de seda, en el poema «Meditación sobre los muertos». Leyó:

*En ese tiempo fue cuando mis ojos  
palidecer os vieron y morir,  
¡oh tiernos frutos que no quiso Dios  
dejar que madurasen a la luz!*

Pensó en la tristeza de Armand por su mujer muerta en el parto junto a la hijita tan esperada, que no sobrevivió. Comprendió que, para su amigo, aventurarse en una guerra ajena era la forma de olvidar un dolor imposible de expresar.

A medida que remontaban el río, un extraño ánimo se apoderó de ellos. De noche oían los rugidos de los jaguares, y al preguntar por las cruces que avistaban sobre la costa les dijeron que eran de hombres muertos por esos grandes felinos. Una mañana descubrieron las huellas enormes, todavía húmedas, del que había saltado sobre la borda para llevarse la carne puesta a orear en los cabos de los mástiles.

En la provincia de Santa Fe, la primera villa que avistaron fue la del Rosario. El capitán les informó que ese día no se detendrían, para aprovechar el viento. Al siguiente este varió de rumbo, y tuvieron que anclar en la Isla de los Pájaros. El aire parecía de fuego, y del agua se levantaban vahos ardientes. Cuando se aquietaba la brisa, miríadas de mosquitos caían sobre ellos.

Una noche, en la quietud obligada, Sebastián recordó el cielo estrellado de Los Algarrobos cuando, con un catalejo, enseñaba a Fernando, Luz y sus primos el nombre de las constelaciones. Enterró la cara en la almohada y sollozó en silencio, por la tierra y la familia perdida, por la Patria anegada en la sangre de sus hijos.

\* \* \*

En los días siguientes escribió cartas que no mandaría y dibujó bocetos a pluma de la flor del irupé y los cisnes de cuello negro. Las palometas que seguían al barco lo inquietaban: un marinero comentó que sus dientes eran tan afilados, que los guaraníes los usaban para cortarse el pelo o tusar sus caballos.

Cuando llegaron a la costa entrerriana advirtieron las barrancas calcáreas con sus hornos de cal. Allí estaba la famosa ciudad —no por lo grande, sino por ser nudo de itinerarios— denominada La Bajada, y como otra vez soplabla el viento norte, el capitán decidió atracar en el pequeño puerto.

Pasaron allí dos días; Sebastián entretenido con su caja de pinturas y Saint-Jacques en contacto con el médico del lugar, que los invitó a su casa, les hizo probar platos característicos y jugos de frutas desconocidas para ellos. Entre otras cosas, hablaron de las enfermedades endémicas y de la antigua medicina indígena, probadamente eficaz.

—Pero ustedes van a encontrar en Corrientes a un gran sabio, el doctor Bonpland, que está escribiendo un tratado sobre nuestras hierbas.

A la mañana siguiente los llevó hasta el confín del terreno; allí, entre juncos, había una lagunita donde garzas blancas paseaban su elegancia; cuando se acercaron, descubrieron muchos cuises que, sobresaltados, se lanzaron al agua para mostrar de inmediato sus graciosos hociquitos, haciéndolos reír. Aquella escena de fábula hizo que Sebastián los dibujara a carboncillo, para enviárselos a sus hermanos —Ana y Carlitos— a Cardiff. Tarde recordó que no eran los niños que lo habían despedido en Córdoba; por los años transcurridos, ya serían jóvenes independientes.

\* \* \*

Esa noche durmieron a bordo, pues se esperaba que el viento virara al sur. A partir de allí tuvieron que esquivar bancos de arena donde se congregaban bandadas de golondrinas, y por las noches, a los zancudos se unieron unos enormes escarabajos que parecían lanzados por la oscuridad de la selva.

El inglés señaló que la Villa de Goya distaba pocas leguas, pero internándose por un canal.

—Me gusta la gente de Goya —afirmó—; se entusiasman hablando de Europa, y no es difícil ver a sus hijos en Londres.

Al anoecer, nubes plomizas se aproximaron desde el sur, y de la copa de los árboles unos aullidos espantosos los sobresaltaron: era el gran mono gritón que anunciaba la tormenta. Por suerte, esta se atemperó y el barco pudo hacerse a la vela.

Cerca del amanecer avistaron las primeras casas de la ciudad de Corrientes. Llevaban las señas de Juan Thompson y de Santiago Derqui: ellos los conducirían ante el general José María Paz. El capitán les dijo que no tendrían problemas para encontrar guías y caballos, pues se conchababan en el puerto en cuanto el barco fondeaba.

Cuando Saint-Jacques pisó tierra firme —mientras los marineros bregaban con el coche-ambulancia—, levantó los ojos al cielo, esperando la bendición del olvido. Sebastián, en cambio, sabía que caminaba hacia la muerte y aceptaba ese destino, que justificaría sus ideales.

## 7. EL CORAZÓN DE LAS PROVINCIAS

*«Siempre habíamos creído que las referencias de Bernardo Frías y Julio Costa (Tradiciones históricas de Salta y Rosas y Lavalle) sobre los horripilantes excesos cometidos con el cadáver de Avellaneda no tenían más base que alguna exagerada tradición. Este testigo las corrobora. (...) En nuestra breve historia, pocas son las veces en que un episodio de esta índole consta en algún escrito, con tantos detalles».*

Carlos Páez de la Torre (h), *Nicolás Avellaneda. Una biografía*

LA ANTIGUA  
(ASCOCHINGA, SIERRAS DE CÓRDOBA)  
SEGUNDA MITAD DE 1841

Cuando el día se volvió sombras, llegaron a La Antigua dos baqueanos, el Malandra y el Mulita, hábiles en seguir rastros, conseguir víveres y engañar a enemigos. Eran hombres del general Paz y de Luis Allende Pazo —marido de Inés Osorio—; siendo del llano, se movían por la sierra como si llevaran una vida entre cerros y quebradas.

Fernando, Robertson y don Luis dejaron a las mujeres y los niños dormidos y se desvelaron bebiendo y conversando con ellos sobre la guerra. Afuera, ni los perros ladraban, lo que infundía tranquilidad.

Mientras bebían y comían una cabrillona asada, los baqueanos fueron soltando las noticias que traían de la guerra.

—No sé si saberá, don Luis, que a su amigo, el doctor José Álvarez, y a los estudiantes que lo acompañaban los mataron en San Juan de un bombazo, cuando los federales la recuperaron —dijo el Malandra.

Tanto Fernando como Luis conocían al doctor José Francisco Álvarez, un hombre culto que había tratado de ignorar la lucha entre facciones, y que luego del golpe de 1840 a López Quebracho fuera nombrado gobernador de la ciudad. Inició un resurgimiento de las artes, del comercio y de la antigua sociabilidad, pero haber participado en la revuelta lo obligó a salir de Córdoba y que sus bienes fueran incautados. Al unirse a los unitarios, un grupo de estudiantes del Monserrat y de la Universidad lo siguieron por simpatía a sus ideas.

—El último palizón nos lo dio Oribe en Famaillá; el general Lavalle se alzó una mujer y salió disparando para el norte. El Oriental hizo una matanza de esas pa' que la sangre llegue al codo; de cuete se salvaron algunos milicianos. De cabo para arriba, fusil o violón; a los tucumanos que seguían a Avellaneda también los diezmaron, pero con él hicieron escarmiento.

—Un Judas los entregó —dijo el Malandra, escupiendo a un lado.

—... el Sandoval, mano derecha de Lavalle; no era de uniforme. El general Iriarte, antes de cruzar la cordillera, se cansó de prevenirlo en las que andaba el

forajido.

Tomás de Iriarte destacó en sus Memorias: «Era un alarife de cuentas y todos sabíamos en el ejército que cuantas veces, y eran muy frecuentes, se le daban comisiones fuera de la vista del ejército, cometía los mayores excesos: robos, estupro; sangre y toda clase de violencias marcaban la huella de Sandoval. El general Lavalle no lo creía o aparentaba no creerlo».

—Tenía su propia partida, porque les permitía robar lo que fuera, al rico o al pobre. Había paisanos que ni galopar podían por lo cargadas que llevaban las alforjas.

—El gobernador Avellaneda lo tenía como jefe de escolta, vean si sería confiado el mozo...

—¡Y lo que son las cosas!, naidas tiene la suerte comprada. Don Marco y otros unitarios, sabiendo perdida la causa, salieron pa' Jujuy. Cerca de un pueblito oyeron las campanas que llamaban a misa y uno de la partida se empeñó en ir a rogar por sus vidas.

—Avellaneda, que sabía que venían degollando, les alvirtió que la misa podía costarles la vida, y siguió viaje.

Pero el testarudo —don Pedro Bravo de Rueda— no se dejó convencer y su hijo tuvo que entrar con él a la capilla. Al *Ite, missa est*, oyeron un tropel de caballos: era la partida de Sandoval, que acababa de apresarse a Avellaneda y se lo llevaba a Oribe. Los Bravo de Rueda, en cambio, salvaron sus vidas escapando por la sacristía.

—¿Y qué pasó con Marco? —preguntó Fernando.

—El traidor le quitó sus pilchas, el caballo y todos los arreos; vestido así, y sobre la montura de don Marco, se presentó al Oribe, que le pagó un montón de patacones por entregarlo. Y al gobernador, para humillarlo, lo pasearon en calzoncillo y camisa.

Luis Allende Pazo se estremeció al recordar las palabras del general Paz sobre derrotas y prisiones: «No temo morir; lo que me espanta es la indignidad que nos deparan».

—... y en después, al Marquito lo serrucharon por la nuca, con faca desafilada, pa'escarmiento.

—Nosotros nos entreveramos con los federales, para averiguar de los nuestros, y ayudar si podíamos, y uno que nos creyó colorados nos contó que el mozo protestaba diciendo «apuren, carajo, apuren...».

Ante el estremecimiento de los que escuchaban, y como si se hubieran puesto de acuerdo, los dos baqueanos, la vista en el suelo, movieron la cabeza; el horror del castigo iba más allá de lo creíble.

Según el Diario pormenorizado del coronel García, del ejército del general Oribe:

*... Avellaneda, con la cabeza completamente separada se afirmó en las manos apenas Cayó y —por largo rato estuvo como quien anda Agatas. Mientras tanto su Cabeza Separada y Tomada— por un Soldado de los cabellos hacia las más extrañas gesticulaciones: los ojos, se abrían y*

serraban girando de izquierda a derecha y viceversa y hechando miradas de frente sin apagarse mientras el labio inferior se Colocaba muchas veces delante de los dientes con un movimiento tan natural y poco forzado como cuando la hira nos hace Contrar de ese modo la boca. La Caveza vivió de este modo unos minutos y el Cuerpo mismo, después de estar inmóvil presentó otro fenómeno de vitalidad —un tal Bernardino Olid— capitán allegado al Gral. Oribe y uno de los hombres más feroces y Carniceros sacó el cuchillo y observando su blancura y delicado cutis de Avellaneda: «De este c... dijo c... quiero una manea» y dando un tajo todo a lo largo del cuerpo del decapitado señaló la piel haciendo correr por el lomo lentamente el Cuchillo: el-Cadáver se enderezó nuevamente apoyado en las palmas de la mano y hasta donde le es posible a un hombre vi levantarse en esa aptitud, se mantuvo por más de tres minutos-finalmente —Olid corrió nuevamente el Cuchillo y —sacó la lonja para su manea, el cadáver, ya no se movió.

El coronel García continúa:

*La manea fue sobada, la Colocó una argolla de plata... en las marchas, hizo presente de ella al Gral. Oribe y no aceptándola esta la mandó conservar mucho —aplaudiendo la idea. El Cuerpo de Avellaneda— fue despedazado así. Fueron los demás esa noche— Malear Alvarado, Arizaga, Zolfarini y otro jugaban con los miembros de Avellaneda y muchos fueron a colocar debajo en la cabecera de alguna de las mugeres del Ejército, un pie, una mano, una pierna o el miembro viril de Avellaneda, a —tal estado ha llegado la familiaridad con estos echos horrorosos, y si se agrega que todo esto divierte al Gral. Oribe se alcanzará a comprender adonde iremos a parar. Y a los soldados— frien mais. Con grasa humana... que nos falta para ser antropófagos, —muchos han comido de la grasa de Avellaneda; por esto lo-an hecho muchas veces— y no se diga que Borrachos, aquí no se venden vevidas espirituosas ni hay mas embriaguez que la sangre vertida ya por gusto por placer. Finalmente, envían a Tucumán la cabeza, que entre Maza y Oribe acomodaron en un cajón con cal, con orden de ser expuesta en una pica, en la Plaza Mayor, para atemorizar a los antirosistas.*

En el silencio de espanto que siguió, solo después de varios tragos de vino pudieron seguir conversando.

Don Luis, muy pálido, se aclaró la voz:

—¿Y el coronel Lagos no intervino?

Allende había peleado bajo las órdenes de Hilario Lagos en la contienda con Brasil; hombre de Lavalle, mesurado de carácter, cuando se desató la guerra civil se

mantuvo aparte, pero luego decidió enrolarse con los federales.

—Hombre derecho —dijo el Mulita, respetuoso—. Dejó a Oribe porque en Famaillá el coronel Facundo Borda se le rindió, y Lagos le aseguró que no les tocarían un pelo. Oribe, sin embargo, lo fusiló junto con sus oficiales sin decir «acá va». Pero antes le cortaron las orejas y se las mandaron al Restaurador de las Leyes. Don Hilario acusó al oriental por faltar a la palabra y ese mismo día se largó a Buenos Aires a pedir otro destino.

—Clarito sentenció: «Soy argentino y Oribe no lo es: yo peleo por mi Patria, que no es la suya».

Con la boca amarga, Fernando recordó a Gaspar Indarte, su mejor amigo; asqueado por la matanza que hizo la Mazorca con los vencidos en Quebracho Herrado, se había vuelto a Buenos Aires para pedir, él también, otro destino.

No fueron casos aislados: varios militares federales, en medio del fanatismo que movía a mazorqueros y oficiales como Maza o Bárcena, habían conservado el juicio, negándose a intervenir en las matanzas, aduciendo que Oribe abusaba de «innovaciones en extremo discutibles».

—En La Rioja, todos los comandantes se pasaron a los federales...

—¡No el Chacho! —Levantó la mano su compañero.

—Es que la gente andaba temerosa, y como vían que los de Lavalle no ganaban unita, desertaban sin lástima.

—¿Y qué iban hacer con un puñado de hombres? Los de Oribe eran un montonazo, bien comidos, con buenos caballos, con armas...

—... los nuestros parecían hilachas.

—Qué guerra de mierda... —juró don Luis.

Fernando trataba de serenarse. En la pelea, él entendía el choque, el encontronazo, la lanzada, la cuchillada, el trabucazo. No entendía cómo alguien podía dar muerte a hombres de rodillas y con las manos atadas; no entendía el hacer de la ejecución una diversión larga y sangrienta: el «entretenimiento», lo llamaban algunos jefes. Decían que, después de Famaillá, Oribe hizo matar primero a todos los cordobeses del ejército de Lavalle. Fernando rogó no tener que llevar noticias de tal suerte a su familia; no tener que darlas a los paisanos del Tercero Arriba, del Tercero Abajo, que se acercarían pidiéndole información.

—Los correntinos no se tragarón el embuste del perdón y arremetieron por el Chaco, pensando cruzar a Goya.

—Después se les unieron los cordobeses que le habían escapado al filo, algunos porteños y gentes de otros lados. Se metieron por El Bracho, porque ahí, naidés se atreve.

El Bracho era un monte impenetrable habitado por indios chaqueños a quienes no les gustaba la presencia del blanco, donde fieras salvajes atacaban a los soldados dormidos o robaban niños de los toldos.

—Otros se pasaron al coronel Aparicio, el que era comandante de Traslasierra.

Ese agarró para Cuyo, con Peñaloza.

—... que le manda sus respetos, don Fernando; se ve que lo aprecea... —deslizó el Mulita, con un ademán gentil.

—Aparicio y Peñaloza son de lo mejor —respondió Fernando, y agregó—: Aunque yo no galope con ellos.

—Y cuando ya no quedaban más que enemigos dispersos, a los orientales se les hizo el campo peperina. No dejaron pueblito sin sacudir ni mujeres sin ofender; se llevaban los chicos de doce años pa' tropa y lo que no podían robar, lo incendiaron por puro gusto...

—Dicen que Lavalle ha muerto, pero los orientales no han hallado el cuerpo.

—A lo mejor está vivo —dijo don Luis con la garganta apretada—. Quizás han corrido la voz para desalentar a los que siguen luchando.

Fernando se puso de pie, sacudió el poncho y ayudó a don Luis a levantarse; Robertson entregó el chifle de vino a los baqueanos, que dormirían en el galpón.

—Me olvidaba —dijo el Mulita, revolviendo entre las caronas del apero—; me lo entregó un hombre de Bedoya, p'al comandante Farrell. Hay una carta del novio de la niña Consuelo.

—Ya debe haber estirado la pata el mocito... 'taba mal —masculló el otro.

Fernando tomó el paquete de lienzo lacrado, sucio y pegajoso, y subieron a los dormitorios. Hubiera deseado echar una mirada a Lucián, que dormía con sus primos y las niñeras, pero podían despertarse y los más pequeños empezarían a llorar. En su cuarto, encendió la palmatoria y se dejó caer en el sillón, frente a la mesa del candil, pensando escribir nuevamente a Ignacia. No pudo hacerlo; su estado de ánimo era como una piedra en el pecho. Se durmió pensando que si Lavalle había muerto y los demás jefes huido, la contienda se derrumbaría en un gran silencio.

## 8. PEPERINA, PASIONARIA Y TUCAYUYO

«A Mamajuana los comechingones le enseñaron a curar la picadura de la víbora con un tizón y la lambidura de las arañas con sanguinaria. La menta, la peperina y la pasionaria calmaban los nervios y tranquilizaban a los fogosos en el amor. La tristeza se quitaba con tucayuyo y para amar y para abortar se usaban la artemisa y la ruda».

Miguel H. Villeco, *Mamajuana* (novela histórica sobre los comechingones)

LA ANTIGUA  
(ASCOCHINGA, SIERRAS DE CÓRDOBA)  
SEGUNDA MITAD DE 1841

Una semana después, Fernando empacó sus cosas para volver a la ciudad. Quiso llevar a Lucián, pero el niño, acostumbrado al campo, dijo que tenía que estudiar con tía Inés y ayudar en los corrales. No insistió; le tranquilizaba que se fuera adaptando, que Robertson le prestara atención y que Inés le diera el cariño que atenuaba su carácter montaraz.

Una tarde galopó hasta El Oratorio, a pocas leguas de La Antigua. Sabía que Farrell no estaba, pero sentía la necesidad de ver a Cora. Tenía respeto por la mujer, pero también temor por su oficio: era despenadora.

Siempre le habían inquietado los dones de las mujeres: dar a luz, sangrar todos los meses y no morir, predecir, intuir, curar, trastocar el curso de las cosas con artes o mañas. Preparar bebedizos y matar, aunque fuera como Cora, la compasiva quitadora de penas, cuando solo quedaba sufrimiento sin ninguna esperanza. Ella, con su sabiduría, había cantado para su mujer, que agonizaba en una pesadilla de la que ya no saldría. Había cantado suavemente y Calandria se sumió con una sonrisa en la oscuridad.

Acortó camino entre pircas levantadas antes de que llegaran los conquistadores y desde lo alto vio brillar el tajamar. El padre de Farrell, que era escocés, había imitado un parque de Inverness, colocando bancos alrededor del estanque y construyendo un cenador griego, envidia de las damas vecinas y horror de sus maridos.

A la derecha había un rancherío con base de piedra. Allí se resguardaban animales, se acopiaba forraje y se alineaban herramientas. El único que tenía puerta pertenecía a Cora; bajo llave guardaba frascos con ungüentos, menjunjes y manojos de plantas.

Descendió al trote; la entrada estaba a oscuras, así que fue hacia la parte de atrás, de donde venía luz. Cora lo esperaba en la puerta de la cocina, sonriendo y con las manos bajo el delantal. La última claridad del día iluminaba sus cejas renegridas. Tenía una mancha de harina en la mejilla.

—Menos mal que vino; quería enviar unas cositas a Córdoba. Pase nomás — indicó con afabilidad.



Fernando ató al Moro al palenque y entró a la cocina. Unos perros viejos, de patas cortas, los mimados de Cora, los siguieron adentro con un jadeo asmático. Con los faroles encendidos, la habitación olía a pan recién horneado y al puchero que hervía a borbotones: olor a casa, a mujer, a familia. El recuerdo de Calandria lo golpeó angustiosamente.

Cora sirvió aloja en dos vasos y le ofreció uno.

—Para el olvido —dijo, como si le hubiera escuchado el pensamiento, y luego bebió del suyo mientras destapaba la cacerola, que lanzó una vaharada a laurel.

Fernando se sentó a la mesa y paladeó un sorbo. Las ranas comenzaron a croar y los tucos respunteaban de luces el estanque. Bajo los ruidos naturales, sintió como si la sierra lanzara un suspiro que pacificaba el alma.

Sobre una tabla, la mujer cortó morcilla con cebolla, tomó el pan tibio, lo partió con la mano, y le tendió la mitad sobre una servilleta de tela burda.

En minutos, aunque sin ganas de hablar, Fernando comenzó a sentirse bien. Cuando llegó Isidro, Cora sirvió aloja a su marido, de un anaquel tomó una bolsa de lienzo con un bordado desteñido y la sostuvo sobre su pecho, sobándola.

—Se la encargo, mozo; la bordó la mamá de don Eduardo. Mucho le gustaba a doña Mercedes y la acabo de encontrar, así que llévesela con mis recuerdos y con el encargo que me pidió: un pancito para ella, y otrito para la niña Consuelo. Mire — señaló el lomo de la última pieza—. No hay cómo errarle: el de la señora lo marqué con una cruz, y el otro, con un nudito. Ah, y llévele esto a la niña Ignacia: son yuyos para dormir. Es de mal sueño cuando está sola —deslizó, y metiendo todo en la bolsa, ajustó los cordones y se la entregó.

—¿Y para mí no hay nada? —bromeó Fernando.

Cora tomó el pan del que había cortado, que tenía marcado un círculo, lo envolvió en el paño y se lo entregó.

—Usted lo llevará puesto. Métalo dentro de la camisa, así no lo pierde —se santiguó y dijo—: Que el Ángel de la Guarda los defienda.

Ella y su marido salieron a despedirlo. El último comentario de la india fue:

—Dígale a doña Mercedes que no se preocupe por la carta, que solita aparecerá.

Fernando levantó la mano al despedirse, los cuzquitos ladraron y el caballo apuró el tranco. ¿A qué carta se refería Cora? Seguramente Farrell sabría de qué se trataba.

CIUDAD DE CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1841

En el que fuera despacho de su hermano Carlos, doña Leonor había reservado un espacio, al lado de la ventana, para distraerse pintando. Sus amigos bohemios — Renzo, que la había ayudado a escapar de Córdoba, y el joven flamenco, maestro de pintura en la corte del emperador de Brasil— le habían enseñado además dibujo. Mientras Ignacia se entretenía con los libros de su padre, ella preparaba un bastidor, pues en la buhardilla había encontrado el caballete de Sebastián, paletas y pinceles.

Francisca, con su costurero de encajes, estaba embebida en la labor. Cada una en lo suyo, cambiaban algunas palabras y esperaban que Nombre de Dios les llevara una jarra de limonada.

Después de haber vivido con la ciudad ocupada por los ejércitos, habían comenzado a recuperar la cotidianidad, pero en los últimos días notaron la afluencia de soldados dispersos que regresaban a sus hogares o pasaban a otras ciudades.

No importaba la escasez de alimentos, la falta de buenos géneros y que muchas escuelas estuvieran cerradas: con ingenio, se encontraba comida en las afueras; las costureras de los conventos se encargaban de los arreglos y a los niños se les enseñaba en casa. El maestro Vidal mantenía su escuelita contra viento y marea, ayudado por su hija y su mujer. La gente pagaba con lo que podía y, de vez en cuando, con dinero. No le importaba, solo quería enseñar.

«Somos sobrevivientes», pensó Francisca, feliz de compartir la tarde con su hermana y su sobrina. Solo faltaba Consuelo, pero la pobre había ido a cuidar a Mercedes para que ella pudiera descansar un rato.

En aquel momento una criadita se prendió a la reja y recitó el mandado de sus amas, las Orduña, que preguntaban si podían recibirlas. Las acompañaría su sobrina, Saturnina Rodríguez, joven agraciada, tímida y con una profunda vocación religiosa.

La respuesta fue que las esperaban, y apenas retirada la chiquilla, misia Francisquita convenció a Ignacia de que fueran a componerse el peinado y a ordenar otra pinta de limonada. Como su sobrina protestara, la señora insistió: vendría una joven de su edad y era una falta de urbanidad no conversar un rato con ella.

—¡Pero si solo platica de Ejercicios Espirituales, de huerfanitas y de mujeres que se prostituyen para mantener a los suyos!

—¡No pronuncies esa palabra! ¡Estoy segura de que Saturnina jamás la dijo!

—No; ella es muy delicada —se burló Ignacia—. Dice «mujeres que se abandonan»... usted sabrá a qué.

—Esa joven, si consigue entrar al convento, un día será santificada, mira lo que te digo.

Ignacia la siguió con una expresión burlona.

\* \* \*

Leonor se demoró, pues quería dejar el lienzo listo para comenzar al día siguiente a pintar la casa de enfrente, con ventanas llenas de geranios colorados, que mostraban sus ideas federales. Se calzó los quevedos sostenidos por una cadena de oro al canesú del vestido; la noche anterior le había dado a la tela una mano de agua de cola con una brocha gruesa y ahora lijó superficialmente para aplicar la papilla de cola, agua y creta, cuando una sombra oscureció la luz de la calle. Cuando se volvió a mirar, el sol le dio en los cristales y quedó ciega por un instante. Se quitó los anteojos, dejándolos colgar sobre el pecho; en la vereda se había detenido un hombre. Su aspecto la

desconcertó. Evidentemente, no era un caballero, pero tampoco un zaparrastroso. Sin embargo, había en él algo inquietante, ese algo que emana de los hombres que no han sido domesticados por mujer.

Sorprendida, lo observó. Parecía extranjero; de mediana estatura, el pelo atusado, color azafrán. La barba era un bozo tupido pero prolijo, lo mismo que el bigote, que se unía a ella en candado; su tez, tostada por el sol, y las cejas, una línea recta sobre los ojos color almendra, cautos e inquisitivos. Un hombre fuerte y apuesto, maduro y muy dueño de sí. El instinto de Leonor, desarrollado en aquellos años previos a conocer a su marido, le advirtió que era peligroso.

De un vistazo evaluó su ropa, a la moda de los Países Bajos. Usaba arete, y en la mano asida a la reja parpadeaba un zafiro de considerable tamaño. En la otra, sostenía el sombrero que se había quitado en cuanto sus miradas se cruzaron.

Ella pensó: «¡Dios Santo, Ignacia tenía razón! ¡Alfonso lo ha mandado!». Él sonrió sin despegar los labios y después preguntó con acento de ninguna parte:

—¿Doña Leonarda Arias de Ulloa?

Leonor limpió el pincel y tapó la caja de óleos.

—Seguramente usted sabe la respuesta —contestó, conteniendo el malhumor.

—He viajado desde Vigo para hablar con Vucencia.

—¿Es usted un caballero? —le enrostró ella con soberbia.

Él la miró con una sonrisa que le marcaba dos fuertes líneas a los lados de la boca.

—Yo diría que no —replicó sin molestarse.

—¿Acaso ignora que en esta tierra es mal visto que se detenga en la reja de una casa de bien, e intente hablar con las mujeres?

—¿Y de qué otra forma podría presentarme ante vos? Me urge hablaros.

—Si lo manda Alfonso...

—No me manda ningún Alfonso; traigo cartas de presentación de Braz Ramires de Castro, vuestro pariente.

Leonor enmudeció, pero se compuso de inmediato.

—¿Y no le pareció a usted suficiente recomendación para solicitar que se lo recibiera?

Él volvió a sonreír, esta vez mirándola a los ojos.

—No se me da bien el ceremonial...

Nerviosa, pensó que antes de recibirlo debería hablar con Francisca. No fuera que el marido de Ignacia estuviese en las afueras de la ciudad y que este hombre, en complicidad con el sarraceno que lo acompañaba, raptara a su hija y su yerno se la llevara con todas las de la ley; casos semejantes había conocido en Galicia.

—Preséntese en la puerta a las Completas. A pie —pensó que si venían a caballo, eso les facilitaría la fuga—. Y ahora, por favor, retírese.

Quiso cerrar la ventana, pero el puño de él, como al descuido, lo impidió.

—¿Será menos ofensivo presentarme en plena noche que ser recibido ahora?

—Sería mal visto recibir a un desconocido estando ausentes los hombres de la familia. A esa hora, nadie lo verá entrar.

—Vendré a las Completas —aseguró él, quitando la mano de la ventana. Con una inclinación de cortesía, se calzó el sombrero y se fue.

En la penumbra, Leonor recobró el aliento. Se tocó el rostro; le ardía. Seguramente estaba roja como una granada. Se quedó allí hasta que las Orduña se fueron. Francisca no demoró en entrar e iba a regañarla, cuando ella la detuvo.

—Calla, por favor. He pasado un mal rato. Ese hombre, ese extranjero que anda dando vueltas por la ciudad, se me presentó en la reja exigiendo... casi exigiendo que lo recibamos.

Ignacia contuvo una exclamación, pero su madre la tranquilizó.

—Dice que viene de parte de tu tío Braz, que trae cartas de él. Pensando que podrían ser importantes, le he dicho que venga en cuanto den las Completas.

—¿Vas a recibir a un desconocido a esa hora? —preguntó Francisca, incrédula.

Leonor encargó a Ignacia que recogiera las cosas de pintura y llevó a su hermana al patio.

—No quiero que me oiga, pero temo que sea enviado por Alfonso, para raptarla. Tiene aspecto de corsario.

—¡Dios Santo, es posible que tengas razón! —dijo misia Francisquita—. Si él lo manda, le habrá pasado los datos de tu pariente.

—¿Y si realmente viene de parte de Braz?

Fue el argumento decisivo: nadie dormiría hasta enterarse de las intenciones del desconocido.

\* \* \*

En las habitaciones que Ponciana Vargas le alquilaba, Monforte de Lemos esperaba que cayera la noche mientras veía ir y venir a Omara, la negra que ayudaba a la Vargas. Cuando pasaba cerca de él, le dirigía una mirada lánguida que hasta días atrás lo dejaba sin aliento. Omara tenía un extraño atractivo: alta y delgada, sus ojos abarcaban el ancho de la cara, y su boca carnosa estaba siempre entreabierta. Acentuaban su aspecto el cuello delicado, las manos y los pies finos y largos. Hablaba poco, pero Blas se estremecía al recordar los sonidos que producía cuando hacían el amor, sonidos que recordaban a una leona en celo, a una gata ronroneando en la falda del amo, un trino gutural en lo profundo de una cueva.

Supo que hacía mandados para su patrona, espiando y recogiendo datos de las personas que acudían a la andaluza. La vio por primera vez un mediodía en que, preguntando por la Vargas, la portera, una vieja contrahecha, lo guio hasta la cocina. Allí encontró a la zahorí en bata, el pelo rizado suelto sobre la espalda, sentada sobre un pellón de oveja; frente a ella estaba la morena, y entre ambas, unas piedras y unos huesitos que la médica, con mirada sibilina, tapó con un paño. La habitación olía a

chocolate caliente, que le despertó el deseo de probarlo. Ponciana ordenó a la vieja:

—Tadea, sirve al caballero un tazón caliente —y a la negra—: Omara, pon una brasa en el azúcar de don Blas.

La joven hizo ademán de levantarse y él no perdió tiempo en estirar el brazo para ayudarla. La mano era suave y olía a vainilla; apenas si hizo presión sobre la suya y él tuvo que ceñir su delicada muñeca para ponerla de pie. Esa noche fue despertado por unos dedos suaves que le acariciaban la boca, el cuello, los hombros, la cintura. El aliento a vainilla denunció a Omara, que sin una palabra se tendió sobre él. Lo tuvo despierto hasta el amanecer haciéndole el amor de una forma lánguida, pausada, reviviendo el deseo cuando él creía que estaba agotado. Lo dejó con la razón oscurecida y servido como nunca lo fuera por mujer alguna. Por varios días no volvió a verla, pero Fares averiguó que era libre, hija de la negra del notario de los Osorio, Medina Aguirre; que vivía de hacer mandados y que a veces se prostituía.

Había pensado en ponerle casa y atender sus necesidades, pero cuando se encontró cara a cara con Leonor Osorio, de madura belleza, dueña de sí y altiva, se le habían trastocado las ideas.

Una sonrisa le cruzó la expresión; extraordinarias mujeres las Osorio, tanto ellas como sus criadas. Las venía observando desde que llegara. La nombrada Francisca le caía bien, con su mirar directo y su lengua afilada, que había disfrutado a la salida de misa. No iba a ser fácil de convencer, como tampoco seducir a la tal Leonarda. Y la joven del halcón... comentaban que había ayudado a «despejar» los mataderos de la Mazorca. Mujeres de temple, como la mayorala que dirigía el coche y calzaba facón. O aquella Canela, que mató a un negro asesino porque le marcó la cara a su prima. «No me disgustaría vivir entre ellas», se sonrió. Los planes que lo llevaran tan lejos de su tierra tendrían que ser examinados. No era cuestión de quedarse con el redil y sin la becerra de oro. Pensar en ver de nuevo a doña Leonor le produjo una grata inquietud. Fares ya rondaba cerca de San Francisco, para que nadie los viera llegar juntos. Omara quedó olvidada en la trastienda de sus intereses.

## 9. HERIDO CORAZÓN, DESPIERTA

«Llegué a tu puerta, rechinó la llave,/Abrió y entré. Lo que en aquel momento/Pasó dentro de mí, nadie lo sabe».

Gaspar Núñez de Arce, *La cita*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1841

Para noche aún cuando Fernando y sus peones salieron de La Antigua. Desde el sur, el horizonte arreaba una serie de nubarrones que presagiaban tormenta.

Rosendo y Pascual, siguiendo el talante de su jefe, no hablaban mucho. Fernando rumiaba su resentimiento contra Ignacia, esas desazones de amar y de no saber qué hacer ni para qué lado encarar la tropilla de sus sentimientos. Durante todo el trayecto, mientras daban de beber a los animales, o tomaban y comían algo, se mantuvo hosco, la mirada perdida en vaya a saberse qué caminos.

En Sinsacate hallaron a tres muchachos de paisano, con caballos muy maltratados.

—¿Desertores? —murmuró Rosendo.

—Dispersos —se condolió Fernando. Las caras hambreadas, desesperadas, lo impresionaron. Pronto robarían, luego matarían para comer y se convertirían en una pesadilla. Al reparo de un tapial, mientras Pascual les daba de beber a los caballos, sacó unos pesos de la faja y ordenó a Rosendo que apartara queso y pan de la comida que llevaban y se dirigió hacia ellos. En cuanto los vieron, las caras de comadreja acorralada se afilaron de aprensión. A distancia, Fernando hizo señas al mayor para que se acercara; le pidió noticias de la guerra, sin preguntar a qué bando pertenecían, y luego de unas frases le entregó el dinero, aconsejándole que no se metieran en líos, y ordenó a Rosendo que les diese la comida. Avergonzados al verlos comer el queso a mordiscos, sin atinar a sacar los cuchillos, se retiraron. Fernando buscó al maestro de posta y pagó unos reales de pienso para los caballos.

—Así se van pronto, Jesús —le advirtió.

Media hora después, al emprender la marcha, dos de ellos dormían bajo un tala y el tercero, las piernas enlazadas con los brazos, la cara sobre las rodillas, vigilaba las cabalgaduras.

Cuando retomaron el camino, el cielo comenzaba a encapotarse y se oía lejos el rumor del trueno retumbando con un ruido a molienda, a veces, y otras a cristales rotos, que los acompañó por horas. En las afueras de la ciudad, el cielo plomizo no anunciaba nada bueno. Parecía faltar el aire y todo estaba quieto.

—Se va a largar nomás el chaparrón, y no va a ser de los mansitos —murmuró Rosendo, que olía el agua en el aire. Pascual estaba inquieto; aunque muchacho de

campo, temía a los relámpagos y a los truenos, pues en Córdoba las tormentas se cobraban varias vidas al año.

Fernando no prestaba atención. Seguía mordiendo rabia y despecho, sin saber cómo presentarse ante su prima. Quizás debería regresar a Los Algarrobos, y castigarle las dudas con su ausencia.

Después de cruzar el río, la tormenta se descargó con un aguacero feroz que hizo cabecear a las mulas. Al costear la cripta de los jesuitas, donde habían asesinado a su tío Felipe, el padre de Laura, sintió que no podía resistirse al impulso que había cobrado fuerza durante el viaje y que, con la lluvia azotándole la cara, cegándole los ojos, ensordeciéndole los oídos, se había liberado. Sofrenó con fuerza el caballo, que caracoleaba de inquietud, y se volvió hacia Rosendo y el muchacho:

—Vayan a casa de tía Francisca —les ordenó—. Díganle a Martina que en un rato estoy por allá, que me preparen la pieza y calienten la sopa.

Y sin más explicaciones, aflojó la rienda y al galope encaró para el que fuera su hogar, donde ahora vivían Ignacia y su tía. Cuando llegó a los fondos, encontró el portón arrimado por algún descuido de las criadas y entró sin tener que llamar. Al oír los cascos del caballo chapoteando en el patio, Casildo salió del cobertizo, donde estaba con Monserrat —la mayoral de doña Leonor— tranquilizando al halcón.

Fernando desmontó y le tiró las riendas.

—No le saquen la montura. Enseguida me voy —les advirtió y, sin intentar cubrirse, atravesó la huerta. Las criadas presintieron el paso de un hombre entre los ruidos del viento, se asomaron a la puerta de la cocina y lo miraron, asombradas. Nombre de Dios le dedicó una sonrisa y, como si él tuviera escrito en la cara lo que venía a buscar, le indicó:

—La niña está en la pieza del zaguán.

Él contestó con un gruñido y siguió sin acortar el paso, como si el vendaval que doblegaba árboles y estrellaba ramas contra los techos fuese la estela de un cometa montado a sus espaldas. Cuando llegó al primer patio cruzó la reja cancel, abrió la puerta de la derecha, y el viento barrió con los papeles que había sobre el escritorio; doña Leonor, Manuel Cáceres y Medina Aguirre se volvieron a mirarlo, sorprendidos. Su tía atinó a sostener el candil antes de que se estrellara contra el suelo. Fernando se llevó la mano al ala del chambergo, que chorreaba agua, cerró la puerta y abrió la de la izquierda. Ignacia estaba sentada en un sillón, cerca de la mesa donde había varios libros; su mano le cubría la frente; parecía adormecida a la luz dorada de la lámpara.

La puerta se cerró con un golpe y respirando con fuerza, tiró el sombrero al suelo, sacudiendo la cabeza. No alcanzó a buscar el pañuelo para pasárselo por la cara: Ignacia, con un grito contenido, se puso de pie y llorando desconsoladamente se arrojó a sus brazos. Él no pudo ni besarla. Era tanta la congoja que tenía, tanto el alivio de tenerla contra sí, que durante unos momentos se mecieron —el rostro de ella bajo la barbilla de él, los labios de Fernando sobre la frente de ella— como si la tormenta los hubiera alcanzado en descampado.

—¡San Judas me ha escuchado! —dijo Ignacia, casi en un grito, y él sintió las lágrimas calientes de su prima mezclarse con el agua helada que le chorreaba del pelo. Recién entonces se miraron a los ojos. Él seguía apoyado en la puerta, con el brazo izquierdo sosteniéndola apretadamente por la cintura y con la mano derecha apartándole con torpeza los cabellos del rostro. Ella, poniéndose en puntas de pie, lo besó arrebatadamente. Tomándola en brazos, Fernando se dirigió a la mesa y la sentó en el tablero.

Se separaron sin dejar de mirarse y entonces él, con la voz cambiada, irreconocible, la abrazó murmurando en su oído:

—¡No sé qué vamos a hacer, pero no puedo dejarte!

—No vamos a separarnos —dijo Ignacia con la boca sobre su pecho—; te lo prometo.

La prudencia hizo reaccionar a Fernando.

—Mejor me voy; tu madre me vio llegar; no quiero incomodarla. Hablamos mañana, ya veré dónde podemos encontrarnos...

Se besaron varias veces, Fernando recogió el sombrero y con la mano en el picaporte recordó el encargo de Cora; hurgando dentro de su camisa, le entregó la bolsita de hierbas.

—Para que duermas bien; te la manda Cora —y murmuró torpemente un «Te quiero» que traspasó a Ignacia.

Cuando salió al zaguán, allí estaba su tía, ofuscada y sin atinar a nada. Fernando se acercó a ella, le dio un beso en la mejilla y se puso el sombrero. Doña Leonor se quedó mirando la figura que se perdía en el ventarrón que fustigaba el jacarandá del patio. No pudo oír a Fernando que, al pasar bajo él, murmuró: «Severa, Severita, ¡dame una mano!», invocando el ánimo de su nodriza.

Aquella tarde, como notara que Ignacia estaba desgana y triste, se preguntó si estaría enamorada. Repasó los posibles candidatos: Cáceres, Medina Aguirre, Páez y Fermín Manrique, que había dado por acercarse a ellas cada vez que las encontraba en misa o por el Paseo del Virrey. Era un joven promisorio, inteligente, apuesto y algo engreído. Creyó recordar que estaba prometido con una de las hijas de Arredondo. ¿Y si se sentía atraído por Nacha, a pesar de su compromiso? No le preocupaban los decires de la gente, aunque prefería esquivar habladurías. Francisca y Leonor callaron la condición de casada de Ignacia, y ahora dudaba de que hubiera sido la decisión correcta.

Mientras observaba a Fernando pasar a los últimos patios en medio de la tormenta, decidió que ninguno de aquellos pretendientes tenía eso que Ignacia parecía necesitar: un algo de salvaje, hombres más parecidos a Fernando que a aquellos señoritos de ciudad. Y entonces se llevó la mano a la frente: ¡era con él! ¡Estaban enamorados y apenas si podían disimularlo! Lo había tenido ante sus ojos y no se había dado cuenta.

Entró en la biblioteca pensando regañarla, pero Ignacia, antes de que ella le dijera



nada, se largó a llorar; con las manos sobre el escritorio la miró a los ojos y dijo con la voz ronca de emoción:

—Lo siento, mamá. No puedo luchar con este sentimiento. Le juro que no sé qué voy a hacer... —Y pasando a su lado sacudida en sollozos, subió hacia su dormitorio. Pensó en seguirla, pero comprendió que era inútil. Ya llegaría el momento de hablarlo con ella, pero antes debía hacerlo con Francisca. Se recompuso y volvió al escritorio. Algo pálida, pero segura de sí, enfrentó a los abogados.

—Prosigamos —dijo, acomodándose el pelo recogido sobre la base de la nuca—. ¿Cómo es posible saber si este hombre dice la verdad?

—Por ahora, solo podemos responder con especulaciones —fue la opinión de Medina Aguirre.

—... hasta averiguar si esos documentos son legítimos, y no fraguados —concluyó Manuel Cáceres.

Se hizo el silencio y la tormenta pareció dar su último suspiro. Por la ventana oyeron la lluvia caer, ahora suavemente.

—¿Cree usted que podrá distinguir si el sello y la firma de las misivas que él trae son del señor juez?

—Tengo cartas de él; podemos cotejar la escritura.

—Pero —terció Cáceres— usted debería escribir de inmediato a su pariente, poniéndolo al tanto. Yo veré que su nota salga en la primera galera de mañana.

—El conductor es de fiar; varias veces hemos mandado correspondencia para mister Harrison, el marido de doña Luz.

Se levantó la reunión y doña Leonor se quedó a solas, pensando si debía o no hablar con su hija sobre Fernando.

\* \* \*

Ignacia subió al dormitorio, abrió la bolsita y aspiró el aroma de las hojas desmenuzadas; la colocó bajo la almohada, se puso el camisón y se acostó con una sonrisa, recordando el brazo de Fernando rodeándole la cintura, el beso que le diera, ardiente y profundo, y esos otros, tiernos, sobre la mejilla, la frente y el cuello. El recuerdo de la barba rubia y húmeda, del olor a lluvia que lo envolvía, de la piel áspera, curtida por la intemperie, restregándose con malicia sobre su mejilla, la hizo morderse los nudillos. Lo amaba, lo deseaba furiosamente y no le importaba un ápice ser casada. Se durmió feliz y sin asomo de culpa. No le hizo falta tomar la infusión de las hierbas que le enviara Cora.

\* \* \*

En casa de misia Francisquita, Fernando se había hecho llevar a su cuarto un

caldo muy caliente, un poco de queso y un jarro de vino. Por suerte su tía ya estaba acostada y no tuvo que ir a saludarla y responder sus preguntas.

Con la bata de dormir seca, se sentía mejor. Haber visto a Ignacia lo reconfortaba, le devolvía el equilibrio interior, lo llenaba de contento y le encendía el deseo, contenido en los meses de separación.

Afuera, el silencio de la casa dormida bajo la llovizna, con los perros guarecidos en las leñeras, había convertido el dormitorio en un lugar sin tiempo.

Con el primer sorbo de vino, recordó los encuentros con Calandria, cuando regresaba de sus ausencias. A veces, ella salía a su encuentro furiosa y vengativa, y no era raro que él soportara algún golpe de sus puños, hasta que lograba dominarla, para luego hacerle el amor donde fuera. Pero nunca, en ese entonces, temió que ella pudiese dejarlo. El de ellos era un amor seguro, que les venía desde niños. No concebían la vida sin el otro.

Bebió el resto del jarro; jamás tendría esa certeza con Ignacia.

## 10. EL HOMBRE DE MONFORTE

«Cuántos hijos tardíamente legitimados no han descubierto sino demasiado tarde el secreto de su nacimiento, en medio de la turbación y el malestar que lleva consigo el silencio propicio a todo tipo de suposiciones».

Michelle Perrot, *Historia de la vida privada*, tomo 4, «Dramas y conflictos familiares»

CIUDAD DE CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1841

**L**o despertó Canela golpeándole la puerta con los nudillos hasta que él respondió con malhumor: «¡Qué pasa!».

—¡Misia Francisca y doña Leonor dicen que baje prontito, que quieren hablar con usted!

«¡La pucha... tener que empezar el día amonestado!», maldijo, con los ojos clavados en el techo. Decidió que era mejor levantarse y enfrentarlas. No sabía qué podía argüir en su defensa, salvo que estaba desesperadamente enamorado, y no atinaba a dar con una vía que fuera aceptable para ellas.

Se puso de pie, se quitó la bata de dormir y, asomando la cabeza por la puerta, gritó que le trajeran un mate.

Necesitaba ropa de ciudad, así que abrió el baúl y eligió una camisa amplia y un pantalón; se disponía a vestirse cuando oyó un toque amortiguado en la puerta y entró Canela, con el mate en una mano y un pan en la falda recogida. Ambos quedaron inmóviles, ella contemplando el cuerpo de él en toda su desnudez, el vello rubio y las marcas del sol sobre los brazos y el cuello, erguido en su guapeza varonil. Los ojos de la morena buscaron instintivamente la entrepierna y Fernando se cubrió con un puñado de ropa. Sin palabras, le quitó el mate de la mano y ella dejó el pan sobre el arcón sin desviar la mirada admirativa de los ojos azules de él.

—Salí de acá, desvergonzada —la echó, pues aquella mañana no estaba de humor para cambiar chistes procaces con la muchacha. Como ella no se moviera por la sorpresa, le puso la mano sobre la cara y la empujó afuera, cerrando de una patada la puerta. La risa de la chica mientras bajaba la escalera que daba al patio le devolvió el buen humor. Dejó caer la ropa al suelo, dio una chupada vigorosa al mate, caliente y amargo, y sin partirlo, pegó un mordisco al pan tibio, que se desgranó en chicharrones. La grasa con trocitos de carne frita y salada agregada a la masa le hizo agua la boca. Comenzó a vestirse y una vez calzado el pantalón, salió a la galería y encontró a Casildo con un brasero encendido, la pava y el mate en la mano. Las morenas, apretujadas sobre la reja del segundo patio, cuchicheaban burlándose de él.

—¿Que no tienen nada que hacer hoy? —les gritó.

En aquel momento apareció Martina y las chicas se desbandaron entre risas contenidas. La morena miró hacia los dormitorios.

—¿Necesita algo, señor?

—No; acá me atiende Casildo.

—Sus tías lo esperan —le recriminó discretamente la negra, y se fue con el meneo de una gabarra.

—Entra —ordenó Fernando al chico, y una vez que acomodó la pava sobre las brasas, recibió el segundo mate y preguntó—: ¿Así que cuidas el halcón de mi prima?

El morenito, enderezando los hombros, contestó con orgullo:

—La niña me está entrenando para halconero con uniforme.

«¡Halconero!», pensó, molesto. «Pronto no habrá quien pueda pedirle que lleve los caballos al río».

Después de peinarse y arreglarse la barba, se dirigió al que fuera recibidor de don Felipe. En cuanto abrió la puerta, comprendió que el asunto no iba con él: sobre el escritorio, una serie de carpetas y papeles le indicó que el tema era algo preocupante para la familia.

Más seguro de sí, se irguió imperceptiblemente, carraspeó y preguntó con seriedad mientras se inclinaba a besar a misia Francisquita:

—¿Y ahora con qué nos salen? ¿Andan de nuevo con el tema de las confiscaciones?

—No —dijo doña Leonor presentándole la mejilla para que la besara. Su piel tersa evocaba un perfume floral—. El problema es más mío que de ustedes.

Fernando se sentó en uno de los sillones y, entrelazando los dedos, preguntó:

—¿Y qué es?

Doña Leonor iba a hablar cuando su hermana la interrumpió.

—No sabes cuánto me alegra que hayas vuelto, Payo. Ha aparecido un extranjero hace unos días, y anda preguntando por Ignacia y Leonor.

—¿Creen que lo ha enviado el marido de Nacha? —preguntó de inmediato.

—No estoy segura. Por lo que nos ha dicho, pareciera que su interés viene por la familia de mi difunto esposo...

—El asunto, Leonor —la interrumpió su hermana—, es que no debiste hablar con él antes de que llegara el Payo.

Y como la otra le echara una mirada impertinente, misia Francisquita se abanicó con fuerza y reconoció:

—Bueno, tienes razón; no debí seguirte el juego —reconoció—; yo la acompañé, aunque a disgusto —y se volvió hacia Leonor—; pero tú hablaste con él por la ventana, aprovechando que yo estaba con las Orduña.

Fernando cada vez entendía menos, pero con el marido de Ignacia pesando sobre el futuro de ambos, aquello no era tranquilizador. Se maldijo interiormente por no haber regresado antes y comenzó a retorcerse la punta del bigote.

—Una a la vez —las calmó. Y miró a Leonor, dándole pie para que contara su

versión. La señora, arrebolada ante las acusaciones de su hermana, comenzó con un leve tartamudeo:

—Resulta que... que...

Cuando su tía terminó de hablar, Fernando estaba atónito.

—¿Aceptaron recibirlo? ¿Y si todo era para robarles? ¿No saben que están llegando dispersos de los ejércitos?

—No, no es esa clase de gente. Además, estábamos prevenidas...

—... pusimos a Monserrat en el zaguán, con el facón y la lanza.

—Ignacia se sentó detrás del escritorio de tu padre, con las pistolas cebadas...

—Y Clotilde con las criadas se escondieron al costado de la galería, para entrar por la otra puerta en caso de peligro...

—¿Y con qué armas de ataque? —se burló él.

—Con azadas y hachas. Canela se trajo el sable de mi padre... y las demás, con palos.

—Me imagino el susto del hombre —ironizó Fernando—. ¿Y después?

Sus tías, nuevamente, comenzaron a hablar al mismo tiempo.

\* \* \*

A las Completas, llegó el extranjero. Le abrió la puerta Fe, mientras Monserrat lo medía de un vistazo y cerraba la mano sobre el facón. Casildo, detrás, sostenía la lanza.

El invitado dio una ojeada al zaguán, guiñó un ojo a la mayoral y él mismo abrió la puerta del escritorio, sin esperar a ser anunciado.

Allí estaba, como había supuesto, la joven del halcón, y nada menos que con dos buenas pistolas ante ella, y al lado de la dueña de casa, una mujer a la que había visto en misa o entrando en la casa del comandante Farrell. Faltaba la joven morena, que estaría cuidando a la moribunda. Intuyó que no había llegado ninguno de los hombres de la familia y se admiró de ver tanto valor en mujeres solas.

Misia Francisquita se acomodó el monóculo y le leyó la mente; con las manos sobre el bastón, pensó: «El infeliz no sospecha que, al menos tres de nosotras, llevamos un muerto a costas».

—Usted ya conoce nuestros nombres. ¿Podemos saber el suyo? —lo toreó con una mirada belicosa.

El intruso se llevó el brazo a la cintura e hizo una breve reverencia. El saludo tenía algo de burlón y exasperó a Leonor, pero no a Francisca.

—Mi nombre es Blas Monforte de Lemos; nacido en Galicia. —Luego de una pausa, agregó—: Soy bastardo... de vuestro suegro, don Aurelio de Ulloa —anunció a Leonor.

—¿Y ha viajado hasta el Río de la Plata para contarme eso? —Perdió Leonor la paciencia.

—Por mí, no lo contaría a nadie. Pero mientras hacía mis indagaciones en Galicia, conocí a Ramires de Castro y descubrí que vos y vuestra hija sois las únicas herederas de don Aurelio.

—¿Qué pretende? ¿Título, tierras, dinero? —le increpó Ignacia.

La mirada del hombre se volvió dura.

—Don Aurelio amaba a mi madre, quien pertenecía a la Casa de Lemos y llevaba el nombre de Beatriz por la tercera Condesa de Lemos. No se casó antes con ella porque acababa de perder a su esposa y se vería mal que desposara tan pronto a otra, especialmente por ser ella tan joven. Decidieron esperar el año de duelo, y cuando mi padre regresó a Vigo, para enterar a la familia de su propósito, enfermó en el camino y murió al llegar al Pazo de Zeltia. Yo nací poco después.

—Así murió, es verdad —reconoció Leonor—. Pero seguramente dejó alguna disposición, algún mandato...

—Lo hizo. Escribió un poder para el confesor de mi madre. Lamentablemente era muy anciano, y apenas pudo ocuparse de que fuese aceptado, al crecer, en los escolapios de Monforte, y falleció antes de tramitar mi legitimación. Los papeles pasaron al archivo de la Curia, donde fueron encontrados hace dos años, junto con el testamento de mi padre y una carta para Ramires de Castro comunicándole su intención de desposar a mi madre.

Y dicho lo más difícil, se volvió hacia las señoras:

—¿Me permitís tomar asiento?

Misia Francisquita fue la primera en reaccionar. Don Blas se acomodó en el sillón con displicencia. Mientras él la miraba sin parpadear, Francisca bajó el monóculo y sonrió apenas, sin dar demasiada confianza. Doña Leonor, impresionada por la historia, preguntó:

—¿Y su madre...?

—Apenas la conocí; me crio un ama de leche, pues ella murió de tristezas, pensando que había sido engañada. Ahora entenderéis cuánto ansío devolverle la honra; a causa de mi nacimiento, se le negó sepultura en la cripta familiar.

—¿Qué opina don Braz de todo esto? —preguntó Leonor.

—Como buen letrado, estudió los papeles y los da por genuinos.

—¿Y veremos alguna vez tales documentos?

—Llamad a reunión de abogados, avisad a los varones de la familia, y yo los pondré sobre la mesa —replicó con una sonrisa socarrona. De pie, comenzó a calzarse los guantes. Cuando tomó el sombrero que había dejado sobre un banquillo, clavó los ojos en doña Leonor—: Que sea presto; hay cosas que os atañen a vosotras más que a mí.

Y satisfecho por la expresión de consternación de ella, solicitó, burlón:

—¿Podéis decirle a la moza del cuchillo que está en el zaguán que me deje salir sin daño, ya que parece de temer?

Francisca soltó la risa, Leonor enrojeció e Ignacia atravesó la habitación y se

asomó al zaguán.

—El caballero se retira, Monserrat; Casildo, abre la puerta.

Cuando salió el forastero y se aseguró la entrada, Leonor mandó a las criadas a dormir, Monserrat avisó que haría guardia en los fondos, y las señoras quedaron un momento a solas.

Francisca estaba pensativa; Leonor iba de un lado a otro de la sala y su hija dictaminó que aquel hombre era un aventurero.

—Yo creo que dice la verdad —la contradijo misia Francisquita—. Mañana hablaremos con Cáceres. Hay que avisarle al Payo. Me sentiré más segura si él está en la casa cuando presente los papeles.

Como se había hecho tarde, Leonor invitó a su hermana a que durmiera con ellas. Lo que no contaron a Fernando fue el diálogo que mantuvieron esa noche. Mientras se disponían a acostarse, Francisca recordó que su abuelo aseguraba que descendían de la Casa de Lemos.

—Pero éramos de Asturias.

—Los parentescos van de región en región —dijo Francisca; y terminando la copita de anís, agregó—: Es muy bien puesto, ¿no te parece? Leonor, trezándose el cabello, dudó: —Le falta un poco de estatura...

—Si lo comparas con el Payo o con el marido de Laurita. Pero no es bajo, en realidad. ¿Y si es soldado de fortuna, como Robertson?

Se entretuvieron hablando del desconocido que había irrumpido en sus vidas envuelto en secretos y con genealogía de héroe.

\* \* \*

Después de escuchar lo sucedido, Fernando señaló el escritorio:

—¿Y estos papeles?

—De eso hablábamos anoche con Cáceres y Medina Aguirre, cuando tú llegaste. Son cartas de Braz. ¿Vamos a citar a Monforte ahora que has vuelto, o esperamos que él se presente?

—Yo iré por él —dijo Fernando, aún sospechando que el español fuera enviado por el marido de Ignacia—. De todos modos, hoy no haremos nada. Tengo que llevarle a Farrell unas cartas y quiero ver a tía Mercedes.

Fernando encontró a doña Mercedes acompañada por Farrell y Consuelo. Arrodillándose al lado de la cama, le pidió la bendición y después de besarle la mano, se incorporó.

—Cora le manda una bolsa bordada por doña Eduarda —sacó de ella el pan marcado con una cruz y se lo entregó.

—El pan de la buena muerte —dijo la enferma y se le iluminó el rostro al tomarlo.

—Este otro lo envía para Consuelo —aclaró Fernando, y la señora se lo tendió a

su marido. Mientras el comandante le pasaba el pan a la joven, sus dedos se tocaron y ambos se miraron atribulados. Al tomar el pan, Consuelo sintió un relieve sobre la corteza. Vaya idea la de Cora, pensó; le había dibujado un nudo grueso y apretado.

—¿Y la carta? —musitó doña Mercedes—. ¿Qué dijo de la carta?

—Que no se aflija, que va a aparecer.

Cuando el padre Iñaki llegó, como todas las tardes, a confesar a la enferma, se cruzó con Fernando, que iba a averiguar las señas de Monforte. Cáceres le comentó que lo tenían vigilado y había salido de la ciudad.

—Pero volverá; sus petacas están en lo de la Vargas.

Las idas y venidas del español, además de sus presuntos reclamos, inquietaban cada vez más a Fernando.



## 11. TIEMPO DE ESPERA: CORRIENTES

«Pocos comprendían que la sagacidad del anfitrión —don Pedro Ferré— le había indicado que “el momento” era la inminencia de la lucha armada. Su profundo sentido práctico y su prudencia política le indicaban que Corrientes necesitaba de los únicos conocimientos que él mismo no había podido aquilatar debidamente; había intuido, como le sucedería después con Lavalle y con Paz, que era hora de movimientos militares».

Gustavo Sánchez Marino, *Berón de Astrada*

CIUDAD DE CORRIENTES  
SEGUNDA MITAD DE 1841

Al desembarcar, Sebastián mandó recado a Santiago Derqui, avisándole que habían arribado al puerto de Corrientes. Mientras esperaban, alquiló una barraca para dejar la ambulancia. Luego se dedicaron a conchabar peones y mulas, que transportarían sus equipajes.

Derqui apareció en coche, les anunció que serían sus huéspedes y se pusieron en marcha seguidos por los troperos.

Con añoranza de expatriados, intercambiaron preguntas: Derqui, interesado por los exiliados en París, y Sebastián inquiriendo si tenía noticias recientes de Córdoba, de su familia y amistades.

—Por el propio que me envió mi primo hace una semana, sé que tu familia está bien, aunque tristes por la enfermedad de doña Mercedes. ¿Te acuerdas de Consuelo Achával? Era una chiquilla cuando te fuiste...

—Siempre andaba detrás de Laurita. ¿Le ha pasado algo?

—Está comprometida con un Ocampo, que se ha unido a Lavalle.

—¿Y qué sabes de mi nueva prima?

—Dicen que tiene escandalizadas a nuestras damas: monta a lo varón; anda con un halcón al puño y, no lo creerás, sabe esgrima. ¿Te contó Luz que las mazorqueras la sorprendieron sin la cinta punzó y le plantaron el moño con brea?

—Sí, fue aberrante; tuvieron que raparla. —Después de unos segundos de hesitación, preguntó con un nudo en la garganta—: Y del Payo, ¿qué sabes?

También Derqui demoró la respuesta, recordando el enfrentamiento que ambos tuvieron durante la batalla de La Tablada. Luego, abruptamente, le disparó:

—Supiste lo de su mujer, ¿no?

Sebastián asintió con la cabeza, mirando hacia afuera.

—Bueno, luego vino aquella vieja historia con Aveira y Guzmán, que intentó quedarse con las propiedades de tu familia...

—No supe de eso —se consternó Sebastián.

—No te preocupes, el Payo detuvo todo. Más tarde lo hablamos.

—Entonces, ¿dónde está Fernando, en Los Algarrobos o en la ciudad?

—Con la entrada de los ejércitos de Oribe, ha tenido que quedarse en la ciudad para proteger a la familia.

—Me quitas un peso de la conciencia. No hay día que no sienta culpa por estar tan lejos de todos, después de la muerte de mi padre.

Recordando que su amigo había pretendido a Saturnina, le preguntó:

—¿Qué noticias tienes de tu prima, la que quería meterse a monja?

—Ahí sigue, en sus empeños. Algún día lo logrará, cuando pase la matanza...

—¿Y Manuel Cáceres, y Eduardito?

—Manuel, cuidando los intereses de tu familia, como su padre. Y la buena noticia es que Eduardito ha dejado de beber.

Saint-Jacques preguntó por el comandante Farrell, con quien había simpatizado, y por su ayudante Camargo:

—¿No era correntino?

—Sí —afirmó Derqui—; de San Luis del Palmar, un lugar hermoso, no lejos de aquí.

—¿Y misia Francisquita? Siempre creyó que yo era hereje... —recordó el francés con una sonrisa.

—Armand, usted tuvo suerte; le podrían haber echado encima al cura Iñaki. A mí, por menos, el obispo de Córdoba me excomulgó.

Entre frase y frase Sebastián observaba la ciudad que crecía entre naranjos y limoneros, rodeada de palmares.

Las casas no eran de alto, como algunas de Córdoba o Buenos Aires, y los techos a dos aguas estaban cubiertos con tejas de caranday. Un alero angosto, sostenido por troncos clavados en tierra, protegía la acera.

La sangre guaraní predominaba entre los lugareños; se veía en las trenzas de las mujeres, gruesas y renegridas, adornadas con cintas. Los varones —de estatura superior a otros pueblos indígenas— mostraban el orgullo de su raza con el andar erguido y la cabeza en alto. En unas y otros, los ojos pequeños y achinados mostraban la alegría natural de la gente de la tierra.

Bordearon la costanera del Paraná —que fluía, somnoliento, entre lapachos o tajy florecidos en un rosa subido— y pasaron frente al convento de San Francisco. El andar de los caballos les permitió admirar la construcción que databa de principios del siglo XVII. Derqui les contó que había sido un centro misional, junto con las reducciones de Santa Ana, Santa Lucía e Itatí.

—Aquí, durante la colonia, vivió San Francisco Solano, que evangelizaba con su violín. Y para la Revolución de Mayo, estuvo fray Luis Beltrán.

En pocas cuadras más llegaron a la casa que habitaba Derqui. Mientras abría la puerta, les contó su historia: había sido propiedad del alguacil mayor Juan Esteban Martínez, quien prestó servicios de importancia a la Corona.

El zaguán llevaba a un amplio patio con un hermoso aljibe central. Al pie de los naranjos florecían jacintos granates, y el runrún de algunos picaflores hizo que

Sebastián recordara el patio de su casa, en Córdoba.

—¡Mira, Armand, son picaflores! —exclamó.

—En guaraní les llaman mainumbí —aclaró Derqui—; ellos creen que son los encargados de rescatar con sus largos picos el alma de los muertos guarecidos en las flores, para llevarlas junto a Tupá, el Supremo Creador.

Mientras los guiaba por la galería, continuó:

—Entre estas paredes se paseó Liniers, y doña Dolores Bedoya entregó sus alhajas a Belgrano, para la causa de la Independencia. Volviéndose a Saint-Jacques, le sonrió:

—Y bajo este techo durmió un compatriota de usted, quien hizo célebre el jardín de La Malmaison de Josefina Bonaparte: Amado Bonpland.

—Soy su admirador; tengo gran ilusión de encontrarme con le docteur Aimé —reconoció Saint-Jacques.

—Acá lo llaman Carai Arandú, «señor sabio» en buen cristiano. Pronto lo veremos; es amigo y confidente del gobernador.

De repente, abrió las puertas de una sala.

—La mejor biblioteca de Corrientes —se jactó.

En la fresca penumbra de la habitación, los visitantes admiraron un mueble de roble, con puertas de cristal esmerilado donde las iniciales de la Compañía de Jesús se entrelazaban.

Sebastián pasó los dedos sobre la madera.

—Restos del naufragio de la Orden —dijo.

Un cómodo sillón, cerca de un atril, sostenía un libro abierto. A Saint-Jacques le llamó la atención un magnífico escritorio de caoba veteada, con manijas de bronce.

—Dicen que era de Belgrano —anunció Derqui, con orgullo.

—Esto es un oasis —sentenció Sebastián.

—Mi refugio. Aquí olvido los pesares de mi cargo.

Un joven nativo, descalzo y vestido con chiripás y camisa de lienzo, se asomó y dijo unas palabras en guaraní.

—La mesa está servida —tradujo el dueño de casa.

Mientras comían, Derqui les contó que Lavalle no había aceptado que Paz lo acompañara cuando inició la marcha de la Liga del Interior.

—Otro hubiera sido el destino de esta guerra si Paz lo hubiese acompañado en Quebracho Herrado. Por suerte, lo tenemos con nosotros; la frontera con Entre Ríos es tan vulnerable que si los federales la cruzan con doscientos hombres, pueden apoderarse de Corrientes.

En los días siguientes fueron presentados al gobernador Ferré y a personajes de relevancia, tanto militar como política. El general José María Paz viajó desde Villanueva para encontrarse con ambos; la historia del coche-ambulancia se había propagado y por esto lo acompañaba el cirujano del Cuerpo de Sanidad, el doctor José Acuña, bajo cuya dirección estaría Saint-Jacques. El «general doctor» comentó

que Bonpland le había mencionado la importancia de aquel transporte en las guerras napoleónicas.

Paz llegó a tratar el bastimento del ejército: distribuir a la tropa yerba, tabaco y jabón, y darles de vez en cuando algo de dinero «para endulzar la vida del soldado, siempre llena de penurias». Pero don Pedro Ferré no quería ceder, plantado en que «jamás se había acostumbrado eso en Corrientes». Las cosas empeoraron cuando Paz le pidió aguardiente para prevenir enfermedades en una zona donde debían atravesar ríos y dormir con la ropa mojada, donde los alimentos se descomponían y los enfriamientos llevaban a la muerte.

Aquello molestó al gobernador: no quería que «se fomentase la embriaguez entre sus queridos correntinos». No lo movió de su postura ni siquiera enterarse de que Juan Manuel de Rosas distribuía, todas las mañanas, durante la Campaña del Desierto, la ración de aguardiente.

Estas discusiones eran tratadas, en privado, entre Derqui, Juan Thompson, Sebastián y Armand, quien se ofreció a presentar al gobernador un informe médico, de «lo indispensable necesario que era esta bebida para preservar la salud y robustez del soldado».

\* \* \*

Cada día, Sebastián y Saint-Jacques presenciaban las negociaciones, donde lo ganado a la tarde se perdía a la mañana siguiente, pues Ferré, desvelado por sus cavilaciones, cambiaba de parecer.

Pero los jóvenes pudieron notar cuánto apreciaba el general José María Paz al mandatario. Años después, dejó sentado en sus Memorias: «Pienso que el señor Ferré es un hombre honrado y de sincero patriotismo, de buena razón y medidamente instruido. Con solo su buen juicio, sus principios económicos y su espíritu de orden había hecho buena administración y Corrientes le debía gran parte de su importancia política...».

Pero, aclaraba luego, no entendía lo que era la milicia y mucho menos lo que debía ser esta en tiempos de guerra.

De todos modos, Sebastián y Saint-Jacques fueron invitados a una gran fiesta en la dorada Villa de Goya, «Petit París» del Paraná. Sería en honor del gobernador Ferré y del general Paz, que con energía y entereza lograron armar un ejército de la nada. También se agradecería la donación de los coches-ambulancia, dos de los cuales se estaban construyendo en los talleres que Paz había formado para la compostura de piezas de artillería, armas y carretones sobre el campo de batalla. Sebastián puso a su disposición una fuerte suma de francos, destinada a cubrir lo que le escatimara Rivera, el presidente uruguayo, que mantenía la lealtad de Ferré.

## 12. TIEMPO DE ESPERA: GOYA

«Doña Rosa Aguirre adquirió una cultura descollante para su época, estudió a los grandes escritores del “siglo de oro” de la literatura española, agregando a su belleza y gracejo natural una erudición que la hacía sumamente agradable y simpática, de manera que después de contraer enlace con el apuesto comandante don Juan Mateo Arriola, su casa se convirtió en el centro de las veladas, en las que distraía y solazaba a sus invitados con recitados cuando no ejecutaba melódicos acordes en aquel señorial ambiente».

Pedro Antonio Cassani, *Recopilación de Datos y Ensayo Histórico Referentes a la Ciudad de Goya*

CIUDAD DE GOYA  
(PROVINCIA DE CORRIENTES)  
SEGUNDA MITAD DE 1841

**D**avegando río abajo, hacia Goya, Derqui les explicó que, según Bonpland, la Villa estaba situada en una planicie aluvional sometida a constantes inundaciones. Ciudad-fortaleza por un lado, al adentrarse en ella observaron que su arquitectura, si bien similar a la correntina, se distinguía por ser más arábica.

—Las familias principales son de una cultura sobresaliente —les explicó Thompson—. Menosprecian un tanto a los correntinos, pues dicen que la Villa es más rica y elegante que la misma capital. Una de sus vanidades es que aquí la gente ilustrada no habla guaraní.

La «Petit París» era famosa por sus Salones al mejor estilo de los porteños, donde se discutía de política y de literatura, sin desdeñar las comidillas sociales. En estos encuentros se cantaba, se bailaba y se recitaba, mientras en los patios, colmados con el aroma de las sultanas en flor, se entretejían pasiones que el peligro de la guerra avivaba.

La fiesta se dio en el famoso Salón Arriola que presidía doña Anselma Rosa Aguirre, entendida en los clásicos del Siglo de Oro, gusto que compartía con el general Paz; se decía que el comandante Juan Mateo Arriola tenía celos de las cultas conversaciones de su mujer con el militar cordobés.

Esa noche, el cielo estaba estrellado y el aire un poco más fresco, pues los vientos del sur habían subido por el Paraná. A medida que Derqui, Thompson, Armand y Sebastián avanzaban por la calle, oyeron risas alegres, el dulce son de las arpas paraguayas y el tintineo de las copas. Al trasponer el dintel de la sala, lo primero que vieron fue una consola con un enorme espejo que multiplicaba la luz de las candelas.

En el salón se encontraban las familias Mantilla, Rolón, Cabral, Pampín y Díaz Colodrero, señaló Derqui, al tiempo que Thompson sumaba las de Bedoya, García de Cossio, Fernández Blanco, Igarzábal y otras de las más distinguidas de la provincia. Muchas jóvenes iban vestidas de blanco, con detalles en chantilly, y en el escote, las

fabulosas orquídeas traídas del Iberá; en cuellos, dedos y muñecas, alhajas de plata, oro y piedras preciosas. Sobresalían Leocadia Soto, famosa por sus bucles, y Lucía Esteche, por su rara belleza. Los galanes no dejaban de rondarlas, mientras las señoras, en los escaños arrimados a la pared, no las perdían de vista.

Cuando fue presentado a la dueña de casa, que lo saludó en un francés perfecto, Sebastián quedó impresionado por su madura belleza y sus agradables maneras. Ya sabía por el general Paz de su «aventajada cultura» y por Thompson de su simpatía como anfitriona.

Cerca del gobernador se encontraba Bonpland. Alto, corpulento, algo vencido de hombros, con la blanca cabellera enmarañada y sus ropas afrancesadas, destacaba entre los invitados. Saint-Jacques contó a Sebastián que aquel hombre acumulaba un inmenso saber: era médico y cirujano, zoólogo y botánico, con un algo de paleontólogo. Desde hacía años, se había impuesto la ímproba tarea de clasificar todas las plantas correntinas, investigando sus diversos usos y cualidades. Gracias a esa pasión, tanto la flora como la fauna correntinas quedarían salvaguardadas en dibujos, libros y anotaciones que insumieron sus mejores años. Por su bonhomía con los lugareños, consiguió lo que no lograron los ingleses con sus prácticos consejos: que cultivaran su propia huerta y aprendieran nuevos oficios. Cuando le presentaron a Saint-Jacques, reconoció a un compatriota, le abrió los brazos y lo estrechó entre ellos.

Las salas estaban adornadas con profusión de flores. Colgaban de las paredes retratos familiares y religiosos, además de tapices coloridos. El piso estaba alfombrado de rojo y el carillón de un gran reloj de péndulo marcaba el compás de las horas. Candelabros de plata labrados en las Misiones y la gran araña de caireles y velas iluminaban el salón; teas encendidas daban algo de luz a los patios y al frente. Las mesas mostraban platos exquisitos y variados; entre los postres reinaba la ambrosía en un recipiente de cristal y más allá, una gran ponchera tentaba a los invitados a probar su contenido. Los criados ofrecían bocaditos típicos, como los chipás horneados entre dos hojas de naranjo.

Algo separados del resto se congregaban los militares, y otro tanto hacían los distintos sectores sociales. Solo la Curia y el gobernador —con los bordados de brigadier en el uniforme— saludaban formalmente con inclinaciones de cabeza.

Una joven, al lado de la señora de Arriola, recitaba una poesía que Sebastián reconoció como de San Juan de la Cruz. Thompson, que paseaba la mirada entre los invitados, les indicó:

—Allí está el general Paz —y seguido por sus amigos se dirigió hacia él, que lucía más grave de lo que solía ser su genio; pese a haber mandado buscar a su esposa, Margarita Weild, a Montevideo, aún no tenía noticias de ella. Se silenció el poema y se anunció, con un golpe de música, el minué. Aprovechando la distracción de los concurrentes, que comenzaban a alinearse con sus parejas, Paz hizo un ademán discreto al grupo de Derqui, y los guio hacia una pequeña sala que daba a la calle. Al

cruzar la puerta cancel les advirtió que conocerían a un hombre de su plena confianza, recién llegado aquella tarde con noticias del ejército de Lavalle.

—Son desesperanzadoras —advirtió con preocupación.

En la salita, un hombre, fumando, miraba por la ventana. Vestía corbata y chaleco de seda, levita y pantalón livianos, en tonos de tierra de Siena. Al oírlos entrar, se volvió hacia ellos y los saludó con una leve inclinación de cabeza mientras decía:

—Aquí me tenéis, desnudando verdades que os tocarán en lo más vivo. A través de los dispersos de Lavalle, recibí cartas cifradas: el héroe ha muerto.

Fijó en ellos sus ojos leonados, y agregó con una mueca de triunfo:

—... pero Oribe ha sido burlado; gracias a sus Leales, le hurtaron el placer de disponer de sus restos.

Aturdidos, miraron al mensajero. Sebastián, recién entonces, reconoció a Monforte de Lemos.

En ese momento el piano comenzó a sonar con las alegres notas del minué.

## 13. EL ÚLTIMO ALIVIO

«Fue costumbre tener prevista para el momento de la muerte la mortaja que vestiría el cuerpo, ya por devoción, ya por previsión, como doña Francisca Rodríguez Carriazo, que declaró en su testamento, como parte de sus bienes un hábito nuevo de estameña para esa ocasión, o doña Gabriela de la Rocha, que guardaba el hábito de Nuestra Señora del Carmen, y doña Ana Carriazo, quien no solo tenía en su poder el hábito preferido, sino que lo usaba en vida como muestra de devoción y de humildad».

Alejandra Bustos Posse, *Piedad y muerte en Córdoba. Siglos XVI y XVII*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1841

«No llegaré a Navidad», pensó doña Mercedes. La Muerte había entrado de rondón a su cuarto y se había escondido entre los espesos cortinados de la ventana; el último paso sería acostarse a su lado. Su alma y su cuerpo le daban la bienvenida, puesto que Dios le había concedido el tránsito tan deseado: morir sabiendo que moría, y así despedirse debidamente de amados y enemigos, de errores y tristezas. Bien lo había rogado en las Letanías de los Santos, cuando apretaba el rosario en el puño y murmuraba ardientemente:

*Muéstrate propicio, escúchame Señor  
De todo mal líbrame, Señor  
De la cólera, del odio y de la mala intención, líbrame, Señor  
De la muerte súbita e imprevista, líbrame, Señor.*

El único hombre que había amado en la vida, su esposo, la acompañaba muchas horas al día. A veces rezaban juntos, a pesar de que él no era muy practicante; otras, le leía textos místicos que el padre Iñaki aconsejaba.

Eso, y el láudano que amortiguaba el dolor, le daban paz, como así también saber que dejaba en orden su vida terrenal: había firmado el testamento, con los siete testigos que pedía la ley, y repartido sus bienes afectuosa y responsablemente, sin olvidar ni al último criado, ni a sus niños huérfanos, ni a sus hermanas solteras. Todo lo dejaba en manos de su marido para que él se encargara de llevarlo a cabo, ya que —constaba en el texto— «confiaba en su inteligencia, su bondad y su integridad».

El antiguo letrado de la familia, don Teodomiro de la Mota, había dictado a su sobrino los términos del documento. Consuelo se sintió herida por que delegara aquello en su hermano, pues era ella quien asistía a su tío como escribiente.

Doña Mercedes se tranquilizaba si ella la sostenía cuando las criadas le pasaban un trapo humedecido en alcohol y lavanda por el cuerpo, bajo la sábana que la cubría para cuidar su pudor. Era Consuelo quien, con voz suave y ademanes tranquilos, le acercaba una mota de algodón a la nariz con algún perfume para reanimarla,



comportándose en todo momento como la hija que nunca tuvo.

Sabiendo cuánto la consolaba ver el hábito dominico con el que la enterrarían, la joven lo acomodaba sobre el sillón, oliendo a romero, como si la enferma fuera una peregrina aprestándose para iniciar el viaje a la Compostela celestial. Sobre él descansaban el escapulario de la Virgen del Carmen y el cordón de San Francisco.

Cuando comenzaba a desvanecerse el poder del láudano, en momentos de lucidez extrema, ella tomaba la mano de la joven y decía, angustiada: «La carta, hay que encontrar la carta... él tiene que leerla...».

Consuelo había intentado dilucidar con Farrell de qué carta se trataba, pero él no tenía la menor idea. Aquella tarde, cuando salía de la pieza de la enferma para reponer la jarra con agua fresca, llegó Fernando a ver a su tía. Sus miradas se cruzaron y él tuvo un momento de vacilación, luego hizo un gesto amistoso y entró al cuarto de la enferma.

Mientras esperaba el agua, en medio del cansancio y la tristeza de ver apagarse la vida de aquella bondadosa mujer, pensó que había algo raro en la actitud de Fernando. Cuando regresó con la jarra, lo encontró, junto a Farrell, hablando con doña Mercedes en voz baja. Luego de caer en un corto sopor, la señora reaccionó, volviendo a preguntar por la carta.

Un sonido sofocado los hizo mirar hacia la puerta: allí estaban sus hermanas con el sacristán de la Merced. Al oírla, Sagrario, muy pálida, se cubrió la boca.

Farrell la observó largamente; intuyó que su cuñada sabía algo sobre el tema que había tenido a doña Mercedes en constante preocupación. «Ya me encargaré de ella», pensó con enojo. No era momento de inquietar a la moribunda.

Se oyó la campanilla del Viático, y unos segundos después el padre Iñaki entró con majestuosa dignidad. Todos se retiraron del dormitorio, quedando solamente Consuelo para asistir a la agonizante; mientras el dominico la confesaba, disponiéndola para recibir la Extremaunción, la joven se arrodilló en el reclinatorio, con el rosario en la mano. Las lágrimas rodaron de nuevo por sus mejillas, deslizándose por el escote, ardientes primero, frías después, buscando el surco entre sus senos. Intuyó que su mentora moriría esa tarde y comprendió que debía avisar a misia Francisquita.

Besando la cruz del rosario, se lo pasó por la cabeza y salió apresuradamente al corredor, pidiéndole a Sagrario que entrara a ayudar a su hermana, pero ante la mirada inexpresiva de Farrell, la señora se negó, desapareciendo hacia los patios del fondo. Adoración, pálida también, dijo que ella lo haría.

Consuelo corrió hasta la casa de los Osorio; podría haber mandado a una criada, pedírselo a Fernando, pero necesitaba tomar aire y desahogarse llorando. Encontró a misia Francisquita, a Ignacia y a Leonor preparadas para ir a lo de Farrell.

—¿Ha muerto? —preguntó misia Francisquita, temiendo llegar tarde.

Consuelo, sin poder contenerse, se acercó a ella y la abrazó.

—¡Apenas si alienta! —murmuró.

—No te duelas por ella —la consoló la señora—. ¿No ves que quiere partir? Estaba esperando algo, pero...

—¿Qué carta es esa que se ha perdido? ¿Existe o está delirando? —preguntó la joven, afligida. Misia Francisca la sostuvo por los hombros. Apenas podía hablar, y Consuelo notó el esfuerzo que hacía para no caer en la ostentación del dolor.

—Existe. Dios sabrá si le concede el alivio de que la encuentren antes de que parta de esta tierra de penurias.

Se dirigieron con premura a la casa de Farrell; iban vestidas de oscuro y las escoltaban dos criadas y Casildo, por si había que mandar algún recado.

Al llegar, encontraron reunidas a las personas más allegadas; el hermano de Consuelo —José María— y el tío de ambos, el doctor de la Mota, estaban allí, lo mismo que el padre Ferdinando. No faltaban algunas leales señoras que habían trabajado con doña Mercedes en la casa de Huérfanas, que representaban a las religiosas de clausura. Habían llevado una imagen de San José y un fino paño de lino bordado por las monjas, con el que cubrirían el rostro de la señora cuando diera el último suspiro.

El doctor Tamini y el doctor Pizarro estaban junto a la agonizante, controlándole el pulso y escuchando su corazón.

—¿Y Eduardo? —preguntó doña Francisquita.

En ese momento, Fernando y Farrell aparecieron hacia el final de la galería; la furia marcaba el rostro del comandante, que traía algo en la mano. Cuando llegaron junto a ellas, atravesó con urgencia el círculo de amigos y parientes y entró en el dormitorio de la enferma.

El padre Iñaki, en los últimos tramos de la Extremaunción, lo reconvino con la mirada. Don Eduardo, muy pálido, se quedó de brazos cruzados hasta que la larga impetración acabó y entonces, con ademán enérgico, anunció al dominico y a los médicos que lo dejaran a solas con su mujer.

A pesar de que ella parecía perdida, volvió la cabeza hacia él al sentir que se arrodillaba en el reclinatorio con un sonido ronco, terrible, de hombre no acostumbrado a llorar.

—Mi querida, mi querida... ¿por qué no me lo dijo antes? —la reconvino, tomándole las manos.

Ella volvió el rostro esperanzado hacia él.

—¿La encontró?

Al frente del lecho de cortinados oscuros, en la pieza iluminada por decenas de velas, la imagen de San José de la Buena Muerte que habían mandado las carmelitas parecía llamar a la moribunda.

—¿Dónde estaba? —preguntó ella, con la última curiosidad de su existencia.

—¿Qué importa? Ya la he leído. Usted debió decirme...

Doña Mercedes consiguió incorporarse sobre un codo y pareció revivir.

—Estaba tan avergonzada, Farrell —dijo con el tono en que los esposos se hacen

confidencias—. He sido siempre tan aturdida. ¡Cómo pude perderla! No me atrevía a decir nada por no impacientarlo, no fuera a creer que yo... que lo había hecho adrede.

Farrell no pudo contener su emoción y le besó las manos.

—Yo he sido el aturdido, el loco, el ciego, no usted. Le pido perdón y agradezco a Dios que me haya permitido reconocer mis miserias ante usted. Mi buena esposa, mi buena amiga...

—¡Ah, Jesús, cuánta misericordia has tenido con tu sierva! —dijo ella, dejándose caer de nuevo sobre las almohadas.

Doña Francisquita abrió la puerta temiendo que fuera tarde para despedirse de ella y se sorprendió al ver a Farrell postrado. «Encontró la bendita carta», dedujo. Solo lo que contenía aquel papel podía haber barrido con años de desamor y pulida indiferencia hacia su esposa.

—Panchita... —dijo doña Mercedes, llamándola por el nombre que le daba en la niñez; su voz parecía aliviada y sin penas.

—Querida amiga —dijo suavemente Francisca sentándose a su lado, en la cama. Farrell se quedó arrodillado, esquivando el rostro, pero sosteniendo aún la mano de la enferma.

—No te olvides de mi encargo...

—Lo tengo presente —prometió su amiga.

De pronto, en el silencio que se hizo, pareció que el reloj de péndulo atronaba con su tictac.

Doña Mercedes Villalba de Farrell murió mientras su esposo y su amiga le sostenían los dedos frágiles que la enfermedad había consumido hasta afinarlos como huesitos de perdiz.

Con el último suspiro de ella, don Eduardo se puso de pie y, secándose los ojos, se acercó al reloj y detuvo sus manecillas. La habitación se sumió en un silencio extraño. El comandante se abrazó con misia Francisquita, que le dio ánimo diciéndole:

—Vamos; tienes que anunciar su muerte. Es poco lo que nos queda por vadear.

\* \* \*

Fue velada en su casa y sepultada al día siguiente, cumplidas las veinticuatro horas y como lo había mandado: con discreción y sin mucho gasto, cual decía el testamento: «Mando por mi entierro, novenas y onras al cabo de año, se evite todo lo que sea ostentación y vanidad y así mando que se me ponga en la sepultura sin ataúd como se hace con las pobres y las religiosas para mejor ayudar a los uérfanos, que a los conventos ya dejo lo suyo...».

En el templo de las carmelitas, las religiosas le reservaban, desde hacía años, una parcela del lado de la Epístola, y el padre Iñaki la guio hasta su último destino, rodeado por representantes de las otras órdenes religiosas y los capellanes de las

monjas. La precedía la cruz alta, y detrás de parientes, amigos y allegados caminaban las criadas, temiendo los cambios que se producirían en su vida. Las de mayor importancia sabían que iban a ser liberadas y recibirían algún dinero para establecerse.

En el cortejo iban las hermanas de la difunta acompañadas por Dominguito Saravia —eterno pretendiente de una de ellas—, misia Francisquita, doña Leonor e Ignacia, Fernando, Laura y Robertson, además de Inés y su marido y las señoritas Núñez del Prado. Seguían las amistades, sin que faltaran los Achával, y la madre y las hermanas de Manuel Cáceres, Eduardito Páez, Medina Aguirre y las Orduña.

Referentes políticos y oficiosos se sumaron a ellos mientras se oía al coro de las Huérfanas entonar los salmos encomendando a la difunta en su tránsito a la eternidad.

Mientras los clérigos cantaban el Responso, doña Leonor, con el rostro cubierto por un velo de encaje negro, perdió el paso al distinguir, erguido a un costado de la calle, con la cabeza descubierta y el sombrero sobre el pecho, a Blas Monforte de Lemos. Se lo veía cansado, recién llegado de un viaje, sin tiempo para cambiarse de ropa. La procesión debió tomarlo en la calle, y la había distinguido bajo la toca de luto. Unos pasos detrás de él, un hombre fornido y de aspecto exótico miraba a su alrededor con ojos alertas.

Antes de entrar en la iglesia de Santa Teresa para la misa de cuerpo presente, sacerdotes y vecinos entonaron el oficio de difuntos mientras el padre Iñaki asperjaba sobre el ataúd el agua bendita. Luego, la nave se vio atestada de gente y algunas damas se desmayaron.

La ceremonia concluyó con los cánticos de rigor; entre Farrell y Fernando, ayudados por Serafín y Camargo, como fieles servidores, llevaron el cuerpo en andas —el ataúd se donaría para alguna pobre vergonzante— y lo bajaron a la fosa. Sus hermanas la cubrieron con un manto bordado y se le pidió a Consuelo, como hija del corazón de la difunta, que protegiera su rostro con el lino que habían enviado las Descalzas. Luego, echaron tierra sobre los despojos y Laura, Ignacia e Inés encendieron los cirios de las religiosas para iluminar su última morada. Detrás del tabique por donde las carmelitas escuchaban misa, se oían sollozos contenidos. Laura e Inés se acercaron y apoyaron la cabeza contra la madera, tocando los dedos de Isabel, la prima enclaustrada. La habían ido a ver la tarde anterior y la joven, cuya razón deambulaba entre el misticismo y la locura, estaba desesperada: la única persona de la familia que iba a visitarla era doña Mercedes. Ignacia creía percibir por el cribado del tablero los ojos dementes de la prima desconocida. Robertson y Fernando, apenas detrás de ellas, las acompañaban mientras Farrell recibía en el atrio las condolencias. Inclinandose sobre el oído de Ignacia, Fernando susurró, tocándole el brazo:

—Brandon y yo vamos a acompañar a Farrell; nos quedaremos todo el día con él. Luis las llevará a casa.

Ignacia asintió y reclinó la cabeza brevemente sobre su pecho, apretándole con

fuerza la mano.

Al salir del templo, doña Leonor se levantó el velo y al hacerlo, el pañuelo que llevaba en la mano se le escapó de los dedos; un hombre se adelantó, lo recogió del suelo para entregárselo con un ademán gentil: era Monforte, que de inmediato volvió a desaparecer entre la gente que la rodeaba.

Las mujeres de la familia regresaron a la casa de misia Francisquita, a llorar en privado. Leonor, ruborizada por el encuentro, advirtió que don Blas había dejado en el encaje del pañuelo una ramita de jazmín de lluvia. «¡Qué hombre tan atrevido!», pensó molesta, pero no pudo contener una sonrisa de satisfacción por la atención que le dedicaba. El que pudiera haber algo de peligroso en él la seducía.

## 14. PARA DOTAR DONCELLAS

«A la hora de redactar el testamento, no quedaba fuera del pensamiento del moribundo dejar determinadas sumas para ayudar a tomar estado a aquellas huérfanas, que habían quedado desprotegidas. Las jóvenes a quienes se dejaban estas dotes debían reunir algunas condiciones para poder gozar del beneficio. La principal el ser “honrada” para contraer matrimonio, ya que esta era la razón de ser de la dote. Con este tipo de manda no solo eran agraciadas las criadas, sino también hijas de buena familia que habían sufrido problemas económicos o se habían quedado huérfanas».

Alejandra Bustos Posse, *Piedad y muerte en Córdoba. Siglos XVI y XVII*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1841

Cuando los interesados se reunieron para escuchar la lectura del testamento de doña Mercedes, muchos fueron los sorprendidos al enterarse de que Consuelo Achával recibiría una buena dote, destinada «a tomar estado»: ya fuera religioso, de matrimonio o «para permanecer soltera, si ese es su empeño».

Consuelo, que había ido acompañando a misia Francisquita, se volvió, atónita, a mirarla.

—¿Ahora comprendes por qué Teodomiro puso a tu hermano a transcribir el testamento? —le dijo ella en voz baja, y al verla pálida, le apretó con fuerza la mano —. Ánimo, que Mercedes lo hizo de corazón. Siempre dijo que eras la hija que hubiera deseado tener.

Con la vista baja, Consuelo contuvo las lágrimas, aún sin saber si debía o no aceptar semejante legado; había visto la mirada de aflicción de Sagrario y Adoración, que seguramente lamentaban el patrimonio que perdían a nombre de ella.

Sin poder contenerse, se puso de pie y dijo:

—Tío, no puedo aceptar...

Pero misia Francisquita la hizo sentar de un tirón y cuando don Teodomiro, con su adormilamiento acostumbrado, preguntó: «¿Qué, qué?», la señora repuso:

—Nada, nada; que sigas con la lectura.

Avergonzada, Consuelo calló, la vista baja y las mejillas encendidas. Farrell, desde la otra esquina del salón, la observaba disimulando una sonrisa. Como si la viera por primera vez, advirtió la piel clara y sonrosada, la línea pura de sus cejas, la delicada nariz y las pestañas negras, arqueadas. Su boca tenía un algo tierno, melancólico, y a veces —solo a veces— por algún capricho del ánimo le aparecía una sonrisa breve. Le gustaba su cabellera oscura, casi siempre recogida con una redecilla en la base de la nuca. Recordó que un día lo había sorprendido gratamente al salir de misa y quitarse la mantilla, con el cabello trenzado flojamente con cintas rojas sujetas alrededor de la cabeza, y con unos rizos sueltos enmarcándole el rostro.

Había mejorado el último año, a pesar del esfuerzo que hizo para cuidar a

Mercedes y reponerse de los sustos que Marcos le daba con sus desvaríos políticos.

Sabía que tenía en su escritorio un sobre de él, que aún no había podido leer, pero sospechaba, por lo que le dijera Fernando, que las noticias para la joven no iban a ser gratas.

Allí estaba, modesta, callada, sin llamar la atención. «La única entrada en razón de la familia», pensó, observando a la madre de la joven que, sentada delante de ella, se volvía a cada rato, estupefacta pero sin amedrentarse por las miradas furiosas de misia Francisquita, sacando cuentas sobre el valor de la dote, para vivir dispendiosamente a costas de su hija.

Ignacia, sentada a la izquierda de su amiga, estaba satisfecha de que doña Mercedes hubiera tomado conciencia del amor y la dedicación que Consuelo había tenido para con ella. Mientras echaba una ojeada rápida a Fernando que, al lado de Farrell, le presentaba el perfil, deseó con fuerza que acabaran los protocolos y ellos pudieran encontrar una forma de verse y decidir sobre lo que harían con aquella pasión que, al no encontrar aún modo de consumarse, les impacientaba el ánimo.

Al finalizar la reunión, todos se sentían en deuda con doña Mercedes. Sus hermanas habían quedado amparadas en sus necesidades, encomendadas a su cuñado, quien como albacea de la difunta debía velar por ellas y procurarles un techo, ya fuera en la propia casa o donde él dispusiese.

Fernando dudaba de que Farrell fuese a vivir con ellas o, al menos, con Sagrario, que temblaba cada vez que se cruzaban. Sin embargo, no hubo de parte de él ninguna recriminación por la carta ocultada.

—¿Para qué? —le dijo a Fernando—. No tienen remedio. Mercedes querría que no la martirice, aunque quisiera no verlas por el resto de mis días.

Fernando sopesaba a Dominguito Saravia, sentado ahora más cerca que nunca de Sagrario, casi tocándose los codos. Una sonrisa burlona lo obligó a morderse el labio; al fin podrían casarse y el señorito vivir, aunque fuera a dos pasos de la vejez, con la dignidad de su apellido gracias al dinero de su mujer.

Los criados, dentro de la aflicción, se aliviaron al saber que algo recibirían. Serafín se encontró con que no solo podría comprarse el chaleco con botones de latón dorado visto en lo de don Fidel Calleja, sino también unos buenos botines. Las dos criadas mayores, que eran hermanas —solo una era esclava, por haber nacido un mes antes de 1813—, se sorprendieron con la noticia de que doña Mercedes les dejaba una casita en las afueras y algo de dinero; juntas, instalarían un negocio de costura y de bordado pues, criadas por las monjas, eran hábiles con cintas y agujas.

Dionisia, la hija de Mártires, antiguo liberto de los Osorio, asumiría el cargo mayor en la casa. Era una mulata joven, de buen ver y muy seria; grave en sus gestos, todas la respetaban por ser la protegida de misia Francisquita.

La mañana en que ambas criadas partieron —llevándose muebles y trastos de la señora para su nueva vida—, entregaron a Dionisia el aro con las llaves de las distintas dependencias de la casa, que colgó del cinturón de su impecable delantal de

lienzo. Por su parte, heredó una pequeña habitación que sería solo para ella, un cuadro del Corazón de Jesús por el que tenía devoción, una imagen de San Expedito, con coraza, cruz y palma de martirio, un rosario de venturina —le encantaban las motas de mica que parecían flotar en el cuarzo pardo— y un pequeño emolumento para sus gastos.

Doña Francisquita, enterada de que las hermanas de Mercedes habían tenido oculta por años la carta que tanto la trastornaba, se sentía furiosa con ambas, pero Leonor la calmaba, haciéndole ver sus escasas entendederas. A su juicio, a la que había que mirar de cerca era a la madre de Consuelo, que se relamía imaginando las veladas memorables que daría con el dinero de su hija. La tranquilidad volvió a ellas cuando escucharon, sin querer, cómo la joven frenaba los desbordes de su madre con palabras amables pero firmes.

Consuelo no estaba en paz con su suerte, que nunca había esperado. Aquella noche, al encerrarse en el dormitorio que ocupaba cerca del de misia Francisquita, se echó en la cama y con los brazos cruzados sobre el pecho dejó fluir a su rostro la alegría y la esperanza que le abría aquella dote: cuando volviera Marcos, ya no tendrían que depender de la buena voluntad de sus padres, que no habían dado muestras de apreciarla. Ahora, pensó, levantándose a buscar la última carta del muchacho, podrían casarse sin tener que aceptar imposiciones.

Pero sufría por lo que pudieran pensar de ella: que hubiese cuidado a la enferma pretendiendo alguna ganancia. Le apaciguó el ánimo la actitud de misia Francisquita y doña Leonor, ambas tan estrictas, quienes insistían en que todo estaba en orden.

—Hija, si vas a vivir pendiente del qué dirán, esta ciudad no te dará reposo —le dijo doña Leonor. Y misia Francisquita le aseguró que mucho antes de que ella se dedicara a cuidarla, Mercedes le había expresado su intención de dotarla para procurarle cierta independencia.

Volviéndose boca abajo sobre la almohada, la carta de Marcos apretada en el puño, Consuelo pensó que el primer gasto con aquel dinero sería comprarle un traje decente a su tía Antonia, quien cuidaba la casa y la criara desde niña. «¡Ojalá estuviera Laura conmigo!», se lamentó, pues a pesar de llevarse bien con Ignacia, extrañaba mucho a su amiga. Pero ella y Robertson, lo mismo que los Allende Pazo, habían regresado a Ascochinga.

\* \* \*

Días después, una vez bien descansado para reponerse de tantos desvelos y de las sorpresas que la muerte de su mujer le había deparado, Farrell se encerró una noche con Fernando en su biblioteca; mientras se tomaban unas cañas que había destilado el comandante en El Oratorio, ambos decidieron abrir los papeles que les enviara Marcos Ocampo. En medio del tablero del escritorio, a la luz temblorosa de las velas —el viento se colaba por los resquicios de la ventana—, el paquete parecía presagiar



demasiadas cosas, y ninguna buena.

—No quiero ni pensar en las noticias que habrá que darle a Consuelo —dijo Fernando sirviéndose de la tabla que les había llevado Camargo con un queso de cabra, también de Ascochinga.

—Será cosa de apechugar —murmuró Farrell, y cortó con la navaja el cordel que liaba el envoltorio. Al desenrollarlo, encontraron unas hojas sueltas (una especie de diario de Marcos) y unas cartas: para Farrell, para la familia Ocampo y para Consuelo. Venía otro sobre, con letra diferente, que dejaron para el final.

Al comenzar con las páginas del prometido de Consuelo, notaron algo confuso en el orden, como si Marcos hubiera acomodado las páginas descuidadamente. Mientras Farrell le pasaba las hojas, Fernando, con paciencia, comenzó a ordenar lo que era una suerte de Memorias, en caligrafía ilegible y en frases inconclusas.

## 15. DESDE ESTA DESOLACIÓN SIN NOMBRE

«Quizás esté sugiriendo que las lágrimas no serán tanto por los que parten como por los condenados a permanecer, para recordarnos que los soldados son prescindibles, que la carne de cañón servicial se consigue fácilmente y que hay muchos más reclutas en el lugar de donde él vino».

Declan Kiberd, *La invención de Irlanda*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1841

**F**arrell, despejándose la garganta, comenzó a leer las hojas que Fernando le iba entregando a medida que las acomodaba:

*El general Lavalle es una sombra de sí mismo; galopa en medio de caminos polvorientos, deshabitados, sin agua, sin alimento, sin caballos; a la noche pasamos frío, hambre, sed. No podemos dormir, estamos siempre alerta, siempre oyendo el rumor de los cascos de los mazorqueros a nuestras espaldas. Anda el Carancho González por acá; a mí me habían dicho que ese verdugo se había vuelto a Buenos Aires desde Córdoba, pero se ve que no, que vino para estos lados.*

*Daba pena vernos, robando higos y fruta verde que nos descomponían las tripas. Corríamos al monte a cada rato, con la disentería de sangre, y cuando no, vomitando.*

*... somos una hueste zaparrastrosa que solo sigue con el general por admiración y fidelidad. Somos los últimos que lo acompañamos, nos llaman Los Leales. No nos importa morir con él o por él, como seguramente nos tocará en suerte. Hemos jurado que, si no sale vivo de esta, jamás encontrarán su cuerpo. Oribe ha prometido a Rosas mandarle su cabeza aunque tenga que sacarla de la tumba. Creo que mi general solo pretende morir en la marcha.*

*Ya nos llegaron noticias de la suerte que le ha tocado a Brizuela, al general Acha, a Marco Avellaneda. A Cubas lo tenían rodeado en Catamarca. ¡Seguramente ya lo han asesinado!*

*... a la mujer del gobernador Brizuela, Solana Sotomayor, no sé dónde la dejamos. Cuando Lavalle se juntó con ella, estuvieron varios días encerrados en una pieza, sin decidirse mi general a ninguna acción. Esa mujer lo volvió loco a él y a su marido; dicen que el pobre Brizuela terminó refugiado en un rancho miserable y queriendo quitarse la vida. Entiendo así que no respondiera al llamado de Lavalle. ¡Lo que puede la incontinencia de una mujer! Troya se perdió por Helena; Juan el Bautista, la cabeza por Salomé, y*

*el capricho de Betsabé le costó la vida a Urías.*

*Ayer oí decir a un corneta que creíamos desertor, pero que nos alcanzó a poco de llegar a Salta, que Brizuela fue asesinado en Sañogasta por uno de sus hombres, un oficial nada menos. ¡Quién fuera a creer semejante traición!*

*... la historia del corneta es bien extraña. Un mazorquero lo había tomado de la crencha para degollarlo, y en el momento en que le afirmaba el cuchillo a la garganta, a nuestro hombre le volvió el coraje y le dio un tremendo cabezazo en el mentón; el verdugo se cortó la lengua con los dientes y se dio un puntazo en el ojo. En el desconcierto generado, el corneta corrió hacia un montecito donde encontró un compañero, que lo libró de las maneadas que le habían puesto, y se lo trajo a la grupa.*

*Ahora, al general lo acompaña una joven, Damasita Boedo, de la mejor sociedad de Salta. Dicen que llegó al campamento el mismo día que él fusiló a Mariano Boedo, su hermano, y a su primo Marceliano Perea. O quizás fue a su tío... Venían de familia de congresales de la Independencia. Se los condenó por creérselos espías federales, y cuando me enteré, una congoja enorme me desanimó. ¿Cuántos hombres, que se involucraron valiente y decididamente en nuestra Independencia, van a morir en esta guerra infame?*

*No estaba yo presente, agradezco a Dios, para ver esto, así que hablo de oídas...*

—¡No puedo creer que hayan fusilado a Mariano y a su primo! —dijo Farrell que, desde iniciada, odiaba aquella contienda «salvaje, despiadada e inconducente», como solía afirmar.

*Ahí mismo ella decidió venirse con nosotros a Jujuy. Debe tener poco más de veinte años y es muy hermosa. Tiene los cabellos rubios y unos ojos azules que pierden a quien los mira. Su boca es pequeña y encarnada, el cuello esbelto, como de alabastro. Es de una belleza luminosa, pero me da miedo. ¿Qué clase de mujer es aquella que se acuesta con el hombre que mató a los varones de su familia? Doy fe que él no la ha obligado. A veces temo que lo siga solo por vengarse, pensando en entregarlo o en darle muerte mientras duerme. Pero no sé qué influjo tiene el general sobre las mujeres que se rinden a sus brazos.*

*La señorita Boedo tiene unas manos blancas, suaves y tibias, siento que es horroroso pensar mal de ella, pues me ha cuidado con dedicación, de la misma forma que restañó heridas de los oficiales y aun de los soldados malheridos. Me cuesta cada día más ponerme de pie, y ardo en fiebre. Las heridas que estaban más o menos cerradas en Córdoba se me abrieron en Famaillá y además del dolor que me producen, han comenzado a supurar. El general me visitó, me trajo uno de sus ponchos y ordenó que me dieran la*

*quinina que reservaban para él. Quise negarme, pero me lo impuso como una orden. Esta tarde me siento mejor y la señorita Boedo me ha entretenido leyéndome un libro de poemas que lleva siempre consigo. Yo le conté que a mi prometida le gusta la poesía y le recité aquel poema de Juan Cruz Varela que tanto le gusta a Consuelo y que me trae recuerdos imborrables de cuando éramos felices: «Sola conmigo la adorada mía, en las calladas horas se encontraba...».*

Juntando las manos en un puño, Fernando hizo crujir los nudillos, pues recordó con una punzada al Malandra murmurando: «Ya debe haber estirado la pata el mocito».

Quizás estuviera en agonía mientras describía crímenes y venganzas, heroísmos y miserias: los que salvaron la vida entregando a sus jefes y compañeros, la triste suerte de los civiles, los viejos aturdidos, los enfermos sin quien los asistiera, los heridos condenados, los niños llorando de hambre, la madre muerta o violada.

Y entre esas sombras, la figura femenina de ambiguas cualidades —¿la diosa de la venganza o el ángel de la caridad?— destacándose sobre los soldados cansados, derrotados, sabiendo ya que, en el recodo del camino, solo puede esperarles un destino funesto. Y su voz leyendo poesía y, seguramente, desgranando alguna plegaria.

*Nadie está a salvo; los hombres de Oribe cubren desde Mendoza a Jujuy. Salvo que los vencidos crucen los Andes, no hay cómo escapar. La Madrid consiguió meterse en la cordillera después de Rodeo del Medio, donde el Fraile lo derrotó en dos jugadas... Pero no sé si el general habrá conseguido llegar a Chile; hubo una tormenta muy fuerte. Un puñado de hombres lo siguió; los otros desertaron por su cuenta.*

*El 8 de octubre, a la noche, llegamos a Jujuy y nos acomodamos en una casa donde había parado el doctor Elías Bedoya. Acompañaban al general su secretario, don Félix Frías, hombre encomiable si los hay, el teniente Álvarez (Celedonio), Lacasa, el edecán en servicio, la señorita Boedo y media docena de hombres, entre los que iba yo.*

*Despuntaba el día 9 cuando una descarga dirigida presumiblemente para Bedoya cercenó la vida de mi general. ¡Los asesinos ni siquiera sospecharon que habían matado nada menos que a Juan Galo de Lavalle, el León de Río Bamba, el héroe de Moquehuá, aquel que peleó para librarnos del poder de España, que recuperó los territorios que el imperio de Brasil nos había quitado!*

*Yo oí la descarga y los gritos de la señorita Boedo. Yerto quedó, tirado en el suelo, y no atinamos ni a levantarlo en el momento. Pedí al sargento Sosa que me ayudara a llegar hasta él y contemplé, entre lágrimas, su hermoso*

rostro agotado de luchar y de amar...

Con frío en el corazón, Farrell dijo en voz alta, cubriéndose los ojos con una mano:

—¡Es verdad entonces; Lavalle ha muerto!

—¿Lo dudabas?

—Sí; pensé que podía ser un infundio de Oribe para matar toda esperanza.

*... esa joven parecía no tener consuelo, y ahí supe que, si alguna vez pensó en vengarse, determinó no hacerlo porque se enamoró de él. Entre lágrimas vi cómo le acomodó al cuello la chalina de vicuña —¡como si pudiera sentir frío todavía!— que el general se había puesto al levantarse, porque era un amanecer helado. ¡Faltaban solo ocho días para que cumpliera los 44 años!*

*¡Y pensar que pudo salvar su vida un año atrás, cuando el enviado de Luis Felipe de Francia le propuso incorporarlo al ejército real con el grado de Mariscal y una pequeña fortuna para que se estableciera en el extranjero con toda dignidad!*

*«¿Y mis hombres?», preguntó el general, «¿qué será de ellos?». El enviado le hizo ver que aquella propuesta era solo para él... ¡y él prefirió renunciar a su salvación por no abandonar a su hueste! «Mi honor me lo prohíbe», dijo, y dejó al otro con la palabra en la boca.*

—¿Los gabachos quisieron comprarlo? —preguntó Fernando.

—No realmente; sé que Halley apreciaba mucho a Lavalle —dijo el comandante quitándose los anteojos y restregándose los párpados—. Seguramente pensó que era la mejor salida, un salto honorable para escapar de la sartén sin caer en el fuego. No era un cargo inventado; en verdad le darían un puesto relevante en el ejército de Luis Felipe, probablemente en las colonias.

Colocándose de nuevo los lentes, Farrell continuó leyendo:

*Pero Dios ha sido misericordioso con el general y con nosotros. Pudimos hurtar el cuerpo a sus verdugos y escapamos hacia Bolivia para impedir la profanación de sus restos. La señorita Boedo, cuando el general Pedernera le ofreció escolta y caballos para volver a Salta, contestó que mejor le diese una mula para acompañarnos en la travesía. En mis pocas fuerzas, quise convencerla de que se volviera con su familia, pero no quiso escucharme; habló de honras perdidas, y que prefería encomendarse a la ayuda de Dios.*

*... no despellejarán su espalda para hacer maneas, como pasó con el joven Avellaneda, como sucedió con Berón de Astrada, ni cortarán sus orejas*

*para mandárselas a Manuelita. No juntará moscas su cabeza, como las de Acha, Videla y sus oficiales, ni horrorizará a sus hijos cayéndose a pedazos en la picota de la plaza. Estamos decididos a entregar la vida por poner a salvo su cuerpo. Ha muerto, sí, pero ha muerto entre los suyos, entre sus leales, los que lo veneramos y unimos hace tiempo nuestra suerte a la suya.*

*Partimos con urgencia, el cuerpo del general cruzado sobre el tordillo del que se enorgullecía tanto. El animal estaba inquieto, siendo que era caballo de pelea y acostumbrado al olor de la sangre, de la pólvora, a los disparos y a la bombarda. Bajaba las orejas, dejaba escapar unos relinchos cortos, como ahogados, escarbaba el suelo; sabía que su amo había muerto. Queríamos llegar a Potosí y sepultarlo cristianamente en la catedral.*

La lectura se interrumpía y las últimas páginas estaban dirigidas a Farrell, quien las leyó para sí, pues la voz ya no le respondía; al terminar, le pasó las hojas a Fernando sin pronunciar palabra. Marcos había escrito con letra enorme pero casi ilegible:

*Me indispuse y pedí me dejaran atrás, no fuera a alcanzarnos Oribe o el bárbaro de Maza, y se apoderaran del cuerpo del general.*

*... me acomodaron a la sombra y me dejaron agua. Ella vino a hablarme con el coronel Danel, a quien pedí le escriba a usted a mi pobre madre díganle...*

*Consuelo, adorada mía, desde esta desolación sin nombre  
Y en territorio de tinieblas...*

## 16. EN LA TORMENTA

«Yo no volveré.../Mi cuerpo no estará allí,/Y por la abierta ventana/Entrará una brisa fresca,/Preguntando por mi alma».

Juan Ramón Jiménez, *Yo no volveré* - *Arias Tristes*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1841

El viento que hacía sonar puertas y ventanas despertó a Consuelo. Las ramas de los árboles, los silbidos y quejidos, el golpeteo de una reja cancel que había quedado suelta le quitaron el sueño. Después de permanecer un rato en la oscuridad, cavilando en la vida que le esperaba, sintió una necesidad urgente de leer aquel poema de Juan Cruz Varela que representaba el amor que se tenían con Marcos. Encendió la vela de la palmatoria, se tiró el chal por la espalda, y fue hasta el secreter donde guardaba cuadernos y libros. Era primavera, pero el viento del sur había traído un aire invernal a la ciudad.

Encontró la libreta francesa, encuadernada en seda y con viñetas de flores, que eligiera Luz Osorio para ella cuando acompañó a su prometido al remate de la librería de Marcos Sastre, en Buenos Aires. Volvió a la cama, apiló las almohadas y se arrebujó entre las mantas. Buscó el poema de Varela que tantas veces habían leído juntos, rozándose las manos, dándose un rápido beso en las mejillas, deseándose con pudor. Los versos le recordaron el tiempo en que se conocieron, en La Antigua, cuatro años atrás, él sentado entre Laura y ella mientras leían poemas de Víctor Hugo o Lamartine. Pasando la página satinada, buscó el poema que le recordaba aquella mañana en que se entregó a él en cuerpo y alma, en la pieza de las monturas, cuando Marcos, vestido de peón, fue a despedirse. Recordó cómo ella había tomado la iniciativa, besándolo y desprendiéndole los botones de la camisa, soltándole la faja de la cintura, abriéndose el canesú de su vestido para ofrecerle la intimidad de sus pechos. Recordó sus juramentos —nunca dudó que cumpliría—, cuando besaron la medalla de la Virgen del Rosario que llevaba al cuello, prometiéndose en matrimonio para cuando volvieran a verse.

Ahora que Lavalle había muerto —al menos eso decían en la ciudad—, quizás Marcos pudiera regresar. Misia Francisquita abogaría por él ante el gobernador, y seguro que le darían la amnistía. Y podrían casarse, tener un hogar y llevar a tía Antonia con ellos.

En el momento en que un trueno descargaba la lluvia, encontró el poema de Juan Cruz Varela y comenzó a leerlo a media voz, dejando de temer a la tormenta que bramaba sobre la ciudad; Marcos volvería pronto.

## *Sola conmigo la adorada mía...*

El trueno hizo temblar la casa y rompió el silencio que se había demorado entre Fernando y Farrell. Se agitó la luz del candelabro, pero se mantuvo encendida. Oyeron la lluvia desplomarse en la calle, en los techos, en los patios.

Saliendo de su inmovilidad, Farrell sirvió más caña, y mientras observaba la carta dirigida a él, de letra desconocida, Fernando armó cigarros para ambos.

La carta era del coronel Alejandro Danel, que se presentaba a Farrell recordándole antiguas camaraderías de guerra, excusando sus motivos para escribirle: contarle los últimos momentos de Marcos Ocampo.

*Combiene a Vd. que sepa que el valeroso Marcos Ocampo, que tenía a Vd de guía, ha muerto. Tubimos que dejarlo en medio del desierto bajo un árbol pues el estado de sus heridas mudó a peor. Él insistió en quedar allí, pues debo decirle a Vd. que la fuerza de Oribe nos tenía a mal traer, penando por la suerte del cuerpo del general, causándonos pesadumbre tal contingencia.*

*Junto con esta carta, le envió a Vd. unas hojas que el susodicho me entrego, con renglones para Vd., la familia Ocampo y su prometida. La señorita Boedo cuidó compasiva de su persona, procurando remediar sus males, i antes de seguir la travesía acompañó a Ocampo en su notable devoción al Santísimo Rosario. Comuníquesele a su prometida, pues creo que eso le aliviará la pena. Cuando se unió a nosotros, pidió a un baqueano con el que Ocampo tenía mucha atención, se allegase a él, pues deseaba encomendarle algo.*

*Esa misma noche, la señorita Boedo me confesó entre lágrimas, que el joven, no queriendo pecar por mano propia, pidió al baqueano que le cercenara las muñecas para apresurar su muerte. Dio su perdón y bendición al hombre, le devolvió el chifle de agua i le entrego monedas para que hiziera dar una misa en Potosí, por su alma. Este hombre, conosco que cumplirá, porque es de ley pero he encargado al Sgto Sosa que vele por ello en lo posible. Este acontecimiento terminó de maltraer nuestro ánimo. He sido testigo en estas tierras de esta guerra que aviva tanto sufrimiento. El infrascripto hace saber a Vd. las noticias de lo sucedido a nuestro general...*

De ahí en más, la carta discurría por la ordalía de aquel viaje llevando el cuerpo del general Lavalle: a veinte leguas de Jujuy, el cadáver había comenzado a heder, y pareciéndoles incorrecto dejar que el cuerpo se cayera en pedazos, decidieron descarnarlo. El coronel Danel había tomado sobre sí la desdichada tarea cuando, a través de la Quebrada de Humahuaca, llegaron a una solitaria capillita en Huacalera. A orillas de un arroyo, descarnaron el cuerpo, pusieron el descarnado en un cuero bien atado y lo enterraron en el lugar. Sus huesos fueron lavados y expuestos al sol. Luego



vaciaron una caja de armas, la llenaron con arena seca y los cubrieron con ella. Su corazón, que estaba intacto, fue sumergido en un tacho con aguardiente y entregado al más fiel de sus hombres, el que cuidó de Lavalle desde que era un cadete y lo había salvado de incontables peligros: el sargento Aparicio Sosa, moreno, silencioso, maltratado por la viruela; quizás aquellos que transportaban un mito en una caja de arena y un tarro de latón sintieron que ese, el más humilde de los hombres de Lavalle, era quien merecía llevar el corazón del héroe.

Con la primera oscuridad del 22 de octubre llegaron a Potosí. El presidente de Bolivia se adelantó a recibirlos y escoltaron los restos hasta la Catedral donde, llenos de congoja, los entregaron al recinto sagrado.

Danel seguía relatando los hechos de guerra que se habían sucedido en las provincias del oeste, cosas que ellos conocían por los relatos del Malandra y el Mulita.

Fernando y el comandante Farrell iban terminando la botella de caña y la bebida les pesaba en la cabeza pero les aliviaba la angustia.

El general Lavalle no había sido nunca santo de la devoción de Fernando, pero la derrota de sus sueños, la larga agonía desde Quebracho Herrado hasta Jujuy, la lealtad y la decisión de sus hombres para poner a salvo su cuerpo le decían que había tenido, dentro de todos sus errores, un don imponderable. Le entristecía su muerte, la de Marcos Ocampo, el destino de Damasita Boedo.

—¿Quién se lo dirá a Consuelo? —preguntó, amargado.

Farrell, que fumaba en un silencio de minutos, se quitó una hebra de tabaco de la boca:

—Yo lo haré —y, suspirando, protestó—: Al parecer, es el destino que los hados me han impuesto: consolar doncellas que jamás me amarán.

Mientras se ponían de pie para ir a dormir, pensó en Consuelo, unos días antes, cuando la contempló a través del estudio de don Teodomiro, con su cutis tan blanco, su pelo renegrado, sus ojos dulces y esa boca que, sin ningún aliño de color, parecía recién besada.

## 17. TRAZAS Y MANERAS

«Respondió que ninguna persona le ha enseñado y que desde muy niño ha tenido esta ciencia y que entiende que nació desde el vientre de su madre con esta gracia y que oió decir a los suios que antes de nacer habló en el vientre de su madre, y por esto le decían que era adivino».

Julio López Mañan, *Tucumán Antiguo*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1841

**F**ernando y Camargo se encaminaron hacia el rancho de Eitán Ruderiquiz, un viejo espantajo rodeado de misterios que vivía en el monte, entre el Paseo del Virrey y la Capilla de Santa Ana, antigua quinta de los jesuitas, por entonces abandonada.

Respetado por la gente humilde y por los poderosos, en Ruderiquiz se cumplía lo que decía el doctor de la Mota: «Quien sea alguien en Córdoba, antes o después terminará peregrinando entre las breñas para pedirle consejo, favor o advertencia».

Don Eitán mentía tener doscientos años y, lo que era seguro, conocer todo lo que sucedía en la ciudad. Se abastecía de leña y frutos de la quinta olvidada, y se surtía de agua —que poco usaba— de la centenaria y deteriorada acequia de Santa Olalla. Conocía sobre raíces para sanar... y más sobre raíces para matar.

Como era de mañana y había mucho tránsito de carretas y jinetes, Fernando y Camargo decidieron cruzar por el puente de la Alameda, peligroso cuando caían las sombras, pues no faltaba noche sin que hubiese un muerto o un desnudado al que habían robado cuanto llevaba encima.

Mientras atravesaban la Cañada —ese tajo que partía la ciudad en dos y cada tanto volcaba sobre ella aguas desmandadas— Fernando pensó que aquel brujo sabría algo sobre Monforte, pues ya estaba enterado, por Medina Aguirre y sus amigos, de dónde tenía posada.

Camargo y él no necesitaban hablar, se entendían con señas o miradas, como hombres que han guerreado juntos. No estaban en terreno desconocido: durante las represalias que tomaron contra el ejército de Oribe, aquella era una senda de escape hacia el caserío indígena de El Pueblito, refugio obligado, ya que ni las tropas se atrevían por aquel laberinto de tapias, callejas y corrales de churquis.

Disimulado por su color y aspecto en el monte de talas y chañares, distinguieron el rancho de Ruderiquiz. Después de haber sido, de niño, asiduo visitante del lugar con sus primos y amigos, había reanudado la relación con el viejo el año anterior. Era hombre de cuidado y tenía más de una maña para echar a los intrusos de su propiedad; no por miedo, pues todos sabían que recibía a los más desalmados asesinos, gobernadores, prelados y verdugos sin que se le moviera un pelo. Nadie se

atreví a levantarle una mano, pues duendes y ánimas lo protegían, amén de un perrazo fantasmal, muy parecido a él —los supersticiosos afirmaban que era su «ánima librada»—, al que llamaba Santos, por aquel Santos Pérez, el que por coraje y obediencia no dudó en matar al Tigre de los Llanos.

Entraron hablando en voz alta y haciendo ruido con los taleros, para no tomarlo desprevenido. Tenía mala hiel para las sorpresas, y decían que el Santos solía atacar sin un gruñido, saliendo como una flecha de la nada.

Iban repechando la última cuesta cuando vieron asomar por la puerta del rancho, protegida por el alero, la cabeza de pelambre enmarañada que el viejo mantenía sin cortar ni peinar desde hacía años.

—¡Ave María Purísima! —saludó Camargo levantando el brazo mientras Fernando decía comedidamente:

—Don Eitán... —Y al desmontar, le entregó un morral de yute con un porrón de ginebra y un paquete de cigarrillos armados de San Javier de Traslasierra, aquellos que las viejas ligaban con arroyo.

Ruderiquiz no permitía entrar a nadie al rancho, y jamás dejaba el rancho —muchos suponían que escondía el tesoro de los Césares—; hizo un gesto ceremonioso indicando que se acomodaran en unos troncos. Fernando, sabiendo cuánto le gustaban los términos antiguos, dijo:

—A la par de Dios —y acomodó, como pudo, su estatura. Camargo, después de atar los caballos al palenque, prefirió el suelo, dejando colgar las piernas entre unos raigones enormes que parecían sustentar la vivienda.

Ruderiquiz trajo unos jarros mugrientos, destaparon la ginebra y se desayunaron a lo soldado.

—Solo le falta media uña de pólvora —dijo Camargo con una imprecación guaraní.

Quedaron los tres en el silencio que sigue a un trago fuerte y de pronto Ruderiquiz dejó el jarro en el suelo, sacó la faltriquera raída y se puso a armar un cigarro. Con ese sexto sentido del que hacía gala, al encenderlo en las ascuas del brasero clavó la vista en la lejanía de torres y campanarios.

—Ese indino se ha salvado de ser racimo de horca; lo he visto en sueños y lo leí en una mirada. Pero está en su sino ayudar a los de tu sangre.

Fernando sintió un escalofrío al comprender que, como siempre, don Eitán se había adelantado a su pregunta. Guardó silencio, pues el hombre tenía sus tiempos y no había que apurarlo.

—Vive con la que ayuda a los que no pueden valerse contra el aire; sanadora de vicios, envenenadora de sesos, que esconde el sambenito tras la puerta y se vale de la buscona morena, esa perdidora de almas, para sus engaños.

Fernando no entendía nada, pero leyó en los ojos renegridos de Camargo que el correntino sabía de quiénes hablaba el viejo.

Volvió Ruderiquiz a servir ginebra y la bebió con un «¡Oste!» envuelto en el

humo picante del tabaco, despertando en los otros el deseo de fumar. En un silencio respetuoso, Fernando y Camargo echaron mano a sus guayacas.

Una criatura extraña, duende o enana, apareció sin hacerse oír por la esquina de la tapera, entregó una bolsa a don Eitán y desapareció. El olor del pan recién sacado del horno les despertó el apetito. El viejo bendijo el pan con unas cuantas salves, y cortándolo con la mano, repartió un pellizco a cada uno. Fernando, morosamente, siguió una conversación errátil.

—¿Y Quebracho? ¿Cuándo lo tendremos por acá?

—Aun nombrando al ruin de Roma, cádate que no se asoma —dijo el viejo palmeándose las rodillas huesudas, para luego murmurar—: Cada cosa a su tiempo, y los nabos, para el otro Adviento —indicando con aquello que faltaba casi un año para que se apareciera el gobernador por Córdoba.

Como siempre le llevaba alguna yapa —diría Lienán, el ranquel—, Fernando fue hasta el Moro y desató la manta grupera atada a la montura, donde envolvía un chifle con aloja de Isidro, un yesquero cargado, un cuarto de oveja y miel de San Marcos Sierras. Colocó todo, cual ofrenda, sobre el poyo de adobe que recorría la pared del alero. Luego le preguntó si le hacía falta algo más y el viejo dijo entre dientes, mirando para otro lado, que estaba sin yerba, azúcar, sal y harina, y que no le vendría mal un poco de grasa de pella para el pan.

—... y también levadura.

—Camargo se lo traerá, y lo que necesite, no tiene más que mandar recado.

Ya estaba Fernando sobre la montura cuando el viejo se puso de pie y se agarró de la horqueta del rancho.

—Debería pasar por el Bajo de Galán.

Desconcertado, el aludido sofrenó el andar del caballo y se quedó mirándolo.

—Tampoco le vendría mal al comandante Farrell darse una vuelta. Lo esperan por allá.

Comprendiendo que era imposible sacarle alguna explicación, Fernando lo saludó mientras Camargo se llevaba los dedos a la frente, como si fuera un oficial del ejército. El viejo le contestó con una bajada de cabeza.

Iban llegando a la Alameda del Virrey cuando Fernando preguntó al guaraní:

—¿Qué quiso decir?

—La casa del Bajo es la quinta donde vivía la mujercita del comandante, la que se murió.

—¿Y por qué debo ir?

Camargo lo miró con una expresión maliciosa.

—Y... será que piensa que usted necesita un refugio.

Fernando ató cabos enseguida: un refugio de amor, un lugar donde encontrarse con Ignacia. La sonrisa le traspasó la cara. «¡Viejo cabrón!», pensó, moviendo la cabeza.

—El comandante hace añares que no pisa por allá —dijo Camargo—. Le trae

malos recuerdos. Habrá que desyuyar y encalar, seguro, además de algún remiendo al techo.

—¿Y el mensaje para Farrell?

—De ahí, ya no adivino —reconoció el guaraní.

—¿Y quién es la del sambenito?

—La Ponciana Vargas, pues; la que curó a don Páez del vicio. Y la otra, la Omara, que le hace de chasqui. Entre las dos adivinan dónde están las cosas que se pierden, sean hombres o caballos —dijo con una sonrisa taimada—. Y dicen por La Toma que la Omara sabe descubrir hechizos.

Cuando desembocaron detrás de la Compañía, se encontraron con Serafín, que acompañaba a las criadas a buscar agua en el surgente de la Calle Ancha.

—El comandante fue a lo de misia Francisca —y por una vez serio, el negrito agregó en voz baja—: Ha ido a decirle a la niña Consuelo que su amor está muerto.

Al trote, tomaron cada cual su camino; Camargo hacia El Pueblito, al rancho de su querida, y Fernando a la casa de su tía Francisca.

## 18. QUE NINGUNA TEMPESTAD LA DERRIBE

«Sí, los hombres siempre se van, a sus guerras, a sus luchas, a conquistar nuevas tierras, a cavar tumbas y enterrar a los muertos. Las mujeres son las que se quedan, las que esperan. Arrastrando los días como los muebles viejos, las mujeres esperan... Que ninguna tempestad la derribe, que ningún viento pueda doblarla, su hombre necesitará una sombra cuando vuelva a casa, si vuelve a casa...».

Leticia Wierzchowski, *La casa de las siete mujeres*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1841

Se despertó en medio de la oscuridad, lo que la sorprendió pues según su reloj interior ya amanecía. Le resultó extraño no ver las líneas de claridad que enmarcaban la ventana y la puerta del dormitorio, pero pensó que seguramente el cielo estaba encapotado. Se quedó quieta, rígido el cuerpo, las manos crispadas apretando las sábanas. ¿Qué la había despertado? No tuvo que repetirse la pregunta, porque sintió un llamado suave, pero insistente, sobre la puerta. Con el corazón desbocado, se puso de pie, medio dormida, medio atontada. Con la respiración apresurada, pensó: «¡Es él, ha llegado!».

La emoción le hizo temblar las manos y las piernas. Tomándose en la oscuridad de los muebles, cuya sombra adivinaba, llegó a la puerta y tiró del pomo con fuerza. Un resplandor casi blanco la encandiló. No veía nada, solo sabía que en medio de esa vorágine estaba Marcos, y había venido a buscarla. Abrió los brazos y se entregó a la luz.

\* \* \*

Eduardo Farrell llegó a media mañana a casa de misia Francisquita. La encontró en la sala doméstica con la negra Martina ordenando las tareas del día. La señora echó una ojeada al rostro de su amigo y la intuición le habló al silencio. Martina se retiró para continuar con la rutina doméstica y mandar que cebaran mate con cáscara de naranja, como le gustaba al comandante.

—¿Y Consuelo? —preguntó don Eduardo, con la voz ronca.

—La he dejado dormir; lleva meses de cansancio y malas noches —y al ver los papeles que su amigo llevaba en la mano, misia Francisquita dijo sin dudar—: ¿Sabes algo de Marcos?

Tirando las cartas sobre la mesita, Farrell se sentó frente a ella.

—Ha muerto —dijo bruscamente—. ¿Quieres que regrese más tarde? No me gustaría despertarla para darle semejante noticia.

En aquel momento oyeron a Canela gritando en el corredor del piso superior.

Había ido a despertar a Consuelo y tuvo que empujar la puerta para entrar: la joven estaba tirada en el piso, pegada al umbral.

Farrell, seguido de Francisca, subió las escaleras. Sin perder tiempo en preguntas, el comandante la levantó en brazos y la puso sobre la cama. Acercó el oído a su pecho y quiso pensar que todavía alentaba. Gritó que le alcanzaran la botella de brandy o de whisky y que alguien fuera por el doctor Pizarro. Mientras discutía con Francisca si levantarle la cabeza o dejársela colgar hacia el suelo, recordó lo que había visto hacer a un médico alemán durante la guerra con Brasil: acomodó el cuerpo bien estirado, puso la palma de la mano sobre el pecho de Consuelo y descargó el puño sobre ella.

—¡Le romperás las costillas! —exclamó la señora, cubriéndose el rostro.

Sin atender lo que le decía, él descargó otro recio golpe mientras aseguraba:

—Las costillas soldarán, pero si el corazón no reacciona, se nos muere.

Al tercer golpe, con un sonido apagado, Consuelo boqueó y abrió los ojos. Canela llegó con el brandy y aunque ella esquivaba la botella, entre Farrell y misia Francisquita la obligaron a beber; el sorbo reanimó las mejillas de la joven, que preguntó con un hilo de voz:

—¿Ha muerto? —Y al ver la aflicción en las facciones de don Eduardo, se incorporó, se volvió hacia la almohada y, abrazada a ella, comenzó a llorar en sollozos largos y temblorosos—. ¿Por qué me despertaron? ¡Él vino a llevarme!

El doctor Pizarro no demoró y misia Francisquita, en voz baja, le contó lo sucedido. El médico se hizo traer una silla y mientras interrogaba a Consuelo pidió un paño, cubrió el pecho de la joven y tanteó sus costillas, por si tenía alguna dañada. Escuchó su corazón, y pidió a todos, salvo a misia Francisquita, que se retiraran, y a puerta cerrada tuvo una larga conversación con la joven. Aconsejó a la señora que mandara al monasterio de las Teresas por Agua del Carmen mientras escribía la prescripción: debían administrarle una cucharada, la medida más pequeña, disuelta en una taza de agua a punto de hervor, tres o cuatro veces al día.

—Que la tome por una semana y midan la dosis cuidadosamente. Produce sopor, controla el ritmo cardíaco y la respiración, que se le han alterado por el dolor de las pérdidas. El doctor Tamini me la ha recomendado para doña Secundina, la mujer de Arredondo, y ya se nota su mejoría.

Misia Francisca se alegró —todos en la ciudad querían a Secundina Bustos, hija del brigadier Juan Bautista Bustos— y le preguntó si le parecía bien que le diera a Consuelo, a media mañana, un batido de yema con azúcar y oporto, para fortificarla.

—Excelente, pero cuando deje el Agua del Carmen.

Canela esperó que se retiraran; entró en la habitación y se instaló cerca de la ventana con un canasto de repasadores para dobladillar. Consuelo se mantenía rígida sobre la cama, los ojos cerrados, los brazos cruzados sobre el pecho sosteniendo el rosario. La mulata cortó el hilo con los dientes y se estremeció. La joven parecía muerta. Quizás era verdad que el ánimo de su enamorado la rondaba y ella quería

seguirlo.

\* \* \*

Cuando misia Francisca y el médico bajaron a la sala, encontraron a Fernando, que acababa de llegar, acompañando a Farrell. También estaban allí Leonor e Ignacia, a quienes las criadas habían mandado aviso; en el apresuramiento, no se habían quitado los delantales de diario.

Mientras el doctor Pizarro indicaba los cuidados que debían dedicar a la enferma, Farrell, las manos a la espalda, miró hacia el patio, pensando en tantas mujeres que, como Consuelo, esperaban, sin saber si eran viudas o huérfanas; ignorando si el amado volvería a ellas; incapaces de ser infieles, destinadas, por ello, a quedar de beatas o dispensadoras de alivios familiares.

Algo dijo el médico que hizo romper en llanto a Ignacia y, al levantar la vista, Farrell vio cómo Fernando, sin importarle los presentes, la consolaba.

Con frío en el corazón, el comandante notó que el vástago del granado de su Florinda, que Laura y Canela habían plantado hacía muchos años, estaba cubierto de flores. Una idea le rondaba la cabeza: después de leer la carta de su mujer, tantos años perdida, sintió que debía volver a la casa del Bajo de Galán. Le pediría a Fernando que lo acompañara.

En la sala, de espaldas a sus tías y al médico, Fernando consolaba a Ignacia.

—No llores más. Consuelo se repondrá, ya verás. Y para que te alegres, estoy casi seguro de haber encontrado un lugar para nosotros, aunque tendré que hacerle arreglos.

Ignacia pareció recuperarse de pronto y él respiró, aliviado. Sí, ella lo amaba: no cruzaría el mar para volver con su marido. Por el momento, le bastaba el brillo esperanzado de sus ojos, los labios entreabiertos para recibir el beso: apenas habían robado alguno a la vigilancia familiar.

—¿Tendrás paciencia? —Nunca en su vida había tenido que rogar a una mujer, pero aquella pregunta era, en sí, una súplica.

Ella, observando en el espejo que nadie les prestaba atención, se inclinó y le dio un beso donde la abertura de la camisa dejaba al descubierto el vello rubio de su pecho. Aquello no pasó desapercibido para Farrell que, desde el patio, vio el gesto y se le nubló la mirada. «Moriré sin volver a amar», pensó y cortó una flor al granado. Como le pareció incorrecto, dada su reciente viudez, llevarla en el ojal, la rozó con los labios y la guardó en el bolsillo interior, cerca del corazón.

Mientras Nacha subía a acompañar a Consuelo y Pizarro se despedía, Fernando se acercó al comandante y dijo en voz baja:

—Tengo un mensaje, una pregunta y un pedido de mi parte.

—¿De quién es el mensaje? —preguntó Farrell con curiosidad.

—De don Eitán.



—¿Qué quiere el fantasmón? —preguntó el comandante con una media sonrisa.

Fernando dudó en cómo expresarse, y le soltó con torpeza:

—Dice que debes ir al Bajo de Galán; que allá te espera alguien.

Apoyándose en la columna de la galería, una mano a la cintura, Farrell lo miró, ceñudo.

—¿Es una broma?

—No me atrevería a hacer bromas sobre eso —dijo Fernando seriamente—, pero así fue el recado.

Farrell se cruzó de brazos, sintiendo que la flor parecía latir bajo la chaqueta como otro corazón.

—¿Y la pregunta?

—¿Quieres que te acompañe?

—Iba a pedírtelo. Pero dame un tiempo, para hacerme a la idea. ¿Y el pedido?

—Si estás de acuerdo... querría arreglar la casa para mí.

No hubo más explicaciones. Farrell lo tomó del brazo y dijo:

—Vamos a comer unas empanadas en la Recova; no tengo ganas de ir a casa todavía. He mandado que limpien el escritorio y me armen un catre ahí.

Despidiéndose de las señoras, salieron hacia los famosos Portales de Valladares donde, desde hacía más de un siglo, y a través de varios dueños, seguían fritándose las más ricas empanadas de la ciudad.

## 19. DIARIO DE GUERRA: VÍSPERAS

«Ya Corrientes tenía general nuevamente, pero todavía no tenía ejército. La provincia estaba exhausta y carecía de todo lo necesario para formar un ejército, pero había corazón y decisión, y bajo los órdenes de un hombre del tesón y la maestría del “Manco” Paz se irían venciendo todas las dificultades».

Antonio Emilio Castello, *Historia de Corrientes*

PROVINCIA DE CORRIENTES  
SEGUNDA MITAD DE 1841

*Me he dispuesto a llevar esta suerte de diario para que el día de mañana, cuando escriba mis Memorias del Exilio y de la Guerra Civil, tenga anotados recuerdos y hechos fundamentales del tiempo que me tocó vivir, y no caiga en errores u olvidos involuntarios.*

*Estábamos en los últimos tramos del año 1841 cuando el general José María Paz consiguió formar, a pedido y necesidad del gobernador de Corrientes, y de los que deseábamos constituir el país, lo que se llamó «Ejército de Reserva». El tiempo nos apuraba, pues Echagüe, enterado de que tendría que batirse con el reconocido estratega cordobés, se dedicaba a preparar sus fuerzas muy cerca de la frontera, en la que poco y nada se había hecho para protegerla de invasiones.*

*En conversaciones con Santiago Derqui, este negó lo que a mí me parecía desidia. Me dijo que todos pensaron que Lavalle acabaría en un mes con el peligro, pero al cambiar de planes este, los correntinos quedaron desguarnecidos, pues al variar Echagüe de palabra (de ser aliado de Berón de Astrada pasar a ser súbdito de Rosas), no podían fiarse de él.*

*«Ni la noticia de su muerte le va a quitar al gobernador la amargura», expresó Derqui y agregó que el presidente de Uruguay, Fructuoso Rivera, tenía mucha responsabilidad en todo ello. «Estoy cierto de que seguirá interfiriendo para enemistar al general Paz con el gobernador», fueron sus siguientes palabras.*

*Tal como nos había comentado el capitán en el barco, el Paraná Arriba no tenía defensa contra las naves que pudiera mandar Rosas, ya fuera para atacar o para desembarcar tropas en Entre Ríos y, efectivamente, Corrientes había quedado librada a sus escasos recursos. Su única salida eran el Chaco inhóspito o el Paraguay vecino.*

*Paz había comenzado con la desmoralizadora suma de treinta y cuatro hombres, a los que consiguió sumar cien reclutas de infantería. Luego se incorporaron jóvenes estudiantes, de espíritu y criterio, y los fue instruyendo*

para oficiales. Mientras tanto el general, incansable, reconocía el terreno y aprehendía la geografía de la provincia, estudiando, como es su costumbre, los posibles pasos no solo de los grandes ríos, sino de esteros y arroyos, buscando lugares propicios para esperar al enemigo, «claros de escape» en caso de retirada, y sitios donde rearmar la tropa.

Dos sucesos nos levantaron el ánimo; el primero fue recibir al distinguido coronel José Ramón Ruiz Moreno que venía a firmar una alianza entre el gobernador de Santa Fe (Juan Pablo «Mascarilla» López, que se había pronunciado contra Rosas) y la provincia de Corrientes. Nos trajo alivio saber que contaríamos con más ayuda y que desaparecía la amenaza que podía llegar desde la otra margen del Paraná.

El segundo suceso acaeció con el arribo de los correntinos que habían seguido a Lavalle, a los que dábese por muertos. Después de la derrota de Famaillá, desconfiando de las promesas de inmunidad de los federales, se negaron a rendirse y cruzaron el Gran Chaco, para ponerse a disposición de don Pedro Ferré. Llegaron a Corrientes tras varias semanas infernales. Cuando los vimos aparecer, con sus bombachas azules y sus airosos birretes, cansados y sedientos, los rostros marcados por soles y heladas inclementes, rompimos en exclamaciones de bienvenida. Supimos después que tuvieron que enfrentar o conciliar con tribus ariscas, pero sus fieles guías los pusieron a salvo con el cacique Colompotó, a la cual pertenecen. Allí se les brindó protección y alimentos, y gracias a la buena índole de este cacique, varias tribus amigas les garantizaron el paso del Paraná.

Pero no solo llegaron los correntinos, sino otros cientos más provenientes de Córdoba, Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos. Fue emocionante ver al pueblo recibirlos al grito de: «¡Son los nuestros, son los nuestros!», abrazándolos, alcanzándoles agua, ofreciéndoles comida, preguntando por los soldados que conocían. Pronto se mezcló la alegría con el dolor: las mujeres iban de soldado en oficial al no verlos entre la tropa, preguntando desesperadamente por los suyos, y fue allí de ver lágrimas y gemidos al escuchar las respuestas.

A la noche, cuando nos juntamos con los oficiales a los que dejamos descansar unas horas, el teniente coronel Mariano Camelino me contó que una madre, al enterarse de que su hijo había caído en la batalla de Famaillá, exclamó llorando: «¡Murió por mi libertad!».

El general Paz se llevó una gran sorpresa al encontrarse cara a cara con el capitán Acosta, quien diez años antes había sido el jefe de la partida que lo tomó prisionero en Calchín. Acosta se turbó grandemente, pero el Manco le aseguró la bienvenida al Ejército, lo que tranquilizó mucho al capitán, que no las tenía todas consigo. Pero resultó que también el coronel Salas, que llegó a poco, pertenecía por aquel entonces al ejército del gobernador —hoy difunto

— Estanislao López.

*Habla de la conciencia de estos tiempos, el hecho de que hombres, otrora enfrentados, encuentren ahora una causa común que los hermana. En los días que siguieron, a través del trato, pude ver cómo el general Paz iba cobrando creciente apego al coronel Salas que, como nosotros, es cordobés.*

*Mientras el general deducía los pasos por los cuales podía aparecer Echagüe, Saint-Jacques y el doctor Acuña, asistidos a veces por Bonpland, inspeccionaban la hechura de los coches ambulancia: se llamarán Patria, Libertad y Constitución, nombres que representan nuestros ideales. El capellán no halla la hora de darles la bendición y ya designó a un curita joven para que ayude con los heridos y les dé el necesario consuelo. Por su parte Bonpland, que tiene muy buen entendimiento, preparó a los asistentes y enfermeros, tan necesarios.*

*No puedo dejar de reconocer el gran aporte del bello sexo, desde las más humildes hasta las más encumbradas. Las primeras se pusieron a confeccionar mantas y ponchos para la tropa, y algunas practicaron los primeros socorros; las damas bordaron estandartes y cosieron banderas y divisas para los soldados, sin desdeñar enrollar vendas y disponer botiquines de campaña.*

*Aunque parezca imposible, el general Paz, en menos de cuatro meses, ha conseguido reunir 3000 soldados, preparar oficiales y mantener a la tropa en ejercicios, sin que se quejen. Algunos han engordado, todos visten dignamente, pero faltan armas, que Ferré tiene bajo llave. A veces disponemos de una sola carabina para enseñar a disparar a un pelotón entero.*

*Pero el mayor enemigo de nuestra causa y, me atrevo a decir, de la causa argentina es el presidente de Uruguay, que detesta al general Paz, pues interviniendo él con sus eximias capacidades, Rivera teme que se le escapen los territorios que quiere anexarse: Entre Ríos y Corrientes de nuestra banda, y Río Grande del Sur, de la de él. Por lo tanto, no tengo que sumar dos más dos para deducir que si Paz toma Entre Ríos, no se la cederá, sino que la conservará dentro de la hegemonía argentina.*

*¿Quién dio cabida a Rivera en esta contienda? Creo no estar lejos de la verdad al decir que fue una decisión que debió tomar el anterior gobernador, Berón de Astrada, ante la negativa de Rosas de permitirle la navegación por el Paraná, lo que perjudicaba grandemente la economía de la provincia. Aceptar, entonces, una alianza con el presidente uruguayo parecía ser el único recurso para luchar por el bienestar de la provincia.*

*Rivera no ha escatimado infundios y arterías para cambiar el ánimo de Ferré hacia el general Paz. La actitud del «Pardejón», como lo motejó Rosas, ha provocado que Paz, rápido en reaccionar, renunciara, pidiendo licencia*

para dejar la provincia. Ferré se sinceró contándole que Rivera insistía en que era necesario librarse de él, por estar en connivencia con Rosas en desmedro del Litoral. ¡Como si alguien pudiera dudar del Manco, que jamás mudó de parecer ni se vendió al mejor postor, como muchos de nuestros jefes!

Juan Thompson, por cartas de su madre, doña Mariquita, dice que esto es una intriga de Rosas para desarmar la última resistencia que queda en el país, tender una trampa a Rivera y librarse de Paz, el único a quien verdaderamente considera difícil de vencer y de engañar.

El gobernador aseguró al general que no se lo había comentado por «no ensuciar las aguas», pero que le ha escrito al oriental rechazando las malignas acusaciones, y nos aconsejó silenciar el incidente, pues la sospecha de que no recibiríamos ayuda de Rivera podría dar alas a Echagüe.

El general Paz quería salir a buscar al entrerriano, en vez de esperar que él eligiera día y lugar para invadirnos, pero Ferré insistió en que aguardáramos que cruzara el límite para tenerlo en terreno conocido.

Desgraciadamente no se siguió la voluntad de Paz y para fines de agosto partidas entrerrianas aparecieron por Curuzú-Cuatiá, haciendo huir a la población, que temía se repitieran los espantosos sucesos de Pago Largo: cuando el gobernador Berón de Astrada se alzó contra Rosas, un notable lugarteniente de Echagüe, Justo José de Urquiza, destruyó las huestes bisoñas del gobernador correntino.

Dos veces la Constitución ha sido boleada: en Calchín, por aquel tiro de boleadoras que determinó la prisión del general Paz, y en Pago Largo, donde igualmente bolearon el caballo de Berón de Astrada. Este no tuvo la suerte de Paz y fue alanceado en el suelo. El recuerdo que hace huir ahora a los habitantes de Curuzú-Cuatiá es el escarmiento que se dio a los vencidos: 2000 hombres murieron en combate y casi 1000 más fueron degollados por orden de Urquiza. A Berón de Astrada le dieron 18 lanzazos, le cortaron una oreja y le sacaron una tira de piel, desde la garganta hasta el ombligo, como a Marco Avellaneda se la sacaron de la espalda, para hacer unas manecas con la piel del vencido.

Curándose en salud, Ferré nos dio cuanto necesitábamos para defender la frontera de tan artero enemigo. Aunque yo ya no estaba en el país, bien recuerdo lo que fue la entrada de Echagüe en Córdoba, al caer prisionero el general Paz, allá por el año 31.

Con gusto pelearé contra él, pues sus hordas sacrificaron, sin que mediara ofensa ni defensa, a mi padre y a mi fiel ayo, el negro viejo llamado Simón, que en paz descansen. El primero, por defender a un pobre infeliz; el segundo, por proteger a mi padre. Las tropas entrerrianas destruyeron cuanto pudieron en la ciudad, matando a mansalva, robando sin vergüenza. La oficialidad dio ejemplo a la soldadesca, asaltando casas y arrancando cuanto

*de hierro encontraban: rejas de ventanas, coronamientos de aljibes, cancelas y los centenarios portones de los templos. Dicen que el mismo Echagüe se trajo, para su propiedad, el gran portón que señalaba la entrada de Los Algarrobos.*

---

*Al fin pusimos fecha para bendecir las ambulancias: será el día de San Martín de Tours, «el Batallador», como lo indica su nombre. El capellán, con buen tino, eligió este santo por tres razones: porque es un santo guerrero, pero proclive a la paz; porque el Libertador de nuestra Patria lleva su nombre en su apellido; y en honor de los franceses, que tanta devoción le tienen, agradeciendo las ambulancias que salvarán muchas vidas.*

*Hoy estamos en vísperas de operaciones. En vano he luchado contra los recuerdos que me llevan a aquellas jornadas del año 29, con el general Paz, cuando íbamos a enfrentar al bravo Quiroga. Nevaba entonces, no comimos en varios días, ni pudimos dormir. Sin embargo, peleamos contra un ejército que nos superaba en número, peleamos contra la superstición de los paisanos, que creían en los soldados-tigre, los famosos capiángos que decían traía Facundo. Peleamos como leones, y vencimos en La Tablada después de combatir dos días.*

*Que los dioses me amparen. En mi pecho anida la íntima nostalgia de mi familia, de mi hogar. Es una triste enfermedad este desear regresar sin sentirme cobarde, esta nostalgia de ir a la lid sabiendo que puedo morir un día u otro, y anhelando no morir antes de haber pisado de nuevo mi Córdoba, de haber abrazado a los míos, de habernos perdonado con mi hermano...*

## 20. EL HUERTO SELLADO

«Mi huerto está cercado de tapiales,/las miradas se estrellan en sus muros;/tú y yo en el seno del vergel frondoso/vestido de orientales limoneros/y de parras que al sol se engarabitan,/gozamos del amor y el fermentar de tu temprana sangre».

Salvador Rueda, «Mujer de moras»

CIUDAD DE CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1841

Mientras la ciudad se sumía en el sopor de la siesta, Farrell y Fernando, acompañados por Rosendo y Camargo, se encaminaron hacia la casita del Bajo de Galán. Los seguía Serafín llevando las herramientas sobre una carretilla tirada por un petizo tozudo que solo al moreno obedecía.

Farrell y Fernando, a cierta distancia, conversaban en voz baja, el comandante contándole de su amor por Florinda y de su hijito, muertos durante una de las epidemias de tifus, mientras él peleaba la guerra con Brasil. Su mayor dolor era que los habían echado a la fosa común.

—Cuando sepultamos a Calandria en Los Algarrobos, te envidié, porque podrías visitar la tumba. A mí no me queda nada.

Guardó silencio un momento, su figura erguida sobre la montura del ejército a la cual se había acostumbrado, la mano en el muslo como un picador español. Su apostura hacía que las pocas mujeres que andaban por los caminos, acarreando agua o escapando a un encuentro de amor, lo miraran atrevidamente, sin descontar una sonrisa invitadora. Él no parecía notar nada, aunque respondía con amabilidad a los saludos.

—No he vuelto por allá desde que me despedí de ella para regresar con Lavalle, a pelear con los brasileños. Nunca volví a la casa; no tuve el coraje de recoger lo que quedó después de su muerte. Pero la carta, la famosa carta que tenía penando a Mercedes, me ha dado un respiro, me ha quitado parte de la amargura de haberlos perdido de esa manera.

Fernando ignoraba lo que decía la carta, que tenía en ascuas a media ciudad, incluyendo chismosas y señorones. Algún día, pensó, entre dos copas, el amigo le haría confidencias.

Farrell, al tiempo que tiraba de las riendas, señaló una construcción casi colgada de una de las barrancas del río. Muy cerca de allí, doce años atrás, Fernando —por nombre de guerra Chañarito— y sus ranqueles habían intentado revertir la derrota federal, cuando la pericia de José María Paz desmanteló los cuadros de Facundo Quiroga en La Tablada. Desde la cresta barrancosa, se habían lanzado sobre la retaguardia del ejército unitario, creando el caos y casi logrando la victoria.

Mientras observaba los humildes escalones de ladrillo que subían hacia la puerta tapiada, recordó con un estremecimiento el encuentro con su hermano Sebastián, enrolado con el Manco Paz. Enardecido de furia por la muerte de uno de sus lanceros, casi lo había matado, pues aun en el suelo Bastián seguía luchando.

No, aquel lugar no traía buenos recuerdos a ninguno de ellos. También Rosendo tendría algo que decir, pues había intervenido en la contienda.

—Ni sé cómo estará adentro. Demos la vuelta; por el fondo entramos a pie llano.

Dando un largo rodeo, llegaron a la entrada trasera cerrada a cal y canto. Descendieron de los caballos y Rosendo tomó el pico y en tres golpes abrió paso hacia la huerta de la casa.

Se encontraron ante un yuyal alto, donde sobresalían árboles frutales, algunos cargados de frutos, otros en floración. Había también un joven algarrobo, algunos talas y arbustos sobre los que se extendían las madre selvas como un manto. Camargo usó el machete para acercarse a la construcción y a medida que golpeaba, los envolvía el perfume de las flores. Fernando, que seguía a Farrell, sintió el entrañable dolor de su amigo como si estuviera en su piel. «Que no haya por aquí verbenas azules», rogó, que era la planta que le recordaba a Calandria. Con un manojito de ellas sobre el pecho había enterrado a su mujer.

Dieron finalmente con el pozo surgente, unas construcciones caídas, que fueran refugio de gallinas y otros animales de granja; más adelante, el patio de ladrillo, con un color verdoso y oliendo a humedad por las lluvias recientes. El granado, con su reborde de piedra para sentarse, había crecido más allá de lo común. Estaba florecido y varios colibríes escaparon al oírlos. Solo los abejorros siguieron zumbando perezosamente, sobre la cabeza de Farrell, que se sacó el sombrero y se lo puso sobre el corazón al admirar la altura del árbol.

Fernando dio órdenes para despejar el sendero hacia la casa mientras se ataba el pelo en la nuca para que no le molestara.

El lugar le transmitió una especie de paz que le serenó el corazón. Subiendo hacia la tapia de atrás, descubrió un banco de piedra que miraba hacia el poniente. Se veía la larga línea de montañas extendiéndose de norte a sur, doradas y luminosas después de la tormenta, envueltas en esa ensoñación azul de las serranías cordobesas.

El tono de la tarde y el olor de las matas sacrificadas, del pasto alto, de alguna fruta temprana macerándose en el suelo ponían al momento un aire a égloga. «Égloga», pensó. «Una palabra de Sebastián». Últimamente, pensaba mucho en su hermano y extrañaba los recuerdos y las conversaciones entre ellos.

Oyó a Camargo anunciar:

—Comandante, ya puede entrar.

Fernando se adelantó, no queriendo dejar solo a Farrell. La puerta cedió después de dos golpes en la cerradura, y como ya miraba todo con ojos de propietario —«lo provechoso y útil», como rezaba la sentencia—, observó el herraje. Habría que arreglarlo; no era problema. El cuarto estaba oscuro, la ventana abierta; el polvo y la



hojarasca se habían adueñado del lugar, cubriendo el suelo y los muebles que habían sobrevivido al abandono.

Farrell entró como quien regresa a un santuario. Sobre la mesa modesta permanecía un plato que parecía haber tenido restos de comida, junto a un jarro enlozado que tocó con la punta de los dedos. En un rincón, la sillita enana que él mismo había fabricado para su hijo, y a su lado, la cuna con ropa blanca que se deshacía de solo mirarla. Un cuadro torcido del Corazón de Jesús que quiso enderezar cayó al suelo con el cordón deshilachado. Tocó el clavo, que clavara en la pared tantos años atrás, y lentamente entró al dormitorio y cerró la puerta tras de sí.

Fernando lo dejó en su dolorosa peregrinación y salió a dar algunas directivas a Camargo y a Rosendo, ordenando a Serafín que fuera en el petizo hasta el río y llenara los chifles de agua; arrojándole unas monedas, le dijo que si olía pan por algún lado, no dejara de comprar. Iban a trabajar horas.

Luego, se puso a estimar cuánta gente tendría que contratar: era necesario arreglar el entejado, limpiar el surgente, el aljibe y las canaletas que desembocaban en él; remendar paredes y colocar vidrios en las ventanas pues prefería que entrara luz a dejarlas con postigos cegados. Y no debía olvidar al cerrajero.

La galería era muy linda y en el extremo estaba la cocina. El fogón tenía una mesada firme, una buena campana, ganchos de hierro para colgar sartenes y pailas. Por todas partes le parecía ver la mano de Farrell, y sintió que donde había existido tal amor, bien podía prosperar el suyo.

Tomando la podadera, comenzó a cortar las ramas bajas que cubrían el reborde de piedra del granado para que su amigo pudiera sentarse bajo su sombra. De pronto, levantó la vista y vio a Rosendo hacerle un ademán con el brazo. Al acercarse dio con un rincón muy bonito; una gruta se levantaba sobre el ángulo de la tapia, plantas de jardín subsistían entre la maraña, algunas florecidas. En la gruta de piedra blanca de las sierras, con chispas de mica dorada, la Virgen de la Merced, patrona del Ejército Argentino, perduraba tras una puertita de hierro y vidrio. Pero no era eso lo que Rosendo quería mostrarle. Al lado de la gruta, una pequeña construcción de mampostería, abovedada, le recordó otras semejantes del cementerio de Los Algarrobos. Miró a Rosendo y este, santiguándose, señaló unas palabras grabadas en el enlucido de la pared.

Recordó el mensaje de don Eitán para Farrell y se le nubló la vista. Florinda no había sido arrojada a la fosa común; descansaba allí, con su hijo, entre violetas, alelís y geranios.

—Camargo, vete a San Francisco por el padre Mateo. Si no está en el convento, lo rastreas y me lo traes aunque sea en burro.

Y mientras el correntino se retiraba a cumplir lo encomendado, se volvió hacia Rosendo, que no necesitó explicación para salir de la propiedad.

Entonces fue por Farrell; el comandante salía en ese momento, pálido, avejentado: sostenía un rosario en la mano.

—Lo encontré bajo la almohada; se lo regalé antes de irme, en mi última licencia —dijo con un leve tartamudeo.

Al levantar la vista, lo desconcertó la expresión de Fernando, que le puso las manos sobre los hombros.

—¿Recuerdas que don Eitán dijo que alguien te esperaba en el Bajo de Galán?

Farrell no entendía, en medio del dolor, lo que quería decirle, pero lo siguió a través del patio. Miró la gruta y después a su amigo.

—Yo mismo se la hice. Le rezaba a la Virgen de Belgrano por mí mientras estaba en la guerra...

—La tumba —dijo Fernando—; tu mujer y tu hijo están acá.

Farrell se acercó al muro y siguió con los dedos las letras tajeadas. Cayó de rodillas cubriéndose la cara. El rosario se balanceaba en su mano; las cuentas jaspeadas como ojo de gato brillaron cuando el sol las tocó.

## 21. NO DESPERTÉIS A LA AMADA

«Las cofradías cumplieron un papel importante dentro del mundo de la salud y de la enfermedad, del cuerpo y del alma, especialmente cuando se trataba de hermandades creadas con fines hospitalarios o asistencia, o complementarios de ellos».

Ana María Martínez de Sánchez, *En el cuerpo y en el alma. El socorro a los enfermos*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
FINALES DE LA SEGUNDA MITAD DE 1841

**C**l padre Mateo llegó una hora después en ancas del caballo de Camargo. Ya estaba de vuelta Serafín, el petizo se empachaba de frutas caídas y Rosendo cuidaba dos potes de caña áspera comprada en El Pueblito.

El franciscano era capellán de la Policía y protector de soldados viejos o baldados; Fernando, Farrell y otros señores de la ciudad lo proveían de cuanto necesitara para sus protegidos, incluyendo «vicios»: tabaco, bebidas y naipes. Era gordo y sabio como Sancho Panza, desaseado y de rotundos decires. Muy amigo de Robertson —con quien hiciera el primer viaje a Córdoba—, se convirtió en confesor de las huestes de Fernando que habían acosado a los mazorqueros porteños.

Ya Camargo lo había instruido y entró barriendo abrojos con el hábito. Sus sandalias daban lástima y tenía sucios los pies. Las mujeres lo rehuían, pero no había varón que no acudiera a él cuando debía confesar flaquezas de juego, de faldas o de duelos.

Cuando don Eduardo y Fernando se le acercaron, los saludó con un «Ave María» apresurado.

—¿Dónde está la querida niña? —preguntó. Y al llegar ante la sencilla construcción, se arrodilló, ordenando a los hombres que hicieran lo mismo.

Camargo traía una petaca que puso ante el sacerdote, quien sacó una estola muy limpia, se la colocó, destapó el agua bendita y tomó un libro de rezos.

Las primeras palabras fueron desconcertantes. No era una oración de difuntos, sino un canto de amor para la que allí descansaba, como si la hubiera conocido en vida.

—¡Qué hermosa eras, amiga mía, qué hermosa eras! Fueron tus ojos como palomas detrás de un velo; como cinta escarlata tus labios y muy dulce era tu habla. Como gajo de granada tus mejillas. Tú encendiste el corazón de tu esposo y prendiste su ánimo con una sola mirada. Huerto sellado eres ahora, huerto cerrado, fuente sellada...

»Sobre tu brazo izquierdo él apoyó su cabeza y con tu diestra, lo abrazaste. Ponlo por sello sobre tu corazón, ponle por marca sobre tu abrazo, porque el amor es fuerte

como la muerte y las aguas no han podido extinguirlo ni los ríos podrán sofocarlo. Dale la paz, y bendícelo.

Luego, juntó las manos y bajó la voz:

—¡Oh tú, la que moras en el jardín con tu hijo pequeño! Tu amigo ha venido a despedirte, hazle oír tu voz en su corazón. —Y volviéndose hacia los otros, los conminó—: Os conjuro, no despertéis a la amada y a su criatura; hasta el fin de los tiempos, aquí reposará, entre flores y frutos, con la bendición de Nuestro Señor, Amén. —Cerró suavemente el libro y, dejándolo sobre la gruta, asperjó la sepultura con abundante agua bendita mientras mascullaba las fórmulas de rigor. Se puso de pie ayudado por Rosendo y antes de que Farrell pudiera levantarse, le tomó la cabeza entre las manos y le dijo unas palabras al oído; luego le palmeó el cuello y se volvió a mirar hacia el cordón de sierras, donde el sol desaparecía tras el horizonte. Parte de la casa estaba teñida de una claridad opaca, pero aquel rincón del jardín era un claro de luz en el crepúsculo. Serafín se acercó a él y le entregó el libro de oraciones.

Mirando hacia los montes, con el libro sobre la cintura, entre las manos, el religioso dijo simplemente:

—Ojalá encuentre yo un lugar de reposo tan humilde y hermoso cuando deba entregar mis huesos a la tierra. —Y con un hondo suspiro, ordenó a Rosendo—: Abre la caña y pásala, hijo. Hay que entonar el dolor. Y huelo pan; denme un mendrugo.

—Amén —contestó el vozarrón de Rosendo.

Fernando no sabía de dónde había sacado el cura semejante poema, y se lo preguntó después del segundo trago.

—Del Eclesiastés, o quizás del Cantar —respondió evasivamente el religioso, tironeando los abrojos del hábito. Con timidez, murmuró—: Alguna vez amé a alguien.

Sentándose en el banco, añadió algo sobre pérdidas y destinos.

\* \* \*

Esa noche, en la biblioteca de Farrell, Fernando se sentía algo bebido pero feliz de planificar su futuro. Había dicho a Ignacia que tendría que buscar recursos en Los Algarrobos, vender alguna hacienda o lo que hubiera a mano.

Ella insistía en acompañarlo, pero él no estaba preparado; necesitaba ir solo, recorrer las habitaciones, desterrar la tragedia y despedir a Calandria antes de llevar otra mujer. Era fácil amar a Ignacia en Córdoba, pero aún no podía amarla en Los Algarrobos. Por esto, amparándose en el rigor de las costumbres —Ignacia solo podía ir acompañada por una mujer mayor—, se negó a llevarla.

Recostado en el sofá isabelino, con almohadones en la espalda, Farrell, el rosario al cuello y la botella de brandy a mano, revolvía papeles de un cajón de trastos, donde hallara la carta perdida. Estaba más bebido que su sobrino, pero con una «tranca» pacífica y seca. Fernando lo miraba de vez en cuando mientras sacaba cuentas y

pensaba en Ignacia.

—¿Y dónde vas a vivir, finalmente? —le preguntó, desperezándose con un crujir de huesos.

—La familia Bravo le dejó a Manuel Cáceres la propiedad de su sobrino, el que mató Bárcena, para que la venda. Dice que está en buenas condiciones. Mañana iré a verla. ¿Quieres acompañarme?

—Por supuesto. ¿Y qué harás con esta?

—Por el momento, que vivan aquí mis cuñadas. Más adelante decidiré qué destino le doy. —Y cubriéndose los ojos con un brazo, le extendió un papel—. Mira qué clase de mujer tuve, y me pasé la vida ignorándolo.

Era la famosa carta. El papel estaba avejentado, oscuro en los bordes, con la tinta casi gris y el lacre que la sellara, trizado. En dos páginas, se desvanecían los secretos de aquel al que llamó siempre tío y ahora era su mejor amigo.

\* \* \*

*Al Comandante don Eduardo Farrell*

*Muy Señor Mío:*

*Habiéndome presentado como cofrade de la Hermandad del Carmen, junto con D<sup>a</sup> Mercedes Villalba y otros hermanos estuvimos dando ayuda a varios enfermos durante la peste de tifus o tabardillo, que cundió en Cordova dos meses pasados.*

*D<sup>a</sup> Mercedes, tan dedicada a socorrer desbalidos, estando cierto día, acompañando mi persona con otra hermana cofrade, fuimos a asistir al Bajo de Galán a una mulata llamada Florinda, con hijo pequeño, en desgracia por la peste.*

*Y llegando nos allí, D<sup>a</sup> Mercedes mostróse reacia a entrar, diz por saber algo della que le impedía atenderla. No habiendo como subvenir a las necesidades de la enferma sin su presencia, pues nuestra acompañante sintió aogos por su fragilidad, mi ánimo decayó, pero las manos ayudadoras de tantas ánimas de la Señorita Villalba, viendo la gravedad del momento, acalló la aversión y me siguió a la casa.*

*La mulata estaba en triste estado y sufriendo por el desamparo de su hijo. D<sup>a</sup> Mercedes, sin despego de su obligación cristiana perseveró a su lado, le lavó manos y cara, conversó con ella, empeñada en tranquilizar su alma y aliviar su cuerpo. En los días que siguieron cuidó al niño mostrando la umildad de su generoso corazón y tomó sobre sí tareas que pocas señoras hubieran dispensado.*

*Manifiesta era su fatiga pero también su entereza, encariñándose con el*

pequeño sin dexar a la madre, que al desmejorar, en la boca hubo de darle agua.

Exforsada fue mi suplica de no permanecer tantas horas con ellos pues el D. O'Donnell, los teatinos y hermanos cofrades vimos el perjuicio que podía caerle mediante contagio. Pronto los achaques fueron notorios y con la fiebre alta, D<sup>a</sup> Mercedes pasó muchos días sin vajar de su lecho, recordando con aflicción a la joven y su hijo pequeño.

Enterada la mulata por una amiga de la identidad de quien la socorriera y que esta piadosa dama era la prometida de Su merced quiso agradecerle. Díxele que la señorita Villalba se hallava contagiada, aunque en forma leve y la mulata espresó en medias palabras: «Es buena. Va a cuidar del comandante». Yo, sin advitrios, tranquilicé su corazón, pues mi compasiba amiga me había pedido que supiera la mulata que si le acontecía algo a ella, Sus mercedes cuidarían del niño así que no debía temer por él, y eso trajo gran esperanza a la enferma.

Con toda probidencia, se los cuido hasta el ultimo ay. Mi buena amiga, en la aflicción de no acompañar a la infeliz, pidió que le mandaran confesor, mortaja y ataúd y rogó que no los enterraran en fosa común.

Y así estando, la pobrecita y su pequeño hijo, que falleció pocas horas después, fueron sepultados cristianamente por un franciscano que asistió a sus almas y cuerpos partiendo el religioso para otro destino. No sabemos del lugar de sepultura de la llamada Florinda y su pequeño, por hallarnos ambos demandados en fiebre por los malos aires de esos días.

Oportunamente acordé diligencias sin hallar el lugar de sus cuerpos. Sucedió que en aquellos tristes días los sepultureros no daban abasto y a veces se enterró a los infelices con respeto, pero en lugares ignotos.

En tantos afanes se halló la señorita Villalba, tan umilde en sus caridades y acciones piadosos que la difunta Florinda, entrando en agonía pidió me, en su desencia, que escribiese a Su Merced contando la suerte corrida por ella y su hijito, de tener un ángel bondadoso cuidando de ellos y así Vuesa merced conocierais las buenas acciones de vuestra prometida.

Es por eso que le envió esta carta que solo verán vuestros ojos. La doy sellada a D<sup>a</sup> Mercedes, para que la entregue en mano. Conocida mi hombría de bien me pareció lo justo y lo discreto en este caso. En quanto a la sepultura de la joven y el niño, evacuadas las diligencias, se lo comunicare con presteza.

Reciba Su Merced mis plácemes por su matrimonio con esta joven dama de expresivas virtudes, quedando mi persona a su orden.

Juan García Beláustegui

*Originario de las Tierras de España*

*Hermano de la Cofradía de la Virgen del Carmen...*

*A 20 días del mes de agosto del Año 182...*

\* \* \*

Plegando la carta con cuidado, Fernando la dejó al alcance de Farrell.

—¿Cómo pudo perderse?

—Sagrario decidió que yo no debía enterarme de que Mercedes se había rebajado a cuidar a mi querida y a mi hijo. —Restregándose los ojos, juró—: Dios me perdone; cuando comprendí que mi cuñada sabía algo, la amenacé con dejarla en la calle si la carta no aparecía. Yo ignoraba sobre qué trataba; solo quería que mi mujer muriera en paz... —y se le quebró la voz al agregar—:...y fue ella quien me dio finalmente la paz. Toda su vida fue dar.

Fernando comprendió que el cariño de Farrell para su esposa había llegado tarde, pero había llegado al fin.

## 22. RECORDAR A LOS MUERTOS

«Señor, pues, que sois tan piadoso, haced que los fieles difuntos vean eternamente vuestra luz, en compañía de vuestros Santos, por todos los siglos. Dadles, Señor, eterno descanso, y la luz perpetua les alumbré, en unión con vuestros Santos, por todos los siglos».

Antigua oración de difuntos, *Misal devocionario*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
FINALES DE LA SEGUNDA MITAD DE 1841

Las familias que habían sufrido la pérdida de parientes o seres amados se dedicaron, el día de los Fieles Difuntos, a las devociones acostumbradas para esas fechas; se iniciaron novenarios y se visitaron las tumbas en las iglesias, pues el deseo de López Quebracho de contar con un cementerio fuera de la ciudad, por la salud de los vecinos, aún no había podido llevarse a cabo.

Consuelo se recuperaba lentamente; había adelgazado y tenía a todos preocupados con su silencio: contestaba con monosílabos y pocas veces pronunciaba dos frases seguidas. Farrell, cuando visitaba a misia Francisquita al atardecer, para rezar el rosario con ellas, se quedaba observándola desde lejos, dolido por su destino.

La joven salía muy poco, y con ropas muy discretas, pero le había pedido a misia Francisca, con motivo del día de Difuntos, que le permitiera usar luto dentro de la casa. La señora lamentaba su desventura pero la exasperaba que no encontrara dentro de sí fuerzas para seguir con su vida. Terminó concediéndoselo siempre que usara puños y cuellos blancos; ella misma le hizo uno muy delicado para el escote, retomando una guarda de encaje que estaba sin terminar, y le vainilló un pañuelo que encontró en un costurero.

—Qué tristeza lo de esta chica —murmuró para Martina, que le hacía compañía en la galería, devanando una madeja de hilo. La negra, sin levantar los ojos del ovillo, le dijo:

—¿Oyó el pájaro anoche? —Se refería al crespín, difícil de localizar porque su canto sonaba en diferentes direcciones.

—No me dejó dormir. Me recordó todos los días de Difuntos donde he tenido que lamentar una muerte.

Era sabido que en la noche de aquella fecha el crespín comenzaba con su piar monótono y lamentable. La mayordoma, sin un gesto, calló lo que ninguna mencionaría jamás: el asesinato de Ignacio Osorio, hermano de la señora, el amor de Martina.

Mientras tanto, oraciones y misas seguían dispensándose en recuerdo de la esposa de Farrell. En la que fuera su casa, los espejos se mantenían cubiertos, se hablaba en voz baja, se hacía cierto ayuno y las criadas moderaban risas y bromas.



Continuaban las visitas de pésame de algunos que regresaban de las sierras o de otras provincias y, recién enterados, acudían a presentar sus respetos. Se pedían muchas velas a los conventos y Consuelo e Ignacia se encargaban de iluminar la tumba de doña Mercedes, cuando se consumían las candelas que la guardaban.

Ignacia buscaba ansiosamente, entre las cosas de su padre, el manuscrito sobre la melancolía, que el marqués estaba escribiendo cuando falleció; quería ver si encontraba en él alivio para la tristeza de Consuelo. La actividad le ayudaba a pasar la mortificación de que Fernando no la hubiese llevado a Los Algarrobos con él; no pretendía que viajaran solos, pensó en invitar a una de las Núñez del Prado; sus tías estaban tan necesitadas que apenas si salían, pálidas de vivir en habitaciones oscuras para que los paseantes no vieran las salas sin las famosas imágenes, vendidas para subsistir. Muchas veces Julita, la de más carácter, se negaba a aceptar la generosidad de misia Francisca, y prefería recurrir a la discreta ayuda de la Iglesia destinada a las familias que, por su prestigio, no querían reconocer su estado de pobreza: la ayuda a los pobres vergonzantes.

Mientras acomodaba los papeles de su padre, no dejaba de jurar contra el Payo. «Hubiéramos podido llevar a Consuelo, a quien le haría bien salir de la ciudad», se decía, disfrazando de buena obra lo que era un imperativo apasionado de disponer de libertad para darse a Fernando. Sin embargo, pensar en aquella casa que iba a arreglar para que se encontraran a espaldas de la sociedad y de la familia la tenía muy animada.

Escuchó la aldaba de la puerta, la carrera de Casildo para ganarle a una de las criadas, que acudía a abrir, y la voz de un hombre saludando a su madre y al tío mercedario. Era Farrell, de luto riguroso, pero de mejor ánimo; luego de cruzar unas frases con doña Leonor y el religioso, entró a ver qué estaba haciendo ella, se sentó a la mesa escritorio y ofreció ayudarla.

Al hojear los manuscritos, repletos de ilustraciones a tinta de plantas y flores de distintos países, alambiques y retortas, quedó admirado del trabajo de don Clodio.

—Es una pena que no se haya editado en España. Acá pasarán años antes de que podamos usar nuestra imprenta en cosas de este tipo. Por ahora, solo sirve para imprimir esos pasquines miserables de uno u otro bando. Mira, creo que di con lo que buscas.

Ignacia echó un vistazo a las páginas que don Eduardo señalaba.

—¿Baños? —Se sorprendió.

—Mi padre los recomendaba mucho. Dicen que a Cora la curaron con baños.

—¿Y de qué sufría la buena de Cora?

—Delirios. Creía que algo muy malo la perseguía; la Oscuridad, lo llamaba. Mira, acá habla de baños curativos y, en caso de que el doliente no pueda levantarse, baños de vapor. Busca hoja y papel para tomar notas.

«Los baños —leyó don Eduardo en voz alta— producen efectos encontrados, según su temperatura y las substancias que entran en su composición. Unas veces se

usan para aseo y limpieza del cuerpo; otras para fortalecer las constituciones debilitadas, y otras para curar enfermedades y dolencias de diversa índole. Introduciéndose por los poros de la piel, el líquido penetra rápidamente en la economía corporal y modifica sensiblemente las funciones de esta, causando una verdadera revolución que no solo alcanza músculos y órganos, sangre y fluidos, sino también al espíritu y cuyas consecuencias se dejarán sentir por mucho tiempo. Los baños medicinales nunca deben tomarse sino por prescripción facultativa, ateniéndose, por consiguiente, a lo que el médico prescriba. A continuación doy los que probé y dieron resultados positivos, varios de ellos aconsejados por el Gran Avicena y otros médicos de la Antigüedad».

—Hay dos recetas: un baño calmante de valeriana y otro de melisa para las tensiones nerviosas. Para el baño de valeriana hay que poner agua al fuego, y cuando eche el hervor, añadirle un puñado de raíz de valeriana desmenuzada. Se deja reposar por media hora, se filtra y se vierte en el agua del baño, que debe estar tibia, revolviendo con una ramita de naranjo o de limonero y dejando que se expanda en el líquido. Se debe permanecer en la tina hasta que el agua comience a enfriarse. No tomar más de uno por semana.

Después de estudiar el que seguía, le advirtió:

—Para el de melisa hay que hervir un litro de agua, retirarla del fuego, añadir dos puñados de hojas secas de melisa, dejar en reposo quince minutos, zarandear un rato, filtrar y verter el líquido en la tina llena de agua tibia, revolviéndola. «El cuitado debe tomar este baño al menos tres veces por semana y por no más de quince minutos de duración cada vez».

—Al parecer, en un mes se nota la bondad de esta práctica —dijo ella, siguiendo el índice de él que marcaba las líneas. Se miraron a los ojos y sonrieron.

—¿Dónde conseguimos la melisa y la valeriana?

—En lo de Borja Rius, el boticario...

—... el que sahumó los restos de Quiroga cuando los desenterraron para mandárselos a Rosas —aclaró el padre Ferdinando, sentándose frente a ellos.

Como Ignacia no entendiera, tuvieron que contarle la tragedia de Barranca Yaco, donde había sido asesinado el general Quiroga junto con todos sus hombres.

—Ah...; lo mataron los unitarios.

—No, los federales.

—¿Pero no es que era el adalid de la Federación?

—Mira, existen tantos federalismos como provincias, y en algunos casos, más. No todos se llevan bien. En Córdoba, Oribe mató más federales que unitarios, que habían dejado la ciudad tras la derrota de Lavalle. En Barranca Yaco pasó algo semejante: los que estaban en contra del poder que tenía el general Quiroga en las provincias del Interior decidieron acabar con él.

Luego de pensar unos segundos, Farrell continuó:

—Nuestra política enloquecería a los sabios de Atenas, y de resultados de ello,

ocurrirá algo de lo que nadie osa hablar, pero que todos intuimos: la única fuerza que podrá acabar con el poder de Rosas no es el unitarismo —un puñado de intelectuales llenos de idealismo y privados de sensatez—; serán los federales que comienzan a pensar que ya es hora de constituir el país de una bendita vez.

Echándose hacia atrás y estirando las piernas, Farrell continuó:

—No sé cuándo, ni siquiera puedo decirte que lo deseo, pero sé que sucederá: don Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires que se comporta como presidente, pues nuestros funcionarios le concedieron la facultad de decidir sobre el destino de las provincias, será desplazado por algún federal provinciano, de agallas, y que desee, sin dudas, una Constitución que nos vuelva un pueblo, y no un matadero donde el Interior es el rebaño.

En aquel momento las campanas llamaron al Ángelus, y con una breve despedida, Farrell prometió a Ignacia conseguirle las hierbas curativas y partió con el padre Ferdinando.

Mientras caminaban hacia el convento, el comandante preguntó por José María Achával, el hermano de Consuelo que había entrado de novicio en los mercedarios.

—Está a punto de ordenarse —dijo el religioso, y haciendo una pausa, agregó—: Será un buen sacerdote, de los estudiosos más que de los evangelizadores.

Don Eduardo se guardó lo que pensaba: «Debió esperar a que Consuelo se casara y no dejarla sola, con una madre desnaturalizada».

En el mediodía soleado, se dirigieron al templo; Farrell, después de años, quería confesarse.

## 23. LAS RAZONES DE DON ALFONSO

«El conde era lo contrario de la señora, el revés de la medalla, el escorpión junto a la mariposa, el veneno turbio junto al agua cristalina. Jugaba sin medida por vicio y por jactancia y escandalizaba con sus aventuras de señorito marchoso. Había derrochado toda su fortuna y quería ver el fondo a la de su esposa».

Clemente Cimorra, *El caballista*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
FINALES DE 1841

No pasaba día sin que el nombre de Monforte no surgiera entre Leonor y Francisca, que se preguntaban por sus repetidas ausencias. En una ciudad en la que, con poco esfuerzo, se podía saber dónde estaba cada quién, el español y su ayudante sarraceno desaparecían como si se desvanecieran en el aire y un buen día se lo encontraban en misa. Este halo de misterio hizo que se sintieran cada vez más interesadas en él.

Una tarde, su ayudante se presentó en casa de doña Leonor, y ella, que estaba pintando, lo recibió en la sala. Era alto y moreno y no parecía tener más de treinta años; llevaba el pelo en largos bucles renegrados y el bigote le caía sobre la comisura de los labios, que eran de un rojo subido. Bajo sus ojos negros, le azuleaban las ojeras. Su ropa era pulcra; su calzado de cabritilla granate, la faja a la cintura y una especie de manto, además del aire que lucía, acentuaban lo arábigo de su porte. Se mostraba respetuoso pero no sumiso cuando se cuadró discretamente y dijo en lengua enrevesada que traía una carta de su señor.

Leonor, fingiendo indiferencia, la recibió. Don Blas le pedía que se encontraran antes de la reunión con los letrados, porque tenía algo que decirle en privacidad. «¿Privacidad?», se preguntó, sin saber si aquello era anzuelo o cortesía. ¿Y a quién podría consultar ella en el trance? Volvió a leer el papel y, doblándolo con cuidado, lo guardó en el bolsillo de su delantal. Sin mirarlo, dijo con voz calma:

—Dígale a su señor que no hay respuesta.

El moreno tuvo un momento de duda, pero comprendiendo que la dama no iba a agregar palabra, se retiró.

Un tanto inquieta por el episodio, Leonor olvidó que había quedado comprometida con su costurera en llevarle esa tarde unas cintas. Perdida la noción de la hora, cuando recordó la cita no halló a nadie en la casa que pudiera acompañarla.

Como siempre había dispuesto de sus acciones, decidió salir sola. No iría por la calle principal, para no llamar la atención, sino por una de las paralelas, que daban a patios traseros o terrenos baldíos.

Lloviznaba suavemente, así que buscó su paraguas madrileño y rodeó la manzana. No había caminado dos cuadras cuando oyó pasos tras ella. «No seas medrosa», se

amonestó, «seguro es una criada que va de recadera».

Pero los pasos eran firmes y se apresuraban, como si quisieran alcanzarla. Decidida a enfrentar lo que fuera, se volvió con presteza: a unos pasos, estaba el español; se había quitado el sombrero, y el cuello y los puños lucían amustiados de humedad. La sonrisa le marcaba una de las líneas que partían su mejilla; la barba le había crecido un poco, pero la mantenía cuidada. Sus ojos no habían dejado atrás la cautela, pero ahora tenían algo de atrevimiento.

Por un momento ninguno de ellos habló, y luego lo hicieron al mismo tiempo, cambiando ella el paraguas de mano, extendiendo él el brazo como explicándose, pero sin dejar de mostrarse dueño de sí.

—¿Me está siguiendo? —le increpó ella, con el puño en la cintura.

—Sí —contestó él sin titubear.

Sorprendida ante su franqueza, Leonor no supo cómo continuar el diálogo. Aunque el cielo estaba cubierto, la tarde parecía resplandecer en las gotas de lluvia. La calle, cercana al río, era arenosa. No había barro, pero el agua comenzaba a mojar sus zapatos de raso. Se miró los pies, desolada, y él dijo con voz neutra, señalando una casa ruinoso, donde quedaba un resto de techo.

—Os doy mi palabra, que he empeñado ante gente de más alcurnia que la mía, que no debéis temer nada de mi parte. Pongámonos al reparo.

Le tendió la mano y Leonor, insegura, le entregó la suya y lo siguió por unos escalones cubiertos de musgo. Entre las paredes que aún se mantenían en pie, el suelo estaba tapizado de hojas que el viento de muchas estaciones había amontonado sobre los ladrillos del piso. Los muros eran medianamente altos, pero a un costado, sobre lo que debía ser el zaguán, se conservaba una esquina techada con algunas maderas.

Mientras lo seguía, su mano sujeta por la del hombre con firmeza, se sintió extraña, como si el destino le hubiera llegado sin darle aviso. Monforte la condujo hasta los restos de la capilla doméstica de la casa; las matas y algún árbol crecido impedían que los vieran desde el sendero donde se habían encontrado. Del otro lado, el terreno caía hacia el río.

Como si fuera un escenario preparado para aquel encuentro, se acercaron a un poyo al resguardo; el español sacó un pañuelo y limpió el asiento, donde extendió su chaqueta del revés, ya que estaba más seca, para que ella se sentara.

Leonor obedeció, pensando en qué hacer si él pretendía ocupar el poyo a su lado. No sucedió eso, pues Monforte guardó la distancia. Ella notó que lucía bien con la camisa holgada, el pantalón ajustado y botas altas.

Por la columna que sobrevivía en la ruina, cubriendo la cresta de muros y las vigas desnudas, las campanillas rosas, blancas y violetas, con sus grandes hojas acorazonadas, daban al lugar un aspecto romántico, de intimidad, que la inquietaba. Cerró el paraguas, lo dejó a un lado, y lentamente se quitó los guantes, sin saber qué actitud tomar. El olor de las hojas enriqueciendo el suelo le resultaba grato, le recordaba al parque del Pazo de Zeltia, en Vigo. Por ocupar las manos, se desabrochó

la capa azul de Prusia que le regalara Renzo, de la que nunca había querido desprenderse.

Don Blas observó el vestido color durazno; el escote estaba a una pulgada de ser inadecuado para la tarde, pero aunque tenía un aire de elegancia, era sencillo. Las mangas, muy cortas, se habían arrugado.

Le gustó su peinado recogido, más a la española que al estilo que usaban las damas cordobesas; le traía el recuerdo de salones lujosos y damas enjoyadas. Sus facciones le parecieron menos espirituales que en el recuerdo de la primera vez que se miraron, pero le seducía el refinamiento de su porte.

Los ojos claros de los Osorio mostraban un dejo de inquietud, pero también una emoción de otro tipo, que le cerró la garganta y no quiso examinar por temor a engañarse. Le miró los labios, casi abstractos en su delicadeza, apenas coloreados. Las mejillas se iban ruborizando a medida que pasaban los segundos y ninguno de ellos tomaba la iniciativa de la palabra.

—¿Y bien? —dijo ella. Y como él permaneciera callado, lo miró con impaciencia —: ¿Qué tiene que decir?

—No quisisteis recibirme.

—Por consejo de mi sobrino —mintió Leonor sin pestañear—. Pero ya que el encuentro se ha producido... quiero creer que fortuitamente, hablemos.

—Debo confesaros algo... —Y pasándose la mano por el pelo, desvió un momento los ojos de ella, que sintió un escalofrío, temiendo que sus temores se concretaran: el hombre estaba relacionado con Alfonso.

Cuando él, con una media sonrisa —casi de disculpa—, fijó de nuevo la mirada en ella, la notó pálida y se puso serio.

—Me ha mentido —dijo ella con la voz forzada—. A usted lo ha mandado el marido de mi hija.

Se puso de pie e intentó retirarse, pero él le cortó el paso, poniendo una mano sobre la columna, dejándola encerrada entre la pared y su brazo.

—Todo lo contrario —dijo él—. Estoy acá para defender a vuestra hija.

Desconcertada, Leonor se dejó caer sobre el banco, sin saber qué pensar de sus palabras. Él volvió a sentarse y esta vez, las manos juntas, sonrió y comenzó a explicarse.

—No era mi intención fastidiaros, pero creo que es hora de deciros toda la verdad, y no solamente una parte, que es la que ya conocéis.

Como Leonor enmudeciera, sin saber ya qué creer, pensar y decir, don Blas separó las manos y movió la cabeza.

—No me malinterpretéis. Guardé silencio por evitaros disgustos. En verdad, no solo vine a Córdoba a hablar con vos por cuestiones de parentescos, y mucho menos, de herencias. La principal razón fue haber comprometido mi palabra ante don Braz de protegeros en lo posible de aquel villano que es vuestro yerno.

Y del bolsillo de la chaqueta sacó una carta que le entregó. Lo primero que hizo

Leonor fue fijarse si la letra era de don Braz, y así le pareció.

Mientras la desdoblaba, era consciente de la mirada atenta, que no le daba respiro, y de esa hombría que se desprendía de sus ademanes, de sus manos fuertes, de varón que confía en sí mismo. La ruina donde se habían resguardado parecía un misterioso jardín que miraba hacia la ribera bordeada de sauces. El lugar mostraba un abandono agradable.

Mientras leía, cada vez más preocupada, algunos pájaros, a pesar de la llovizna, comenzaron a cantar.

\* \* \*

*Mi muy querida Leonarda:*

*Después del contenido de esta mi carta, sabrás que debo anunciarte noticias con tales datos de verdad. Declaro que tengo sobrada razón de los cuidados a tomar en este asunto, no dudando en usar las facultades conferidas en razón de mi cargo.*

*Sé de cierto que Alfonso, el marido de tu bija, se ha propuesto viajar a la brevedad al Río de la Plata para regresar a España con ella. Como ya te habrás enterado, por los papeles que lleva nuestro pariente don Blas Monforte de Lemos [doy fianza de su identidad] enterados estamos de que Alfonso, mal amistado con la tonadillera que le mudó la voluntad con sus excesos atrevidos, secó su herencia y la dote de mi sobrina. Pero lo que me tiene más cuitado, es que no cabe otra idea en su cabeza que la de embarcar para vuestras tierras y recurrir a cualquier medio, de encontrar en ella reticencia a obedecerlo.*

*Tememos que esto responda a la circunstancia de que se le hayan acabado los recursos de vida, como bien averiguó don Blas, y gobierne su deseo el echar mano a la fortuna de los Arias de Ulloa.*

*No duermo en la espera de los actos maliciosos del ruin, sino que contemplo la presunción de hallar modos imponderables de resguardar a Ignacia. Desde nuestra última conversación, antes de partir, cuando me confesaste los padecimientos de tu hija, no he reparado en buscar argumentos para anular ese matrimonio, prefiriendo esto al divorcio, por la juventud de ella. Indagué así que adolecía de defectos de forma canónica: no fue celebrado por el párroco en el partido de residencia de ninguno de ellos y nunca pidieron la convalidación. Puedo manifestar la fundada esperanza de que el resultado de estas posibilidades sea feliz.*

*Mi consejo es que comiences los trámites ante la Curia, que yo haré mi parte en Vigo y remitiré la documentación pertinente.*

*Recurrid a don Blas ante cualquier dificultad; escucha sus consejos, que hará cuanto esté a su alcance el evitar que Alfonso se acerque a ustedes y os proveerá de cuanto necesitéis...*

\* \* \*

Lo demás eran cortesías familiares.

A Leonor le temblaron las manos pensando en lo que podía sucederle a Ignacia si Alfonso conseguía usar la ley para obligarla a regresar con él. También comprendió que aquel encuentro y esa carta habían cambiado para siempre la relación entre ambos. Quiso preguntarle algo, pero él se adelantó.

—A pesar de que vuestro (o nuestro) digno pariente confía en mí, ¿seguís dudando?

Leonor bajó la vista y movió la cabeza.

—No, no. Lamento haberlo tratado con descortesía... —Iba a agregar algo más, algo que él deseaba escuchar, pero la prudencia —¡tantos años consejera!— le mordió la lengua.

—Sería bueno que, para proteger a vuestra hija, tomarais consejo de vuestros procuradores y aun del obispo, para ir vallando el terreno —aconsejó don Blas. Y con la determinación que parecía su impronta, se puso de pie y le tendió la mano.

—Llegaréis tarde adonde vayáis. Si me lo permitís, cuidaré vuestro paso a distancia.

Ella recogió los guantes y el paraguas, tomó la chaqueta de él, se la entregó y le dio la mano. Lo que vio en los ojos de Monforte le tiñó de color las mejillas y antes de que pudiera sospecharlo, él se llevó su mano a la boca y la rozó con los labios. Manteniéndola entre la suya sin que ella se atreviera a retirarla, le dijo con voz segura y tono de ser obedecido:

—Pronto tendré que viajar por mis negocios, y eso me aflige. Prometí a don Braz cuidar de vosotras, pero no imaginé, cuando di mi palabra, que mis deberes me obligaran a viajar tan seguido. Don Alfonso de Mondoñedo ha perdido mucho dinero y le va la vida si no consigue cubrir algunas deudas. Vendrá, y aun trayendo por encima la piel del cordero, trae el lobo consigo. Lo primero que debéis hacer es que vuestra hija no salga sola con el zagal a ejercitar el peregrino. Que lleve de escudera a la vaquera de cuchillo al cinto. Conseguid un perro, no importa si es menudo: su razón será ladrar si alguien entra de noche. Poned trancas a las puertas cuando os acostéis, y hablad claro a las criadas, que no deben tratar con desconocidos ni dar datos a extraños. Debéis confiar estos avatares al comandante Farrell, ya que vuestro sobrino está en la hacienda, o mandar por don Fernando.

Soltó suavemente sus dedos, como si no quisiera hacerlo, y dijo en tono



confidente:

—Creedme, trataré de regresar cuanto antes, pero buscad consejo en el obispo, que encontrará motivo para anular el matrimonio y que Mondoñedo no pueda llevarse a la halconera con la anuencia de jueces y prelados.

Esta vez Leonor retiró su mano y él retrocedió con una inclinación cortés y esperó que ella iniciara la marcha. Había dejado de lloviznar y Leonor, perdida en un tumulto de emociones por el peligro que vislumbraba y también por el roce áspero de la barba sobre su mano, apresuró el paso.

Al tocar el llamador en casa de la costurera, se volvió a mirarlo: a cierta distancia, su guardián le sonrió, se puso una mano sobre el corazón, y se inclinó galantemente.

## 24. VALLANDO EL TERRENO

«El divorcio o quiebra del estado matrimonial estaba autorizado por las leyes españolas —según disponía el Derecho canónico— solo en dos modalidades. Como nulidad o divorcio quoad vinculum cuando se establecía la disolución del lazo sagrado o se demostraba que este no había existido, permitiendo un nuevo matrimonio a la pareja; y la separación de cuerpos, también conocida como de lecho y mesa o divorcio quoad thorum et mutuum cohabitationem, en cuyo caso el vínculo entre los esposos persistía estando interdicto contraer nuevas nupcias».

Mónica Ghirardi, *Matrimonios y familias en Córdoba, 1700-1850*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
FINALES DE 1841

Después del encuentro con Monforte, mientras cenaba con su hija, Leonor dudó en comentarle lo que decía la carta de don Braz sobre Alfonso. No quería preocuparla de antemano; prefería consultar primero con Manuel Cáceres o esperar que llegara Fernando. Al levantar la vista, se dio cuenta de que su hija jugaba con la comida y no había pronunciado palabra.

—¿Qué hiciste esta tarde? —le preguntó, recordando el consejo de Monforte.

—Fuimos a pasear mi yegua —dijo ella, apartando el plato con un suspiro.

Con una puntada de aprensión, Leonor comprendió que debía advertirle que se cuidara.

—Mira, hija —dijo, extendiendo la mano sobre el mantel y poniéndola sobre la de ella—. De eso quería hablarte. No me preguntes por qué, digamos que es un palpito, pero no quiero que salgas por un tiempo...

—¿Es por Alfonso? —reaccionó Ignacia—. Pues te digo que no voy a dejar de hacer mi vida por él —y levantó la voz—: ¡Antes, lo mato y acabo con el problema!

Poniéndose de pie, arrojó la servilleta y dejó el comedor.

\* \* \*

Después de reflexionar toda la noche, Leonor decidió hablar con misia Francisquita. Al llegar a su casa, la encontró en el primer patio, con una tijera en la mano, dedicada a cortar las hojas secas de la glicina, para dar vigor a las que habían brotado con la lluvia.

—Tengo que contarte una cosa —dijo nerviosamente a su hermana, y llenó en la fuente un jarrón, poniendo en él unas ramas de granado en flor.

—Ya sé. Que Ignacia y Fernando están enamorados.

—¿Cómo lo sabes?

—Es tan evidente... Lo que no entiendo es cómo no te diste cuenta antes.

Molesta porque le había ganado de mano, Leonor dejó caer:

—Pero lo que no sabes es que Alfonso está por venir... si es que ya no está embarcado.

—¿Te escribió Braz? —preguntó su hermana.

Leonor tartamudeó:

—Sí..., no, es decir...

—Déjame leer la carta.

—Primero, tengo que contarte otra cosa...

—¿Es sobre Monforte de Lemos?

—¿Por qué preguntas eso?

—¿Y quién más podría darte noticias de España?

—Me rindo a tu suspicacia —dijo, exasperada—. Es que me encontré con don Blas...

—¿Ahora es Blas?

—¡Por Dios, no me interrumpas!

—¿Puedo saber dónde se encontraron?

—En la calle —reconoció Leonor, comprendiendo que perdía la discusión.

—¿En la calle? ¿Ibas sola? ¿Cómo no me enteré?

Desesperada, le contó lo sucedido. Contrario a lo que esperaba, Francisca la dejó en paz y se preocupó por la suerte de Ignacia. Recién entonces Leonor le entregó la carta. Mientras leía, Francisca dijo, muy oronda:

—Ya me sospechaba que don Blas no mentía —y luego—: Tenemos que ver al obispo y tu hija debe poner denuncia de los malos tratos, porque pienso que el divorcio será su salvación.

—Braz prefiere el proceso por nulidad, como explica en la carta.

Francisca dio un gran suspiro, mentando a San Expedito.

—... para qué nos saque de esta —murmuró, mientras dejaba la tijera a un lado—. Porque no es problema menor el que tendremos con «esos dos».

—¿Qué dos?

—Tu hija y nuestro sobrino. Ambos son testarudos, difíciles de meter en vereda y mucho menos de dejarse persuadir. Tengo miedo de que, si no encuentran salida a su situación, se escapen vaya a saberse adónde. Y no quiero pensar lo que puede suceder si Fernando se encuentra con ese Alfonso. No me importaría que diéramos un escándalo, lo que temo es que corra sangre y el Payo tenga que salir de la ciudad matando caballos. Porque si ese chúcaro se larga al monte, no lo vemos más. Hay que avisar a Teodomiro que nos acompañe a ver al obispo cuanto antes.

En aquel momento se abrió la puerta de calle y Consuelo e Ignacia, acompañadas por Farrell, entraron en el patio, riéndose.

Al ver a las dos señoras tan serias, se detuvieron y el comandante preguntó:

—¿Ha pasado algo?

Leonor dijo:

—Nacha, tenemos que hablar contigo.

Y cuando misia Francisquita señaló:

—A la sala —Ignacia miró a su madre con reproche, como diciéndole: «Me traicionaste».

Las tres cruzaron el patio dejando a Farrell y a Consuelo preocupados.

\* \* \*

Después del encuentro con Leonor, don Blas se sintió lo bastante satisfecho del efecto que había provocado en ella, y decidió rentar una casa para cumplir con el compromiso que asumiera con Ramires de Castro. Además, deseaba jerarquizar su persona y dejar atrás las seducciones de Omara y los dominios de Ponciana Vargas. Acudió nuevamente al indio Ventura, que le recomendó la propiedad que habitara Robertson cuando recién llegó a Córdoba, a finales de 1835.

La casa, de una planta y no muy espaciosa, pertenecía a una viuda que refugiaba su soledad en el convento de Santa Catalina. Cada vez que llegaban viajeros de cierta categoría, solían rentarla. Ventura se ofreció a conseguir la llave.

Estaba ubicada en un pasaje, lejos de las miradas curiosas de los vecinos, y cuando don Blas traspasó el umbral, sintió lo mismo que Robertson siete años atrás: su dignidad y calidez lo atraparon, convenciéndolo de que era el lugar que buscaba. Vio la estufa y preguntó a Ventura si los inviernos eran muy fríos.

—De pelarse —dijo el indio y agregó—: Mire, tiene de todo.

Y abrió uno de los armarios, lleno de loza y cristalería.

En la pequeña sala que daba a la callejuela, el español encontró una biblioteca bien provista, y el arcón del dormitorio guardaba la ropa de cama entre ramas de espliego. Cuando abrió el bargeño del cuarto de al lado, una vaharada a romero se desprendió de la mantelería.

Recorrió las habitaciones, el corredor, las construcciones traseras a las que se accedía por un portón abierto al lado de la entrada, que daba paso a coches y animales.

No dudó en ocuparla: había observado que a los cordobeses no les gustaba la ostentación, y aquella vivienda era lo suficientemente buena como para no desmerecerlo y no tanto como para que creyeran que era afecto a darse aires de grandeza.

Cuando salieron, le dijo al indio que preguntara con quién debía concertar el arrendamiento.

—Se lo digo yo: con don Teodomiro de la Mota, que es consejero de las monjas. Atiende cerca de la Merced, a la vueltita no más. Es muy amigo de las señoras Osorio —aclaró, por si venía al caso.

El español se despidió de él con una moneda y en cuanto Ventura llegó al Cabildo, avisó a Medina Aguirre que el hombre iba a quedarse con la casa donde viviera don Roberto, como nombraban al escocés.

«Seguramente quiere impresionar a doña Leonor antes de hacer sus reclamos», pensó el letrado.

Días después, Fares encargaba a un platero que hiciera dos buenas hebillas de plata con piedras de fantasía rodeando una O labrada entre ramillas. El otro regalo era un peinetón de carey, de los que vendía don Fidel Calleja.

Con aquellas prendas, Monforte se despidió caballerescamente de Omara y de la Vargas.

\* \* \*

El doctor de la Mota, luego del sobresalto que sufriera al enterarse de que Ignacia era casada y que don Alfonso venía a ejercer sus derechos, acompañó a Francisca y a Leonor ante el obispo, quien les dio la seguridad de que estudiaría atentamente el caso después de hablar con la joven.

Era casi el mediodía cuando dejó a las señoras en la plaza y se dirigió rápidamente a su despacho, en la calle de La Merced, para encontrarse con Monforte de Lemos, este le produjo muy buena impresión.

El arrendamiento de la casa de la viuda no les llevó mucho tiempo y luego, para sellar el convenio, el señorón dio dos palmadas y entró un criado vestido con una casaca raída. Sobre el escritorio dejó una bandeja con dos copas de jerez, que don Blas degustó con placer.

—¿Y piensa Su Merced afincarse entre nosotros? —preguntó el letrado.

Sin mostrar las cartas, el español contestó:

—Quizás. Me ha tentado la tierra —y dejando la copa sobre la bandeja, miró con fijeza al abogado—. Necesito un apoderado legal; debo ausentarme de la ciudad cada tanto, obligado por mis negocios, y os han señalado como el más prestigioso, por vuestro saber y vuestra ética. Sería un honor para mi persona que vos me representéis. En breve debo partir nuevamente y querría dejar asentado mi domicilio y a vos, al mando de las cosas.

Don Teodomiro, halagado, aceptó y quedaron en encontrarse a la mañana siguiente, para que pudiera cotejar los documentos de su cliente. Este agradeció entre un leve movimiento de cabeza y una media sonrisa. Luego de retirarse, a través de la cortina de la ventana el letrado lo vio cruzar la calle seguido por su ayudante de confianza.

\* \* \*

A su regreso Fernando encontró un mensaje de tía Leonor, que le pedía pasara por su casa, pues tenía que comentarle cosas de importancia. Sospechando que fuera sobre Monforte de Lemos, o del marido de Ignacia, resolvió presentarse en su casa a

primera hora.

Cuando escuchó las noticias por boca de su tía, sintió cierta tranquilidad; al menos, en lo que concernía a Monforte de Lemos, no había que temer mayores daños, ya que era de la familia y, podría decirse, un aliado, aunque no le cayera bien la actitud ambigua que mantuviera por meses, además de seguir sospechando de sus desapariciones.

Lo preocupante era que Ignacia persistiera en salir sola, ya con el halcón, ya con su yegua, y Leonor pidió a Fernando que influyera en su sensatez.

Ignacia se presentó, los escuchó, y muy tranquilamente dijo que no pensaba cambiar sus hábitos. Fernando, furioso con su testarudez, le recriminó:

—Entonces, ¿no te importa que él te cace como a una paloma y una vez que te tenga en su poder, sea inútil cuanto queramos hacer por ti? Pues a partir de ese momento, la ley está con él y, si es necesario, el juez le dará una escolta para que ni un ejército pueda recuperarte. Antes de que te des cuenta, ¡estarás embarcada!

Ignacia, en vez de llamarse al silencio, le increpó:

—¿Y no vas a defenderme de él?

—No —respondió fríamente Fernando—. Si no quieres cuidarte, es porque no te importa lo que pueda sucederte.

Ante la cara de estupor de ella, levantó la voz:

—¿Te das cuenta de que tu comportamiento es insensato? ¡No se puede cuidar a quien no quiere cuidarse!

Y salió de la casa dando un portazo.

Aquella noche, más calmo, sin que durante el día le hubiera llegado noticia de Ignacia o de su tía, recordó un poema que el abuelo Lorenzo solía dedicar a su abuela, doña Adelaida, cuando ella se enojaba con él: «... sin vida estoy, porque ausente de su alma nadie vive, y si ya no estoy difunto es en fe de esperar vuestra venida...».

«Así ando yo, Fernando Osorio, por mejor nombre el Payo, empeñado en no dar el brazo a torcer y por tanto, no dormiré esta noche», se dijo, mientras hacía tiempo en la quinta. Nunca había creído que pudiera enamorarse de una mujer de su clase social. Claro que, bien mirada, Ignacia no se parecía en nada a las modosas señoritas con las cuales su familia se había empeñado, desde que tenía veinte años, en casarlo.

El comentario de su tía, sobre la nulidad del matrimonio de Ignacia, lo llenaba de esperanzas, pero al mismo tiempo de impaciencia, porque la idea que tenía de los trámites en la Curia era que se eternizaban.

Lo cual llevaría a un punto de conflicto: tendría que volver, cada tanto, a Los Algarrobos y a La Antigua; quizás intervenir en alguna escaramuza, tal vez hacer viajes por negocios o cuestiones de familia. Y ella no podría acompañarlo porque no estaban casados. Temía que Ignacia, con aquel carácter tan voluntarioso, se hartara de sus ausencias.

## 25. DIARIO DE GUERRA: CAÁ-GUAZÚ

«El triunfo de Caá-Guazú, tan grande por su resultado táctico como por su trascendencia operativa y política, y por el tratamiento humanitario al vencido —muy poco común en aquella época—, aumentó aun más el prestigio y gloria militar del vencedor de San Roque, La Tablada y Oncativo. Su capacidad como organizador y conductor salvó a Corrientes de una dominación federal, con las consiguientes represalias del invasor».

Félix Best, *Historia de las guerras argentinas*, tomo I

CURUZÚ-CUATIÁ  
(PROVINCIA DE CORRIENTES)  
FINALES DE 1841

*El general Paz, sabiendo que Echagüe se disponía a invadirnos, distribuyó las milicias en los distintos departamentos correntinos, para ser instruidas por oficiales de experiencia, que luego serán integrados al cuerpo del Ejército. Cumplido esto, nos pusimos en marcha para establecernos en Villanueva, cerca del río Corrientes.*

*El sol era abrasador y el aire sofocaba la respiración. A pesar de llevar puesto mi sombrero, comenzó a dolerme la cabeza todos los días y parte del agua de mi caramañola la dediqué a refrescarme. En cuanto caía el sol, los mosquitos no nos daban tregua.*

*Cabalgábamos junto al general Paz, con su edecán y varios oficiales, mientras nuestros ojeadores recorrían el campo para ver si «estaba quieto». Nos acompañaba Bonpland, que a ratos regresaba con el doctor Acuña, y Derqui, que asistía a Paz como asesor letrado; una de mis tareas era hacerle de escriba.*

*El Cuerpo de Sanidad se ubicó al final de la columna, con Saint-Jacques, el capellán, su acólito y unos pocos escueleros preparados para primeros auxilios. Llevaban el coche que bautizamos «Patria». El capitán Juan Vargas, correntino, estuvo al mando de los escuadrones femeninos, y diré, muy contento con su misión. Estas valerosas mujeres prestaron gran ayuda a la tropa, pues llenaban y traían las vasijas de agua del río, de modo que nuestros soldados no padecieran sed; ellas iban tras sus maridos legítimos o no legítimos y aun con los extraños, siendo que estas comisiones no carecían de peligro.*

*Cerraban la marcha los baqueanos encargados del ganado militar custodiado por veteranos que debían defenderlo de la rapacidad del enemigo.*

*El general Paz dispuso que se le diera a cada soldado una ración de carne salada fiambre y su porción de aguardiente —provista con mis dineros—, lo que mantuvo a los hombres animados, ya que, como dijo el general, «el*

*hambre no deja pensar al soldado».*

*La tierra que se extendía ante nosotros es de una feracidad inigualable, muy verde, aunque fangosa por las crecidas que hincharon los ríos, pues había llovido arriba, en el Paraguay. El terreno, dotado de suaves ondulaciones, nos permitió mantenernos fuera de la vista del enemigo, lo cual era importante, pues hacía meses que Echagüe entraba y salía de los dominios de Ferré, sin decidirse a enfrentarnos.*

*Paz resolvió detenerlo en cuanto traspusiera la línea divisoria y por el Paso de Caá-Guazú alcanzamos la ribera norte del río Corrientes, donde nos disimulamos entre las hondonadas, para estudiar los movimientos de Echagüe. El general, con su natural sagacidad, dejó en medio de ambas fuerzas el caudaloso río, que tiene casi 100 metros, de orilla a orilla, en aquel tramo.*

*Tuvimos noticias de que el entrerriano había acampado frente al Paso de Moreira y esa noche, en la tienda cubierta con cueros para que no se vislumbrara el candil, el Manco habló para aquellos que no éramos de la región.*

*—Los únicos pasos que hay hacia el sur son el Moreira y el Capitaminí. No creo que Echagüe piense cruzar por el Moreira, pues está crecido y ambas orillas repletas de camalotes tan profusos, que dejaría varados a los soldados y aun a los caballos.*

*—Podría pasarlo en canoas —dijo el capitán Acosta, que venía de cruzar los cien ríos que bajan de los Andes y de la selva.*

*—Es prueba incontestable —replicó Bonpland— que una trama de gruesas raíces subacuáticas es muy difícil de eliminar; Echagüe no puede arriesgar tiempo y esfuerzo en la tarea, sabiendo que estamos tan cerca.*

*—No debemos perder de vista los otros pasos, más fáciles de vadear —nos advirtió el coronel Hornos, uno de los llegados por el Chaco.*

*Después de este cruce de ideas, el ejército se ubicó entre el Paso de Capitaminí y el de Caá-Guazú, ocultando al enemigo nuestros movimientos.*

*Ya fuera que sus exploradores le hubieran advertido de nuestra presencia, ya porque lo consideró táctico, Echagüe movió sus fuerzas hacia el Paso de Moreira.*

*En cuanto lo supo, Paz delegó una vanguardia al mando del general Núñez quien, junto con los hermanos Madariaga, cumplió la misión de entorpecer el avance del enemigo manteniéndolo a raya con vivas descargas de fusilería. Otra de sus brillantes ideas fue la de enviar pequeñas divisiones de hombres experimentados que, situados en la retaguardia del enemigo, lo importunaron con el arreo de ganado y le incautaron la correspondencia de y para Echagüe, dejándolo huero de noticias.*

*En un intervalo con Saint-Jacques, nos reímos pensando qué opinaría*



*Ferré de aquel despilfarro de municiones.*

*En estas jornadas tuve que acostumbrarme al famoso tereré, un mate servido en una calabaza mayor que las que acostumbramos usar en Córdoba o en Buenos Aires. Debe cebarse con agua fresca y yuyos aromáticos, y quita muy efectivamente la sed. Según los tratados de las Misiones, que leí en la Universidad de Córdoba, la yerba mate tiene cualidades imponderables: serena el ánimo o lo impulsa, según la necesidad del cuerpo; es digestiva y fortaleciente. Gracias a esta infusión, no extraño demasiado el café, que tanto me gusta, o el té de Ceilán, que tan bien me sienta.*

*Entre aquellos bañados que separaban a ambos ejércitos, Paz había descubierto una franja de terreno seco. Al parecer, Echagüe lo consideraba «un estero mudo», pero el general lo vio como un excelente corredor donde, sin internar a la tropa en el fango, podía envolver al ejército enemigo.*

*La noche del 26 al 27 de noviembre, Paz decidió cruzar el río, aguas arriba, por el Paso de Caá-Guazú; a simple vista parecía imposible enfrentar esa poderosa correntada, arriesgando en ella a infantes y caballería, armas y vivaque. Pero el general explicó que tal hazaña era de necesidad y nos dijo: «Es un día solemne en que debo tomar una de esas grandes resoluciones que deciden, no mi reputación, sino la vida de millares de hombres y el destino de sus pueblos».*

*Era de rigor aquel esfuerzo heroico, y lo hicimos: sería la medianoche cuando se desmontaron los cañones y se pusieron en grandes canoas, junto con oficiales y soldados que no sabían nadar; eran pocos y de otras provincias, pues los correntinos parecían peces en el agua.*

*Emprendimos luego la tarea de pasar unos 3000 caballos llevados a tiro por sus jinetes que, desnudos, con sus ropas y armas a salvo, formaron cada uno una gran pelota con la carona y metieron dentro montura, municiones y ropa. El jinete se tiraba a un costado agarrándolo de la crin o de la cola, y nadaban los dos con la pelota a remolque hasta llegar a la otra orilla. Temimos que el vigoroso resoplido de los caballos nos delatara, pero el golpeteo del agua y los ruidos de la selva impidieron que el enemigo nos oyera.*

*Debimos jugar este empeño para adelantarnos a Echagüe en el ataque, y que su superioridad numérica no privara sobre nosotros.*

*En víspera de batalla tan decisiva tuve un ataque de fiebre y resentí no poder examinar el campo de operaciones. Armand me obligó a permanecer en mi tienda, propinándome quinina para aliviarme. Pero en cuanto me descuidaba, tragaba una nube de repugnantes mosquitos.*

*Cuando desperté del letargo, me puse a revisar los dibujos con que fui matizando las hojas de este Diario. Son escenas de soldados y fogones, de mujeres recogiendo agua en cuernos y porongos, y de misas al atardecer.*

*Algo que debí testimoniar en La Tablada y no lo hice, para mi posterior arrepentimiento. Ahora tengo el empeño de no dejar pasar esta suerte.*

*Sintiéndome restablecido, pedí al coronel Salas, a quien yo había tomado respeto y es hombre de mi provincia, que me permitiera luchar junto a sus tropas. Con su natural parquedad, él aceptó mi presencia.*

*Paz comenzó las maniobras de guerra enviando al coronel Velasco para «despertar» a Echagüe, quien no se dio cuenta de que aquellos valientes se le acercaban. Apercebido al fin de la presencia de los nuestros, movió su ejército hacia ellos, obligando a Paz a reforzar la vanguardia, para no dejar a Velasco desguarnecido.*

*A pesar de estar tan cerca, Echagüe aún no había descubierto el paradero de Paz. Un cordobés de Tulumba, que venía con los hombres de Salas, nos contó que era digno de verlo al mismísimo general entrerriano trepar con el catalejo a los techos de las carretas, y a sus oficiales a los árboles, buscando en los campos, sin llegar a descubrir nuestra posición. La del entrerriano era muy jugada, ya que, de no visualizarnos, debía aceptar la batalla en aquella ignorancia, o buscar otro terreno más propicio para sus maniobras.*

*La batalla comenzó con el disparo de nuestros cañones, que fue respondido con un granado fuego de los federales, y nos dejó asombrados por la abundancia de municiones del enemigo, siendo tan escasas las nuestras.*

*El estampido de las armas, los clarines y las cornetas, las voces de mando y los relinchos de los caballos trastornaron la quietud del paisaje, asustando a bandadas y bandadas de aves que huían del hombre y su violencia.*

*Paz, aprovechando aquella franja de tierra seca, con forma de «embudo», mandó al general Núñez a provocar a los federales, retrocediendo y quedándose a resguardo. Finalmente, Echagüe envió al general Servando Gómez quien, tentado, persiguió a Núñez hacia la parte estrecha del embudo, donde lo recibimos con un violento fuego de artillería.*

*Antes de que Gómez se diera cuenta, sus hombres perdieron la formación, cayéndose por la barranca o hundiéndose en el estero. Quiso salir por donde había entrado, y fue recibido por nuevas descargas desde la retaguardia. La estampida de los entrerrianos fue tremenda, y muchos de ellos desertaron tratando de llegar a su provincia.*

*Cuando el ejército correntino, con exclamaciones de entusiasmo, se movió para consumir la victoria, Echagüe emprendió la retirada con sus oficiales, abandonando, para no ser tomado prisionero, cuanto pudiera retrasar su huida: carretas, cañones, armas. Y aquel muchacho tulumbano, dado a ver lo gracioso dentro del drama, me entregó un sombrero que, dijo, perdió Echagüe en su fuga. Solo lo seguían unos pocos hombres.*

*Quedaron en el campo de combate 1350 cuerpos, entre muertos y heridos. El resto huyó hacia los bosques, peleando con fiereza y sin aceptar la*

rendición.

Por varios días, Juan Madariaga y otros oficiales correntinos persiguieron a los dispersos, pues era necesario consolidar la victoria y no perderla bajo un segundo ataque que nos tomara desprevenidos. No hubo, en este caso, misericordia con los que no acataron la orden de entregarse, pues tales son las reglas de la guerra. Debió pesar en los correntinos el terrible recuerdo de las matanzas y atroces mutilaciones que las tropas entrerrianas hicieron en Pago Largo; era inevitable el desahogo.

Pero el general Paz garantizó la vida de los vencidos que se pusieran bajo bandera blanca o se rindieron sin más. Y viendo el estado de extenuación que padecían muchos de los que se rindieron, ordenó se les diera agua de inmediato pues hacía días que sufrían de sed.

Advertido, el escuadrón femenino cumplió con las Obras de Misericordia que el cristianismo propicia: fue de ver cómo se dio de beber al sediento, de comer al hambriento, se asistió al enfermo y se sepultó a los muertos.

Se entregaron a nuestra piedad, desesperados por el calor y la sed, 800 prisioneros, 66 oficiales de distinto rango y el secretario de Echagüe. Nuestras bajas, en comparación, fueron pequeñas: solo perdimos 53 hombres, aunque en los días posteriores esa cifra aumentó un poco, por los mortalmente heridos que no se pudo salvar.

Lo mismo sucedió en la batalla de La Tablada. Nuevamente, Paz triunfó, más que con sus fuerzas, inferiores a las enemigas, con su esclarecida inteligencia, y gracias a las lecciones que bebiera en su primera juventud bajo las órdenes de un militar de honor y de carrera: el general don José de San Martín.

La batalla de Caá-Guazú —monte grande, en guaraní— pasará, lo pronostico, a los libros de estrategia de las escuelas de guerra europeas.

Con tiempo, para no olvidar a nadie, dejaré constancia de los nombres de los Héroes que hicieron posible esta Victoria. Y a pesar de mis reservas, aquel personaje que se cruzó en mi camino, en Montevideo y luego en Goya, aquel Monforte de Lemos, tendrá su puesto entre ellos: se presentó en el campamento de Villanueva, trayendo reses para alimentar al ejército y caballos, que tanto necesitaba el general, pues los nuestros estaban débiles y caídos. Soldados y oficiales lo recibieron entre vítores y exclamaciones, escoltándolo hasta el cuartel general, donde se abrazó con Paz. Aquel gesto lo redimió ante mí; merecido era, pero doy fe, que no puedo dejar de pensar que de alguna manera el Destino le ha deparado alguna intromisión en mi vida, y no sé si para bien.

En aquella jornada, cuyas emociones no olvidaré jamás, presencié actos de increíble heroísmo, tanto entre los enemigos, como entre los nuestros, ya fuesen muchachos que tenían su bautismo de sangre o los veteranos que la

*noche anterior habían bromeado mientras compartían el aguardiente; vi a los sacerdotes no solo consolar al moribundo sino recoger a los caídos; y a Armand y al cirujano Dionisio Caviedes trabajar hasta el cansancio para que aun los enterrerianos fueran auxiliados. Comprendí que nada más sublime podía embargarme que este sentimiento de Humanidad.*

*Me han vuelto los calofríos, tiemblo como si una ola de hielo atravesara mi cuerpo, busco mantas. La fiebre no me da tregua; me duele la cabeza y tengo una sensación de ahogo. Pierdo el sentido y muero al mundo por algunas horas y al despertar, veo las caras de aflicción a mi alrededor y comprendo, por fin, que esto no es una simple insolación. Miro a Armand y le pregunto...*

## 26. SIN LEY Y SIN PALABRA

«El episodio del sacrificio de Catamarca es uno de los más atroces de la historia argentina, episodio poco conocido, sobre el que se ha hecho el silencio por causas que ignoro. Más de seiscientos prisioneros hechos por Maza fueron degollados en la misma plaza, tarea macabra que requirió cuatro días. El coronel en persona hacía llevar en su presencia a los que iban a ser degollados, guardándose el dinero y los relojes. Los degolladores eran cuatro, entre los que se distinguía por su ferocidad al mulato paraguayo que degolló a Cubas».

Benjamín Villafañe, *Las mujeres de antaño en el norte argentino*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
FINALES DE 1841

A veces, Fernando se encontraba con sus amigos en el café de los Pizarro, calle de por medio con Santo Domingo, donde preladados, profesores y abogados solían encontrarse a jugar al truque, una especie de pequeño billar. Allí se enteró de lo sucedido en la Legislatura, que estaba dividida entre dos fuerzas: los ocho legisladores que apoyaban a don Manuel López y los siete que respondían a don Claudio de Arredondo.

La disputa comenzó por una medalla de oro y brillantes que los lopiztas querían obsequiar a Rosas a pesar de la negativa de los arredondistas. Y aunque los primeros ganaron la votación, los segundos la derogaron. El presidente de la Legislatura acusó a Arredondo de haberles hecho perder «la oportunidad de demostrar a Rosas la gratitud de la Provincia».

—Mucho tuvo que ver con esto Fermín Manrique, el joven fiscal de Estado seguidor del gobernador a cargo. Sin embargo, esta vez los lopiztas les torcieron el brazo y Arredondo tuvo que promulgar la ley... —dijo Medina Aguirre.

—Rosas, enterado, se negó a recibir la distinción —interrumpió Cáceres—. Pero los legisladores propusieron entonces que fueran dos los escudos de oro y brillantes, con el lema: «El Soberano Congreso de la Provincia de Córdoba al heroísmo del inmortal Rosas».

—¿En qué batalla peleó? —dijo Fernando con sorna, armando un cigarrillo.

—Manrique se está exponiendo mucho —se preocupó Medina Aguirre, terminando su café—. En la última reelección de Quebracho fue el único que votó en contra.

—Si no se sobrepasa, lo dejaré correr —dijo Fernando—. Don Manuel es muy cauto; no le conviene enfrentarse con los herederos de Bustos, como Arredondo y Manrique.

A pesar de que el brigadier Juan Bautista Bustos hacía años que había muerto, sus seguidores conformaban una facción de peso a la hora de formalizar alianzas.

Una semana después llegó con licencia el capitán Ignacio de la Torre; bajo las

órdenes del general Pacheco, se había destacado por su coraje en la campaña federal en Cuyo, lo que le valió un ascenso.

Buen mozo, osado, mujeriego, jugador, hijo cariñoso y leal amigo, tenía seducidas a varias ingenuas que querían ponerle el arnés del matrimonio y convertirlo en buen cristiano. Solo por darle gusto a su madre, que desesperaba por casarlo, atendía a alguna señorita de familia sin comprometerse demasiado.

Después de un día de descanso, Ignacio decidió pasar por el bufete de Cáceres y Medina Aguirre, donde encontró a los abogados en compañía del padre Mateo y Eduardito Páez, junto con el Payo Osorio y el comandante Farrell. Hablaban de Arredondo, que confabulaba contra López Quebracho para ganarse el favor de Rosas, sin comprender que este prefería patronos de estancias a señoritos de frac.

Deseosos de saber qué había sucedido en las provincias del sudoeste, hicieron lugar a de la Torre quien, después del primer vino, les contó la hazaña del general Mariano Acha, uno de los jefes de la Liga Unitaria o del Interior.

—Eso fue en agosto, en San Juan —dijo Ignacio, balanceándose sobre las patas traseras de la silla—. Se enfrentó con el cura Aldao y Nazario Benavídez, que juntaban dos mil hombres. Él tenía quinientos, pues con Pacheco barriendo el campo, tuvo muchas deserciones. Y es de no creer, pero con ese puñado de dementes derrotó al Fraile en Angaco. Fue una carnicería; la batalla duró más de siete horas y murieron mil quinientos hombres, la mayoría federales. Al otro le quedó la mitad de la tropa. Yo andaba más al sur, con Pacheco —y pensándolo, agregó—: No me hubiera disgustado pelear contra Acha; entregó a Dorrego sin que le temblara el alma. Además, fusilaba sin asco.

—¿Y ustedes no? —preguntó Cáceres, que era solapadamente unitario.

—Ya te salió el amor por el Manco Paz —se burló de la Torre, dando una palmada sobre la mesa.

—¿Y cómo se le fue la victoria de las manos? —intervino Farrell, para que la discusión no pasara a disgusto.

—En el segundo embate, lo vencieron el hambre y el Zonda. Hacía días que no comían, y se pusieron a hacer un asado. Un chico les avisó que venía una polvareda como de gente a caballo, pero no le llevaron el apunte. Así los sorprendió Benavídez; conecedor de la región, aprovechó ese viento, que es pura tierra. Acha se atrincheró en la población, lo cercaron y solo hubo que esperar que se le acabaran las municiones. Benavídez prometió respetarle la vida junto con sus hombres, pero cuando el Fraile se enteró, se lo sacó de las manos y lo mandó fusilar. Después le cortaron la cabeza y la pusieron en la pica para que meditaran sus simpatizantes. Fue por Desaguadero, en la punta de San Luis. Ahí la vi yo —dijo, y miró el fondo del vaso—. Aldao debió respetar la palabra de Benavídez, pero no se aguantó que Acha lo hiciera mierda con un puñado de sonámbulos.

—Y Benavídez debió imponer su palabra a Aldao —replicó Fernando.

—Donde manda general no manda gobernador —reflexionó de la Torre, que

extendió el vaso para que volvieran a servirle. A su lado, Eduardito mateaba estoicamente con yerba y hojas de molle y coca.

—¿Y qué fue de Cubas y los catamarqueños? —quiso saber Medina Aguirre.

Fernando recordó los lazos familiares que los unían a otras provincias y se preguntó qué pensaría Ignacio, emparentado con Cubas por la mujer de este, que era una Ortiz de la Torre.

—La suerte me evitó ese trance, porque estaba en Mendoza —contestó Ignacio sombríamente—. Maza hizo matar a don José sin dar tiempo a mi tía a que pagara el rescate, como le prometió; la desdichada salió a golpear puertas para juntar plata, ¡hasta los federales la ayudaron!, pero ya tenían el cuchillo para carnearlo. Un negro paraguayo lo degolló. Cuando terminó con él, lavó la cabeza en la acequia de la plaza y la clavaron en un palo. Maza prohibió a la familia que la retiraran, pero tía Genoveva se la llevó una noche, así sus hijos sabían dónde estaba sepultada.

—¡La buena esposa! —exclamó el padre Mateo, persignándose.

—Tuve que decírselo a mis padres, y ahora no me habla nadie en casa, por formar parte del mismo ejército —reconoció de la Torre, y agregó, amargado—: ¡Ojalá hubiera podido hacer algo por mis tíos!

El joven cortó un trozo de queso y, con la garganta cerrada, lo abandonó sobre la tabla.

—El paraguayo también pasó a cuchillo al doctor Gorgonio Dulce, a Gregorio González, a Bailón Espeche y otros que habían capitulado.

—Ya no se respeta ley ni palabra —dijo con amargura Medina Aguirre—. Don Bailón era pariente de mi padre; lo mataron delante de su mujer; y a don Gorgonio, primo de mi madre, le negaron el confesor.

De pronto, de la Torre les preguntó:

—¿Recuerdan a las hermanas Correa, las que se casaron con los sobrinos del gobernador Bustos?

—Cómo no recordarlas —dijo Manuel—. Eran muy bonitas...

—... y muy federales.

—Eso y la lindura no les trajeron suerte. A la casada con el doctor Francisco Bustos la hicieron viuda en el año treinta, por orden de La Madrid, que se valió de una treta para matarlo. Y la menor...

—¿No se llamaba Deolinda? —preguntó Eduardito.

—Su marido era Baudilio, hermano de Francisco —recordó Fernando—. ¿Qué le sucedió?

—Se encontraba en San Juan, en la casa de su padre, don Pedro Correa. Había venido desde Caucete para bautizar a su primer hijo, cuando La Madrid, diez años después, entró nuevamente en San Juan. No sé qué pasó con Baudilio, si huyó o lo desterraron, pero Deolinda tuvo la mala suerte de que un coronel unitario, Sardina, se fijara en ella. Tomó presas a varias mujeres (también a Deolinda) acusadas de ayudar a los federales, pues habían estado socorriendo a los heridos. Finalmente la dejó libre,

pero le concedieron la casa de los Correa para albergue de él y de sus hombres: sospecho que no quería que se le escapara la paloma. No sé si fue por librarse del hombre o porque estaba loca por su marido, Deolinda tomó a su hijo, un niño de pecho, y partió en busca de Baudilio. Se largó por lo que llaman «la Travesía», entre San Juan y La Rioja, donde hay que ser muy baqueano para sobrevivir. Durante días no se supo nada de ellos. Dicen que hasta la hizo buscar el obispo de San Juan...

—Eufrasio Quiroga Sarmiento —puntualizó el padre Mateo—, muy federal.

Se hizo un silencio, como si todos intuyeran el final de la historia. De la Torre, dibujando con el dedo sobre el tablero del escritorio, continuó:

—La encontraron muerta unos arrieros, arriba de un monte, tirada entre unas piedras. Estaba llagada por el sol, los labios partidos de sed, pero el niño estaba vivo, prendido a su pecho; todavía tenía leche...

El padre Mateo volvió a santiguarse y los demás lo imitaron.

—Supieron que era Correa porque llevaba al cuello una medalla que don Pedro había ganado en la batalla de Chacabuco. La sepultaron ahí mismo y tallaron en un algarrobo «Difunta Correa», por no dejarla sin nombre. Dicen que al niño lo llevaron a Caucete.

—No son tiempos para mujeres —dijo Eduardito con un nudo en el pecho.

—A veces me parece que las mujeres tienen más heroísmo en el alma que nosotros en el cuerpo —dijo Farrell, y por aliviar la impresión que había dejado el relato, Fernando preguntó:

—Y entretanto, ¿dónde andabas?

—En Mendoza, con Pacheco. Entramos el 20 de octubre.

—¿Y?

—Le dimos una paliza a La Madrid en Rodeo del Medio, pero Pacheco se mostró benevolente con los prisioneros y no hizo ejecuciones masivas —dijo, tomando un cigarrillo a Cáceres—. Se disgustó fuertemente con Aldao por la muerte de Acha y de los oficiales que se rindieron con él; y en pago, el Fraile le escribió a Rosas, acusándolo de tener «las más elevadas consideraciones con los peores unitarios».

—¿Supiste algo de los correntinos que escaparon de Oribe? Entre ellos había un primo de Camargo —preguntó el comandante Farrell— y el coronel Salas, que es cordobés, a quien aprecio mucho. Un hombre cabal.

—Ya deben andar con el Manco, por las Siete Corrientes; ese puñado de valientes es lo único que quedó de la Coalición de Lavalle —dijo de la Torre—; porque la cosa es, amigos, que Ferré, el gobernador de Corrientes, y el Manco Paz son la última resistencia que queda al poder de Rosas.

—De Buenos Aires, dirás —puntualizó Fernando.

Mientras conversaban, notaron que la oscuridad había invadido la habitación. Cáceres buscó un candelabro, lo encendió y lo puso en una esquina de la mesa, lejos de las corrientes de aire. La luz temblorosa de las velas sostuvo durante unos instantes las miradas. En silencio, pensaban, consternados, en lo que habían oído por



boca del amigo. Afuera, las luciérnagas flotaban en la serena atmósfera del verano.

La noticia del triunfo de Paz en Caá-Guazú, el 28 de noviembre, aún no había llegado a Córdoba.

\* \* \*

La vida seguía su curso con cierta armonía: Fernando, hechas las paces con Ignacia después de una discusión de «si me amas o no me amas», estaba terminando los arreglos de la quinta, y Farrell los de su nueva casa; mientras dormía atrincherado en su escritorio, tenía como refugio la casa de misia Francisquita.

—Siempre se han llevado bien esos dos —dijeron Adoración y Sagrario, temerosas de que la gente se preguntara por qué el comandante estaba algo alejado de ellas. Ambas culpaban a misia Francisquita, que así como perdonaba todo a Mercedes, no tenía pelos en la lengua para amonestarlas por naderías.

Sagrario y Dominguito penaban para que don Eduardo se mudara de una vez a la nueva propiedad. Mucho habían esperado para casarse, pero no se atrevían a hacerlo con el dueño dando vueltas con expresión de disgusto. Adoración, que viviría con ellos, imaginaba tertulias y se esperaba en encontrar pretendiente; después de todo, era apenas mayor que su hermana.

El tiempo de la Natividad estaba cerca, pero en los vecinos, desde los más acomodados hasta los menos pudientes, no había ánimo de festejo: demasiada gente llevaba luto por la guerra. A eso se sumaba la represión que no daba tregua en las provincias andinas, cuyas noticias llegaban con cada viajero o comerciante que hacía habitualmente el camino hacia Córdoba.

Corrían rumores de que el gobernador López Quebracho regresaría a la ciudad para aquella fecha tan especial, pero ni doña Santos, la esposa del dignatario, lo sabía de cierto.

## SEGUNDA PARTE

### Los regresos

«Luengo puñal antiguo con que herí a mis hermanos  
Casi día por día y por tantos años...  
Fiero puñal antiguo y oxidado  
Con la sangre de los buenos y los malos...  
¡Qué afán el mío, a solas y a diario  
De frotar y frotar esas manchas  
Que en tu hoja quedaron...!».

Enrique González Martínez, *El puñal*

## 27. PERDIDO ANDO, SEÑORA

«Perdido ando, señora, entre la gente,  
Sin vos, sin mí, sin ser, sin Dios, sin vida;  
Sin vos, porque de mí no sois servida;  
Sin mí, porque con vos no estoy presente».

Bernardo de Balbuena, *Perdido ando, señora, entre la gente*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
PRIMERA MITAD DE 1842

A principios de año, las familias que tenían propiedades en el campo buscaron refugio en la simplicidad de la vida rural, donde el clima no era tan caluroso y se gastaba mucho menos que en la casa urbana.

Entre las que se negaron a partir estaba misia Francisquita, que pospuso el viaje para ver a Laura e Inés con sus maridos, a los que consideraba hijos. Consuelo se alegró; La Antigua le recordaba a Marcos Ocampo, pues allí se habían conocido.

Tampoco Ignacia lamentaba quedarse en la ciudad; faltaba muy poco para que Fernando terminara el arreglo de la quinta, y desesperaba por aquel escondite de amor que les facilitaría sus encuentros. Y doña Leonor, después de haber dado batalla a su hermana para que viajaran a Ascochinga, cambió de parecer sin dar razones. Francisca no dijo nada, pero sospechó que todo se debía a que Monforte estaría por regresar. Lo que, bien estudiado, quería decir que se escribían sin que nadie supiera.

\* \* \*

Una noche en que doña Leonor se quedó a cuidar a su hermana, que había sufrido una descompostura por el calor, Fernando cruzó callejas, saltó tapias, anduvo por los techos y se presentó en el dormitorio de Ignacia.

Al oír el discreto llamado, la joven pensó que sería una de las criadas. Como aún estaba vestida, abrió la puerta y se encontró con Fernando, que se sostenía con las dos manos del dintel. Con el corazón apretándole la garganta, se arrojó sobre él, colgándose de su cuello. El Payo cerró la puerta con el hombro, y cayeron sobre la cama besándose. Después de un momento, Fernando se incorporó, manteniéndola a distancia. Les faltaba la respiración y no podían pronunciar palabra, como si estas fueran incapaces de transmitir lo que sentían, demasiado fuerte, demasiado profundo, demasiado complejo. Ella lo tomó de la camisa, los labios entreabiertos, esperando la voluntad de él. Pero con un esfuerzo, Fernando la sostuvo por los hombros. Luego dejó caer los brazos y se sentó al borde del lecho. Guardando silencio y manteniendo distancia, le acarició el nacimiento del cabello, siguió las líneas del rostro con el

dorso de la mano y luego la besó en el cuello. Ignacia cerró los ojos para que él no viera sus lágrimas, que a ella misma desconcertaban. Entregada, quiso guiar su mano, bajándola por el escote, pero él cerró el puño y respondió con un «No» enfático y tajante.

Sintiéndose rechazada, Ignacia se volvió de cara a la pared, recordando las palabras de López de Aveira, que le advirtiera: «Desengáñese, jovencita; ese solo disfruta con la carne negra».

Fernando quiso volverla hacia él, pero ella lo apartó, despeinada y furiosa, y le echó en cara:

—¿Es que soy demasiado blanca para ti?

La reacción de él no se hizo esperar: sin expresión en el rostro, cerró los dedos sobre su cuello y murmuró airadamente:

—Nunca, nunca, vuelvas a decir eso. Ni siquiera vuelvas a pensarlo, ¿entiendes?

Y como ella asintiera, tosiendo, él recuperó la calma, le acarició la nuca, los hombros, la espalda; se detuvo en la cintura, acomodó las almohadas y la recostó sobre ellas. Después, con un gran suspiro, pasándose los dedos por el pelo, intentó explicarse:

—No quiero repetir mi vida; quiero otra cosa, otra historia, sin mortajas entre nosotros. Además, me niego a hacer el amor como chiquillos, aprovechando que los mayores están ausentes. Ya no tengo edad para eso. Si vine esta noche, fue para hablar.

Y viendo que todavía temblaba, la estrechó contra su pecho y la besó con calma, respirando sobre su oído. Ignacia sintió que le faltaban las fuerzas, pues le parecía oír el flujo y reflujo de la marea del Cantábrico sobre su cuerpo.

La voz de él fue convincente cuando explicó sus razones: deseaba que se comportaran como tantos novios obligados a esperar el día de bodas. Fijarían una fecha, se encontrarían en San Francisco y harían promesa de desposarse en cuanto fuera posible. Luego la llevaría a la casa que había preparado para ella. Y ese día se unirían, como marido y mujer.

—... sobre sábanas bordadas y almidonadas, con la puerta del dormitorio abierta, como cuadra a esposos en soledad.

Algo en él, más actitud que palabras, venció la voluntad de Ignacia, que se reclinó sobre su hombro.

—Quiero que entres como ama y señora, que hagamos el amor hasta que se nos rinda el cuerpo, sin tener que separarnos para que no nos descubran. Quiero que tomemos un buen vino, quiero regalarte con guindas y chocolate. Quiero que sea una celebración, una promesa de estar juntos de por vida, pase lo que pase. Quiero darte el anillo delante de un Cristo y tú te encargarás de justificar por qué lo llevas en tu mano. —Hizo una pausa más larga y se inclinó a besarla en los labios, apenas un roce que sellaba promesas.

—Mañana iré con Farrell a El Oratorio; quiero a ver a Lucián y traer varias cosas

que necesitaremos, pero vuelvo en dos días; mientras tanto, ya que ingenio y malicia no te faltan, comienza a pensar en la estrategia que tendremos que seguir para encontrarnos. —Le tomó las manos entre las de él y se las apretó con ternura—. Ya veré yo cómo llevarte la primera vez, pero luego tendrás que ir con Monserrat y pondré a Rosendo para que las siga, por si se aparece el ruin de tu marido.

Cuando se puso de pie para retirarse, Ignacia se aferró a su muñeca.

—Quédate un poco más —le rogó.

Él se negó con una sonrisa.

—No me tientes; mejor me voy antes de faltar a mis preceptos.

Esta vez le pasó la mano por la cabeza, agarrándola del pelo de la nuca, con la maña con que tantas veces había dominado a sus caballos, y le echó la cabeza hacia atrás.

—Y nunca olvides que te quiero más que a mi vida, sin desmedro de cuánto he querido antes —juró.

—He bordado unos paños de mano con nuestras iniciales —murmuró ella con timidez—, en esas tardes que tía Francisca dedica a las labores.

—Y yo te he preparado una sorpresa en la casa.

En la brevedad de las frases, sintieron una vaga tranquilidad, un anuncio de lo que llegaría a ser el amor que se tenían: la almohada compartida, la mesa y el fuego, la lluvia contra las ventanas, el sol sobre los campos, un trozo de pan cortado con la mano, un pañuelo guardado, una flor en un misal, algún verso perdido.

\* \* \*

Fernando regresó a lo de doña Francisca y entró por el portón del fondo, que Canela le había dejado sin trancar.

Por primera vez desde que conociera a Ignacia, sintió que tenía el corazón de la joven en un puño. ¿Dónde andaría el viejo libro de su abuelo?, pensó mientras se refrescaba con agua del aljibe, antes de ir a su habitación. A contrapelo de sus gustos, deseó tener un libro de poemas como el de don Lorenzo, como el que Consuelo guardaba de Marcos, como las ediciones encuadernadas en moaré de Sebastián, como el libro de su hermana Luz, sin tapas, con las coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre.

Se durmió con el deseo todavía presente, pero satisfecho de su determinación. Quería que ella tomara conciencia de que los ataba algo que iba más allá de la pasión y de las convenciones, aunque no hubiera un cura de por medio para bendecirlos.

## 28. «CARMÍN DE SANGRE EN TUS LABIOS»

«Y la humilde iglesia de barro levantada por esos franciscanos fue la primera construcción del asiento definitivo de la ciudad de Córdoba, circunstancia que se nos ofrece con toda la fuerza expresiva de un símbolo».

Carlos A. Luque Colombres, *Para la historia de Córdoba*, tomo I

CIUDAD DE CÓRDOBA  
PRIMERA MITAD DE 1842

Cuando Ignacia recibió la esquila de Fernando, se volvió de espaldas para que nadie viera el temblor de sus manos. Con palabras de cariño, le decía que todo estaba listo para que se encontraran a la tarde siguiente en el templo de San Francisco. Después, irían por separado a la quinta del Bajo de Galán.

Tendría que encontrar excusa para ausentarse por unas horas, pero eso no la inquietaba, pues últimamente había tomado la costumbre de salir acompañada de Casildo y el halcón, bajo la protección de Rosendo y Monserrat.

Cuando oyó tocar, en el convento de Santo Domingo, las últimas campanadas del día, trabó la puerta de su pieza y preparó una alforja con el juego de toallas que bordara y un par de tiradores para Fernando a medio terminar. Separó unas madejas de hilos de seda y aguja, dedales y tijeras, todo en una caja que compró en el negocio de los Calleja. Llevaría aquella labor a la quinta, como un recordatorio de lo doméstico.

Los dedos le temblaron cuando agregó un camisón, envuelto en un delicado papel. Lo había encargado su madre para ella, cuando ya estaba casada, a las Clarisas Reparadoras, famosas en Pontevedra por sus bordados. Recordó que Alfonso lo había observado con desdén sobre el canapé del dormitorio, burlándose: «Más parece un hábito monjil que gala amorosa para atraer maridos». Ahora, emocionada, pensó que era la prenda justa para presentarse ante Fernando.

Separó una muda de ropa, una falda de mañana, una camisa de Bretaña y unas zapatillas bordadas. Agregó papel y lápiz; luego dispondría una caja-escritorio con tinta, arena y lacre. De a poco, trasladaría las cosas amadas al refugio.

La tarde anterior había separado dos libros de poesía para leerlos con Fernando.

Uno era de José de Espronceda, a quien su padre leía con deleite. El otro, un tomito de Ronsard que decían había sido de su abuelo paterno, encuadernado en brocado bermejo, ya desteñido, donde alguien había señalado, con una violeta seca y quebradiza, unos versos.

En una petaca de viaje puso un jabón perfumado, un frasco de colonia, un peine nuevo y un cepillo. ¿Qué más podía faltarle? Un breviario, uno de sus rosarios...

Se sentó en el suelo, las piernas cruzadas, los codos sobre las rodillas, la cara

entre las manos. Temblaba de emoción. Nunca se había sentido tan ansiosa, como si algo presuntamente feliz la esperase en un recodo de la vida.

\* \* \*

Mientras se dirigían con Monserrat a San Francisco, recordaron que el año anterior, en los aciagos días de Oribe, familias enteras se habían asilado en terreno sagrado para salvar sus vidas. El convento de los seráficos era el que a más personas había refugiado, por la buena disposición de los hermanos de Asís que cedieron celdas y claustros a los que estaban en peligro. El padre Filemón, aquel franciscano que viajó con ellas desde Buenos Aires, se había visto en apuros por defender a una jovencita en la puerta del templo, cuando un mazorquero quiso embrearle la cabeza. El hombre atacó al religioso con un puñal, pero el destino hizo que pasara el comandante Palau, y aunque era de las fuerzas rosistas, azotó al agresor obligándolo a escapar.

—¿Volverá Oribe a pasar por Córdoba? —se preguntó la joven en voz alta.

Y Monserrat, como quien ha oído del tema, contestó con soltura:

—Como salió disparado tras los correntinos dicen que le queda mejor seguir pa' la Santa Fe por Santiago que bandearse pa' Córdoba.

Cuando llegaron al templo, mientras la mayorala se refugiaba con los caballos bajo un enorme algarrobo, Ignacia se acomodó la mantilla, cubriéndose el rostro para protegerse del calor.

Entró a la iglesia y al acercarse a la pila de agua bendita, una mano surgió de la penumbra y se la ofreció en la punta de los dedos. Era Fernando, que hizo la señal de la cruz al mismo tiempo que ella. Luego cerró el puño para que se sostuviera de su mano y caminaron hasta una de las capillas laterales, la del Santo Cristo, con su dosel de damasco encarnado y tachones de oro. Un crucifijo grande reinaba sobre el altar; lo acompañaba una imagen de Nuestra Señora de la Soledad, con atuendo de tafetán negro y diadema de plata.

Fernando la ayudó a arrodillarse y permanecieron mudos, embargados por un profundo sentimiento. El silencio se quebró cuando él dijo en voz baja, medio en serio, medio en broma:

—Seré sincero, Nacha; lo que me atrae de ti es tu fuerza de voluntad, que no le temas casi a nada y...

—¿Casi? —Levantó ella una ceja.

—Bueno, aún tengo una vida para conocerte —se justificó él con una sonrisa—. Y ahora, no mientas: ¿qué te gusta de mi pobre persona?

—¿Aparte de que eres casi perfecto...?

Esta vez le tocó a él decir con acento ofendido:

—¿Casi?

—Como dices, aún tengo una vida para admirarte —se burló ella. Pero

levantando la mirada, reconoció con seriedad—: Me gustas porque no te dejas persuadir y cuando hace falta, tienes la cabeza fría.

—¿Crees que alcance para que nos entendamos?

—Estoy convencida.

—Entonces —dijo él seriamente— prometámonos —y haciendo con torpeza la señal de la cruz, comenzó el padrenuestro. Al terminar, ella recitó el avemaría y el Gloria. Entonces se tomaron de las manos, prometieron amarse hasta la muerte y unirse en matrimonio cuando las circunstancias lo permitieran. Se besaron castamente, apenas un roce, en los labios.

—Dame tu pañuelo.

Ignacia iba a entregárselo cuando vio, desconcertada, que tenía un estilete en la mano.

—Haremos un juramento de sangre —le explicó él, y como ella hubiera quedado sin palabras, le acarició el rostro con los nudillos—: ¿No quieres?

Ella reaccionó tendiéndole el brazo:

—Hazlo.

—Primero yo, para que veas de qué se trata —y le mostró su palma; cerca del pulgar de la mano derecha, sobre el Monte de Venus, hizo una pequeña incisión. Luego cortó la mano izquierda de ella, dejó el puñal sobre un reclinatorio y unió herida con herida, ambas manos apretadas, y las ató con el pañuelo que sostenía con los dientes. Permanecieron un momento así, en silencio y con las cabezas juntas.

—Si alguna vez falto a mis promesas, con esta prenda me demandas —juró Fernando, y librando el nudo, envolvió la palma de ella con la batista—. Dame tiempo a llegar a la quinta y luego vete con Monserrat, que conoce el camino. Que no se te dé por arrepentirte —la regañó, y tomándole la cabeza entre las manos, le besó la coronilla.

«¿Arrepentirme? ¡Nunca!», pensó Ignacia al arrodillarse en el reclinatorio; Fernando había olvidado la daga sobre el respaldo, así que la tomó, la limpió con el pañuelo y la guardó en la escarcela que llevaba a la cintura. La herida había dejado de sangrar, aunque todavía estaba húmeda; siguiendo un impulso atávico, besó la palma donde se habían mezclado las dos sangres.

Un poco mareada por el calor y la emoción, se inclinó, murmuró la señal de la cruz y salió al calor de la siesta. Monserrat la esperaba con la yegüita a tiro. Montó y en un silencio religioso trotó hacia su destino.

\* \* \*

—Arriba es —dijo Monserrat, señalando con el rebenque la larga escalera que subía desde el camino hasta la puerta de entrada, en lo alto de la barranca—. Pero por los fondos es más fácil entrar.

Rodearon el lugar y ascendieron por un sendero paralelo hacia las huertas del



caserío.

Ante el portón de abasto, con los muros recién encalados, Ignacia descendió y Monserrat tomó las riendas.

—Allá está el río; Rosendo me espera.

Le entregó una cinta punzó:

—Cuando quiera que venga por usted, átela a la puerta. Mejor volvamos en cuanto caiga el sol, niña. —Y taloneando el caballo, partió al trote.

Fernando ya estaba abriendo las pesadas hojas de madera; tomó la alforja de la mano de Ignacia y la hizo pasar a un patio de tierra con senderos de ladrillo.

El lugar encantó a la joven; era pequeño, pero los árboles, el granado florecido con brocal de piedra bola alrededor, el banco que miraba hacia el poniente, la casa blanqueada y el tejado nuevo le hablaron del esmero que había puesto Fernando en arreglar el lugar para ellos. Se volvió y lo abrazó apretadamente; él le rodeó la cintura y le fue mostrando los rincones. En la pequeña galería, dos mecedoras parecían esperarlos para contemplar el huerto. Ciruelas y peras coloreaban el verde de las hojas, y una parra salvaje lucía racimos dorados sobre el armazón.

—Este es mi regalo —dijo él, llevándola hacia una pieza trastera, donde había armado un rincón al abrigo del frío y del calor. Al ver la alcándara, con el arco recubierto de badana, Ignacia comprendió que aquel era el lugar destinado para el halcón.

—Pensé que no me tendrías paciencia con Zegrí —se sorprendió.

—Sigue sin gustarme, pero ya veo que no conseguiré a su ama si no lo trato bien.

Ella, reconociendo el gesto, se colgó de su brazo; atravesaron la galería y él se adelantó a abrir la puerta; la casa los recibió con una bocanada de aire fresco.

Pocos muebles, pero dignos, y en un rincón, sobre un pequeño altar, había una imagen de bulto de Santa Rita de Casia, con sus atributos —rosa, corona de espinas y estigma en la frente—, el hábito enriquecido por géneros lujosos. Sobre la tersa mejilla, la toca era de encaje negro, y el peto blanco de las agustinas bordado en hilos de plata. En una mano sostenía un Jesús crucificado, en la otra una rosa, y en la frente estigmatizada un rubí representaba una gota de sangre. La flanqueaban un candelabro y una jarra con flores silvestres, y al costado del reclinatorio, una pila de agua bendita.

—Es la patrona de los imposibles —murmuró Ignacia.

—Para que nos ayude a librarnos de tu marido —respondió él con mala entraña, mientras empujaba otra puerta: era el dormitorio. Por la ventana entornada se filtraban la brisa y el canto de los pájaros.

La habitación era sobria: la cama, ancha, alta y fuerte, cubierta por una manta de algodón; un arcón a sus pies, una silla, una mesita con quinqué, una cómoda de jacarandá sobre la que había un aguamanil, una frutera rebosante de guindas rojas, una bandeja y dos copas. En la pared, un espejo con marco muy simple.

—No llegaron los chocolates —se justificó él, tomando una guinda y

mordiéndola. El jugo rojo le coloreó los labios y la barba, haciendo que Ignacia, con el pañuelo que había ceñido sus manos, le enjugara la boca. Él la tomó en sus brazos con un dejo de violencia y la besó largamente. Esta vez fue ella quien lo detuvo.

—Solo dame un momento —le rogó.

Él se contuvo y salió de la pieza. Ignacia sacó las toallas, el jabón, la colonia, el camisón y las zapatillas y guardó la alforja en el arcón. Se quitó la ropa, la dejó sobre la silla y, desnuda, se enjuagó el rostro, el cuello y los brazos en el aguamanil. Se puso un poco de colonia para refrescarse y dejó deslizar por sus hombros el camisón. Luego abrió la puerta y quedó de pie, las manos a la espalda, porque temblaban. Fernando la tomó de los hombros, a la distancia de sus brazos, y la contempló con admiración.

—Eres tan hermosa... —murmuró.

Y como le había dicho unas noches atrás, dejó abierta la puerta, la recostó en la cama y ella, que lo esperaba con la cabeza en la almohada y los ojos cerrados, oyó las pesadas botas caer, el cinto resbalando con el ruido metálico de la hebilla, el susurro de la camisa y el pantalón arrojados al piso. Cuando él se tendió a su lado y la besó en la garganta, Ignacia pensó: «Gracias a Dios, no espera que sea melindrosa».

Fernando, a su vez, se dijo con alivio: «Gracias a Dios, no es virgen».

\* \* \*

Al reparo de los sauces, Monserrat y Rosendo habían hecho el amor, el poncho de él sobre las caronas, sintiendo la arena caliente bajo sus cuerpos. Luego, casi desnudos, se metieron en el río mientras los caballos, a rienda, pastaban cerca de ellos.

Jugaron arrojándose agua uno al otro y él la persiguió hasta una olla profunda, recomendándole cuidado: todos los años se ahogaba alguien en los pozos verdes, entre algas y raíces intrincadas.

Ella se burló de él, diciéndole que había nadado en los ríos de Buenos Aires, profundos y peligrosos, no como los riachos lamentables de Córdoba.

—Ya te va a agarrar la riada una de estas llovidas —la amenazó él.

Luego se sentaron al sol y Rosendo buscó un lienzo que colgaba del recado: eran pastelitos de membrillo y un chifle de caña.

Convidándose mutuamente un mordisco, un trago, felices y en silencio, se dejaron encandilar por el espejeo del Suquía.

Cuando pasaron por la calle de la barranca, vieron la cinta roja atada al tirante de la puerta. Rosendo las escoltaría hasta la casa.

## 29. «ROGAD POR ELLA...»

«Una mañana al amanecer señalaron de nuevo la aparición de los indios. Yo tomé a mi marido en mis brazos; Unzaga a pesar de su debilidad me ayudó a llevarle y buscamos un refugio en el bosque. Lanzaba Libarona gritos inarticulados y me maltrataba; yo estaba herida, sin aliento y tan desesperada que muchas veces me revolcaba por el suelo. ¡Ah! ¡Digo aquí toda la verdad; habría preferido la muerte a tan grandes torturas! Sin el recuerdo de mi madre y de mis hijas, sin el sentimiento de mis deberes hacia mi marido, creo que me habría suicidado».

*Infortunios de la matrona santiagueña doña Agustina Palacio de Libarona. La Heroína del Bracho.* Edición del Diario de doña Agustina, por la Asociación Nacional Damas Patricias Argentinas de Santiago del Estero.

CIUDAD DE CÓRDOBA  
PRIMERA MITAD DE 1842

**F**ulita Núñez del Prado invitó a Leonor y Francisca, lo mismo que a Consuelo, para que fueran a casa de las hermanas Orduña, que daban una pequeña tertulia para presentar a Elvira Medina Aguirre, recién llegada de Santiago del Estero. La reunión sería en el patio del aljibe, donde se servirían refrescos.

Al llegar, encontraron a una joven agradable, vestida discretamente, quien parecía llevar la conversación. En unos segundos comprendieron que relataba alguno de los terribles sucesos que padecían, en las provincias del norte, aquellos que se habían rebelado contra Rosas.

Luisa Orduña les dijo al oído:

—Es la hermana de Medina Aguirre, que ha llegado ayer. Está contando los sinsabores de una joven de la sociedad santiagueña que se ha empeñado en cuidar de su marido, confinado, como castigo, en un monte impenetrable.

Agustina Palacio, hija de una familia de importancia, había tenido la desgracia de llamar la atención del gobernador de la provincia, el caudillo Felipe Ibarra.

Los Palacio, preocupados por esta atención, ni buscada ni deseada, trasladaron a Agustina a Tucumán, donde se casó con un joven español, José María de Libarona, apuesto y de ciertas luces.

Ambos se querían muchísimo y, creyéndose a salvo dentro del estado matrimonial, decidieron visitar Santiago del Estero, con tan mala suerte que Libarona se dejó enredar en una revuelta contra el gobernador, liderada por dos conocidos militares, Santiago Herrera y Domingo Rodríguez, que pretendían unirse a Lavalle y a La Madrid, persiguiendo el Santo Grial de la Constitución nacional.

Por un breve tiempo la suerte los acompañó; pero el hermano de Ibarra fue ultimado cruelmente, y el gobernador regresó desde Pitambalá, donde había reorganizado sus fuerzas.

—Imagínense. Don Felipe no iba a perdonar que le mataran al hermano, así que

entró en la ciudad con sus tropas, desbarató la conjura y persiguió a los que habían intervenido en ella. Esto sucedió en septiembre de 1840.

—Poco antes de que acá se levantaran contra Quebracho —puntualizó Julita Núñez del Prado.

—¿Y qué sucedió con ellos? —musitó Consuelo.

Elvira guardó silencio, como ordenando ideas, y les preguntó:

—¿Han oído hablar de La Quinta?

Un «No» murmurado corrió entre las señoras. La joven aclaró:

—La Quinta, me han dicho personas que han viajado más que yo, es en Santiago del Estero lo que Santos Lugares es en Buenos Aires, un sitio donde mantienen a los que se oponen al gobierno hasta que se disponga su destino. Allá mandaron al hermano de Agustina, a su esposo y al juez Unzaga; estos últimos, por legitimar con su firma al gobierno revolucionario. Al pobre Libarona lo comprometieron a escribir y firmar unos documentos —aseguró Elvira—; José María era famoso por su caligrafía, pero su intervención lo inculpó ante Ibarra.

Después de tomar un sorbo de limonada, Elvira continuó narrando aquellos días de espanto. A Consuelo le parecían inconcebibles las atrocidades que enumeraba con suave tonada santiagueña y misia Francisquita, intuyendo su congoja, le apretó la mano para darle ánimo.

—El terror por las represalias que se tomaron no detuvo a Agustina, que corrió a La Quinta para ayudar a su marido. Nos encontramos en la entrada, pues me había comedido a acompañar a una anciana que deseaba saber si habían pillado a su nieto. Libarona estaba al rayo del sol, atado a un poste, muerto de sed, amenazado e insultado por los soldados. Cuando ella quiso limpiarle el rostro, darle agua, uno de los guardias la tiró al suelo de un culatazo. La ayudé a levantarse y quise sacarla de allí, pero no me hizo caso. Imploré que le permitieran asistirlo, y como no la dejaron, se paró frente a él para darle alivio con la sombra de su cuerpo. Cuando regresé del recorrido por aquel campo de crueldades, seguía allí, como atontada.

Con un hondo suspiro, Elvira continuó refiriendo la tragedia de aquella joven famosa por su belleza, mimada de la fortuna y del amor, enfrentada, de pronto, a hombres que no guardaban ni una sombra de piedad.

El año transcurrió entre oficios desesperados por aliviar el rigor con que trataban a su esposo, ya confinado en El Bracho. Se le ocurrió que quizás Ibarra quería que ella se humillara ante él para ceder, pero el despecho de aquel hombre tenía la fuerza de un vendaval.

—Lo fue a ver a la Casa de Gobierno; lo encontró en el patio, a punto de salir. La maltrató de palabra delante de los guardias: «Deja a ese gallego en donde está. Bien está allá. ¿Acaso su ausencia no te da libertad?». Agustina le dijo con desesperación: «¿Cómo no he de abogar por mi esposo?». Aquella frase lo sacó de sí; ordenó que la echaran y cuando iba a montar su caballo, Agustina hizo ademán de tomar las riendas y él le tiró un latigazo que por milagro no le cruzó el rostro.

La joven, dijo Elvira, tenía que atender al mismo tiempo a sus hijitas, Elisa, de un año, y Lucinda, de pocas semanas, a la que amamantaba a cada rato.

El Bracho era un fortín-presidio en medio del Gran Chaco, zona de esteros y monte alto, de malones y de jaguares, con abundancia de mosquitos y vinchucas. El nombre de aquel lugar causaba pavor a quienes lo conocían: de allí nadie escapaba con vida y la vida en ese lugar era un suplicio sin esperanzas.

Agustina insistió en hablar con funcionarios y jueces, desoyó a su familia, que le aconsejaba resignarse para mejor cuidar a sus hijas; finalmente viajó a verlo llevando a una de sus pequeñas y regresó a poco, corrida por los malones, temiendo por la vida de su criatura y la suya propia.

Está en la ciudad cuando llega Oribe y se atreve a pedirle una audiencia. Ante él, insiste en la inocencia de su marido. El general le promete intervenir a su favor, aunque luego aconsejará a Ibarra que, si lo sabe culpable, debe ajusticiarlo. Pero el gobernador —que todavía siente el amargor de haber sido derrotado en el amor por aquel jovenzuelo bien hablado y mejor vestido— sostiene que la muerte es un trámite muy corto para lo que el susodicho merece.

Niega por meses a Agustina la autorización para volver al infierno, hasta que, pensando que la inclemencia del lugar la traerá de regreso, le permite trasladarse al fortín, gritando desde su despacho con vozarrón de trueno —el que usaba para amonestar a la tropa— sabiendo que ella lo escucha: «¡Que se vaya esa loca al Bracho a que la roben los salvajes, si eso quiere...!».

—Luego —dijo Elvirita, quien la había acompañado en aquel trance— lo oí decir: «¿Qué puede importarme a mí?».

Y agregó, paseando la mirada por las mujeres pendientes de sus palabras:

—En el fondo de mi corazón, sé que Agustina, de rodillas, suplicante, pero decidida a reunirse con su amado sin escuchar consejos de madre o hermanas, de monjas y confesores, sin atender la autoridad de su hermano, que regía la familia desde la muerte del padre, y sin doblegarse a la voluntad del gobernador, no era la derrotada. Aquel grito de don Felipe era el del hombre fuerte que no ha podido doblegar la voluntad de una débil mujer y que, aunque no se resigne todavía, sabe ya que no habrá en el corazón de ella ni una brizna de perdón para él.

Las sombras del anochecer habían invadido el patio. Las criadas, recostadas en los pilares, parecían hechizadas por la historia. A nadie se le ocurrió encender los faroles. Todas tenían los ojos brillantes de lágrimas, un nudo en la garganta, una inquietud dolorosa en el pecho.

Leonor, llena de piedad, vio a Consuelo, muy pálida, el rostro mojado en llanto. «Justo hoy tuvo que traerla Francisca», se dijo, enjugando con disimulo sus ojos. ¡Si la historia parecía adecuada para romperle el corazón a la pobrecita!

Saturnina, con su voz de niña, preguntó:

—¿Y ahora ella está con su esposo?

—Sí, recibí la carta antes de tomar la galera hacia Córdoba. Al llegar a El Bracho,

Libarona no la reconoció y cuando quiso abrazarlo, comenzó a lanzar alaridos: se había vuelto loco. Pero ella ha decidido quedarse, esperanzada en que él recobre la cordura. Su familia, que se ha hecho cargo de sus criaturas, le manda de vez en cuando una carreta con comida, ropa, dinero, remedios. Unos vecinos, los Herrera, gente de bien, suelen llevarle —a escondidas y de noche— alimentos y agua, pues la del lugar es nauseabunda. Viven en una choza con Unzaga; se les han apestado las picaduras y los hierros les han llagado los tobillos. Tienen que proveerse ellos mismos de comida. Agustina había llevado una escopeta y Unzaga, cuando no estaba demasiado enfermo, cazaba algunos animales para que ella cocinara. También había sembrado choclos y calabazas, pero los guardias le robaron la escopeta y arrasaron la huerta. Les divierte asustar al pobre loco, y cuando los internan en el monte, deben trasladar a Libarona atado y en angarillas, pues ya no puede caminar. Dice Agustina que para entretenerse lo zarandean y aúllan, y el pobre muchacho se aterra y se lastima tratando de soltarse. Un día ella quiso impedir que lo molestaran, y un guardia la tiró al suelo de un bofetón.

—¿Es que no hay un ápice de justicia en todo este país? —dijo misia Francisquita, indignada—. ¿Sabe acaso Ibarra lo que hacen con esa infeliz muchacha? Agustina no es prisionera, no está acusada de nada. ¿La gente de influencia no puede interceder para que la traten con el respeto que se merece? ¿Es que los hombres ya no se avergüenzan de maltratar a mujeres indefensas y a postrados?

—A veces —dijo Elvira con voz serena, pero implacable— suelo hacer de escribiente para mi primo, que tiene un cargo en la gobernación. En un momento en que nos quedamos solos, me mostró una carta llegada de El Bracho para Ibarra. Era del encargado del fortín, Antonio Fierro, con orden del gobernador de tenerlo al tanto de cuanto les pase a José María y a Agustina. Hice una copia, para que algún día se sepa que don Felipe siempre estuvo enterado del trato que les están dando a esos desdichados.

De una taleguita sacó un par de anteojos pequeños y una hoja que desdobló ante ellas. Catalina Orduña hizo un gesto y las criadas comenzaron a encender los candiles. Las invitadas dieron unas tosesitas, se secaron los ojos y retocaron sus peinados.

La luna comenzaba a levantarse, velada por nubarrones, sobre la tapia de madre selvas.

—Pronto tocarán las Horas —suspiró una de las señoras, y el grito del sereno contestó desde afuera anunciando que las calles estaban en paz.

Llevaron un candelabro a un banco alto, al lado de Elvira. La joven se calzó los anteojos y leyó:

—«Pongo en conocimiento de V. E. que el Salvaje Unitario desterrado en esta Frontera Libarona está loco de atar pues en cuanto se descuida la Mujer sale disparando por los montes y para más no se le entiende lo que habla y está tan flaco

que parece esqueleto».

Alguien tocó con fuerza la puerta de entrada y todas se sobresaltaron. Un negro viejo fue a abrir y volvió anunciando:

—El comandante Farrell.

Don Eduardo se quitó la capa liviana y al observar el grupo de las mujeres reunidas, sin las risas habituales, cambió la expresión de su cara. Hizo una inclinación general y dirigiéndose a misia Francisquita, dijo:

—Se ha hecho un poco tarde. Pensé en acompañarlas de vuelta al redil. Elvira, tu hermano te ha encomendado a mi cuidado.

Su mirada se posó en Consuelo, que parecía al borde del desmayo, y Leonor le hizo un gesto, recomendándole discreción. Pero él, después de saludar a todas las señoras, pidió a una mulata que le trajera las mantillas de sus amigas e impaciente comenzó a repartirlas. Consuelo se había puesto de pie, tambaleante, y Farrell, haciendo como que no se daba cuenta, la tomó del brazo y, cruzando una mirada con Francisca, comenzó a despedirse, mientras las llevaba hacia el zaguán. Ayudó a la joven a bajar los escalones y mientras se dirigían hacia sus respectivas casas, mantuvo la mano de ella sobre su brazo, cubriéndola con la de él. Por distraerlas, les contó que había pasado la tarde con Ignacia, Monserrat y Casildo, ejercitando a la yegüita y dejando cazar a Zegrí. Y reconvino con dos palmadas a la pupila de su amiga:

—Debiste acompañarnos, y no dedicarte a escuchar tristezas.

No bien llegaron a la casa, misia Francisquita fue a prender las velas del oratorio mientras Consuelo y Farrell quedaban solos en la sala. La joven continuaba en silencio, así que el comandante, nervioso, buscó el brandy de Harrison y sirvió dos copas.

De pie ante ella, le tendió una y le ordenó:

—Toma.

Consuelo hizo un gesto de repugnancia, pero él insistió:

—No es por gusto, sino como remedio —y poniéndosela en la mano, la obligó a beber. La joven tosió ante la fuerza del licor, Farrell la libró de la copa, dejándola en la mesita del quinqué, y apuró su trago de una vez. Con más ánimo, se sentó junto a ella.

—¿Qué te han contado para que te pongas tan mal?

Consuelo apoyó el brazo sobre el respaldo del sillón y enterró la cara en él.

—Esa joven, Agustina...

Farrell había oído la historia, traída en cartas disimuladas en los capotes de camino o en los corpiños de las señoras, contada por arrieros y trashumantes en los campamentos. Comprendió que Consuelo unía el infortunio de Libarona a los sufrimientos de Marcos, y que lamentaba dolorosamente no haber compartido sus últimos momentos.

Le tomó la mano abandonada sobre la falda y se la sostuvo con ternura. En la

quietud de la sala, su voz era serena y convincente.

—No confundas a Libarona con Ocampo. Sus historias son diferentes: Marcos arriesgó su vida por la fuerza de sus convicciones, Libarona se vio enredado en un tremendo error. Tu prometido, en cambio, sabiendo que podía morir por las heridas mal curadas o en combate, luchó por sus ideales. Siguió a Lavalle, a quien admiraba como a un héroe, y se entregó a la muerte con dignidad y honor, tratando de poner a salvo los restos del general. Lo rodeaban sus compañeros y lo asistió en su última hora una joven valerosa que cumplió esa misión en nombre de todas las mujeres de su vida: su madre, sus hermanas, tú...

Al escuchar la última frase, Consuelo se echó a llorar desesperadamente. Conmovido, él le puso una mano en el hombro y ella se lanzó sobre su pecho, rodeándole el cuello con los brazos y mojándole la camisa con sus lágrimas. Mientras él le palmeaba la espalda, acongojado, vio tras los cristales de la puerta a misia Francisquita.

Contrario a lo que podía esperarse de tan rigurosa dama, ella, en vez de irrumpir en la sala, se perdió en la penumbra del corredor.



## 30. ESTOCADA AL AMOR

«La espada en línea tiene su valor máximo. La línea está representada por la punta, la hoja, la taza, el antebrazo, el brazo y el hombro que constituyen una fuerza por todo concepto temible. Ella debe ser: rígida y sensible, penetrante, veloz o lenta, según como convenga; uniforme, continuada y nunca dormida en razón a la sensibilidad, que debe poseer para la acción».

Barón Errico Lancia di Brolo, *Teoría de la Espada de Terreno*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
PRIMERA MITAD DE 1842

Aunque era casi de noche, Fernando se sintió tentado a ir a la quinta. Después de la tarde que pasara con Ignacia, aquel lugar parecía llamado a convertirse en refugio de sus sentimientos. Quizás fuera el desborde de amor, o esos pequeños rastros que había sembrado Ignacia por la casa: el perfume y el cepillo del pelo sobre la cómoda, las zapatillas bordadas al lado de la cama; el camisón, con el olor de su cuerpo, bajo la almohada; la caja de labores al lado del altarcito. Él la había abierto, curioso, y había encontrado los tiradores bordados, aún sin terminar, y dos tomos pequeños de poesías, lo añorado por él un tiempo atrás.

Luego de hacer el amor, se sentaron en el banco de la huerta a contemplar las sierras, y antes de irse ella había cortado unas ramas del granado para ponerlas con agua en una jarra. El colorido ardiente de la flor le daba un toque vivaz al dormitorio, y él sentía que el costurero, el cepillo, su camisón y la flor componían un hogar.

Se tiró en la cama, los brazos bajo la nuca, pensando en qué harían para poder estar juntos sin tener que esconderse. Nadie en Córdoba, salvo la familia y la Curia, sabía que Ignacia era casada. Si los trámites se alargaban, y sus tías consintieran en callar, no sería difícil de resolver la situación, pero no lo creía posible.

A la mañana siguiente esperó a Ignacia en el convento de San Francisco, donde el padre Mateo los llevó sin que nadie los viera hasta el salón De Profundis, asegurándoles que estaría atento. Ni bien el religioso cerró la puerta de la sala helada y en penumbras, ellos se abrazaron apasionadamente.

—¿Te has puesto a pensar cuánto tendremos que esperar para estar juntos? —y ante la expresión de ella, aclaró—: No me refiero al tiempo que pasamos en la quinta. Sucede que muy pronto tendré que ir a la estancia, o Quebracho me mandará a llamar pues tiene problemas en la frontera, y no podrás acompañarme. Pensar que tu marido pueda llegar mientras yo estoy ausente me vuelve loco. Pero debes entender que tengo obligaciones que cumplir.

La llevó hasta el escaño que recorría la pared y se sentaron muy juntos, sin soltarse las manos.

—No llores —le dijo con firmeza, recuperando, ante la desolación de ella, la facultad de razonar. Le recordó que misia Francisquita y su madre, los abogados y el

obispo estaban pendientes del caso. Quizás se resolviera más pronto de lo que imaginaban.

—¡Yo puedo esperarte, pero no quiero ver a Alfonso nunca más! —sollozó ella con furia y Fernando, tomándola con fuerza, la zamarreó.

—Tienes que decirme por qué lo abandonaste. Si no sé el porqué, no veré el cómo te libro de él.

Ignacia se secó los ojos con el pañuelo que llevaba al cuello y con voz entrecortada comenzó a contarle en lo que había devenido su matrimonio: cómo Alfonso la había despojado de sus joyas, se había gastado la dote en mujeres y había llegado a golpearla. Al verla temblar, él le puso la mano sobre el hombro apaciguadoramente.

—No entiendes —dijo ella, golpeándose con los puños las rodillas—; no le temo a él, me temo a mí misma. La última vez que nos vimos casi lo mato. Por eso me fui. Por eso y porque no quería vivir indignamente. Iba a pedir a tío Braz que presentara mi caso a la Curia para divorciarme, Dios sabe que tenía más de un recurso para solicitarlo, pero en Vigo me encontré con que mi madre había dispuesto el viaje a Buenos Aires y dejé las cosas ahí.

—Quizás fue para bien —la tranquilizó él—. Divorciada, no podríamos casarnos. Así, al menos, tenemos una esperanza.

—¿Y si no se da? —preguntó ella con ansiedad.

Fernando apoyó la cabeza en la pared y dijo, sondeando su voluntad:

—Pues entonces nos quedan dos caminos: o lo mato, o agarramos los caballos y nos largamos de Córdoba, de la Argentina y de América si hace falta.

No se había equivocado, respiró Fernando, pues ella se distendió, esperanzada:

—¿Crees que podemos escapar?

—Siempre que te atengas a vivir como fugitiva —se sonrió él, y ya seguro de que contaba con ella para lo que decidiera, le rodeó la cintura con el brazo y, deslizando la mano bajo el vestido, la recostó sobre el escaño sin que se resistiera. Hicieron el amor con premura, incómodos, pero aliviados de confiar uno en el otro. Ella resumió lo que sentían cuando, tendida boca arriba sobre el suelo, donde habían ido a parar, extendió los brazos sobre su cabeza y lanzó un profundo suspiro. Con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, comenzó a respirar acompasadamente, como para recuperarse de una larga carrera.

Luego de algunas frases de amor, se arreglaron la ropa y el pelo y planearon lo que harían aquel día. Cuando Fernando se asomó al pasaje, el padre Mateo, desde la huerta, les hizo señas de que lo aguardaran; llegó con sus sandalias descosidas y les entregó una canasta de frutas. En silencio, sin sermones, los sacó del terreno del convento.

Monserrat esperaba bajo el algarrobo. Tomó la cesta de manos de Ignacia y retornaron a pie a la casa.

Era media mañana y las calles estaban llenas de criadas que volvían de las fuentes

públicas, con los cántaros sobre la cabeza. Negras y negros de los conventillos ofrecían, puerta a puerta, mazamorra, pastelitos, empanadas y huevos frescos. No había premura en la transacción: criadas y vendedores se entretenían contándose los últimos chismes de la ciudad, ante la vista gorda de las señoras, que esperaban con impaciencia las noticias.

\* \* \*

De visita en lo de Francisca, don Teodomiro volvió sobre el tema de la reunión con Monforte para presumir de que era su abogado.

—Mira, Francisca, es un caballero en sus maneras, en sus pensamientos y en su postura. Le carcome el gusanillo de comprar tierra por aquí, y sospecho que le ha echado el ojo a alguna de nuestras damas.

Misia Francisquita miró a Leonor, que eludió sus ojos. Luego, el letrado observó a Consuelo que, mientras Farrell se entretenía en unos pases de esgrima con Ignacia, les leía en voz alta las reglas del uso del florete.

—Está mejor mi sobrina —dijo, dubitativo—. No sé qué le pasaba, pero se la veía malita.

Moviendo la cabeza, su amiga dijo:

—Que no tienes cura, Teodomiro. Vives en una nube.

Farrell, en mangas de camisa y la cintura fajada, con pantalones oliva y botas de oficial, lucía su buen porte.

Leonor se dijo que pocos hombres tenían la cualidad de lucir bien vestidos a cualquier hora. Le gustaba el comandante porque era apuesto sin llamar la atención; alto, pero no tanto como Fernando. Sus piernas eran largas, al tipo de los ingleses más que de los españoles, y sus hombros y su pecho no necesitaban almohadillas bajo la chaqueta. La piel era apenas tostada, y los ojos pardos tenían una mirada cálida y firme a la vez. El pelo castaño y la barba corta y cuidada ya mostraban canas. «Viudas y solteras estarán contando los meses de duelo para echarle el lazo», se sonrió, observando lo que ella consideraba su mejor cualidad: la expresión inteligente, que podía ser burlona o severa, y su sentido del humor. Se había negado a participar en las contiendas políticas, y desde Lavallo hasta Oribe lo habían respetado. Era un apaciguador, no un amante de arremeter, como Fernando. «Ojalá Nacha se hubiera fijado en él. Pero me parece que Francisca lo casará con Consuelo».

En aquel momento, Farrell detuvo la práctica y se dirigió a las damas:

—Señoras, persuadan a Consuelo de que tome el florete. El ejercicio le vendrá bien y me dará la oportunidad de practicar para que Ignacia no me vapulee.

Tanto Leonor como Francisca insistieron a la joven que aceptara, mientras don Teodomiro mantenía reserva.

—¡Oh, no, no! No me daré maña con ese... con esa... las armas no me gustan —se negó ella, retrocediendo hacia el patio; pero Ignacia, entusiasmada, insistió en

colocarle la máscara, ajustarle los guantes y entregarle el arma.

—Tienes que sostener la empuñadura con suavidad y al mismo tiempo con firmeza, para que no se te suelte de la mano —y mientras le explicaba, una sonrisa divertida le sombreó la boca.

—¿Así está bien, maestra? —se burló su amiga.

—Como si lo hubieras hecho toda tu vida —y tomándola de un brazo, la colocó frente a Farrell y dijo, dándoles espacio—: ¡Espada en línea, y en guardia!

Consuelo saludó a su contrincante levantando el florete antes de tomar la posición de combate. Farrell se aprestó y la joven inició el ataque con una pose digna de ser admirada, y dando un paso audaz hacia él, lo obligó a retroceder. Él logró cubrirse y estuvieron un rato tirando y parando estocadas, rodeados por el interés de los mayores.

De pronto, en un descuido, Farrell bajó la guardia y Consuelo arremetió contra él, dándole un toque con el botón del florete.

Él levantó los brazos y gritó:

—¡Me has muerto!

Consuelo, temiendo haber sido demasiado ruda, se quitó la máscara y lo miró con preocupación mientras enrojecía de vergüenza.

Con una inclinación de cortesía, Ignacia hizo una mueca graciosa, diciendo:

—¿Adivinan en qué nos entreteníamos cuando ustedes andaban en visiteos?

Farrell se descubrió el rostro y les reconvino:

—¿Se han estado burlando de mí todo este tiempo? Mira que sabes mentir muy bien, Consuelo. Eso de «Sí, no, no me gustan las armas...» fue muy convincente.

La joven entregó el florete a Ignacia; el pelo se le había soltado de la nuca enmarcando la blancura del rostro entre bandeaux muy negros. Se sentía cohibida, pero contenta. Desde la tarde en que llorara en los brazos de él, algo parecía haberse aflojado en su corazón, como si la tristeza comenzara a desvanecerse.

Farrell se adelantó y cuando ella bajó las manos después de sujetarse el peinado, le tomó una entre las de él y le dio un beso gentil, mientras decía:

—Un beso para mi enemigo, que me ha dado un golpe al corazón.

Luego se sentaron y Tola y Canela sirvieron unos vasos de limonada. Farrell prefirió buscar la botella de brandy y, conociendo a de la Mota, Francisca le ofreció anís, gusto que compartían desde jóvenes.

Era una tarde cálida, con un raro color verdoso en el cielo azul con ramalazos de hoguera. El verano había traído un viento fresco después de una siesta bochornosa, que reanimaba a la ciudad enclavada entre barrancas.

Esa noche Farrell, atrincherado en el escritorio, pensó en la tarde inesperadamente grata pasada en compañía de Consuelo, y aquel ardid suyo, simulando no saber manejar el florete, que le había ganado la voluntad. Supo, sin reservas, que sus palabras sobre Marcos comenzaban a liberarla, en parte, del dolor.

\* \* \*

Ante el anuncio de que don Blas debía ausentarse, era de urgencia que se llevara a cabo la reunión convenida. Manuel Cáceres se encargó de convocar a los interesados y Fernando se presentó en lo de su tía Leonor escoltando a misia Francisquita y a Consuelo; don Eduardo Farrell se les unió a medio camino.

En la sala grande, Leonor e Ignacia conversaban animadamente con Monforte de Lemos y don Teodomiro, que se habían adelantado a ellos. Al verlo, Fernando recordó lo que dijera el viejo Ruderiquiz: que alguna vez salvaría a alguien de su sangre. Y a pesar de que le molestó la displicencia con que don Blas se puso de pie ante ellos, lo saludó cortésmente.

Misia Francisquita ofreció su mano al invitado con una sonrisa, al tiempo que presentaba a Consuelo; Farrell lo hizo por sí mismo.

No alcanzaron a cruzar palabra porque en aquel momento Casildo anunció a Medina Aguirre y a Manuel Cáceres.

Farrell y las dos jóvenes quedaron en la galería mientras los letrados, las hermanas Osorio y Fernando pasaron al escritorio para sentarse alrededor de la mesa sobre la que se veían varios documentos, a los que el doctor de la Mota, luego de colocarse unos espejuelos sobre la nariz, agregó unos pliegos atados con cintas.

—Mis señoras, don Fernando, letrados. En representación de don Blas Monforte de Lemos, digo que, después de haber estudiado exhaustivamente los documentos que ha presentado a mi discreción, no les encuentro tacha, especialmente porque vienen avalados por una nota enjundiosa de don Braz Ramires de Castro, de cuya erudición y meticulosidad, en la investigación a favor de los intereses de don Blas, que atañen a doña Leonor, no tengo reparos. Lo que el Destino cruelmente evitó — continuó don Teodomiro después de un respiro y un sorbo de agua— ha sido reparado al haberse encontrado el testamento de puño y letra de don Aurelio Arias de Ulloa, donde consta una manda que legitima al hijo póstumo, habido de doña Beatriz de Lemos, conocido como Blas Monforte de Lemos, quien a partir de este momento queda constituido ante los presentes como hijo legítimo de ambos, con el nombre de Blas Arias de Ulloa y Lemos.

Quitándose los espejuelos y haciendo una pausa dramática, don Teodomiro paseó la mirada por los presentes y aclaró:

—Estando aquí el interesado, les comunico que, a pedido de él, prefiere que se lo siga llamando Blas Monforte de Lemos, tal como se presentó ante nosotros.

Y con su habitual pomposidad los entregó a Leonor, quien los aceptó de buen grado. Frente a ella, don Blas la contemplaba sin un pestañeo y con un asomo de satisfacción. A Fernando no le gustó aquella mirada: se parecía a la del halcón de Ignacia cuando avistaba una presa.

En el patio, Ignacia y Consuelo se entretuvieron jugando a la quinola mientras Farrell anotaba los puntos de los naipes. Iban por la tercera ronda cuando se abrió la puerta del estudio y los reunidos salieron al patio.

El comandante notó que cundían las sonrisas, salvo por Fernando, que no estaba acostumbrado a dispensarlas gratuitamente. Doña Leonor los invitó a pasar a la otra sala, donde había tendida una mesa con bocadillos y bebidas.

—Bien —dijo Ignacia—. Al parecer, tengo un nuevo tío, mi madre un nuevo cuñado y los Arias de Ulloa otro heredero.

Las jóvenes y Farrell se unieron a ellos; don Blas se veía distendido y sonriente, y el comandante mantuvo una entretenida charla con él, hasta que doña Leonor propuso un brindis de bienvenida. Mientras todos se acercaban a don Blas, ella deslizó al oído de su hermana:

—Estarás contenta, Francisca. Siempre te agradaron los bastardos.

Para sorpresa de todos, el español se disculpó por retirarse temprano: al día siguiente debía partir en un viaje que le llevaría, al menos, dos meses de ausencia.

En un momento dado, don Blas se acercó a Fernando y le dijo:

—Tengo que marcharme, pero me tranquiliza saber que vos estaréis en Córdoba en mi ausencia, para cuidar de mi sobrina si llegara a aparecer el villano de su esposo.

—No es necesario que me lo recuerde —contestó Fernando, sin bajarle vista; el otro le contestó con una cortesía imperceptible; luego, mientras se despedía del grupo, se las ingenió para separar a doña Leonor del resto. Sosteniendo su mano más tiempo del debido, cuando ella quiso retirársela, la apretó con fuerza.

—¿Me esperaréis?

Turbada, ella contestó:

—No le he dado motivos...

—Me los han dado vuestra belleza y vuestro carácter. No he conocido a nadie como vos. Y haré lo posible para que me améis, estáis advertida.

Observando que Fernando no le quitaba la vista de encima, le besó la mano y, poniéndose la suya sobre el pecho, le dijo en voz baja:

—Mi corazón es vuestro.

Salió con paso seguro y decidido, sin mirar atrás. Fares le alcanzó la capa, que se colocó con un airoso giro de muñeca.

## 31. EN LA FRONTERA

«No pasó un año de que surgiera otro conflicto, esta vez de carácter interprovincial. Como consecuencia del acuerdo firmado entre Santa Fe y Corrientes para luchar en contra de Rosas, una partida de santafesinos atacó la guarnición cordobesa del Saladillo. El conflicto tomó finalmente la forma de una serie más o menos continuada de escaramuzas fronterizas».

Luis Carranza Torres, «López “Quebracho”, el gobernador que vino del sur», publicado en el suplemento cultural de *El Diario*, Villa María, 1.º de diciembre de 1996

CIUDAD DE CÓRDOBA  
PRIMERA MITAD DE 1842

**D**ías después llegó una nota de López Quebracho para Fernando: le pedía que se presentara, con sus lanceros, para detener las incursiones santafesinas, y «ver este asunto de la guerra».

\* \* \*

Sospechando que Fernando fuese a poner algún reparo al llamado de Quebracho, misia Francisquita lo curó en salud dándole un sermón sobre la lealtad que se debían mutuamente los del sur, de donde ellos venían. Le habló sobre los parentescos espirituales —puesto que Luz y Fernando eran sus ahijados— y de esos vínculos que formaban una red entre afectos e intereses, más fuertes que papeles firmados o pactos celebrados.

—Y no me importa que de vez en cuando tengas algo atragantado con Manuel. Él hace lo que puede a veces y lo que debe casi siempre. Nos hemos criado juntos, así que sé de lo que te hablo.

—No tengo nada contra don Manuel, tía —se sinceró Fernando—. Lo que me ata es... —Se tragó las palabras, por no nombrar a Ignacia.

—Ya sé; no hablemos de eso ahora. Pero debes irte. Que te tranquilices pues acá quedan Robertson, Farrell y nuestros abogados, y si estuviera de vuelta, don Blas para enfrentar a Alfonso. Responde de inmediato a Manuel, despídete de quien tengas que despedirte, y haz lo que debes.

Fernando había olvidado que las mujeres Osorio eran imbatibles, especialmente en asuntos de conciencia, lealtades o venganzas, así que escribió a don Manuel López y mandó un chasqui a Los Algarrobos y otro a Lienán. El año anterior se había quedado para proteger a la familia; luego, por Ignacia, pero deseaba el silencio de la planicie, el campo despejado hasta el horizonte, dormir bajo las estrellas, matar para comer, cabalgar de cara al viento, hablar el idioma de su gente. En verdad, necesitaba

volver a las tierras del Tercero.

\* \* \*

Esa tarde, en la quinta del Bajo de Galán, abrazados y en paz después de hacer el amor, habló de aquello con Ignacia, pues siempre recelaba de lo que ella era capaz de hacer, ya por el sentido que tenía de su propio valer o la rebeldía con que enfrentaba las imposiciones.

Ignacia lo sorprendió instándolo a cumplir con el gobernador y sus obligaciones políticas. Abrazándolo y besándolo en el cuello, la joven reconoció:

—Me gustaría ir contigo.

—Cuando se solucione lo de Alfonso, podremos hacerlo. Te gustará la estancia. En el sur no hay leguleyos; las leyes las hacemos nosotros y las reglas se respetan aunque estén escritas en la arena.

Hicieron planes para comunicarse con cierta asiduidad, y ella le contó que su tía sospechaba lo que había entre ambos.

—Ya me di cuenta. No sé cómo hacen estas viejas para enterarse de todo. ¿Y qué te dijo?

—Me dijo que si algo te pasa a causa de Alfonso, me iba a mandar de vuelta a Galicia sin decir Amén.

—¿Y qué le contestaste? —preguntó, divertido.

—Que si alguien se iba a encargar de mi marido, sería yo. ¿Y sabes qué me dijo? «Te tomo la palabra».

Ambos rieron. Más tarde, le ayudó a juntar algunas cosas para el viaje y se tomaron unos minutos para mirar la caída del sol. Fernando la levantó en brazos y la besó despaciosamente, sosteniéndola un largo rato.

—Cuando regrese, te prometo que voy a entendérmelas con Zegrí.

—No todo está perdido entre nosotros —se burló ella.

Monserrat y Rosendo los esperaban en la entrada de El Pueblito; bordearon la ciudad por el Calicanto hasta el puente de la Alameda. Ignacia y Fernando se despidieron sin palabras, dejaron que sus dedos resbalaran en los del otro mientras los caballos encaraban en distintas direcciones. Ignacia puso a Zeltia al trote, sintiendo un hueco donde debía tener el corazón. No lloraba; las lágrimas vendrían después, cuando estuviera sola y a oscuras. Monserrat no habló; también sentía el alejamiento de su hombre, que seguiría a Fernando. El frescor de la tarde invernal les tocó el rostro.



A pesar de contar con fuerza y carácter, no era fácil para López Quebracho gobernar una provincia como Córdoba, tan dispuesta a preservar su autonomía de pensamiento y su apego a los derechos civiles.

Tampoco era fácil guardar la frontera este, donde las incursiones de los santafesinos se alzaban con tropillas de caballos y de vacas. Y los ranqueles, llegados desde Chile, que en los últimos cincuenta años casi habían exterminado a las tribus nativas, avanzaban hacia el centro del país aprovechando las menguadas fuerzas de los fortines y el desplazamiento de los ejércitos hacia el noroeste.

Estas incursiones impedían el paso de los viajeros, menoscababan el comercio y desdibujaban las rutas; si bien Quebracho era moderado y prefería los tratados, más de una vez tuvo que forzar el rigor, apoyado por grupos pampas nativos, que se habían visto desalojados por los recién llegados chilenos.

A principios de 1842, el gobernador de Córdoba se atrincheraba en La Carlota, y mediante chasquis e informantes vigilaba a sus enemigos de la ciudad, los federalistas, quienes, con lazos de parentesco e intereses comunes, intentaban desplazarlo del cargo. Pero eso no era todo; como primer gobernador venido del sur, sabía que no podía confiar en los doctores, y tampoco en los federales del norte, otrora sostenedores de los Reynafé.

Don Manuel simulaba no enterarse, pero Fernando sabía que anotaba, en el libro de su memoria, cuenta y razón de cuanto sucedía.

El Payo se presentó en La Carlota dispuesto a ayudarlo, seguido de sus hombres y algunos llanistas de Quiroga, de sable y fusil, que respondían a Ciriaco Videla. Junto a ellos, pero no mezclados, cabalgaban los lanceros ranqueles bajo el mando de su otro lugarteniente: Lienán. Los acompañaba un rastreador que lo había sido también de su padre y de sus tíos Lezama: Antenor Vallejo, criollo de porte altivo, respetado por la paisanada como solo los «prácticos» —ojeadores, baqueanos, guías— solían serlo.

Arreaban la tropilla de moros, el pelo de los Osorio, los «créditos» del Payo. Sus caballos preferidos eran: un oscuro retinto, grueso de arriba, de largo resuello, para la pelea; un zaino colorado, de buena arremetida, y por último, el legendario Moro, el máspreciado, que no se espantaba de tiros ni de gritos, y que a los dieciséis años no les aflojaba a las pechadas y piafaba, pidiendo rienda, en cuanto olía a pólvora. Todos eran de mirada brava y buenos reflejos. La madrina era una zaina mancarrona, carablanca y sufrida, que mantenía reunida la tropilla.

Las armas las habían conseguido a través del Vasco, maestro de posta convertido en proveedor para estancieros desesperados, cabecillas locales, cuatreros, bandoleros, guerrilleros federales o desertores unitarios.

El indiscutible liderazgo de Chañarito —nombre de frontera del Payo— y la severa presencia de Vallejo, junto al respeto que Videla y Lienán despertaban en sus

hombres, ponían equilibrio en la relación no siempre fácil de indios y cristianos.

Al dejar La Carlota rumbo a Saladillo, Fernando estrenaba un nuevo rango militar: sargento mayor de milicias. En principio quiso resistirse al nombramiento, pero Quebracho rechazó un «no» por respuesta. Eran tiempos demasiado inquietos, con traiciones solapadas, invasiones en ciernes, y no podía prescindir de un hombre de coraje y lealtad probada, como era su ahijado.

Durante el tiempo en que Fernando y sus hombres recorrían el Saladillo, el triunfo en Caá-Guazú hizo regresar al Chacho Peñaloza del exilio con la idea de juntar lo que restaba de la Liga. A este lo acompañaban Yanzón, de San Juan, Sardina, el enamorado de la Deolinda Correa, Alejandro Aparicio, de Córdoba, y Nicolás Torres. Todos ellos en tratos con funcionarios de Arredondo.

Cierto día en que patrullaban la frontera, Fernando y sus hombres se toparon con una partida de santafesinos que, saliendo del monte, aparecieron a tiro de fusil, muy cerca del río. Ambos sofrenaron sus caballos, sin saber si el que estaba frente a ellos era amigo o enemigo.

Fernando, conteniendo al Oscuro, gritó: «¡Viva Quebracho, carajo!».

Como si les hubiese nombrado al diablo, los otros desenvainaron los sables:

—¡Viva Mascarilla y la Liga del Litoral! —Y arremetieron contra ellos.

Al primer encontronazo, Fernando comprendió que eran veteranos, aunque su montonera los equiparara en coraje. El choque fue brutal; nadie cayó de la montura aunque brotó sangre y arreciaron insultos.

Pero las fuerzas cordobesas atacaron desordenadamente y luego picaron espuelas en sentido contrario. Ciriaco Videla temió que fueran la avanzada de un grupo mayor y, maldiciendo la imprudencia, ordenó a Rosendo que los hostigara por el flanco. El llanista hizo como que se «achicaba», ordenando recular, pero después de abrirse en arco los embistió con las lanzas a la cintura, atravesando el grupo y obligándolos a romper la formación.

El santafesino, reconocible como capitán por las tres líneas de oro en la manga de la chaqueta —color azul noche—, ordenó reagruparse, pero los suyos, ofuscados por la sorpresa al ver a los cordobeses aparecer por el flanco, demoraron en obedecer. Calibrando la situación —temiendo él también que los otros fueran una avanzada—, hizo que el cometa tocara a «retirada», y consiguió que su partida volviera hacia la costa, buscando pasar la frontera.

No fue fácil. El terreno era desparejo, con poca visibilidad, y una crecida había dejado las márgenes anegadas con una engañosa impresión de pasto firme. Los caballos se hundieron hasta las corvas, pero el capitán, con maña, logró mantenerse en su montado sacándolo a grito y huasca del barro; al galope tomó por una franja pedregosa que bordeaba el bajo de la barranca.

En aquel momento llegó Fernando; tarde se apercibió de la trampa del terreno y aunque tiró con violencia de las riendas para no caer en la ciénaga, el Oscuro pegó una costalada que le atrapó la pierna bajo el cuerpo. Mientras el caballo se esforzaba

en levantarse, llamó a gritos a Lienán, y el capitán santafesino, repuesto del percance y a veinte pasos de él, lo miró, pistola en mano.

Lienán acudió en auxilio de Chañarito; salvó el lodazal castigando a su potro, y con un grito espeluznante lanzó las boleadoras sobre el capitán, que no atinó a esquivarlas.

Los soldados, que habían ganado los altos, al ver que los lanceros se les venían encima, desaparecieron en el monte: a la tropa de línea no le gustaba enfrentar a los indios en la huida, expertos en el arte de combatir «en retirada».

Videla galopó en ayuda de su patrón y llegó en el preciso momento en que Lienán se disponía a degollar al capitán enemigo.

—¡Deje eso y venga a pechar! —gritó; el ranquel quedó inmóvil, con el cuchillo cerca del cuello del prisionero, sin decidirse a obedecer.

Ciriaco dijo a Fernando:

—Payo, ese hombre puede avisarnos de lo que pasa al otro lado del río.

El vozarrón de Fernando, en pampa, hizo que Lienán, de mala gana, empujara al santafesino por la pendiente. Al llegar junto a Videla, lo miró retadoramente mientras enfundaba el cuchillo, pero ya Rosendo, haciéndose el descuidado, había interpuesto su caballo entre ambos al tiempo que ordenaba a Leandro que fuera por el oficial. El joven se metió en el barro, encontró la pistola entre los juncos y se la calzó en el refajo; luego ayudó al hombre a incorporarse y una vez en pie, lo libró de las boleadoras y a punta de pistola lo llevó al otro lado del riacho.

Entre varios ayudaron al Oscuro a salir del pantano. Fernando se incorporó tomándose de Lienán; estaba dolorido y embarrado pero, gracias al lecho de lodo, con los huesos sanos. Lo primero que hizo fue enfrentarse al unitario y declarar:

—Es usted mi prisionero.

El otro, pálido y tambaleante, se presentó:

—Soy el capitán Félix Corvalán, de la Guardia de Frontera de la Provincia de Santa Fe. —Y observando a Fernando, le preguntó—: ¿Pertenece a las fuerzas de Línea?

—Milicias del Tercero. Somos la avanzada del gobernador López Quebracho; Ejército de Córdoba en operaciones.

—¿Y qué hace un gobernador corriendo reclutas y castigando indios? —dijo el santafesino, burlón—. Los gobernadores gobiernan, no andan de correrías a cientos de leguas de la ciudad.

—No se pase de la raya —le advirtió Fernando—, que yo tengo una jauría y a usted no le queda ni un cuzco —y ordenó a Rosendo—: atalo.

—¿Al sol? —chanceó el lancero. Era costumbre, si se quería martirizar al prisionero, dejarlo al rayo de sol y sin agua.

—No, a la sombra —dijo Fernando y señaló los quebrachitos que rodeaban unos tapiales, adonde se dirigieron para reponer fuerzas.

Leandro esperó que su jefe se sacara la ropa y se dirigió al río para librar del barro

al Oscuro y enjuagar las prendas de su jefe. Mientras los hombres recogían los caballos sueltos y las armas caídas, Fernando se ató la chalina a modo de chiripa y Antenor Vallejo se puso a revisar la talega de Corvalán, donde encontró unos papeles enrollados y atados con cintas.

—Mire, Payo.

Fernando, mesándose la barba, comenzó a leerlos. Eran cartas de estancieros cordobeses dirigidas al gobernador de Santa Fe, prometiendo reses, pertrechos y metálico para ayudar en la campaña contra Rosas. Indudablemente, la partida de Corvalán había entrado para llevar lo ofrecido. Fernando se sonrió: había allí nombres de terratenientes que simulaban ser amigos de Quebracho. «El miedo no es zonzo», pensó. No tenía ganas de andar entregando vecinos, pero no quería que el gobernador pensara que le era desleal.

Mientras comenzaban a cebar mate, con Corvalán atado y sentado contra un árbol, Lienán mandó bomberos para no ser sorprendidos.

Fernando resolvió incautar lo ofrecido a Santa Fe y entregárselo a Quebracho como rescate de una patrulla invasora que se dio a la fuga. Metería miedo a los estancieros unitarios y haría que los Cepeda los visitaran de vez en cuando, les sacaran reses para la guarnición de Saladillo y así mantenerlos en línea. Porque, pensó, «hacendados y comerciantes no tienen más riñones que para mear».

Dentro del último rollo encontró tres cartas lacradas. Las direcciones no eran del gobierno, parecía correspondencia privada; solamente una dirigida a la ciudad de Córdoba; para su sorpresa, era para su tía Leonor. La observó, volviéndola del haz al envés mientras se tomaba dos mates amargos, preguntándose si su tía le perdonaría que la abriera. Ante la idea de que pudieran ser noticias del marido de Ignacia, decidió arrostrar las iras familiares, tomó la daga de la bota, hizo saltar el lacre y desplegó el papel.

Quedó paralizado, leyendo las desconcertantes noticias firmadas nada menos que por Monforte de Lemos. Las preguntas le aturdieron el entendimiento y quedó con los brazos colgando de las rodillas y la carta tirada en el suelo. La recogió de un manotazo y se alejó del grupo: su hermano Sebastián había vuelto, y quizás no alcanzara a verlo vivo.

—Payo —la voz de Ciriaco le trajo en tropel la historia de su vida, cuando la guerra civil aún no había dividido la familia.

Poniendo la mano sobre el hombro del otro, dijo con voz ronca:

—Sebastián está en Santa Fe, enfermo a morir —y al ver que Videla lo miraba sin entender, aclaró—: se unió al Manco y a Ferré, en Corrientes.

Cuando nombró a Paz, Ciriaco le hizo una escueta pregunta:

—Y... ¿será cierto? ¿No'tará chiflando?

Fernando no podía sacudirse de encima las dudas sobre Monforte pero, aceptado por la familia, no iba a arriesgar su nombre y la herencia con alguna maña a la que no le veía ganancia.

—Me parece que dice la verdad.

—Entón —dijo Ciriaco sin un titubeo— hay que' dir por él.

Con un gesto de asentimiento, pasó a su lado y le palmeó la espalda:

—Tengo que hablar con Quebracho primero; no puedo desertar.

—¿Y qué hacemos con el prisionero? —preguntó Ciriaco—. ¿Lo entregamos o lo matamos?

—Lo llevaremos con nosotros para Santa Fe; puede servirnos de guía, que por esos pagos, Vallejo no bolea.

Antes de hablar con sus hombres, se acuclilló frente al prisionero y le dijo:

—Capitán, ¿me da su palabra de no huir si lo desato? Quiero que conversemos de igual a igual, entre oficiales.

—¿Quiere liberarme bajo palabra de no volver a tomar las armas? —preguntó Corvalán.

—Sería contrario al honor jurar tal cosa. Ni yo se lo propongo ni creo que usted lo aceptaría. Simplemente lo suelto para que conversemos en paz.

Corvalán, que no estaba seguro de su suerte, lo miró y vio a un hombre de agallas que no tenía problemas en matar cuando las circunstancias obligaran pero, intuyó, no le gustaba derramar sangre inútilmente.

—No tengo el gusto de su gracia, camarada.

Fue entonces cuando Fernando cayó en la cuenta de que, al capturarlo, no se había presentado. Un yerro serio en el protocolo castrense; tendría que acostumbrarse a esas cosas.

—Sargento mayor Fernando Osorio.

—Agradecido.

—¿Qué me contesta ahora, respecto de lo que le dije?

—Tiene mi palabra, mi sargento mayor —contestó sin dudar.

El uso del «mi» en la pronunciación del grado era signo de la buena predisposición del santafesino. Fernando sacó el facón que calzaba en el refajo, a la espalda, y desarmó el nudo con la punta. Luego le tendió la mano ayudándolo a ponerse de pie. Como Leandro se presentara con un mate, se lo ofreció al prisionero.

—Venga. Necesito de usted tanto como usted de mí. Somos dos militares de una misma Patria combatiendo bajo dos bandos distintos, pero creo que podemos ayudarnos sin que nuestras lealtades se vean comprometidas.

Caminaron juntos, alejándose de los hombres bajo la mirada desconfiada de Lienán y la vigilante de Ciriaco.

## 32. LA IMPOSIBLE RESPUESTA

«La vida es ciega. Está hecha de causas y de resultados que van fatalmente a donde tienen que ir».

Concordia Merrel, *Por extraña coincidencia*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
PRIMERA MITAD DE 1842

**D**espués de decir unas plegarias para Marcos, en la Merced, Consuelo pasó por su casa, pensando en tomar unos mates con tía Antonia; la encontró remozando un viejo vestido con los encajes que le había mandado doña Mercedes antes de morir.

Consuelo le llevaba dinero para que gastara en sí misma, pues la buena señora hacía años que vivía de bordados «para afuera» o de la ropa que su sobrina le conseguía.

Estaban sentadas bajo el parral, con las gallinas cloqueando entre sus pies y el gato tuerto que las acechaba, cuando oyeron un perentorio llamado a la puerta.

—Deje, tía, yo atiendo —se comidió la joven, recogíendose el peinado y alisándose la falda.

A pesar de ser ahora una soltera adinerada, los años de digna pobreza pesaban sobre su ánimo, y un llamado de aquel cariz significaba problemas: gente que venía a cobrar algún «olvido» de su madre o una deuda de su hermano.

En el umbral se encontró con varios justicias portando una caja-escritorio. Quiso cerrar la puerta, pero alguno alcanzó a meter el pie, y ella, en su delgadez, no tenía peso para impedirselo.

—Señorita Achával —dijo el hombre con tono meloso—, no contendamos.

Pidiendo ayuda a su Ángel de la Guarda, la joven hizo un esfuerzo por trabar la hoja pero los oficiales de la ley empujaron y casi la habían vencido cuando se oyó el trote de un caballo y una voz varonil interpeándolos:

—¿Qué pasa aquí? ¿Te están molestando, Consuelo?

Ella levantó la vista y no supo si alegrarse al ver a Ignacio de la Torre —el joven era más proclive a discutir que a conciliar—, pero si su Ángel Guardián se lo había mandado, quizás la sacara del aprieto.

Ignacio desmontó con prestancia y, como venía fumando, lanzó el cigarrillo al suelo y echó el humo a la cara del alguacil. Los leguleyos quedaron contritos, pues la fama de Ignacio era conocida: respetaba poco y enfrentaba mucho.

—¿A qué se debe la visita? —preguntó él, la mano sobre el sable.

—Capitán...

—Mayor de la Torre, para usted.

—Mayor, no son cosas que a usted competan —contestó el otro, retrocediendo

hasta quedar en medio de sus hombres.

—¿Qué buscan? —volvió a preguntar Ignacio, perdiendo la paciencia.

—Las vacas... —murmuró uno de los empleados.

—¿Y usted sospecha que la señorita Achával las tenga encerradas en su sala?

Tal suposición hizo reír a los mirones que, para vergüenza de Consuelo, se iban juntando.

—Es un viejo juicio —explicó la joven—, unas vacas que mi padre quedó debiendo al morir...

—Después de haberse jugado todo al gallo de los Quinteros —aclaró el tinterillo.

—¿Y a usted qué ca... caramba le importa lo que hizo don Paulino? —se exasperó Ignacio, empujando con la bota la mesita que acarreaban. Los de la Torre, en época de los Reynafé, habían sufrido expoliaciones de aquel tipo. Además, tenía un cierto cariño por Consuelo; siendo chicos, ella había mentido para protegerlo del enojo de su tía, que lo acusaba de robarle higos.

—No, en verdad, no me concierne, pero... —se atajó el alguacil, mientras el secretario, viendo ir las cosas para peor, intentó argumentar con Ignacio, que no era de aquellos a quienes los argumentos detenían.

Al lado de Consuelo, soltó algunos juramentos que la hicieron sonrojar pero que la llenaron de una oscura satisfacción: el alguacil, tembloroso, levantó la mano intentando que el militar no se comprometiese más.

—Mayor, no querello contra usted, pero llevaré a cabo mi propósito aunque tenga que sacarlo con diez guardias. En caso contrario, me consideraré despojado de mi investidura.

—Con toga o en cueros, le prevengo que si usted pone un pie dentro de la casa, le rompo los huesos.

El justicia se dirigió a los curiosos:

—Los pongo por testigos: he intentado razonar con la implicada, tratar con el mayor, y la terquedad de este hombre es por demás exasperante. Amanuense, levante un acta...

De la Torre, más acostumbrado al fuego de la artillería que a los saetazos lingüísticos, escuchó con indiferencia el discurso mientras un corro de adeptos apostaba por él.

El escribiente, a quien habían robado la mesita, intentó sentarse en el poyo de la casa, pero el joven le amagó con el brazo; pidió el hombrecito entonces una silla a los vecinos, que se la negaron, y finalmente, resignado, se sentó en el borde de la vereda.

Alguien fue en busca de Medina Aguirre, quien poniéndose la levita se presentó en un avemaría.

—Un momento, por favor —levantó las manos con voz calma. De la Torre aprovechó la distracción para retirarse de la pared, y haciendo como que tropezaba, cayó sobre el que tenía los papeles, que volaron por la calle; había una brisa molesta aquella mañana.

—Ignacio, ¿no sabes que no debes enfrentar a tan celoso funcionario? —dijo el abogado conteniendo la risa—. Eso, primo, es algo más pesado que pelearse con un ebrio.

—Por las espuelas de Quiroga —juró Ignacio—. No esperarás que me quede quieto mientras se pretende atropellar a una joven indefensa.

—Aun suponiéndote en ayunas sobre los vericuetos legales, sin contar que se te ha advertido al menos dos veces, te aclaro que impedir la acción de la justicia es delito de desacato... bastante pesado por estos días. Podría costarte la vida.

—No me hagas reír. Si eso pasara, mi familia y mi apellido bien poco valdrían en Córdoba. Ningún federal me tocaría, y no veo unitarios en el horizonte.

—Hazte a un lado y cierra la boca —murmuró Medina Aguirre después de saludar a Consuelo—. Deja que trate de componer este lío.

Al verlos discutir, descuidados, el alguacil intentó colarse en el zaguán, pero de la Torre, sin mirarlo, le hizo una zancadilla.

—¡Perdone, su Señoría, no sabía que usted estaba detrás de mí! —se lamentó burlón, y tomándolo por un brazo lo alzó en vilo, alejándolo de la puerta.

—¡Esto es imperdonable! —gritó el hombre, zapateando de furia, y agregó para Medina Aguirre, señalando a Ignacio—: ¡Sus palabras son subversivas y ofensivas a mi autoridad! —Y enfrentando a de la Torre—: ¡Lo haré azotar, lo haré estaquear, al cepo lo mandaré!

—¡Huy, qué miedo! Con usted y su caterva de rotos no tengo ni para desayunar, así que veamos quién puede más —y dando una palmada, provocó a los tinterillos—: ¡A ver, vayan viniendo!

—¡Basta, Ignacio! —levantó la voz Medina Aguirre—. No agraves más la situación de la señorita Achával, ya que la tuya te tiene sin cuidado.

El justicia, alhelado al sentir la pesada mano del militar en su hombro, se resguardó detrás de Medina Aguirre, que no sabía si enfurecerse o reír.

De la Torre, medio en broma, le lanzó un manotazo que el hombre esquivó echándose hacia atrás y golpeando con la cabeza a Consuelo, haciéndole salir sangre de la nariz.

Muchos rieron, pero al notar que la joven sangraba comenzaron a insultarlo y no faltó quien tomara una piedra o empuñara el bastón. Medina Aguirre alcanzó un pañuelo a Consuelo —que no quería retirarse por miedo que se colaran en la casa— mientras pedía calma.

—Bien la ha hecho, señor justicia —amonestó el abogado al otro—. No creo que esté en sus atribuciones golpear a la persona que debe despojar, especialmente si es una dama. Eso no se verá bien en autos. Llamen a un médico para que constate el estado de la señorita Achával —solicitó, y mientras el aludido trataba de escabullirse, de la Torre le cortó el paso.

—No se inquiete, señor togado —se burló, pues Medina Aguirre lo hacía retroceder—. Me mantendré en la raya mientras usted no ponga un pie en el umbral.



Tome —y rebuscando en el bolsillo, le arrojó un patacón—. Por los disgustos —se burló—. Podrá comprarse calzones nuevos.

Y ante la temblorosa indignación del que los mandaba, que no hizo nada por levantar la moneda, uno de los ujieres, como perro que no desdeña un hueso revolcado, se agachó y la tomó con rapidez.

Consuelo, viendo la actitud mesurada de Medina Aguirre, la apostura belicosa de Ignacio, se sintió de pronto feliz: los varones de su familia tendían a desentenderse de los problemas. Ahora descubría las bondades de contar con un hombre que la defendiera; disfrutó del momento mientras entraba a la sala con el doctor Modestino Pizarro, quien la curó con un tapón de vinagre.

Al rato llegó el doctor de la Mota, que invitó a los funcionarios a seguirlo a su despacho para zanjar la cuestión y la deuda.

—... pero que quede claro que ella lo único que hizo fue cerrarles la puerta hasta que yo llegara. Como mujer joven y sin hombres en la casa, no iba a permitir que se metieran así como así...

—Pero el capitán de la Torre...

—... el mayor de la Torre..., se limitó a tener a ustedes a raya mientras yo llegaba. Él, muy comedidamente, mandó a su criado por mí.

—Se burló de mi investidura...

—¿Y qué hay de la sangre? —terció el doctor Pizarro—. Doy fe de que la sangre de la señorita Achával ha quedado sobre el cuello de su levita.

Y como quien no quiere la cosa, sacó un pañuelo y frotó las manchas, guardándolo en su maletín.

—Por si tengo que dar testimonio —aclaró.

Aquella tarde, mientras misia Francisquita la miraba de reajo, Consuelo relataba a Ignacia lo sucedido. Tenía los ojos brillantes, la sonrisa espontánea. «¡Virgen Santa, que no se enamore de ese perdulario!», pensó la señora.

En ese momento llegó Farrell y se sentó entre ellas; ya sabía del escándalo y, afilándose el bigote con el índice, mostraba la misma preocupación que su amiga.

Mientras él interrogaba a Consuelo sobre lo sucedido, Leonor, sin levantar la mirada del lienzo que pintaba, preguntó en voz baja a su hermana:

—¿Con quién te pidió Mercedes que casaras a Farrell?

—No pienso decírtelo... —replicó misia Francisquita en el mismo tono de voz.

—No hace falta; estos dos son tal para cual: míralos.

—Solo ruego que ella no se enamore de Ignacio. No tiene dónde caerse muerto y debe andar buscando heredera.

—Pero bien que es guapo —reconoció Leonor.

Francisca contuvo un suspiro.

—Dime, ¿por qué nos pierden los hombres apuestos, aventureros, irreflexivos, inconstantes; los que nos arruinan la vida? ¿Crees que ella tendrá la sensatez de ver lo que le conviene?

—En cuanto a apostura, Farrell no tiene nada que envidiar a de la Torre. No te preocupes. Si Consuelo se casa con Eduardo, será porque congenian, y no por que le convenga.

Canela apareció por el tercer patio.

—Misia Francisca, sus mercedes —dijo, mirando también a Leonor y Farrell—: ahí está el chico de los Cepeda. Lo manda el mozo Fernando; dice que es de apuro.

Misia Francisquita, inquieta, se puso de pie y ordenó:

—Hazlo pasar al escritorio de Felipe.

Ignacia quiso seguir a su tía, pero Farrell la detuvo.

—Quédate con Consuelo. Prometo avisarte en cuanto sepa de qué se trata.

Las jóvenes, temiendo una desgracia, siguieron con la vista a los mayores. Ignacia, muy pálida, se llevó los dedos a la cruz que llevaba al cuello; Consuelo le rodeó la cintura con un brazo, tratando de calmarla.

Al rato vieron llegar a Canela seguida por el muchacho, que traía el sombrero en la mano; tenía cara de cansado. Dando un paso hacia él, Ignacia preguntó:

—¿Le ha pasado algo al Payo?

Zenón vaciló antes de responder que no, que el patrón estaba con don Quebracho. Viéndolo seguir a la morena, Ignacia dijo con voz temblorosa:

—Miente; algo le ha pasado. Si no, ¿por qué no me ha escrito?

La mulata indicó a Zenón el escritorio y regresó hasta donde estaba Nacha; sin detenerse, le puso en la mano un papel arrugado.

—Se me da que es para usted —dijo con una sonrisa torcida.

Ignacia apretó el puño contra su corazón y cerrando los ojos dio un profundo suspiro mientras rogaba: «San Judas, San Judas...». Extendió el papel con cuidado sobre la mesa de labores y lo leyó: era una nota del Payo y, aunque corta, decía lo suficiente para que le volviera el alma al cuerpo.

En aquel momento Farrell salió del escritorio y se acercó a ellas con una rara expresión en el rostro.

Consuelo e Ignacia, tomadas de las manos, se volvieron a mirarlo esperando la imposible respuesta.

### 33. ZANJA, FORTÍN Y MANGRULLO

«Es verdad que en los fortines el peligro es mayor, pero acaso, ¿no lo había también en el campamento? ¿No salían comisiones que regresaban mermadas, dejando por ahí en medio del campo, para que lo charquearan los indios y lo comieran los caranchos, el cadáver de algún compañero?».

Marcelino Irianni, *Peones de ajedrez*

FUERTE DE LA CARLOTA  
(SUR DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA)  
PRIMERA MITAD DE 1842

Después de mandar a Zenón a Córdoba, para enterar a la familia de la presencia de Sebastián en Santa Fe, Fernando reflexionó cómo conseguir de Quebracho la venia para ir a rescatarlo. Se dijo que demasiado se parecían en algunas cosas su padrino y él, así que iría con la verdad en la mano. Después de todo, su hermano estaba con el general Paz, por quien Quebracho sentía amistad y respeto. Pocos sabían que, antes de la batalla de Caá-Guazú, estando el gobernador en La Carlota, su ministro, Calixto María González, le hizo llegar una misiva de Paz. La relación entre ambos era de tal carácter que la gente de Quebracho nunca le endilgó el epíteto de «salvaje y asqueroso unitario» que era de rigor. López, consciente de la situación, no podía aceptar lo que el Manco le proponía desde Corrientes pero, con su proverbial habilidad, se las ingenió para mandar recado sin comprometerse.

Fernando pensó que le ayudaría con Quebracho conseguir plata en bolsa y ganado en pie para el fuerte, botín con el que Corvalán se hubiera alzado de no haberlo parado él en la frontera.

Lo primero que hizo fue citar en su campamento a los estancieros implicados con los santafesinos. Los amagó con un malón y estos se presentaron de inmediato, temerosos pero confiados en que Fernando, siendo de la región, e hijo de un Osorio —por más cimarrón que fuera—, se prestaría al diálogo. Curándose en salud, cargaron consigo talegas de dinero por si tenían que escapar a Santa Fe.

Respiraron cuando Fernando, después de amonestarlos y hablar de lealtades, les pidió donaciones graciosas —cedidas sin ganas, pero sin violencia de parte— a cambio de que no reincidieran. El metálico que cargaban fue a parar a una alforja y se pactó que las reses para La Carlota se le entregarían días después a Ciriaco Videla, encargado de llevarlas al fuerte. De pie y con las manos sobre la precaria mesa del campamento, la voz firme y la expresión decidida, les soltó:

—No quiero derramar sangre a puro vicio; no quiero que se incauten propiedades. No quiero que a nadie le pase lo que a mí no me gustaría que me pasara. Así que a cumplir, señores, y todos en paz, que si se comportan y colaboran, el gobernador sabrá protegerlos no solo de la maloca sino también de...

—¿Cómo protegió a sus amigos cuando Bárcena o los mazorqueros los

degollaron? —dijo uno de ellos, pálido pero con la voz trémula.

Fernando lo miró hasta que el otro sacó un pañuelo y se lo pasó por la cara. Iba a soltarle un exabrupto cuando recordó los consejos de Farrell. Se enderezó en toda su estatura, las manos a la cintura y una sonrisa que presagiaba tormenta.

El hombre no parecía dispuesto a desdecirse. «¡Ah, carajo, esto me pasa por redimir vecinos: que tenga que ordenar que lo planchen de un tiro!». Pero mientras se miraban reconoció al hermano de Andrés San Millán, degollado por Bárcena a poco de llegar Oribe a la ciudad. Federal «neto» y amigo de Quebracho, nunca se supo que este increpara al asesino por aquella ofensa.

Fernando comenzó a recordar caras y comprendió que varios de los presentes eran parientes de los fusilados en Las Cañas por el gobernador, por ser responsables de la conjura del año 39, que lo desplazó del poder por un breve tiempo: el comandante Martínez, el coronel José Elías Carranza —buen amigo de Francisco Reynafé, a quien ayudó a escapar en el 35—, Usandivaras y otros oficiales. Sintió la boca amarga, pero no podía mostrar la menor debilidad. Aquellos hombres, armados solo por su dignidad y un imponderable valor, no tenían la certeza de salir del campamento, salvo con los brazos a la espalda y montados al revés, rumbo a La Carlota, donde Quebracho, presumiblemente, mostraría tanta piedad con ellos como la que tuvo con sus deudos.

—¿Se atrevería a decir eso delante del gobernador? —insistió.

La resistencia silenciosa duró largos segundos, hasta que su interlocutor bajó los ojos.

—Veo que no —dijo Fernando—, así que no me lo diga en la cara, porque si me callo, falto a mi deber, y como no soy de andar jetoneando, tendré que darle yo sus cuatro tiros. Y créanme, no me gusta andar matando señorones antes de comer, así que hagamos un trato. Me llevo lo que iban a darle a Mascarilla y lo entrego al gobernador como lo que es: rescate de lo que se pensaban llevar los santafesinos.

Cada tanto, les aclaró a continuación, los Cepeda les harían una visita, y se esperaba que fueran buenos federales y colaboraran con el servicio de fronteras.

Cumplido el plan, dejó a Ciriaco encargado de Corvalán, envió a Lienán con sus lanceros a la frontera del Saladillo y, acompañado por Rosendo y Vallejo, partió a encontrarse con el gobernador.

Se sentía el fresco del otoño la tarde en que llegaron a La Carlota. El crecimiento del caserío la había transformado, en 1797, en Villa Real de La Carlota, pero luego, a causa de los malones, pasó a ser Comandancia General de la Frontera.

En el camino se cruzaron con paisanos contentos y borrachos, pues se había celebrado una carrera de las llamadas cuadreras, a las que el gobernador era tan afecto.

Los tapiales del fuerte se distinguían desde lejos, pues la Villa estaba rodeada de una alta muralla de adobe encalado, con foso, puente levadizo y atalaya. Alrededor, crecían ranchos desperdigados.

Desde el mangrullo, el centinela dio la voz de que era gente amiga y bajaron el puente, por donde enderezaron los jinetes.

Recibieron al baqueano y a Rosendo con muestras amistosas, y un chico guio a Fernando hasta una lagunilla donde Quebracho miraba a un peoncito que cepillaba las crines y las colas de sus parejeros, ya rasqueteados y con los cascos limpios.

Mientras se saludaban como ahijado y padrino, Fernando recibió la bendición y un jarro de caña. Luego de las primeras frases, don Manuel indicó:

—Vamos adentro. Hoy carnearon, así que habrá churrasco. ¿Querés pan? Tiene chicharrón.

El pan, rara vez encontrado lejos de los poblados, era codiciado por los hombres de la campaña. Fernando recordó que Luz le había contado que, años antes, cuando Quebracho pasó por Los Algarrobos, se comió hasta las costras de una hogaza recién horneada por Severa.

Se dirigieron al rancho donde el comandante López vivía y atendía sus asuntos, una construcción alargada de paredes de adobe con techo de paja a dos aguas y cumbra sobre horcones. Entraron a una pieza rústica y aseada, más celda de cartujo que el refugio de ese hombre rudo que mantenía en línea a tribus díscolas, cuatrerros y unitarios.

Había dos estrechos ventanucos y una puerta de madera dura, con tranca a un costado. El catre, en un rincón, era incómodo, para sestear y dormir vestido, y no olvidar el peligro constante que los amenazaba. En un nicho de la pared se hallaba la imagen de Nuestra Señora de la Merced, redentora de los cautivos de los indios, de quien don Manuel era muy devoto. Detrás de la mesa que servía de escritorio colgaba un Cristo de madera pintada, a medias chamuscado, rescatado de un ataque ranquel.

Una mesa, varias sillas de paja y tres arcones de cuero componían el mobiliario. Se sentaron frente a frente y Fernando preguntó:

—¿Qué tal la carrera?

—Buena, buena, pero tuve que tomar medidas —y explicó—: Ganó mi bayo, pero como se enredaron los caballos, no quise que nadie tome mi nombre en vano, ni que haya que lamentar desventuras por riñas, así que mandé hacer andariveles para que corriesen sin sospecha de trampa. Ganó mi pingo, y todos conformes, pues se hizo según la ley. —Y con una sonrisa adusta, comentó—: De ese caballo nadie esperaba nada; pero le advertí a mi hijo que el bayito no me dejaría salir sin plata de la cancha. Hasta dos bueyes me gané, que falta nos hacían.

Conversaron de montados un rato y después de comer pan y de recibir unos mates, Quebracho, como era su costumbre, preguntó bruscamente:

—¿Y qué pasa en la frontera?

—Tuvimos un encuentro con los santafesinos. Los corrimos y les quitamos ganado y caballos. Calculo que mañana llegará la tropa. La plata la traje yo.

Asomándose a la puerta, hizo una seña a Vallejo que, descubriéndose ante el gobernador, dejó la bolsa en la mesa y cambió unas palabras con el que fuera su

comandante.

—¿Y, Antenor? ¿Para cuándo me vuelve al fuerte? ¿O ya le agarró la maña a andar con mi ahijado a cuestas?

—Señor, si aquí me quedo; justo le pedí al mozo Fernando que me trajera para estos rumbos. Ya ando extrañando La Carlota y las cuadreras.

—¿Y a las chinas no? Me han dicho que por ahí han andado preguntando por usted.

—Y... será que uno tiene alguna virtud...

—Será de las que no se ven...

Antenor se sonrió, contento de que el hombre fuerte de Pampayasta lo apreciara tanto como para reclamárselo a su propio ahijado. Quebracho, al verlo salir, dijo a Fernando:

—Te quedás sin baqueano; tengo que encontrar a unos mal entretenidos que se la pasan robando chanchos, como quien dice, a mi vista.

—Ya ve que se lo traje. Él andaba extrañando el fortín —dijo Fernando, y abriendo la alforja le mostró las monedas.

Don Manuel las miró desde lejos y preguntó, curioso:

—¿Qué culo habrá sangrado?

—Requisa a lomos negros santafesinos. Cruzaron la frontera para buscar ganado; dicen que a Mascarilla no le queda ni un matungo.

—Mejor no me podrían venir. Faltan remedios, municiones y víveres para los fortines. Mirá —y sacó de un cofre unos pliegos que tiró sobre la mesa—: el pedido para la Fortaleza de Santa Catalina del Río Cuarto, para el hospital militar.

Estaban firmados por el boticario Casimiro González y dirigidos al señor Cortés y Fernández, farmacéutico que proveía al gobierno de drogas para los fortines. Fernando hojeó la lista.

*... Limetas de Vomi Purgante de E. Roy.*

*1 libra de Tártaro Emeticot. 4 onzas de Mercurio dulce.*

*Láudano Líquido. Espíritu del vino de Alcanfor.*

*Magnesia polbos de cantárida. Tintura de Ruybarbo.*

*Resina de Palo Santo. 2 almudes de Sebada...*

Después del Extracto de Saturno, raíces de Calaguala y Contusas de Cardo Santo, seguían los instrumentos de botiquín:

*2 geringas, una más grande que la otra,*

*2 tijeras chicas*

*12 jarros chicos de hoja lata*

*3 ollas con tapas para hacer las medicinas en el fuego...*

Subrayado, se destacaba el pedido de papel para dar de alta a los enfermos «y

otras mil cosas; además 1 limeta de tinta». Terminaba con un apremiante «Y las Medisinas que vengan a toda priza, que ay muchos enfermos». Databa de tres meses atrás.

—El doctor Gordon la aprobó, salvo por alguna cosita que tachó.

—Después de todo —dijo Fernando—, ahí se atienden los heridos de todos los fortines.

No pudo evitar pensar en su hermano, y si en la enfermería del ejército del general Paz pasaría lo mismo. La angustia le heló el pecho pero después recordó las ponderadas cualidades del cordobés para organizar las acciones de guerra. ¡Bien lo recordaba de La Tablada, donde el franchute amigo de Sebastián había preparado la carpa de sanidad!

Quebracho revisaba, pensativo, la lista.

—¿No pide demasiado papel? El que está vivo, va al frente; el que no, se lo entierra. ¿Para qué tanto escribir?

De repente, notó la expresión de su ahijado y lo miró con fijeza. Arrojando a un lado los papeles, le preguntó sin vueltas:

—¿Qué pasa que yo no sepa?

Echando mano a su talega, que llevaba a la cintura, Fernando sacó un manojito de cartas, de las que ya había retirado y quemado las de sus vecinos.

—También les incautamos correo —tartamudeó y como Quebracho siguiera sin pestañear, continuó—: Venía una carta para tía Leonor, de un pariente que viaja por el Paraná. Parece que encontró a Sebastián a morir, no sabemos si enfermo o herido. Nos avisa que vayamos a buscarlo. —Y bajando la cabeza, trató de que la voz no sonara a súplica—: Padrino, vengo a pedirle permiso para traer a mi hermano a casa.

Don Manuel se reclinó hacia atrás en la silla.

—¿Y qué hacía allá el señorito? —preguntó, socarrón.

Tomando aliento, Fernando se tiró al río:

—Fue a enrolarse con el general Paz. Peleó bajo sus órdenes en Caá-Guazú, contra Echagüe.

—Hijo de Pacheco habría de ser el entrerriano; no dejan pollo en gallinero —dijo don Manuel, recordando los robos de Echagüe en la región—. ¿Y cuenta algo de la batalla? Por lo que sé de oídas, el Manco le ganó con dos pases de baile y el entrerriano perdió hasta el sombrero.

—No decía nada de eso, pero en cuanto lo vea...

—Si es que lo ves...

Fernando se mantuvo mudo y con la expresión impenetrable.

—... digo, no vaya a ser que se te muera antes, si está tan malo —terminó Quebracho.

Dejando escapar el aliento, Fernando aflojó el cuerpo y preguntó:

—Entonces, señor, ¿puedo ir por él?

—Siempre y cuando me dejes custodiada la frontera.

—Tengo todo resuelto, por si usted me daba el pase...

Y le comunicó los resguardos que tomara: sus hombres a cargo de Ciriaco Videla y de los hermanos Cepeda.

—Con el apoyo de mis lanceros y Lienán a la cabeza. Yo me iría con Rosendo a encontrarme con el comandante Farrell a Quebracho Herrado. Si don Eduardo no está allá, partiré sin él, porque temo llegar demasiado tarde...

Se escuchó la llamada a rosario del capellán del fortín, pues el gobernador, hombre religioso, había hecho diaria aquella costumbre. En la modesta capilla las oraciones, voceadas por hombres cerriles, sumergieron a Fernando en un profundo estado de paz.

Desde que comprendiera que la lucha entre federales y unitarios no era una contienda de ideas, sino entre el Puerto y el Interior, había pensado mucho en Sebastián. Así como él y Luz lamentaban profundamente que su padre, don Carlos, hubiera muerto disgustado con ellos, él comenzaba a inquietarse por la larga ausencia del hermano mayor, temiendo que sucediera lo mismo. Con la carta de Monforte, la esperanza y la desesperación se aunaron. Se encontró rezando fervorosamente por la vida de Sebastián y, sin dudarlo, prometió a la Virgen confesarse y comulgar antes de partir. Al mismo tiempo, se preguntó si estaría mal pedirle a la Virgen que sacara del medio al marido de Ignacia para que pudieran casarse, pues cada día sentía más el llamado de las tierras del sur.

Hizo noche en el cuarto del gobernador, que gozaba de una cuja con jergón de chala; como de costumbre, Quebracho durmió en el catre de su despacho, ya que no quería acomodarse a lujos mientras tuviera enemigos ocultos.

Promediando la mañana, después de haberse presentado ante el capellán a pedir confesión y comunión, recibió de don Manuel los pases para cruzar la frontera. Se despidieron en el patio, con pocas palabras; rodeados de perros y fortineras que daban de comer a las gallinas, Quebracho tomó inesperadamente a Fernando por los hombros y, mirándolo fijamente, le advirtió:

—Cuando traigás a tu hermano, me lo llevás a Córdoba; que no se tiente de volver a las andadas. La dejo a Francisca de carcelera.

Lo soltó y, sin mirarlo a los ojos, le dijo:

—No quiero que le salvés el cuero y luego me vea en necesidad de fusilarlo porque anda en componendas contra mi orden o el de Rosas.

—Tiene mi palabra, señor; respondo de ello con mi vida.

—Ansina es. Vos lo has dicho, muchacho; respondés con tu vida.

La dureza inicial de su tono se trocó de pronto en una mirada cómplice, y sin más se estrecharon las manos con firmeza. Fernando se calzó el sombrero, ajustó la cincha, recibió del peoncito las riendas y montó sin apuro.

Una vez cruzado el puente, seguido por Rosendo, pusieron los caballos a la marcha hasta salir del caserío. Dejando atrás fortín y Villa, galoparon hacia el campamento de Saladillo, donde debía dejar todo en orden. Buscarían caballos de



remuda y víveres, además de algunos hombres de escolta para hacer el viaje a Quebracho Herrado. Fernando rogaba que Farrell estuviera esperándolo allí.

## 34. YERROS Y ACIERTOS

«Aunque su rostro estaba cubierto por el negro tafetán, reconociólo, al pronto, por el hermoso joyel de diamantes que llevaba, noches pasadas, en la casa de juego. El arma atravesólo de parte a parte, rozando la carne. Luego, se la hundió ferozmente toda entera, toda, hasta los gavilanes: estaba vengado. Gonzalo exclamó:  
—¡Esto es hecho! —Y lanzando por la boca una onda negruzca, desplomóse. Un perro ladró de modo lúgubre al pie de la muralla».

Enrique Larreta, *La gloria de Don Ramiro*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
PRIMERA MITAD DE 1842

La noticia de que Sebastián estaba en el país, y enfermo o herido en Santa Fe, consternó a la familia. Fueron días de discutir qué se hacía, quiénes iban, cómo podrían traerlo y conseguir que llegara vivo a Córdoba.

Misia Francisquita ordenó de inmediato que se preparara una pieza para él, la que fuera de su hermano Felipe, y mandó airearla. Muda, iba de un lado a otro mientras los demás discutían, abriendo ella misma los arcones de ropa blanca y los roperos de guardar almohadas y quillangos de vicuña. Cuando Leonor se quejó de que no estaba contribuyendo a solucionar la situación, ella le contestó:

—Quiero que Sebastián regrese a salvo, pero eso lo tienen que hacer los hombres. No puedo montar a caballo e ir por él; tampoco puedo subirme al coche: nos detendrían en la frontera y ahora se les ha dado por no respetar a las mujeres. Ya no tengo edad para esas cosas. Yo me encargo de la casa y de su bienestar; mi responsabilidad empieza en cuanto él pise el umbral. Hasta he hablado con el doctor Pizarro y también comprometí a Tamini, que es el médico de cabecera de Quebracho.

Estaban en la sala; Farrell, que acababa de llegar, la apoyó de inmediato y tranquilizó a las otras, que lo miraban deseosas de hacer algo, pero sin saber en qué ayudar.

—Tengo todo listo. Salimos mañana antes de que claree; ya me entregaron los pases para salir de la ciudad. Me encontraré con el Payo en Quebracho Herrado y de ahí seguiremos según su plan. Estoy seguro de que Monforte es tan hábil en escaramuzas y estrategias como Fernando, y por suerte tiene ese coche-ambulancia para traerlo.

—Entonces, ¿está todo preparado? —preguntó Leonor.

—Casi todo.

—¿Por qué no puedo ir yo? —saltó Ignacia, que desde hacía días estaba nerviosa y con ganas de escaparse hacia la frontera.

—¡Porque no! —levantó la voz su madre—. ¡No puedes andar loqueando a campo traviesa, y menos ahora que hemos tenido que hacer notorio lo de tu

matrimonio! ¿O quieres provocar, con tu comportamiento, un escándalo y que la Curia dude de tus motivos? En cualquier momento llegará Alfonso y no vaya que sea él quien presente cargos contra ti... ¡si estás dando motivos a ojos vista! Si pasara eso, óyeme bien, quedarás atada a él de por vida.

Ignacia, contrariada, se tiró en el sillón, las manos aferradas a los apoyabrazos con tallas de cabezas de león. Con mirada de enfado, enmudeció.

—Don Eduardo, ¿quién irá con usted? —preguntó Consuelo.

El comandante la miró a los ojos y, si no hubiera sido por la presencia de Francisca y Leonor, le hubiese preguntado si estaba preocupada por él. Resignado, explicó:

—Camargo me acompaña, por supuesto, con algunos peones de El Oratorio, otros de La Antigua, y dos guerrilleros de Allende Pazo, que conocen la frontera como la palma de la mano. Y me llevo a Serafín, para que se vaya haciendo hombre.

La voz firme y el ánimo sereno de Farrell, como hombre que sabe lo que hace, las tranquilizaron. Ignacia se levantó intempestivamente y, arrastrando a Consuelo, le dijo en la galería:

—Sé buena, tráeme papel y tinta, que tengo que escribirle al Payo.

Mientras su amiga iba en busca de lo pedido, ella subió a su cuarto, buscó un par de guantes, y tomando uno, lo empapó en perfume, junto con una flor seca del Bajo de Galán. El envoltorio era pequeño, y Farrell podría llevarlo en el recado.

Consuelo la esperaba en el escritorio, y ella se puso a escribir a Fernando afiebradamente; estaba firmando cuando Farrell y Leonor entraron.

—Quiero que le escribas una carta a Oribe —dijo su madre.

—Jamás —replicó ella, mientras doblaba la hoja para lacrarla.

—Unas palabras de tu mano podrían salvar vidas —le advirtió la señora, y ante la atención de su hija, se sentó a su lado y le tomó la mano—: No he querido decirlo delante de Francisca, pero Monforte nos advierte en su carta que Oribe marcha sobre Santa Fe desde el norte mientras Pacheco lo hace desde el sur.

Aquello hizo palidecer a Ignacia, y después de unos segundos de silencio, dijo con angustia:

—Fernando detesta a Oribe. Jamás le presentaría esa carta.

—Seré yo quien, de ser necesario, hablará con el oriental —le aclaró Farrell—. Salvo que las cosas se desmanden, Fernando jamás se enterará de que la escribiste.

—Don Manuel reconocerá tu letra, pero primero la firmaré yo, y tú pondrás un saludo al final —insistió su madre.

Dudando y temiendo, Ignacia preguntó al fin:

—¿Qué debo escribir?

Doña Leonor, con un suspiro imperceptible, comenzó a dictarle las amables palabras con que reanudaban su relación familiar con el general Oribe. Sabía que el parentesco no le era a él indiferente, y que el recuerdo de la juventud y belleza de Ignacia lo predispondría a la clemencia.

Mientras Leonor rubricaba la misiva, donde se hablaba de Monforte y de Sebastián —ya que Fernando le era conocido—, se oyó la aldaba de la puerta.

Al rato, entró misia Francisquita con una nota en la mano.

—Del obispo —dijo para Leonor—. Quiere vernos mañana y hablar con Ignacia a solas. Podemos elegir un sacerdote de confianza para que la acompañe; he pensado en el padre Iñaki. ¿Estás de acuerdo, Nacha?

—Preferiría al padre Mateo.

—Ni lo pienses: es cura de soldadesca, además de roto. ¿De dónde lo conoces?

—Nos ayudó cuando liberamos a los presos de los «mataderos».

—Y seguro que de algún otro lado —masculló su tía, que no sabía si exasperarse o admirarse de aquella sobrina que le había tocado en suerte.

Ignacia, que sospechaba que el dominico podía oponerse a su liberación, pues era muy dogmático, preguntó:

—¿Y no puede acompañarme el padre Ferdinando?

Su tía, percibiendo el recelo, aceptó pensando en tener unas palabras con su primo Ferdinando para que ayudara a Ignacia en aquella situación.

Farrell guardó la nota de Leonor para Oribe, recibió el paquete de Ignacia para el Payo, con una carta incluida, y permaneció un rato tranquilizándolas.

Como tenía que levantarse muy temprano y disponer algunas cosas, comenzó a despedirse cuando llegó, imprevistamente, el padre Ferdinando, a quien las encomendó, como antes había hecho lo mismo con Eduardito Páez, Manuel Cáceres y Medina Aguirre. Robertson, ante la noticia, había pensado llevar la familia a Córdoba, pero los niños estaban con sarampión y prefirieron no moverlos de La Antigua, donde Cora los tenía bajo su cuidado. Leonor tendría que conformarse con Monserrat que era, en la práctica, tan valiente y diestra en la pelea como un varón.

Se disponía a retirarse cuando Canela le hizo una seña desde la puerta de hierro que separaba los patios. Al acercarse, la morena le dijo que su madre, Martina, quería darle algo para el viaje.

Mientras dejaba a las mujeres aturdiendo al sacerdote, que no entendía de qué hablaban, fue a reunirse con la mayordoma de la casa.

Las criadas estaban en la cocina, avivando el fuego para la comida mientras Tola, la mulata con una cicatriz en la cara, les cebaba mate. Lo convidaron con torta frita mientras preguntaban sobre la suerte de Sebastián. Las más chicas apenas si lo recordaban, pero Martina lo tenía muy presente: era el preferido del padre de Laura.

La negra le había preparado una limeta de caña.

—Para que entone las mañanas, que vienen frías —le dijo al alcanzársela, encamisada en tela de red. Canela, con su garbo habitual, le entregó una bolsa con un pan del día y una gran tortilla con chicharrones.

—Me acordé que no se consigue pan en saliendo de Córdoba —le dijo—. Llévase este y guarde la tortilla para el mozo Bastián.

Debido a la grasa, aunque pasara un tiempo, se comía tierna y como recién

horneada de solo ponerla al rescoldo.

Farrell cruzó los patios y al llegar al zaguán vio a Consuelo sentada en el poyo, la cabeza baja y las manos cruzadas sobre la falda; la luz dorada del farol nimbaba su cabellera. Cuando escuchó los pasos, levantó el rostro, que resplandeció, perturbadoramente hermoso. Se puso de pie, como para decirle algo, pero él de dos pasos estuvo a su lado, y sin una palabra, la abrazó y la besó. Ella no se resistió; con un suspiro que era casi un quejido, levantó los brazos y le rodeó el cuello tímidamente. Ante los gestos, murieron las palabras.

\* \* \*

La conversación de Ignacia con el obispo fue larga, pero la tarde anterior había sido interrogada por el padre Ferdinando, de resultas de haber intervenido con su saber en algunos juicios de divorcio o nulidad que de vez en cuando aparecían en Córdoba.

Con una paciente indagación, el sacerdote había ido puntualizando todos los defectos que sumaba su matrimonio. Que no eran pocos: en primer lugar, Ignacia había sido seducida por don Alfonso, quien, aprovechándose de su condición de varón y de más edad, la convenció de escapar para casarse sin el consentimiento paterno. A eso se sumaba que el sacerdote del curato al que pertenecía Alfonso se negó a casarlos, por no contar con los testigos y las proclamas que indicaba el Concilio de Trento. No conforme con saltarse estas reglas, el novio la había llevado a una aldea distante donde, según lo investigado por el juez a cargo del caso en Galicia, fueron desposados por un cura que no contaba con la jurisdicción correspondiente y que además recibió dinero por omitir las otras disposiciones, lo cual era gravemente penado. Don Braz enviaba copia certificada de que el religioso había sido amonestado según las disposiciones de la Curia. Con Ramires de Castro como denunciante y todas las deficiencias probadas, estaba en trámite la nulidad de aquel matrimonio.

Era tan claro y tan meticulosamente documentado el caso —tildado de «casamiento efectuado ante párroco extraño y otros vicios»— que, sumado a la vida disipada que llevaba don Alfonso Gonzalo de Mondoñedo y a los malos tratos que ejercía sobre su esposa, contaba el obispo de Córdoba con pruebas necesarias para impedir que se llevara a Ignacia, apartándola de la protección familiar y eclesiástica.

Aquella tarde, por primera vez en meses, se sintieron tranquilas y distendidas. Ya no se sobresaltaban al oír caballos o coches en la puerta, ni las asustaban los golpes de aldaba.

Mientras conversaban animadamente en la sala sobre la buena resolución del caso, misia Francisquita les recordó que, por la índole moral de Alfonso, no creía ella que fuera a quedarse sin intentar algo.

—No te duermas en la creencia de que él no se aparecerá por aquí, pues si

conozco en algo a los de su ralea, quizás la misma oposición del juez y del clero pueda sentirla como un reto para salirse con la suya.

Se hizo un silencio de escalofrío, pero Ignacia, reaccionando, se alzó de hombros y bebió un sorbo de su copa.

—Ya me acostumbré a dormir con la pistola bajo la almohada, el florete al costado de la cama y la puerta trabada. No me sorprenderá descuidada. Y teniendo a la ley de mi lado, ya no me importa matarlo.

Doña Leonor se llevó las manos a la cabeza, y poniéndose de pie, exclamó:

—¡Eres una inconsciente! ¡Escúchate hablar! ¡Dios, qué he hecho para merecer esta hija!

Misia Francisquita, sin inmutarse, sentenció:

—Escaparte hace años con el profesor de música. —Sorprendida al notar que Ignacia no sabía de aquel suceso, se encogió a su vez de hombros y aconsejó a su hermana—: Debes contarle a tu hija esa historia —y volviéndose a su sobrina—: Borra esa sonrisa de tu cara; no te creas la gran heroína. Lo tuyo es torta y pan pintado a diferencia de lo que pasó tu madre.

Poniéndose de pie, se dirigió a la puerta.

—Ven, Consuelo, dejémoslas solas. Tienen mucho que hablar.

Ignacia miraba fijamente a su madre. Aquella parte oscura que sus tías de Vigo comentaban en voz baja, la parte misteriosa que ella intuía en papeles guardados y cofres cerrados con llave, estaba a punto de develarse.

Doña Leonor la miró largamente, como aquilatando su capacidad de comprensión. Arreglándose el mantón sobre los hombros, le dijo:

—¿Recuerdas a aquel hombre que quería quitarnos la estancia?

—¿El maldito al que le faltaba la oreja? ¿Toribio Aveira y Guzmán?

—Bien, sucede que él...

Y pausadamente le contó la tragedia que la había llevado a conocer al marqués de Zeltia.

\* \* \*

Mientras se preparaban para recibir a Sebastián, soportando continuas visitas que se interesaban —por buena intención o por culto al chisme— de lo que sucedía, olvidaron por el momento los trámites de Ignacia que se llevaban a cabo en Galicia. Tampoco recibían noticias de don Braz, puesto que la sublevación de Santa Fe y la marcha de Oribe en consecuencia impedían el paso del correo.

Una mañana, inesperadamente, se presentó a la puerta un desconocido llevando una carta que, por un propio, les enviaba Mr. Harrison, el marido de Luz.

—Es carta de Braz —dijo Leonor después de leer las señas, mirando de reojo a Ignacia que, con Consuelo, estaban puliendo los floretes y arreglando sus fundas.

Las jóvenes dejaron lo que estaban haciendo y prestaron atención. Mientras doña

Leonor usaba la tijera de bordar para quitar el lacre, la sombra de Alfonso pesó sobre ellas. Al leer las primeras líneas, la señora soltó una exclamación. Ignacia, impetuosamente, arrebató la carta de las manos temblorosas de su madre y leyó en voz alta:

*Mi muy querida Leonor:*

*Por Esta, debo anunciarte una desgracia. Reservadamente te digo lo que me ha comunicado un amigo ocurrido en vísperas de mi venida de El Ferrol y que aún no es notoriamente público.*

*Alfonso, como consecuencia de sus amoríos, fue vilmente asesinado.*

*Dicesé que la tonadillera abandonada, al conocer las razones de Alfonso de retornar con su mujer, sintiéndose despreciada acudió a sus hermanos quienes, viéndose privados de los maravedíes de aquel, le tendieron una celada usando a la desdeñada, con diz no sé qué infundio de devolverle una alhaja relevante, que pertenecía a Ignacia.*

*Lo encontraron atravesado a navajazos en los extramuros de la ciudad, cerca de un huerto conventual. El infeliz sufrió la muerte buscada y esta venganza acaba con nuestros temores por el sino de Ignacia.*

*Me hallo en cama con un fuerte resfriado a causa de los viajes, la aflixion y el luto; he mandado a decir unas misas encomendando su alma de incorregible a Santiago Apóstol, y una novena al santo de su segundo nombre, Gonzalo de Galicia, de Mondoñedo como él, quien seguramente intercederá ante Dios para que tenga clemencia de sus pecados.*

*Lamento ser portador de disgustos pero no podía ocultarte lo acontecido, bien que nos alivia de muchos malestares...*

Ignacia, al concluir la carta y pasarla a misia Francisquita, sintió que, después de tantos yerros, por fin el Destino abría un camino de aciertos para ella.

## 35. LAS MARISMAS DE LA GUERRA

«No eran mujeres de esperar, estaban hechas a los enfrentamientos y a la pelea con el arma que fuera. La sangre les bullía dentro de sus cuerpos aguerridos, estaban hechos para batirse junto a sus hombres. No había posible espera. No había vida posible sin sus hombres».

Carmen Iris de León de Nicotra, *Las degolladas*

PROVINCIA DE SANTA FE  
PRIMERA MITAD DE 1842

En su camino desde Salta hacia Entre Ríos, el ejército federal avanzó incendiando pueblos, persiguiendo paisanos y arrasando con cuanto pudiera para mantener la tropa. Oribe entró en la provincia de Santa Fe tocando a degüello; ya Santa Coloma había jurado en Buenos Aires, antes de partir para unirse con él: «¡Yo pido al Todopoderoso que no me dé una muerte natural, sino degollando franceses y unitarios!».

En su marcha hacia el Paraná, dejaron tras de sí una marisma de represalias contra los santafesinos que apoyaban a su gobernador, las familias de los que se habían unido a Paz en Corrientes, los simpatizantes de Ferré y aquellos que no podían demostrar su lealtad a la causa federal.

En Santa Fe, Oribe dejó como gobernador a Echagüe y prosiguió en busca de Fructuoso Rivera. La guerra, a partir de aquel momento, se trasladaría a Entre Ríos y culminaría en la batalla de Arroyo Grande.

\* \* \*

Mientras tanto, Monforte y Fares se dirigían a Córdoba esquivando montoneras y rezagados. Gaúna, el baqueano, parecía guiarlos por los campos como un maestro de baile lo haría por un salón. En cada población que rodeaban encontraban cuerpos sin sepultura, cabezas expuestas en lanzas y mujeres llorosas internándose en los montes con sus hijos, sus perros y alguna cabra a lazo. Los ancianos, para no demorar la huida de los suyos, quedaban al costado del camino, esperando la muerte que sobrevendría por el cuchillo, la lanza, la sed o el desamparo.

Era una guerra confusa, donde los actos de humanidad o de nobleza escaseaban, donde se cruzaban fronteras geográficas y políticas sin garantías de ninguna clase, donde los aliados se convertían en saqueadores y donde se aniquilaba al otro sin averiguar si era amigo o enemigo. Tanto arrasaban Oribe y Bárcena como Fructuoso Rivera y Chilavert, que no habían dejado ganado en pie a los estancieros de Entre Ríos, llevándose las reses a la Banda Oriental del Uruguay.

Y cada matanza engendraba venganzas que serían cumplidas por los ahora



vencidos, tres, cinco, diez años después, cuando se convirtieran en vencedores.

Pasada la ola mayor, Monforte, simulado con una chaquetilla de oficial y un cintillo punzó, se cruzó con varias partidas, manteniendo a la vista al baqueano del cacique Colompotó, mientras Fares, oculto en el monte, los seguía de cerca. Cuando se enteraron de que Oribe había cruzado hacia Entre Ríos, el español decidió descansar en unas cuevas situadas entre el Paraná y las barrancas, desde donde podían vigilar el paso de la tropa. Allí guardó el cintillo colorado en el bolsillo interior de la chaqueta, pues el territorio volvía a manos de los santafesinos, aliados del general Paz y de Ferré.

Esa noche, cuando Fares se encontró con ellos, Gaúna salió a reconocer el terreno que debían atravesar. Volvió una hora después, anunciando que cerca de allí, en una estancia abandonada, acababa de ver a un grupo de los «montaraces» del Carancho González, hombre de confianza de Rosas, duchos en el arte del degüello, como se vio en la batalla Quebracho Herrado.

—El Carancho ya partió, pero estos andan robando, y ahí tienen pa'demorarse. Pero ¿sabe qué?, está la carretona... ¿S'acuerd'el doctor gringo?, 'taba en Caá-Guazú, con el Manco —dijo el toba.

Monforte comprendió que se refería a Saint-Jacques, que había salido de Corrientes hacia Córdoba con el coronel Salas, encargado de impedir que el general Ángel Pacheco se uniera con Oribe; los rastros, añadió Gaúna, decían que había quedado un baqueano y una escolta con la carreta, mientras el coronel, con el grueso de sus fuerzas, marchaba hacia el sur. Pero, dedujo el guía, aquellos custodios los habían abandonado cuando oyeron llegar a la gente del Carancho.

Don Blas se maldijo interiormente. No había hecho conocer en Córdoba la presencia de Sebastián en Corrientes, por mantener oculta su condición de «hombre confidencial».

—El cordobés tá con el «chucho», pero el gringo tá bien.

Evidentemente, Osorio había recaído en las tercianas, como notara después de Caá-Guazú, y de nuevo sintió una punzada de malestar: podrían haber viajado juntos y Sebastián no se encontraría ahora en peligro. Tenía que rescatarlos: no podría volver a mirar a los ojos a Leonor, si su sobrino moría sin encontrarse con los suyos.

—... 'tan encerrados en la carretona —terminó el baqueano.

—¿Y cuántos «caranchos» hay?

Gaúna parloteó en una mezcla de español y toba. Monforte dedujo que había una pareja de viejos al servicio de la estancia, cuatro o cinco hombres y dos cuarteras.

—¿Perros?

—Ni uno; hay dos despanzurrados en la galería. Los animales habían intentado defender el pórtico y el resto de la perrada se había largado al monte.

—¿Vigías, caballos?

No tenían centinelas y los caballos estaban ensillados en el corral, con dos mulas.

—... pa' cargar lo robado.

Dejaron las cabalgaduras maneadas en la cueva y se dispusieron a rodear la casa y examinar la situación. Fares fue a dar una ojeada a los viejos y a las cocinas, Gaúna se apostó cerca del corral de los caballos y Monforte llegó al carromato, donde no se veía luz. La puerta estaba atada por afuera con un nudo potrero: tendría que cortarlo a cuchillo. Tocó varias veces, murmurando: «¿Saint-Jacques, Saint-Jacques?», hasta que el francés le contestó. Monforte se identificó y con pericia cortó el nudo y liberó la hoja. Un tufo agrio, a sudor de enfermo, a ropa sucia, le llegó a la nariz. La mano de Saint-Jacques surgió de las sombras y le ayudó a subir.

—Cerrad —le ordenó y el francés obedeció—. ¿Qué pasa con vuestro amigo?

—La peste verde, la terciana —contestó el otro, tal como él supusiera.

—¿Cuál es su estado?

—Se va a salvar... si consigo quinina; sin ella...

—¿Por qué no os han matado?

—Les dije que soy médico y que tenemos la fiebre amarilla. Temen acercarse a nosotros y se les han acabado las balas, solo les quedan los cuchillos.

En aquel momento la luna pareció detenerse en un claro de los árboles, y don Blas notó la tez cadavérica de Sebastián, que abrió los ojos y dirigió a Monforte una larga y turbia mirada, como si nunca fuera a parpadear. Luego, sus labios intentaron pronunciar un nombre.

—Llama a su hermano...

—¿A don Fernando?

—Sí; es una larga historia. Creo que sigue vivo por dos razones: hablar con él y morir en Córdoba.

—Menos mal que pudisteis traerlo en el coche.

—De otra manera, no hubiera resistido el viaje —y haciendo pie en la realidad, el médico agregó—: ¿Cómo nos encontraron?

—El guía reconoció la carretona.

—¿Y los federales?

—En la casa, repartiéndose el botín. Tendremos que neutralizarlos; luego vendré por vosotros. ¿Tenéis algún arma?

—Sí, mis pistolas; no se atrevieron a entrar.

—No las uséis hasta que volvamos. En caso de no identificarnos, al primero que abra esa puerta dadle un tiro y guardad dos balas para vosotros. Ahora, mantened la puerta como si estuviera cerrada.

Con sigilo, se dirigió hacia los corrales. El campo estaba oscuro y el sonido del río golpeteando sobre la costa adormecía el paisaje. Tuvo que forzar la vista y el oído, hasta que oyó el susurro zumbón de Gaúna chistándolo como si fuera lechuza. Cuando se acercó, el guía señaló a un viejo acurrucado contra un tapial, que intentaba reavivar una pipa de barro; el sarraceno había pasado con la pistola en la mano junto a él, sin que reaccionara ante tan extraña aparición. Gaúna soltó una risita y, tocando con el codo a Monforte, simuló aspirar el cachimbo, aleteó con los brazos y revoleó

los ojos para explicarle que estaba bajo el efecto de algún alucinógeno. «Cebil, sijuro», aclaró, señalando los arbustos.

Las habitaciones de los esclavos estaban inundadas por el humo de la madera verde, y la silueta de Fares se movía con precaución frente a los fogones. El fuego crepitaba bajo un brasero alimentado por una vieja, que al verlo castañeteó los dientes, mientras la vacilante luz de una pella de sebo que ardía en un latón sombreaba su figura de aquelarre.

Fares salió y con una seña indicó a su jefe que no había peligro: solo la puerta del frente de la casa estaba abierta; las otras, trancadas o con candados. Don Blas ordenó a Gaúna que vigilara esa entrada para que no los tomaran desprevenidos, y entre los tres discutieron la estrategia para enfrentarlos.

El guía se apostó a un costado de la gran puerta de dos hojas, manteniendo fuertemente sujeto en la mano el lazo de las boleadoras, que mataban rápidamente y en silencio.

En la oscuridad, Fares y Monforte rodearon la casa, uno hacia la izquierda, el otro a la derecha, buscando las ventanas —todas enrejadas— que tuvieran los postigos abiertos. Una de ellas daba a un salón iluminado por varios candiles, y detrás de un enorme palo borracho, don Blas observó a través de los vidrios.

Había sido una pieza suntuosa, pero el desorden y el estrago imperaban ahora en ella: se veían los cajones de un gabinete y otros muebles forzados a punta de acero. El resultado era el suelo cubierto de cartas, papeles y libros arrojados de la biblioteca, además de trozos de loza o de cristal. Los espejos se habían salvado, quizás porque la superstición les impidió romperlos. Uno de los intrusos orinaba en un rincón y otro estrellaba en aquel momento un retrato contra la esquina del bargueño, diseminando vidrios por doquier. Una de las cuarteras, sacudiéndoselos de encima, lo golpeó con el brazo. El hombre intentó tomarla del pelo, pero esta se le escabulló, apretando contra la cintura algo que había encontrado. Las palabrotas cruzadas entre las mujeres, que disputaban por lo que veían en cada arcón, en cada cofre, recibían la réplica soez de los hombres que las instaban a callar.

Varios ponchos estaban extendidos en la gran mesa, en el piso, sobre los sillones, y allí se acumulaban platería y candelabros, ropajes, mantas y hasta cortinas arrancadas de las ventanas; otros golpeaban las paredes con el mango del cuchillo, buscando el sonido hueco que indicaba la existencia de un «tapado» de monedas disimulado en la pared.

Monforte notó que las mujeres estaban ebrias. La mayor, con un vestido que le colgaba de un hombro, tenía una botella en la mano, y de vez en cuando empinaba el codo. La más joven, de cierta belleza salvaje, trastabillaba pisándose las faldas.

Los hombres, por el contrario, mantenían los ademanes rápidos, certeros, y la mirada aguda; con la ropa y las manos cubiertas de sangre seca, sus rostros feroces mostraban que no serían fácilmente dominables: el derramamiento de sangre era más poderoso que cualquier droga conocida.

De pronto, las cuarteras desaparecieron hacia el interior de la casa y Monforte las siguió por las ventanas, espiando por los postigos abiertos. En un dormitorio, se desnudaron y sacaron de los roperos vestidos de seda y de encaje, tomaron sombreros de un perchero y se arrebozaron los hombros con mantones. Al rato disputaban, arañándose por unas medias de mujer y luego por un par de zapatos de raso con hebillas de marquesita. La violencia entre ellas iba en aumento y Monforte comprendió que pronto llegarían a lastimarse seriamente. El detonante fue una cajita de música que la más joven encontró sobre una mesa de noche. Cuando la abrió, reprodujo una suave melodía que la dejó absorta. La mujer de más edad se lanzó sobre ella para quitársela; la muchacha se defendió a patadas y luego, con la mano en la espalda para escamotearle el botín, sacó un cuchillo de su cintura y con un rápido ademán marcó la cara de la otra. De inmediato, asustada por lo que había hecho, retrocedió hasta la pared. Su compañera, que trataba de contener la sangre con la mano, miró la tranca sobre una de las puertas, la sacó y se acercó a ella. Monforte entendió que nada podría el corto puñal contra la vara de hierro y temiendo que los gritos, ahora aullidos de leona de la herida, atrajeran a los hombres, se retiró del escaso resplandor del candil. Pegado al muro exterior, dio gracias a Dios de no ver la expresión de la joven cuando aquella furia descargó el golpe sobre ella. Solo oyó el traquido de los huesos machacados perdiéndose en el grito visceral de la atacada y la sangre salpicando el vidrio de la ventana. En aquel momento llegó uno de los «montaraces» y, al ver lo sucedido, llamó a gritos a otro. La historia no era difícil de imaginar: el avisado era el amante de la más joven, quien se abalanzó sobre su cuerpo para ayudarla —según supuso Monforte a través de las voces—, pero su compañero le hizo ver que agonizaba. La otra mujer, comprendiendo el peligro que corría, soltó la tranca con la que hubiera podido defenderse e intentó escapar. Monforte escuchó el ruido de la persecución —gritos, destrozos, cosas caídas— y luego, los golpes de barra sobre el cuerpo, los aullidos desesperados de la mujer, y los «¡Tomá, tomá, puta de mierda!» que acompañaban las puñaladas con que la remataron. Uno de los hombres lloraba.

Fares, salido de la oscuridad con su silenciosa pisada de jaguar, murmuró: «Un problema menos».

Decidieron que era momento de actuar, ya que ahora estaban divididos: dos en la pieza y dos en el salón. Fares se introdujo hacia los dormitorios; calzó la pistola en la faja y tomó el puñal corvo —la jambiya, regalada por un francés que andaba en el tráfico del opio—, rápido y eficaz en el ataque.

En el salón, uno de los hombres, despatarrado sobre un sofá, vio a Monforte en el umbral y reconoció el peligro. En un instante se puso de pie, el facón en el puño, y se lanzó sobre él, que levantó la mano con la pistola amortillada y le calzó un tiro entre las cejas antes de que pudiera acercársele: no quería mancharse de sangre.

El compañero, que liaba su botín, se volvió al escuchar la detonación; al verlo cargar el arma, manoteó un poncho y lo revoleó, intentando aturdirlo. Monforte

alcanzó a tomar una de las puntas, sostuvo la tela con fuerza y, girando la muñeca, atrajo al «montaraz» hacia él, disparándole bajo la barbilla.

En el momento en que se oyó el primer tiro, Fares, a la puerta del dormitorio, detuvo por la espalda al primero de los hombres que intentó llegar al salón, lo degolló desde atrás y lo arrojó hacia adelante. Al segundo disparo, el otro alcanzó a escabullirse saltando sobre el cuerpo del caído, queriendo ganar la salida. Fares lanzó un grito de advertencia y Monforte se volvió en el momento en que el hombre llegaba a la puerta.

El final llegó con un ruido seco: las boleadoras de Gaúna acabaron con el último de los «caranchos».

Comprobaron si no había alguno con vida, y fueron a ver si podían auxiliar a las mujeres, pero ya era inútil.

Lo que siguió fue rutina de guerra: juntaron las armas, desnudaron los cuerpos y los echaron al río. Las ropas las ataron en uno de los ponchos, junto con unos ladrillos, para que se fueran al fondo y no se supiera de qué partido eran los muertos. Los caballos y las mulas los llevarían con ellos: ninguno tenía marca.

Mientras Monforte se dirigía a la carreta para avisar a Saint-Jacques que ya no había peligro, Gaúna y Fares envolvieron en sábanas a las cuartereras, cavaron una fosa y las enterraron. Sin cruz, para que no llamaran la atención si venía una segunda oleada de saqueadores. Gaúna, más creyente que el resto, se volvió a hurtadillas y dedicó unas oraciones para ellas. Santiguándose, entró a la casa, tomó cosas y objetos que le llamaron la atención y las enterró en el monte: de regreso, las llevaría a la tribu.

Tenía hambre. Decidió ver qué podía encontrar para comer.

## 36. DÉJAME ESTAR SOBRE LA YERBA OSCURA

«Déjame estar sobre la yerba oscura./Ambas manos mojadas de rocío,/on Dios arriba y Córdoba debajo».

Antonio Esteban Agüero, *Sonetos a Córdoba*

PROVINCIA DE SANTA FE  
PRIMERA MITAD DE 1842

**D**espués de cumplir con las previsiones de guerra, Monforte regresó al carromato y Saint-Jacques salió a tomar aire fresco. Entre ambos sacaron a Sebastián, lo acomodaron cerca del fuego y retomaron la charla que había quedado pendiente, sentados a cierta distancia de él, para no molestarlo con sus voces.

Cuando el español le dijo que se encargaría de llevarlos a Córdoba, Saint-Jacques le advirtió:

—Debo cumplir una promesa: si Sebastián no alcanza a llegar vivo a la ciudad, tengo que sepultarlo en Los Algarrobos, la estancia donde se crio.

La voz de Saint-Jacques delató su emoción y don Blas puso la mano sobre su hombro y le aseguró:

—No os aflijáis: sé dónde conseguir quinina; mantendremos a raya la terciana. Mandaré al baqueano con un propio para el brigadier Juan Pablo López y os aseguro que su galeno nos la proveerá. Y como las «comisiones» cruzan la frontera frecuentemente, advertiré a la familia Osorio que arribaremos con Sebastián. Nos dirigiremos a Quebracho Herrado, el camino más corto a Córdoba. Además, Fernando Osorio está con una partida en Saladillo; si pudiéramos unirnos a él, alejaríamos un peligro; Pacheco viene desde Mendoza a unirse con Oribe, pero si nos halla en los dominios del gobernador de Córdoba saldremos bien librados, porque López Quebracho es aliado de Rosas. Por cierto, ¿tenéis velas y papel?

—Tengo el cajón escritorio completo.

—Debo escribir esas cartas. Gaúna os auxiliará para que bañéis a Osorio en el río.

Se unieron a Fares que fumaba uno de sus cigarros de Turquía, sentado bajo un árbol, cuando apareció el toba con varios pescados atravesados en una varilla, dispuesto a asarlos. También traía naranjas de las plantas que crecían por la costa del Delta y en el sombrero clareaban unos huevos moteados, robados de algún nido.

Saint-Jacques invitó a don Blas a subir a la ambulancia para escribir, pues contaba con una mesa preparada para tintero y vela. Cuando se acercaron al coche, este notó la palabra «Constitución» pintada a un costado, en celeste. «Si nos encontramos con los federales, nos pasan a cuchillo», se exasperó. Le diría a Fares que hiciera desaparecer las letras.

\* \* \*

A la mañana siguiente, el viejo del cachimbo y la vieja se ofrecieron a limpiar la ambulancia y trajeron sábanas, mantas y almohadones de la casa. Saint-Jacques ordenó quemar las usadas.

Estaban oreando el interior de la carretona para acomodar a Sebastián, al momento en que Monforte regresó del río, y al observarlo, pensó que era improbable que llegase vivo a Córdoba: eran ochenta leguas, más el desvío para encontrarse con el gobernador de Santa Fe, entregar los partes de Ferré y de Paz, encomendarle la carta para doña Leonor, y buscar la quinina. Eso sumaría dos días al recorrido.

Pero como los caballos estaban descansados, y contaban con los de los «montaraces», decidió enviar a Fares con el baqueano para adelantar la travesía: que entregase las cartas, consiguiera el remedio y se proveyera de agua y comida para seis días. Sin olvidar las municiones, pues los desertores de ambos bandos atacaban a los viajeros para robarles. Había un peligro adicional: en la primera etapa del viaje podían encontrarse con indios, que aprovechando la guerra asaltaban poblados y carretas. Por suerte, les tenían prometida ayuda en San Jerónimo del Sauce.

Fares y Gaúna partieron temprano hacia el campamento de Mascarilla López, pues urgía que las noticias llegaran cuanto antes a Córdoba y avisaran a Fernando que los esperara en la frontera.

A su vez Monforte, con Saint-Jacques y Sebastián, emprenderían viaje después del mediodía para reunirse esa noche en San Jerónimo.

Quizás porque la vieja agradeció que hubieran pagado su ayuda y compartieran la comida con ellos, les dio un bizcocho, duro y seco, pero pan al fin; el español sacó la navaja y les retribuyó con un trozo de queso.

¿Por qué los «degolladores» no los habían asesinado?, se preguntó Monforte. Porque, dijo Saint-Jacques, la mujer, sin que mediara amenaza, les señaló dónde estaba enterrada la platería y les contó que había un «tapado» de monedas en una pared interior.

—Tal vez usted les salvó la vida; si no encontraban la hucha, los hubieran torturado...

Los planes de Monforte se cumplieron con rigurosidad, pues Saint-Jacques, comprendiendo que era experto en campaña, acató sin discutir sus disposiciones.

Llegaron al anoecer a San Jerónimo. La Villa estaba conformada por soldados y abipones acristianados. El comandante del fortín era un indio de mucho porte, inteligente y bien hablado, que recordaba a Monforte de otros viajes. Los recibió amistosamente, les dijo que Fares y Gaúna habían pasado sin problemas, se interesó por la condición del enfermo y les ofreció un lugar para dormir al resguardo del frío. Al poco rato, envió a sus hijos con comida. Armand consiguió que una mujer le diera un tazón de caldo para Sebastián, y esa noche preparó los últimos gramos de quinina

y se los suministró con el jugo de las naranjas. La dosis no evitó que Sebastián siguiera con dolores y escalofríos: la crisis duraría cuarenta y ocho horas antes de que se sintiera mejor.

Al anoecer oyeron ladrar a los perros y los centinelas volvieron con Fares y Gaúna, portadores de la medicina y cartas para Ferré y Paz, que entregaría el toba después de dejarlos en la frontera. Mientras comían, Fares les dijo que había encargado, cerca de la Villa, las lenguas de vaca hervidas, pues con anterioridad comprobaron que se conservaban bien y no necesitaban del fuego, que los delataría al enemigo. También consiguieron un gran chifle de buey para llenar con agua, pues esta faltaba en la travesía. Lo colgarían al costado de la carretona.

Aquella noche, mientras los otros descansaban, Monforte y Saint-Jacques, envueltos en sus ponchos, se quedaron vigilando al lado del fuego, y el francés se interesó por Fares.

Con un chifle de ginebra entre ellos, el español se avino a contarle cómo lo había conocido: se decía que Fares era hijo de una dama inglesa, adinerada y dada a la aventura, que viajaba desde Londres hacia la Isla de Malta.

—¿Os despierta algún eco el nombre de lady Hester Stanhope, la sobrina de William Pitt, el que fue primer ministro de Gran Bretaña? Pues a ella me refiero. Aparte de alguna jugosa herencia, el gobierno británico la dotó con una pensión de mil doscientas libras al año; imaginad los recursos de los que disponía.

En algún lugar entre esos dos puntos, tuvo amores con un beduino poderoso, rico, que criaba los mejores caballos de la costa norte de África, lo que no era poco decir.

—... porque la dama no padecía la acendrada frialdad de las inglesas, sino que era dada a fogosas pasiones. En Galicia se cuenta que tuvo amores con el general John Moore, que murió durante las guerras napoleónicas. He visitado su tumba, en La Coruña, de hermosa factura, dicen que pagada por ella...

El beduino se había incorporado a la caravana de lady Stanhope; después de varios meses, volvió a su tierra diciendo que la alcanzaría en Malta. Nunca más se encontraron. Se sospechaba que Fares era el fruto de aquellos amores, criado cerca de ella, pero nunca reconocido como hijo. Aquello había sucedido en 1810. Cuando el niño contaba tres años, lady Stanhope llegó a Palmira y allí armó lo más parecido a una corte. Fares tenía un ayo sarraceno, presumiblemente enviado por su padre, pero pasaba mucho tiempo en las caballerizas de la guardia de beduinos.

Cuando Fares tenía doce años, apareció Tybalt Rosembraise en la corte de lady Stanhope; era un joven de hermosa estampa, aventurero, el último de los piratas berberiscos, famoso porque no le gustaba derramar sangre. Saint-Jacques lo recordaba, pues había oído innumerables aventuras e incluso leído algunos folletines de mala letra que contaban sus pillerías de corsario. Enseguida se fijó en el adolescente alto, moreno, silencioso, que ya destacaba en las artes del cuidado y la doma de los caballos. Y tenía el don de aprehender distintas lenguas, que su ayo estimulaba: ya hablaba bien el árabe, el inglés y el francés, además de algunos



dialectos. Rosembraise le encargó varios servicios y el chico cumplió acertadamente. Se apegó a él y le enseñó el castellano y el catalán. Rosembraise, convertido en amante de lady Stanhope, permaneció en la corte varios años, hasta que ella decidió viajar a Siria. Posiblemente, ni cuenta se dio de que su hijo prefirió seguir al amante de su madre, tenía algunos años más que él, rumbo a Samarcanda, al sur de Rusia, y hacia el imperio chino.

En 1826, Rosembraise comenzó un negocio con la Compañía Británica de las Indias Orientales. ¿Su interés? El opio. ¿Su intención? Abrir un corredor que fuera desde algún puerto del Adriático hasta Palma de Mallorca, y de allí a Southampton, por donde se enviarían las cajas de opio. Fares tenía solo dieciséis años, pero Tybalt lo envió, con cartas de recomendación, a que se encontrara en Mallorca con antiguos contactos de su época de corsario. En calidad de hermano, recomendó que le dieran techo y comida y no le faltase nada hasta que él regresara con el cargamento a España. Pero Rosembraise nunca regresó. Desapareció con el opio y nunca volvió a saberse de su destino.

—¿Y Fares?

—Quedó a su aire. Por suerte, por allí andaba el general Baldomero Fernández Espartero con sus tropas... y sus caballos.

Y donde había caballos, Fares aparecía. Un día estaban por sacrificar una hermosa yegua de silla de una de las amantes del general, por creerla sin cura, según el albéitar del ejército, pero Fares pidió que le permitieran encargarse de ella. La yegua se salvó y el general Espartero quiso conocer al mozo que hiciera tal alarde. Pronto, Fares estuvo encargado de las caballerizas de la tropa y allí permaneció hasta 1834. Tenía veinticuatro años cuando Espartero fue destinado al norte de España, en Vizcaya.

En medio de las guerras carlistas —Espartero, defensor de los «cristinos» que apoyaban a la reina Cristina y a su hija Isabel, apartada por la ley sálica— llegó el general George de Lacey Evans con sus voluntarios ingleses, a secundarlo contra los carlistas. De Lacey quedó impresionado al ver entre los allegados a Espartero un joven alto, de morena belleza, que usaba ropas exóticas, calzaba jambiya al cinto y llamaba la atención con su cortesía. De Lacey regresaba de la India y sospechó que estaba ante el presunto hijo de lady Stanhope, cuyos amores eran tan comentados.

—Por entonces yo viajaba entre Vigo y Portugal, solucionando problemas legales, cuando fui inducido a unirme a Espartero por un tío mío, pues nadie, en Galicia, apoyaba a los carlistas. Doña Cristina y su hija nos parecían un mejor prospecto, ¿entendéis? Al fin de cuentas, soy un librepensador, aunque cristiano por convicción. Y por otra parte, como a los gallegos nos gusta pasarles la mano a contrapelo a los del sur, allí me hallaba, cómodo y con buena paga. De Lacey me había tomado como informante...

El general inglés había quedado impresionado por Monforte, pues era callado, podía pasar desapercibido cuando quería, se movía en todas partes como si fuera del lugar y hablaba varios idiomas, además de ser práctico en cifrar escritos.

—Por entonces, De Lacey me invitó a dar un paseo a caballo y me preguntó si estaría dispuesto a viajar a Sud América. Tenían interés en saber cómo andaban las cosas en estas tierras. La guerra civil les producía inquietud; los franceses en Montevideo, apoyando a una de las facciones, no eran algo que ellos pasaran por alto.

Aquella inquietud la compartieron, finalmente, con Espartero. Fares, que estaba cerca, prestó atención: Rosembraise le había llenado la cabeza con cuentos extraños, de cuando él, huyendo de alguna de sus trapacerías, viajó a Buenos Aires y al poco tiempo ya trabajaba como guía de viajeros.

Quizás pensando en encontrar a aquel hombre que era lo más parecido a un padre, a un hermano y a un amigo que había tenido, se las ingenió para hablar con Monforte diciéndole que le gustaría acompañarlo en el viaje.

Antes de aceptar, Monforte decidió consultar a su tío, don Braz Ramires de Castro, quien le aconsejó viajar a estas tierras, comentándole que tenían parientes en Córdoba, y que así podría encargarse de algunos asuntos familiares que requerían atención.

—... como veis, con la bendición de los británicos y la aceptación de Espartero, desembarcamos en Montevideo en 1841 y poco después me hallaba en Córdoba, recuperando parentescos. —Volviéndose al francés, le preguntó—: Y vos, ¿cómo habéis recalado en estas tierras?

Saint-Jacques murmuró:

—Lo que usted ganó en parentescos, yo lo perdí dolorosamente. Al encontrarme sin mi mujer y mi hija recién nacida, fui en busca de Sebastián para alejarme de los lugares que no me permitían olvidar...

\* \* \*

A la mañana siguiente, mientras Sebastián dormía profundamente, recuperándose de los días de sufrimiento, Gaúna se encargó de surtir agua al chifle y Fares, con un hierro al fuego vivo, quemó las letras del carretón que los señalaban como unitarios.

Monforte se presentó al comandante para ver si sus vichadores tenían noticias de los caminos; este le contó que una partida del fuerte había dispersado a los indios que bajaban de los esteros de Mar Chiquita. Como todavía andaban patrullando, no tendrían inconvenientes mientras estuvieran en Santa Fe.

Entre tanto Armand, luego de asearse, rodeó la plaza del lugar hasta dar con la pequeña capilla. Era de líneas sencillas, angosta, alta y con dos espadañas; a una le faltaba la campana, seguramente robada por alguna de las tropas invasoras. La puerta estaba entreabierta y el sagrario se veía iluminado por los rayos del sol que atravesaban el rosetón del frente. Se hallaba bien conservada, pero solo quedaba un Cristo detrás del altar mayor, un confesionario muy antiguo y un reclinatorio frente al pequeño altar del lado de la Epístola. Cuando se acercó, vio tres imágenes sobre él: era la Sagrada Familia.

Por muchos días, atendiendo a los heridos en el campo de batalla, atravesando la selva, evitando los peligros del viaje, siempre puesto el pensamiento sobre la salud de Sebastián, había olvidado sus pérdidas. Las imágenes, de madera delicadamente tallada, le recordaron a la joven esposa y a la hija muerta al nacer. Se arrodilló torpemente sobre el reclinatorio que parecía esperarlo. Juntó las manos, bajó la cabeza y se rindió a las lágrimas. Sollozó en voz alta, sin que nadie lo observara, salvo Dios. Hizo un esfuerzo por recobrase y, con un dolor de puñalada en el pecho y de garra en la garganta, se secó los ojos y se acercó al altar. La Virgen María estaba en una sillita de paja; a su lado tenía un cajón con lana y, con el huso entre sus delicados dedos, hilaba al tiempo que miraba al Niño Jesús, el cual, sentado a sus pies, parecía jugar con un ovillo. Un poco más atrás, San José cuidaba de ellos. Varios animalitos de barro —un perro, un corderito y unas palomas— rodeaban a las figuras santas. No pertenecían al mismo artista; indudablemente eran ofrendas de los niños del lugar.

Después de admirar la escena, descubrió extrañas asociaciones: la Madre vestía de terciopelo azul oscuro, el color preferido de su mujer, color que significaba fidelidad; el Niño Dios llevaba una túnica rosa —ternura, bondad—, el color de la mantilla con la que enterraron a su hija. Y San José un sayal marrón que, según los franciscanos, era el color de la penitencia. Paralizado, sintió que era un recordatorio del dolor que no cesaba, pero lo embargó una gran paz al ver la expresión de la Purísima, la inocencia del Niño, la serenidad de San José. Percibió que había sido llevado hasta allí para aprender una lección... y entonces, el tiempo pareció perpetuarse.

## 37. LA SECUELA FATAL

«La terciana o malaria se manifiesta por accesos de calofrío, fiebre y sudor. El enfermo tiembla como si una ola de hielo atravesara sus órganos, lo que obliga a buscar abrigo, bebidas calientes, alcohólicas a menudo. En el período de calor, la temperatura sube hasta 41 grados, la cara se congestiona, la mirada se vuelve brillante, y dolor de cabeza y sensación de ahogo dominan la escena. Después, un sudor copioso alivia y deja agotado al paciente, quien experimenta gran bienestar».

Doctor Carlos Enrique Paz Soldán, *La peste verde*

CAMINO A CÓRDOBA  
PRIMERA MITAD DE 1842

**D**espertar del letargo de la fiebre fue para Sebastián como si hubiera perdido años de vida, sin noción de lo que había sucedido en ese tiempo. La enfermedad, en un nuevo período, le concedió una aparente mejoría.

La presencia de Monforte de Lemos fue para él desconcertante; ¿qué hacía aquel hombre de confianza de Paz con ellos? Con la mente confusa, lo escuchaba hablar y a veces le parecía que todo era un sueño. ¿Don Blas, amigo de sus tías, de Farrell, de sus amigos de Córdoba, emparentado con tía Leonor?

Por otra parte, su decaimiento era tan grande que, deseando preguntar, quedaba mudo, los ojos cerrados, pidiendo a Dios —no a los Hados, como era su costumbre— que le permitiera llegar a Córdoba, entrar en su casa, ver a su familia y conciliar con Fernando. Si se le otorgase una hora más de vida, la emplearía para escribir a Edmée e ir a Los Algarrobos por última vez. Quería ser sepultado en sus tierras «con el cielo arriba y Córdoba debajo», como rezó un poeta.

Saint-Jacques le explicó cómo se habían encontrado con Monforte en Santa Fe. Cómo él y sus ayudantes los salvaron de morir a manos de los degolladores; cómo consiguió la quinina y las provisiones, y que, gracias a su guía, ya estaban en la frontera.

—... también escribió a tus tías avisándoles que llegaríamos contigo, y ellas se lo harán saber a Fernando, y es posible que tu hermano venga por nosotros.

Pensar en su hermano sacaba lágrimas al espíritu quebrantado de Sebastián.

—¿Crees que vendrá? —preguntaba, inseguro—. ¿Seguirá considerándome su enemigo?

Armand lo tranquilizaba, diciéndole que Fernando estaría tan ansioso de verlo como él de que se encontraran.

Sebastián pensaba que su amigo no recordaba lo que había pasado entre ellos aquella mañana helada, en el Bajo de Galán, en la última ofensiva con la que Quiroga quiso cambiar la suerte de la batalla.

«La Tablada, una lucha de gloria sangrienta. Valor contra el valor, bravura contra bravura, heroísmo contra heroísmo, nadie regaló un palmo de terreno ni ahorró

ningún esfuerzo. Carga tras carga de la caballería, y asalto tras asalto a la bayoneta de los infantes. Allí, por dos días, mientras la diosa Victoria cambiaba de bando según el paso de las horas, argentinos de diez provincias, con los cordobeses en ambos bandos, lucharon sin dar ni pedir cuartel...», escribió un cordobés siglo y medio después, Luis Carranza Torres.

Era un recuerdo amargo para Sebastián; como tantas familias de entonces, la suya había quedado separada en dos bandos. Fernando, que luchaba en las filas del Tigre de los Llanos, se había mostrado prepotente cuando se vieron frente a frente en el campo de batalla; a pesar de todo, intentó ponerlo a salvo.

En medio del delirio de las tercianas, atormentado por los recuerdos de dolor y sangre, había revivido la memoria sepultada durante años. Una y otra vez evocaba la escena; el grito del Payo —«¡al río, Seba, al río, no te quedes ahí!»— después de haberlo salvado de un ranquel que casi lo ensarta en su lanza. Pero él se puso de pie, dispuesto a regresar con sus compañeros de armas. Fernando le había echado el caballo encima y, encajándole un planazo en la espalda, le advirtió: «¡Corré, so mierda, que venimos degollando!», pero él vio en su mirada la desesperación de Caín antes de descargar el golpe, y luego, el gesto conciliador. Sebastián lo había rechazado —¡su hermano menor, venirle con amenazas!—; el desaire colmó la paciencia de Fernando, que le echó el caballo encima y lo empujó con violencia. Pero él, con porfía, se incorporó por tercera vez y levantó el puño, pálido, de artista y usó el tajo de la palabra, que no derrama sangre, pero que hiere mortalmente: «¡Traidor!», le gritó. «¡Traidor a tu tierra, a tu sangre, a tus iguales!». La respuesta del Payo fue insultarlo: «¡Andate al carajo, maricón!» y escapó a lo pampa, sobre el potro de pelea, del disparo de Saint-Jacques, que lo creía un soldado enemigo y nada más.

Cuando despertaba de «la peste verde», bañado en sudor, con náuseas, la vista nublada, muerto de sed, se preguntaba si el tiempo y las ideas no habrían aumentado la distancia entre ellos. Existía un abismo entre La Tablada y Caá-Guazú.

\* \* \*

En cierta medida, pensó Saint-Jacques, estaban librados a su suerte, pues Gaúna debía regresar a Corrientes, con Ferré, sin pisar el territorio de Córdoba. Teniendo a la vista —laguna de por medio— Quebracho Herrado, el baqueano prefería vigilar por si llegaban los cordobeses, y no internarse en terreno enemigo.

Una noche en que Monforte hacía guardia, Saint-Jacques le contó la amistad que lo unía a Sebastián: ideales, valores, principios y gustos; un añorar a la familia: él, porque la había perdido siendo muy joven; su amigo, porque la tenía tan lejos.

Oyéndolo hablar de cómo se lo disputaban en los salones de París, en Bellas Artes, donde fue discípulo de Gros y amigo de Parkes Bonington, de lo que era como persona, Monforte le dijo:

—Sabéis, Armand, en Montevideo, Osorio era admirado por la solidez de sus

ideas; en Corrientes, Derqui y Paz solo tuvieron expresiones de respeto para él. Y en Córdoba, su familia y conocidos no dejaban de nombrarlo, tanto que pensé había partido del país poco antes y no se acostumbraban a su ausencia. Creedme, eso hace de él un ser especial.

Saint-Jacques estaba de acuerdo y como debía administrar la medicina al enfermo, le deseó buenas noches y retornó al carromato, donde encontró a Sebastián insomne. Le preparó la quinina y, luego de apagar el candil, extendió su manta en el suelo. En la oscuridad, Sebastián preguntó en francés:

—Mon ami, ¿cuánto dura el dolor por la ausencia de la amada?

—No hay nada que lo mitigue, mon cher ami. Pero, a veces, la vida nos concede la gracia de atenuarlo. Tuve la suerte de aliviar el luto en una capilla sin párroco ni sagrario, con solo tres imágenes que me tocaron los sentidos...

Y le contó su visita a la capilla de San Jerónimo del Sauce, antes de partir hacia Córdoba.

\* \* \*

A la siesta del día siguiente, Monforte y Fares aconsejaron a Saint-Jacques que mantuviera a Sebastián en la ambulancia, a la que habían disimulado en un montecito: el baqueano acababa de divisar dos hombres a caballo que se aproximaban por el lado de Córdoba. Monforte pensaba que podía ser gente de Fernando Osorio; Gaúna apostaba a que eran cordobeses cuidando que los santafesinos no cruzaran los límites.

Ante la duda, don Blas y Fares se apostaron entre los pajonales, las armas de fuego listas. Gaúna, haciéndose el descuidado, se dejó ver por los extraños que, deteniéndose a prudente distancia, conversaron entre ellos hasta que uno se acercó al trote.

Gaúna levantó el brazo como si lo saludara, pero en realidad advertía a Monforte que no parecía peligroso: llevaba el uniforme del ejército santafesino y al acercarse distinguió los ribetes de oro en la manga de la casaca; era un oficial, y ello aseguraba, aun en la desolación del paisaje y en plena contienda, la observancia de ciertas reglas de la guerra en el trato.

Sofrenando, el oficial le preguntó si no había visto tropas por allí. Gaúna dijo que no, que ellos venían de San Jerónimo del Sauce, y que tenían pases del comandante del fuerte.

—¿No te habrás cruzado con unos extranjeros que traen un enfermo? Los estamos buscando. Te recompenso si me das noticias de ellos.

Gaúna preguntó las señas. El oficial se quitó la gorra de plato, de un azul casi negro, con una gruesa cinta colorada y visera negra, a la nueva usanza. Tras acomodarse el pelo, explicó:

—Buscamos a un tal Monforte, pues tenemos recado para él.

Gaúna insistió:

—¿De quién?

—De don Fernando Osorio, carajo —perdió la paciencia el militar—. Soy el capitán Félix Corvalán, de la Guardia de Frontera de la Provincia de Santa Fe. El mismísimo Juan Pablo López me dio este uniforme y me mandó a patrullar.

Monforte se puso de pie y se acercó, pero Fares se mantuvo fuera de la vista, encañonando al acompañante del santafesino, que no era otro que Rosendo.

—Acá me halláis pero ¿qué hacíais en tierra enemiga? Porque de allí venís.

—Un pacto de buena voluntad con otro provinciano: el sargento mayor Fernando Osorio, del Ejército de Córdoba en Operaciones, busca a su hermano, que viene de Corrientes. Sabemos que está muy enfermo. —Y desmontando, propuso—: Dejémonos de desconfianza —y avanzó hacia don Blas. Fares salió del matorral encañonándolo por las dudas, pero el santafesino levantó las manos sobre la cabeza, para mostrar que estaba desarmado.

Rosendo, con la rienda corta, esperaba para atropellar: Fernando le había confiado la vida de Corvalán, y respondería por eso.

Monforte preguntó por qué no había venido Osorio en persona.

—Tuvo que ir a pedir licencia al gobernador. Me comisionó para que le avisara a usted que, dada la situación entre nuestros gobiernos, sería conveniente que crucen a suelo cordobés. Él los esperará en Quebracho Herrado. —Y para tranquilizar las cosas, señaló a Rosendo—: Él es su lugarteniente. Trae una misiva para usted.

Don Blas reconoció a Rosendo por haberlo visto en Córdoba; este se aproximó sin apearse del caballo.

Con las dudas disipadas, se juntaron a conversar de lo que les atañía. Mientras Gaúna preparaba el mate, Saint-Jacques se acercó a pedir noticias para llevarle a Sebastián, que aún no podía ponerse en pie.

En pocos minutos reinaba la cordialidad entre aquellos hombres que, a pesar de las diferencias de razas, de nacionalidades, de la chaquetilla roja o la cinta celeste, se habían unido para ayudar a dos hermanos a encontrarse.

Después de leer la nota de Osorio, Monforte se la entregó a Corvalán.

—Capitán, sois libre. Habéis cumplido con vuestra palabra y ya podéis marcharos.

—No sin saludar al hombre que nos obligó a comportarnos como compatriotas y no como enemigos —dijo, y Saint-Jacques lo llevó hasta la ambulancia.

\* \* \*

Después de haber estudiado el mapa, Farrell envió a Zenón con Serafín —«para que se despabile»—, encargado de avisar a Fernando que se reunieran en Sacanta, a pocas leguas de Quebracho Herrado.

Dos cosas lo tenían inquieto: la salud de Sebastián y el beso que arrebatara a

Consuelo. Con respecto a lo primero, no quería entregar a Francisca a su sobrino — ausente tantos años— muerto o agonizando; por lo tanto, le urgía encontrar a Sebastián. Con respecto a lo segundo, una dulce felicidad lo embargaba. Todo en su vida había cambiado a partir de aquella audacia impremeditada, el beso robado. La respuesta de Consuelo, aunque breve, no dejaba lugar a dudas: él no le era indiferente.

Mientras cabalgaba hacia Sacanta, maldijo la costumbre que no le permitió encontrarse a solas con ella para declararle su amor. Ya con un pie en el estribo, fingió haber olvidado algo, y apartando a Consuelo hacia la galería, pudo tomarle las manos, besándoselas con fervor. Ella murmuró: «Que Dios y San Cristóbal me lo cuiden, que yo lo estaré esperando», deslizó la mano dentro de su chaqueta —él la sintió como un pájaro tibio— y dejó algo en el bolsillo interior. Tuvo que alejarse de la casa antes de averiguar qué era: un pañuelo, con una ramita de lavanda, con las iniciales de su nombre, E. F., bordado para él.

¡Qué extrañeza, la vida! Tantos años quieta, como eternizada, y de pronto aquel vuelco que involucraba a todos: el imprevisto asesinato de don Alfonso, el regreso de Sebastián, Monforte que se incorporaba a la familia como el héroe que traía al hijo pródigo, y él, en su viudez, descubriendo el amor de una joven que venía de su propia tragedia.

Cuando llegaron a Sacanta, pocos días después, Fernando lo esperaba con sus hombres, ansioso e impaciente.

—Ya me iba —dijo antes de saludarlo.

—¿Pero no quedamos en encontrarnos hoy?

Aturdido, con las manos a la cintura, el Payo movió la cabeza de un lado a otro.

—Es que no hallo paz pensando en ese zonzo muriéndose por ahí.

Farrell desmontó mientras Camargo bromeaba con Serafín, que ponía cara de mártir pues no estaba acostumbrado a cabalgar tantos días.

—No tendrás que esperar mucho para casarte con Ignacia —le dijo sin rodeos.

—¿El obispo anuló el matrimonio?

—En eso estaba, pero no hará falta; lo asesinaron en España los hermanos de su manceba. Eran gitanos, y enconados por su desaire, le dieron de navajazos.

Fernando permaneció en silencio, mirando el suelo y mordiéndose el bigote. Luego se llevó la mano al pecho, aspiró aire, como después de una carrera, y dijo sobriamente:

—Bué, no puedo decir que me alegro, pero... ¿y qué dijo ella?

—Quería venirse conmigo.

—¿Y qué la detuvo?

—Las damas Osorio, que no quieren más escándalos. Pero te mandó algo.

Volvieron sobre sus pasos y Farrell sacó de las alforjas un paquete con la carta de Ignacia.

—Para que no te olvides de ella, me dijo —y se sonrió.



—Como si pudiera —murmuró Fernando, y dándole la espalda, abrió el paquete; el perfume le llegó imprevistamente; lo aspiró con fuerza, recordando la primera tarde que pasaron en la quinta del Bajo de Galán: era el perfume de su cuerpo. Rompió el papel y encontró uno de sus guantes; dentro de él, una flor seca, recuerdo de su última tarde, cuando él partía a reunirse con Quebracho, en el sur.

Guardando la prenda entre la camisa y el pecho, desdobló la nota, donde Nacha le reafirmaba su amor, recordaba los días en la quinta, y cuánto necesitaba su presencia. La carta había sido escrita antes de conocer la muerte de su esposo, pero en nota al pie le decía que Farrell le contaría lo sucedido, y que en cuanto llegase a Córdoba, y ella recuperara el guante, podrían casarse.

Contento, se reunió con Farrell que, con Camargo y Videla, discutían el camino más conveniente a Quebracho Herrado. Decidieron cabalgar unas leguas y hacer noche en Calchín. Los perros salvajes salían de cuando en cuando de los matorrales y trotaban a la par de ellos, furtivos y rápidos para el asalto. Detrás de Fernando, Ciriaco murmuró:

—Están cebados.

—Deben hallar muchas vacas perdidas.

Videla, sombrío, dijo:

—No crea, Payo; es por la carne unitaria. Se han comido a los bravos de Lavalle.

Con un sacudón, Fernando recordó la batalla de Quebracho Herrado, un año y meses atrás, cuando conoció a Ignacia. No olvidaría la estampa apocalíptica: aquel hacinamiento de cuerpos aún calientes, las cuarteras con vestidos rotos, tratando de poner a salvo a los niños que cargaban con ellas, a sus compañeros heridos. Y en el borde del monte, la jauría, apenas visibles las orejas inquietas, volviéndose audaz con el olor de la sangre. Peleando con los perros de los soldados, que no querían apartarse de sus amos, ya muertos, ya heridos, a quienes defendían a dentelladas hasta caer exhaustos sobre sus restos...

Un tapiz de cadáveres.

Con dolor, pensó: «¡Lástima de sangre! Si no terminamos con esta guerra maldita, solo nos quedará la secuela fatal de robar y degollar».

## 38. LETANÍAS ATENDIDAS

«No se conoce el tenor de la carta del “Manco”, pero la mención de Paz por parte de Calixto María González sin el consabido insulto de “salvaje y asqueroso unitario” que era ritual, sumado al recuerdo de la actitud benevolente que López había tenido con Paz en 1829, hacen pensar que existían contactos entre ambos y que el general sublevado en Corrientes trataba de ganar nuevamente la benevolencia de “Quebracho”. Este, acostumbrado a jugar a dos puntas, debe haber aceptado conversaciones a través del habilísimo González».

Roberto A. Ferrero, *Manuel López «Quebracho» y la época rosista*

CAMINO A CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1842

**U**n día después, Corvalán y Gaúna organizaban todo para emprender viaje: Rosendo guiaría a Monforte y Saint-Jacques a encontrarse con Fernando, y ellos regresarían, a Santa Fe uno y a Corrientes el otro.

Don Blas, que siempre iba a Buenos Aires por el sur, no conocía la zona, y mientras se iban acercando a Quebracho Herrado comenzó a ver huesos humanos, negruzcos y cuarteados, por los campos. Rosendo le explicó que eran despojos de los caídos en la batalla entre Oribe y Lavalle, en noviembre de 1840. Animales depredadores y aves carroñeras los habían desparramado a grandes distancias. Persignándose, el riojano explicó:

—Pior será pa' cuando llegemos, porque ahí, las Ánimas aguaitan a los cristianos en forma de bolas de fuego que corren por toditos lo'slados. Hay que decir un credo y morder la vaina del cuchillo. Ya saberá el consuelo que siente...

El francés sugirió que se apartaran del osario en cuanto llegaran al campo de batalla, por una cuestión de salud. Sebastián mejoraba como para abrigarse con un poncho y sentarse al sol. Había comido carne de un venado que cazara Monforte —cuereado por Fares y asado por Rosendo— en vez de la lengua hervida. Saint-Jacques recibió en una taza la sangre que rezumara de la carne a medio asar, y poniéndole unos granos de sal, se la dio a tomar. El jugo de las últimas naranjas completó la dieta de aquella noche.

Rosendo, al verlo con ánimo de caminar, cortó la rama de un chañar con su facón y le hizo una muleta para que le ayudara a sostenerse.

Mientras cabalgaban por suelo cordobés, Monforte dijo con satisfacción: «Esta es otra comarca», pues las arboledas, después de una zona desértica, se volvían más altas. Se veían campitos cercados de ramas y estacas, los ranchos recién encalados, con hornos de pan, gallinero, corral de cabras y una pequeña huerta. No faltaban sembradíos de trigo o maíz.

Acamparon al atardecer, comieron de las provisiones, y Rosendo propuso quedar de centinela, pues si llegaba algún chasqui de Fernando, Fares no lo reconocería. La

noche era helada y silenciosa, como siempre al final del otoño en el campo. Mantuvieron el fuego alto para hacerse ver a distancia, pues ya en Córdoba, las fuerzas de Quebracho y de sus oficiales, entre los que se contaba su hijo José Victorio, se encargaban de tener a raya a malones y cuatrerros.

Al amanecer, Saint-Jacques se sobresaltó al oír temblar la tierra bajo los cascos de una tropilla. Luego, el vozarrón de Rosendo gritando la bienvenida y golpeando el carretón para despertarlos. Se levantó medio atontado y sacudiendo a Sebastián, le dijo en voz baja:

—Bastien, Bastien... ha llegado tu hermano.

Aún levantándose los tiradores del pantalón y con el saco colgado de un brazo, abrió la ventana. A pesar de ser muy temprano, la claridad del día lo cegó un instante. Una veintena de hombres, entre los que distinguió a Farrell, que no había cambiado mucho desde que lo viera por última vez, le levantó un peso del corazón: ya no estaba solo para cuidar a su amigo, ahora otros compartirían la tarea con él.

No hubo necesidad de que nadie le señalara a Fernando; un hombre como él, que no pasaba inadvertido —por su prestancia y su aire arrogante—, no podía ser otro que un Osorio. Lo vio desmontar con presteza y entregando las riendas, se dirigió de inmediato al carromato.

Armand se volvió a ayudar a Sebastián que le pedía una camisa, pasándose la mano por el pelo, tratando de mejorar su aspecto lastimoso, cuando la puerta se abrió y la luz quedó oscurecida por el cuerpo de su hermano. Fernando parpadeó, tratando de divisar algo entre las sombras de la ambulancia.

—¿Sebastián? —dijo, y su voz no era tan firme como su aspecto y sus ademanes; era la voz del hermano menor encontrándose con el mayor en medio de una guerra, en medio de la aflicción, en medio del descampado. Su hermano se puso de pie, pero tambaleó por la emoción; Saint-Jacques iba a sostenerlo cuando Fernando se adelantó, lo recibió en su pecho y lo abrazó estrechamente.

—Hermano... hermano... —murmuró.

Sebastián sollozaba secamente y Saint-Jacques bajó del coche, cerrando tras de sí la puerta. Farrell se le acercó, también emocionado, y luego de darle la mano y sostenérsela entre las de él, se pusieron a hablar de la salud de su amigo. Los pájaros comenzaban la cantata matinal y parecían competir con sus trinos.

Monforte, que regresaba de la laguna donde había ido a asearse, se detuvo a observar el grupo. Con una sonrisa cáustica, esperó su turno para entrar en escena, pero Farrell lo divisó y se acercó a él con los brazos abiertos.

—Amigo —le dijo—, permítame agradecerle lo que ha hecho por Sebastián.

Él intentó restarle importancia; luego vendría el relatar los hechos, el contar hazañas y encuentros fortuitos: la trama que los dioses tejen, mientras se muestran generosos, para que el destino sea, a veces, favorable a los hombres.

\* \* \*

Todo era sombras cuando, días después, bajaban el barranco hacia la ciudad de las campanas. Aunque no era tarde, el frío y la noche temprana de invierno mantenían a la gente en sus casas. Los faroles comenzaban a brillar, señal de que Ventura y sus ayudantes andaban iluminando las calles.

En casa de misia Francisquita la familia y los criados se hallaban reunidos en el salón. La señora había mandado pedir a las hermanas Núñez del Prado un San Roque muy milagroso, para rogar por la salud de Sebastián. Según les mandara aviso Farrell con uno de los peones, los viajeros deberían haber llegado la tarde anterior, lo cual tenía a todos preocupados. Canela llamó a la oración tocando la campanita de cristal y una vez congregados, misia Francisquita advirtió a los presentes:

*Los que tocados de la peste  
Invocaren a mi siervo Roque  
Se librarán por su intercesión  
De esta cruel enfermedad...*

Luego comenzó a orar en voz alta: «Piadosísimo confesor de Cristo, glorioso San Roque...».

Martina, detrás de las señoras, rogaba en su corazón con palabras más sencillas:

*Santito lindo, santito bueno,  
Has de responder a mi ruego  
Y servir según lo hiciste  
Con la salud de Consuelo...*

Consuelo seguía las frases de misia Francisca, esperando el regreso de Farrell. Estaba desconcertada ante lo sucedido: siempre había sentido afecto por el comandante, siempre pensó, con Laura, que era uno de los hombres más apuestos de la ciudad, pero jamás imaginó que iba a enamorarse de él, y mucho menos que él fuera a fijarse en ella. Lo amaba por su comprensión: cuando todos se exasperaban porque no podía olvidar a Marcos, él la consolaba en el recuerdo que quedaría en su corazón. En su relación con su primer amor, se sintió la hermana mayor, la que debía protegerlo del mundo y de sí mismo, la que debía darle fuerzas. Pero este sentimiento era distinto, era lo que siempre, siempre, añoró tener: un hombre de carácter, amable y protector, sereno ante los problemas, valeroso cuando debía, que estuviera a su lado, que la aplacara en sus miedos. Congeniaban sin esfuerzo; él era divertido a su modo un poco irónico, pero con una ironía que no lastimaba, que sacaba sonrisas. No era insociable, pero disfrutaba de la soledad y guardaba su intimidad. Le gustaba leer, como a ella, y quizás la dejara que lo ayudara en sus Memorias. Esperaba vivir en El Oratorio, cerca de Laura y Robertson...

Mientras repetía «y como si nada fueran las fiebres y dolores que padeces ni el

hambre que te aqueja ni el abandono en que te ves...» pensó que debía confesarle que no era virgen, que se había entregado a Marcos antes de que partiera con Lavalle. No se avergonzaba, pero para que sus relaciones fueran diáfanas, tenía que decírselo. Si a él le parecía mal... No; no iba a pensar en eso justo ahora que era feliz...

A su lado Ignacia, con los codos apoyados en el posamanos del reclinatorio, las manos entrelazadas y la frente en ellas, los ojos cerrados y el corazón inquieto, rezaba inconscientemente mientras recordaba la primera vez que se encontró con Fernando en Quebracho Herrado. Al verla impávida en medio de los muertos, él le había preguntado si tenía corazón. Ella, todavía perturbada por lo sucedido con Alfonso —a quien casi había asesinado en la sala de armas de su casa, en Mondoñedo—, le contestó: «¿Para qué? Algún hombre se encargaría de rompérmelo».

Le había atraído desde un principio, más alto y corpulento que el resto de los que lo rodeaban, el pelo casi blanco de rubio, la piel atezada por el sol y los ojos azules, inquisitivos. Oribe y Pacheco tenían fama de ser apuestos, pero ¡qué poca cosa parecían a su lado! Mandaban ejércitos, pero eran príncipes; Fernando dirigía una horda de gauchos y ranqueles, pero era un rey. «Mi soberano», pensó, «el dueño de mis sentidos, el amo de mi corazón».

Mientras musitaba «¡Oh! No extraño seas tú visitado con indecibles favores y gracias celestiales, al paso que yo soy castigado por la Divina Justicia...», se mordió los labios. Lo deseaba intensamente; deseaba su fuerza, oponerse a él, reírse con él, compartir la cama y el plato, beber vino de la misma copa, feliz de que aceptara su naturaleza y no le tuviera miedo. Y mientras rezaban las últimas invocaciones, imaginó que, en la fría oscuridad invernal, llevando a Zegrí en el puño, cabalgaba a su lado hacia Los Algarrobos.

Delante de ellas se encontraba Leonor, rezando a la par de misia Francisquita, murmurando las palabras correctas: «Líbrame también a mí, y libra a Sebastián...». Con un suspiro recordó el rostro atractivo de Monforte. ¿Qué pasaría cuando regresara? La desvelaban sus desapariciones, sus mentiras. Debía tener cuidado, quizás don Braz se hubiese equivocado, y fuera un timador. Pero ¿qué importaba ahora? ¡Traía a Sebastián a casa! Solo por eso, olvidarían las preguntas incómodas.

De pie, al fondo, Monserrat balbuceaba su propio ruego: «Que San Roque me libre de los contagios del cuerpo... que Rosendo vuelva a mí...», porque después de vivir arriesgando el cuero, defendiéndose como varón y trabajando como mayoral, sentía un profundo deseo de hacer rancho, de tener un hombre que le prestara la espalda, que le diera hijos y le echara un pial si hacía falta, que ella sería tan brava para defenderlo como él lo sería por ella.

Canela, a su derecha y de rodillas, no oraba. Mecida por el murmullo de los rezos, se acordaba del ayudante de Monforte. Últimamente no pensaba en Camargo, que la requebraba como a muchas pero jamás dejaría a su mujer, la de El Pueblito. Fares, antes de desaparecer —el Diablo sabría dónde—, había dado en seguirla por la calle, con divertido descaro, echándole el aliento en el cuello y murmurándole en un

extraño dialecto frases enredadas que la hacían reír.

La señora de la casa concluyó, cerrando el devocionario con un golpe: «Has de hacer una buena confesión; y no dudes que si conviene a tu eterna salvación, serás libre de todo contagio». Por dentro, rogaba que preservara a Sebastián, el único hombre que se quedaría con ellas y atendería los asuntos de familia; el que educaría a los niños, aconsejaría a los jóvenes y se preocuparía de casar a las niñas, averiguando intenciones, virtudes y defectos, si había taras en la familia del candidato y si su capital era suficiente. Fernando era una roca contra las maldades y acechanzas del mundo, pero no servía para nada más, salvo para hacerle perder el juicio a mujeres como Ignacia.

Quebracho, su amigo de siempre, le había mandado una carta: «Digna amiga de mi aprecio», la encabezaba. Le decía que se alegraba de que volviera su sobrino, quien recuperaría el mando de la familia, como hijo primogénito; que no estaría tan sola en sus responsabilidades, ya que él necesitaba al Payo «pues tengo gran confianza en mi ahijado, que nunca se dará vuelta, como otros que comen de mi mano y muy luego me la muerden si tienen ocasión...». Que junto con esa carta mandaba otra a Tamini, su médico de cabecera, para que atendiera a Sebastián. Pero la hacía responsable de su comportamiento político y le recordaba que cualquier desviación sería castigada con rigor. «Espero tener solo buenas nuevas de su casa. No están los tiempos del presente para andar zonceando. Recuerde que las malas juntas son la semilla de toda perdición. Y que quien no pone orden en su mesa, después no puede quejarse que otro venga a decir lo que se sirve».

Francisca se estremeció; temía los enojos de Quebracho. No era hombre de andar con vueltas. Y así como no se ensañaba con sus puniciones, tampoco era de dejar sin castigo, al que llamaba justa vindicta, sobre todo ante la traición y la deslealtad de los que le debían.

Posiblemente Sebastián no tendría salud para andar maquinando revoluciones, pensó ella, pero por las dudas lo mantendría vigilado. Una campana de alarma sonó en el fondo de su mente: «Malas juntas» había escrito su amigo el gobernador. Bien sabía que sus medias palabras eran siempre deliberadas. Y uno de los mejores amigos de Sebastián —además de Derqui— era Fermín Manrique, y había oído cosas... como que estaba comprometido en un movimiento sedicioso contra Quebracho, con gente de Traslasierra. Alejandro Aparicio, ese valiente muchacho que se casó con Leandra, la hija de los Calderón, estaba entre ellos... Con la frente baja, mientras los presentes pedían en silencio algo personal al santo, se dijo que la vida de Fermín y Alejandro no valdría nada si algo de aquello trascendía...

El rigor de las últimas frases del gobernador se atenuaba, pues decía como al pasar: «... quizás tu sobrino me traiga alguna carta de por allá...». ¡Viejo zorro!, se sonrió. Esperaba, indudablemente, carta del general Paz, pero no lo nombraba y tampoco lo hacía con Sebastián ni nada que distinguiera a quién iba dirigida la carta. «Reciba finos afectos de su amigo, que nunca la olvida ni desprotege», concluía en

afectuoso tono, del que, sabía muy bien ella, también había que cuidarse.

\* \* \*

En el zaguán, el negrito Casildo dormitaba sobre el poyo, envuelto en su poncho. Estaba encargado de abrir la puerta en cuanto sonara el llamador y salir corriendo en busca del doctor Pizarro y del doctor Tamini, pues nadie sabía en qué estado llegaría el enfermo después del largo viaje.

Por eso el primer aldabonazo lo hizo saltar y, corriendo hacia el patio, avisó:

—¡Ái vienen, ái viene el mozo!

Pero ya se oían caer las sillas y chirriar los sillones, sonar las puertas y las mujeres apurándose a recibir a los hombres.

Francisca, exasperada, golpeaba el piso con el bastón pidiendo calma y maldiciendo su dignidad, que le impedía atropellar para acoger al hijo mayor de su hermano mayor, ahora cabeza de familia.

## 39. CLAVES: VIVIR O MORIR

«En el Archivo Histórico de Córdoba se encuentra esta carta de un oficial del general Paz: está escrita en la cifra secreta usada por el jefe unitario. Es uno de los muchos documentos existentes en ese archivo que no había podido descifrarse hasta ahora. Nuestro colaborador Barrionuevo Imposti logró descubrir la clave usada y ello permite revelar el secreto que hasta ahora oscureció su contenido...».

Epígrafe de «Las claves secretas del general Paz», por Víctor Barrionuevo Imposti para *Todo es Historia*, número 9

CIUDAD DE CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1842

**E**n los días que siguieron, la casa estuvo en febril movimiento. Misia Francisquita prohibió toda visita que no fuera la de la familia más cercana, solo la de los médicos y de los abogados, así que los conocidos peregrinaban a casa de doña Leonor, de las Villalba y de las Núñez del Prado, tratando de recoger noticias.

Se habían dispuesto las habitaciones para Sebastián y Saint-Jacques, y designado a cada criada una función, para atender la comodidad de ambos. La presencia de los galenos era diaria. Una vez llegados sus sobrinos, se hicieron presentes el doctor Pizarro y el doctor Tamini, que confirmaron el diagnóstico del francés y la medicación.

—Si se le sigue administrando la quinina, es posible que al cumplirse un año de su afección retorne nuevamente la salud a su cuerpo —dijo Tamini—, aunque nunca se curará del todo.

—Podrá llevar una vida normal, pero cada tanto tendrá recaídas —aclaró Pizarro.

—Las consecuencias no serán tan dramáticas; hay muchos que, medicados, llevan una vida casi normal.

—Un ejemplo de lo que usted dice —aclaró Saint-Jacques, para tranquilizar a las señoras— es el doctor Bonpland. Padece del mismo mal, pero lleva una vida muy activa.

—Así como el secretario de La Madrid, el doctor Benjamín Villafañe, que estaba postrado en Córdoba con las tercianas cuando entró Oribe —añadió Cáceres.

—Es verdad —dijo Fernando—. Aunque afiebrado, se subió al caballo y siguió peleando hasta que cayó Lavalle.

—¿Hay peligro de muerte? —preguntó misia Francisquita.

—Sí, madam. Si le faltara la quinina por largos períodos, es inevitable la muerte.

—Por eso aconsejamos —intervino Pizarro— que tengan reservas de ese remedio, por más guerra que haya de por medio.

Sin embargo le advirtieron que, por el curso de la terciana, era posible que muy pronto volvieran los ataques, con intervalos semanales de mejoría y regreso al estado febril. Y dejaron una lista de los remedios alternativos que podían ayudarlo:



\* \* \*

*Tomar diariamente jugo de pomelo, limón o naranja.  
Ocuparse de que tomara abundante agua pura.  
En cuanto a infusiones: la canela y albahaca  
de la llamada «santa», eran muy valiosas;  
debían mezclarlas con miel y pimienta.  
En su dieta no podían faltar verduras crudas y frutas frescas.*

\* \* \*

Ignacia, hasta entonces callada, interrumpió para explicar que había buscado en los libros de su padre varios remedios para bajar la fiebre.

—La bolsa de frío es muy efectiva, pues se aplica al cuerpo entero. Debe tomarse una sábana de lino y sumergirla en agua fría. Luego se estruja para sacarle la mayor cantidad de agua y se envuelve con ella el cuerpo y las piernas del paciente. Debe aplicarse cada tres horas, durante una hora, cuando le suba la temperatura...

El doctor Pizarro la felicitó, pero aconsejó:

—No olviden poner botellas de agua caliente en las plantas de los pies y a los costados del cuerpo.

Fernando se alegraba de que Ignacia supiera tanto, porque si se iban a vivir a Los Algarrobos, serían necesarios los Tratados de su padre: en el campo, si no se tenía una «machi» cerca, mucha gente moría antes de que llegara un médico; las distancias, los conflictos y la falta de transporte no ayudaban a sobrevivir.

Armand les explicó que pasados cuatro meses iban a notar una mejoría.

La familia, sus amigos, sus primos y especialmente Fernando, querían conversar horas y horas con Sebastián para ponerse al día después de tantos años de ausencia. Misia Francisquita y Leonor se turnaban con Ignacia y Consuelo leyéndole para distraerlo o haciendo labor para guardar su sueño.

En los pocos días que Fernando permaneció en Córdoba, se sentaba a su lado sin que nadie los interrumpiera, pues debían poner en orden sentimientos y, sobre todo, despejar las sombras entre ellos, alcanzando a compartir la mutua desilusión con sus respectivas facciones y los hombres que las representaban. Sorpresivamente, se habían acercado a ideales más moderados y realistas, encontrando coincidencias entre lo que querían y lo que pensaban.

—¿Has visto la atrocidad de esta guerra? —preguntó Fernando.

Y Sebastián contestó:

—Algo bueno ha resultado de ella: volver a encontrarnos y saber que, después de

tantos años, pensamos hoy de una manera semejante.

Fernando se quedó mirándolo, y poniéndole una mano sobre el hombro confesó:

—Lo que más me alegra es que ha sido como si no nos hubiéramos alejado, como si todavía yo estuviera en el Monserrat y tú en la Universidad y no sospecháramos que un día nos enfrentaríamos en La Tablada.

Pero muy pronto tendría que dejar a su hermano para regresar a La Carlota —un puñado de hombres de Peñaloza incursionaba por el sur— y maldecía su misión: cuando Quiroga se fue a Buenos Aires, él se alistó con el Chacho y no le hacía gracia tener que enfrentarlo ahora, pues lo respetaba como verdadero federal a quien los obsecuentes rosistas tildaban de unitario. Ignoraba que el Chacho, derrotado en Los Manantiales, había huido a Chile.

No obstante, tuvieron tiempo para contarse los sinsabores de amar a mujeres casadas. Sebastián le habló de Edmée, de cómo su marido, un noble que podía ser su abuelo, la tenía encerrada en un castillo, en Quimperlé.

—No reciben a nadie. La última noticia que tuve es que estaba muy enfermo. Pero, con esta guerra, es imposible que lleguen o salgan cartas. Aun así, le he escrito a través de su hermana, que se comprometió a llevarle mis cartas cuando la visitara en Quimperlé. Quizás llegaron noticias a la embajada de Montevideo, pero con los ríos vigilados y yo así... ¿Sabes? Soportaría todo lo que sufro en cuerpo y alma, si solo pudiera leer unas líneas escritas por su mano.

Fernando le contó que estaba más tranquilo, pues a causa de la viudez de Nacha sus tías habían simulado no ver cuando al llegar ella se precipitó en sus brazos. Y aunque predicaban recato, no les impedían conversar de lo que planeaban hacer con sus vidas.

Se había refugiado con Ignacia en la quinta del Bajo de Galán, en una atmósfera de alegría y libertad, y aquellos pocos días fueron para ellos un vino embriagador.

Antes de partir hacia La Carlota, Fernando se sentó y habló con su hermano, diciéndole sin reservas lo que podía pasar si se implicaba en alguna sedición contra Quebracho.

—He dejado mi vida en prenda por la lealtad que debes al favor de mi padrino —y después de una pausa, continuó—: Pero eso no es todo; tía Francisca se ha comprometido a cuidar de que no hagas zonceras juntándote con los enemigos que complotan contra él.

—Payo, ¡me mortifican tus palabras! Jamás arriesgaría a los de mi sangre en esta contienda. No me importan los laureles y he perdido la fe en la lucha; pasarán años y hechos hasta que pueda recuperarla.

Fernando se sonrió y se echó hacia atrás en el sillón.

—Nunca dudé de ti, pero debía decírtelo —y palmeándole el brazo, lo instó—: Si te sientes con ánimo, podemos salir al patio; les darás un alegrón a las mujeres.

—¿Y Canela, no me habrá hecho una tortilla con grasa, como la que mandó con Eduardo? Me hizo volver a la infancia.

—Recién llegas y ya te están consintiendo. Vamos, entonces.

—Ayúdame, quiero ir a la cocina.

Soñaba con esa habitación cálida, negra de hollín, acogedora en los aromas de las comidas y las ramas de romero y laurel colgadas de una viga. Recordaba los toneles llenos de manzanas traídas de La Antigua, los quesos de El Oratorio en los estantes y las bateas de naranjas de Los Algarrobos; le espabilaba el alma la risa de las morenas haciendo chistes, pellizcándolo a escondidas y ofreciéndole el mate con corteza de vainilla.

Dentro de su debilidad, Sebastián había recibido a Eduardito Páez y a Manuel Cáceres. Él y Medina Aguirre no se conocían.

Farrell solía ir todas las tardes para verlo y pasar unas horas cerca de Consuelo. Todos intuían lo que pasaba entre ellos, pero hacían el «no ver», conociendo la timidez de Consuelo. Misia Francisquita, con gran alegría, vio cómo su semblante se iluminaba día a día y le brillaban los ojos. Sin que la señora le sugiriera que dejara el luto, empezó a vestirse de gris perla, con una nota de color. Leonor le había regalado uno de sus delicados perfumes, que ella tomó a bien usar. Mientras leía al enfermo, comenzó entre ellos una cálida amistad.

Sebastián se reponía del rigor de su enfermedad y del azaroso viaje, y misia Francisquita escogía las visitas a la casa. Se sentía en deuda con Monforte, pues habiendo este velado para que su protegido llegara salvo a Córdoba, enviaba a Fares a preguntar por él.

Fue así que mandó a Casildo con una invitación verbal —lo que mostraba la informalidad del encuentro—, que le reafirmaba su condición de familiar.

Monforte aceptó y esa tarde se apersonó vestido con sus mejores prendas, lo mismo que Fares, haciendo olvidar los capotes manchados de tierra con que afrontaran el viaje.

Leonor se sentía nerviosa, pues desde el día en que llegaron no había vuelto a verlo. Aquella discreción, contraria al asedio con que la rodeara antes de partir, le hacía pensar que el interés por ella había menguado.

Lo recibieron en el salón, con los braseros encendidos. Un leve perfume a sándalo salía de un pebetero que Ignacia solía encender. Lo esperaban la familia y los íntimos para agradecerle los trabajos que se tomó por la persona de Sebastián.

Allí estaba Farrell, sonriente después de varios días de descanso, al lado de Fernando, que se mostraba mucho más cordial con el invitado. Consuelo e Ignacia, sentadas juntas, se veían radiantes, y no escapó a la sagacidad del español las miradas cruzadas entre las parejas. Sebastián, arrebujado en un poncho que fuera de su padre, se encontraba cerca del fuego. Saint-Jacques, de pie a su lado, lucía muy elegante con su ropa parisina. Poco después se integraron al grupo Páez, Cáceres y Medina Aguirre con Elvirita, su hermana, que fueron presentados a Sebastián.

No habían terminado los saludos cuando llegó el doctor de la Mota con el padre Ferdinando, quien mantenía largas charlas con Sebastián, interesado de nuevo en la

fe. La gran sorpresa fue encontrarse con Fernando en la sacristía, pidiéndole confesión y reconociendo con cortedad la promesa que hiciera por su hermano. «No es este un mal año, si he recuperado cuatro ovejas para Dios», pensó el religioso, recordando haber visto en el templo a Farrell y al francés.

Mientras todos hablaban animadamente, Leonor había quedado en silencio, aunque sonreía sin intervenir en las conversaciones. Monforte cada tanto clavaba los ojos en los de ella, sosteniéndole la mirada hasta que se veía obligada a bajarlos.

Francisca se acercó a su hermana y le preguntó:

—¿Por qué esos colores, queridita?

—Es el calor del brasero. Me sofoca —contestó Leonor, y poniéndose de pie se acercó a la mesa para que Canela le sirviera un vasito de ponche. Cuando la morena iba a entregárselo, Monforte lo tomó de su mano y lo ofreció a su cortejada con esa sonrisa que le marcaba dos líneas junto a la boca, que tanto atraía a Leonor. Se miraron a los ojos y él sacó una caja achatada del interior de su levita: había mandado hacer, por un orfebre paraguayo, en Corrientes, un broche de oro y rubíes para su capa. Ella, aturdida, murmuró: «Aquí no».

Él le respondió:

—Mañana, en vuestra casa, a la hora del Ángelus.

Y sin darle oportunidad de negarse, se acercó a Fernando y lo apartó de los otros.

—Me he enterado de que pronto partiréis hacia La Carlota, quisiera hablaros.

Como Fernando lo mirara interrogativamente, él, de espaldas a los invitados, expresó:

—Necesito de vos un favor —y le entregó un paquete de cartas—. Os pido por mi vida que las entreguéis en propia mano al gobernador, sin que nadie lo sepa ni nadie os vea.

—Tengo confianza en mis hombres —dijo Fernando con altanería.

—¿Arriesgaríais la vida de vuestro padrino?

—¿Qué significan sus palabras? —preguntó Fernando, intrigado.

—Las suertes de la guerra son impredecibles, y la tortura puede hacer hablar a las piedras. Lo conveniente sería que, de acuerdo con vuestro hermano, digáis que estas cartas le fueron entregadas a él cuando supieron que regresaba con su familia. Están cifradas, para que no comprometan a nadie, aunque el solo hecho de su escritura determina la necesidad de que sean de importancia política.

Fernando las guardó de inmediato en un bolsillo, porque no podía negarle nada a aquel hombre providencial para su familia: Saint-Jacques le había contado cómo los libró de la muerte por mano de los «montaraces» y todo lo que hizo en el viaje por ellos. No podía dejar de recordar las palabras del viejo Ruderiquiz, vaticinándole que salvaría a alguien de su sangre.

Una de las criadas se acercó a misia Francisquita para decirle algo al oído. La señora dejó el salón discretamente. Pasó al escritorio y cerró la puerta. Allí la esperaba Fermín Manrique; con las manos a la espalda, el joven recorría los títulos de

la biblioteca. Se volvió sonriente, acomodó el peinado con un movimiento de cabeza y le besó la mano con un saludo afectuoso.

—He venido a darle un abrazo a Sebastián —anunció, desconcertado al ver que ella no lo invitaba a pasar.

—No lo verás. Y será mejor que ni pases por la vereda de nuestra casa.

Y ante la palidez del joven fiscal por el exabrupto, lo obligó a sentarse y le explicó calmadamente:

—Estás jugando con fuego, y te vas a quemar hasta el alma. Con Quebracho no valen ironías ni vivezas; es zorro como el que más, y ya te tiene señalado. ¿Qué diría tu padre, don José, que en paz descansa, si supiera en lo que andas? ¿Y qué será de doña Plácida, tu madre, que tanto te necesita, si le faltas? Por tu bien, por el de ella, por tu prometida, que ya tiene ajuar, te aconsejo: deja de jugar al redentor de pueblos, mantente lejos de conspiradores, sé dócil con el gobernador y no te juntes con ningún enemigo de su gestión. ¿Crees que no se comenta en lo que andas? ¡Media Córdoba lo sabe!

Él, con los codos sobre las rodillas y las manos entrelazadas, movió la cabeza sin mirarla.

—No puedo... —murmuró—, estoy comprometido con ellos... no puedo dejarlos en la estacada.

—Vete a otra provincia, vete a Santa Fe, aunque más no sea.

—¿Y mi madre? ¿Y mi novia? —preguntó el joven, mirándola con desesperación.

—Que te sigan luego.

—¿Y mis amigos, y la Constitución que ansiamos?

—Deja tus sueños para más adelante.

El joven fiscal se puso de pie, pasándose un pañuelo por los ojos.

—No puedo; no puedo vender mi alma, mis ideales, mis... —murmuró y dejó la habitación atropelladamente, olvidando la capa en un sillón.

Francisca oyó el golpe de la puerta y se quedó un rato en silencio. Martina se asomó y preguntó:

—¿Todo está bien, señora?

—No, todo está mal, pero nada puedo hacer para remediarlo. ¿Me buscas para algo?

Notándola preocupada, Martina evitó decirle que había pescado a Canela escabullándose con Fares tras la enorme higuera del último patio. Por eso, respondió:

—No, solamente miraba si usted necesita algo.

Francisca se puso de pie y aceptando el brazo de la negra atravesó el patio.

—Bien cierto es que ni Dios ayuda al que no quiere ayudarse —fue su comentario.

Al llegar a la galería, el sonido de las voces proveniente del salón entibió su ánimo. Miró por la ventana y se confortó. No permitiría que nada quebrara esa paz duramente ganada sobre la sangre de tanto odio.

## 40. LA LEY DE LOS HOMBRES

«Lo curioso es que el amor no tuvo nada que hacer en el asunto. Genoveva no amaba a Chaves, Chaves no amaba a Genoveva. La señorita Soria se casó con el doctor Ángel Navarro, sin que en muchos años oyese hablar para nada de Chaves. Este se casó también, tuvo hijos, y ya peinando canas, fue a presentárselos a su salvadora. Debe haber sido una conmovedora escena...».

Roberto J. Payró, *En las tierras de Inti*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1842

Las noticias llegaban tarde, pero llegaban. Por contactos de Camargo, Sebastián y sus amigos se enteraron de que a fines de junio Giuseppe Garibaldi —un militar italiano de ideas republicanas— había intentado llegar a Corrientes por el Paraná, con armamento para el gobernador Ferré. No pudo cumplir su misión: fue detenido por el almirante Guillermo Brown en la isla Martín García.

Aquello posibilitó que Oribe cruzara a Entre Ríos y avanzara hacia Uruguay. Mientras tanto, a pesar de los ruegos del general Paz y de otros aliados a Ferré, pidiéndole que afianzara lo ganado en Caá-Guazú, el gobernador correntino no escuchó razones, pero sí a Fructuoso Rivera. En poco tiempo, la victoria del general Paz sobre Echagüe naufragaba en la incertidumbre; comenzaron las deserciones y los vecinos implicados con los unitarios debieron exiliarse.

A estas noticias desalentadoras —para los que guerreaban por la Constitución— se sumó la decapitación de Ciriaco, hijo del general La Madrid; Nazario Benavídez, después de tenerlo prisionero en San Juan, lo envió junto con Julián Frías a La Rioja, donde fueron ajusticiados.

Mientras los hombres hablaban de hechos heroicos y destinos trágicos, las mujeres comentaban la suerte de otras mujeres, las atrapadas en la guerra: la esposa de Peñaloza, Victoria Romero, por defender al Chacho quedó con una cicatriz en la frente. Aquel suceso las estremecía: desde el abrigo de sus camas, de los salones y de la Iglesia, pensaban en la Chacha cabalgando al lado de su hombre, armada de lanza y defendiéndolo como tigre. Alguien dijo que él besaba la cicatriz de su mujer.

En Catamarca una joven, Genoveva Soria, se arriesgó a pedir clemencia para un soldado de Lavalle que había quedado enfermo en la ciudad. El unitario, Diego Chaves, era de buena presencia, tocaba la guitarra y tenía linda voz. Para sobrevivir daba clases a las niñas de familias acomodadas, pero al pasar la Liga del Interior por la ciudad se unió a ellos, y en esa instancia cayó prisionero del coronel Maza. En Catamarca, este reafirmó su fama de sanguinario cuando degolló al gobernador Cubas, a sus ministros y a seiscientos catamarqueños en la plaza principal. Al entrar, eligió como vivienda la propiedad de una reconocida señora unitaria, Celestina Recalde: era costumbre de ambos bandos forzar a las mujeres del partido opuesto a

recibirlos en sus casas. El coronel trasladó allí al prisionero y lo tenía «en cepo de lazo, al aire libre, hambriento y sediento, con centinela a la vista». Los catamarqueños, tanto federales como unitarios, se condolían de su suerte, pero nadie se atrevía a interceder por él: los unitarios por no hacerse notar, los federales para no ser sospechosos.

Como era costumbre, se obligó a la dueña de casa a dar un baile, donde todas las mujeres debían concurrir... sin luto. Se comenzó la reunión bailando un minué federal, entonado por hombres del pueblo; pero Maza, de pie en medio del salón, preguntó si no había alguna joven que cantara. Alguien señaló a Genoveva como la más apropiada y la niña, segura de sí, dijo que solo sabía cantar con su maestro, el prisionero que estaba en el fondo de la casa.

Maza ordenó que trajeran a Chaves, que apareció, desconcertado, barbudo y despeinado, «los ojos cavernosos, los labios descoloridos y la ropa en harapos». Avergonzado ante sus discípulas, mantenía los ojos en el suelo; alguien le pasó una guitarra y Maza le ordenó acompañar a Genoveva. Iba a negarse, pero ella, en voz baja, le rogó que obedeciera y pronto ambos deleitaban a la concurrencia con la música y sus voces. Los invitados aplaudían con entusiasmo y Maza parecía satisfecho. Luego de varias piezas, el coronel se acercó a Genoveva y, besándole la mano, le preguntó: «¿Y qué pide la linda cantora por su trabajo?».

Genoveva le mantuvo la mirada y con voz persuasiva señaló al maestro: «La vida de su prisionero».

Maza dudó, pero al mirar al infeliz —más artista que soldado— ordenó que soltaran al reo. Gracias al valor de una jovencita —contaban las matronas—, el soldado de Lavalle conservó la vida.

\* \* \*

En agosto Farrell invitó a Saint-Jacques a Ascochinga, donde visitarían a Laura, conocería a Robertson y se encontraría con Allende Pazo, compañero en la batalla de La Tablada. Armand aceptó, ya que Sebastián quedaba en manos de dos buenos doctores.

Eduardo Farrell se despidió de Consuelo, entregándole en la mano varias cartas.

—Una por cada día de ausencia —aclaró—. Para que no me olvides. Ella se ruborizó y, bajando la vista, le recriminó:

—¿Cómo puede pensarlo?

—Porque sé que de la Torre está de licencia; el sinvergüenza consigue que las mujeres perezcan por él —dijo el comandante, estudiando la reacción de la joven.

—Ignacio no es la clase de hombre que me atrae.

—¿Y cuál es esa clase? ¿Sebastián? Las mujeres, por instinto maternal, adoran cuidar a los enfermos. ¿O quizás Saint-Jacques? Es médico, elegante, discreto...

—¡No me atormente! —rogó Consuelo, cubriéndose la cara.

—¿Acaso puedo tener esperanzas de que me ames? —preguntó él, tomándole la mano, pues nadie les prestaba atención.

—Yo... —y con un suspiro, ella reconoció—: Tengo miedo de ser feliz.

—Cuidaré de ti, te lo prometo.

La voz de misia Francisquita los distrajo; Farrell alcanzó a decir a Consuelo:

—Te prometo que estaré en la ciudad para la fiesta del Purísimo Corazón de María. Ya sabes qué he de pedirle... —y al tiempo que se ponía de pie, susurró—: Consuelo para mi corazón.

Al retirarse, el comandante pasó por la casa que había comprado, y aunque tenía los muebles arrumbados en un cuarto —estaban reparando muros y vigas— se sintió vulnerablemente dichoso. Entendía a Consuelo: él también temía que ese amor recién descubierto se perdiera por alguna fatalidad.

Pronto se cumpliría un año de la muerte de su mujer, y entonces podría pedir a Francisca la mano de aquella joven. La vida había sido generosa con él al brindarle una segunda oportunidad.

\* \* \*

Sebastián, entre tanto, disfrutaba de su mejoría, y alentado por Consuelo e Ignacia comenzó a poner en orden sus pinturas; entre ambas bordaron un gran cartapacio para que guardara las ilustraciones; cada estampa despertaba la admiración y la curiosidad en ellas. Sentadas a sus pies, le pedían que explicara lo que veían: paisajes, escenas, animales, flores. La compañía de ellas animaba el espíritu del convaleciente, y misia Francisquita pensó que en ninguna casa debían faltar jóvenes hermosas y risueñas para despertar en los enfermos el deseo de recuperarse.

Al ver un cuadro pintado por Leonor, que mostraba el Pazo de Zeltia, Sebastián preguntó quién había sido su maestro, y ella le contó de su amigo, el belga que pintaba para el emperador de Brasil. El joven le propuso darle lecciones.

\* \* \*

De regreso de Ascochinga, adonde había ido a ver a Lucián, y a punto de partir hacia el sur, Fernando se presentó en casa de doña Leonor, sabiendo que misia Francisquita estaba con ella, para anunciarles que iba a casarse con Ignacia.

—¡Pero si aún no ha cumplido un año de luto! —exclamó Leonor.

—¿Y quién lo sabe? —contestó él sin delicadeza—. Salvo la familia y la Curia, que no saldrá a decir nada, todos la creen soltera.

—¿Y la prudencia, y la discreción? —insistió la señora.

—Miren quién habla —dijo misia Francisquita, dejando su tacita de licor de huevo a un lado. Leonor, arrebolada, se volvió hacia ella, quien la detuvo con un



gesto, señalándole a su sobrino—:...y mira a quién le hablas.

Fernando ni siquiera pestañeó. Acodado en una silla frailería, dejó que se arreglaran entre las dos; tenían decidido con Ignacia que, de encontrar oposición, se fugarían una noche, ya que eran mayores de edad. Francisca, que leía su mente como en libro abierto, lo señaló con el dedo.

—Ni pienses en hacer locuras. Nadie se opondrá al matrimonio, pero guardemos las formas. En primer lugar, hay que pedir al obispo las dispensas correspondientes; no sé si recuerdas que ustedes dos son primos hermanos.

—Pero, Francisca, ¿no ves que están pensando en huir juntos? —protestó Leonor—. ¡Bien conozco a mi hija!

Fernando continuaba tranquilo y en silencio. Misia Francisquita lo contempló tratando de contener la risa.

—¿Tienes algo que aducir a lo que dice tu tía?

—Que como sigan molestándonos mandaremos «participación de fuga».

—¿No piensas decirle algo? —se exasperó Leonor.

—¿Qué te gustaría que le diga?

—¡Que no se van a casar antes de que se cumpla el año de viudez de Nacha!

Misia Francisquita le recordó:

—Con el viaje por mar, el bloqueo del puerto de Buenos Aires, los problemas de nuestro correo, han transcurrido meses. Fíjate la fecha de la carta de Braz; estoy segura de que falta muy poco para que el año se cumpla —y dirigiéndose a Fernando—: Lo que debes apurar es el trámite con la Curia. Así que te pones tu mejor traje y ya mismo te vas a ver al obispo y explicas la situación.

En aquel momento Ignacia abrió la puerta y al ver a su madre contrariada se detuvo en el umbral. Interrogó a Fernando con la mirada pero misia Francisquita, sin volverse, le ordenó:

—Te vas a la sala hasta que terminemos con el tema.

—Yo... —quiso argüir.

Fernando, sin modificar su postura, dijo con voz firme:

—Espérame en la sala. —Y cuando Ignacia se retiró, se dirigió a su tía, conciliador—: Entonces, madrina, ¿usted me acompaña?

—Si lo pides así... ¿Cuándo quieres que vayamos?

—Ahora. Quebracho me necesita en la frontera y me convendría salir mañana al alba.

Francisca, que comprendía la situación, pidió la capa de invierno y el manguito para abrigarse las manos.

—Mientras me arreglan el peinado, ve a ver a esa chúcará y dile que se comporte. Todo va a salir bien y si no, como tú dices, te la llevas al monte.

Cuando menos lo esperaba, Fernando se inclinó y le dio un beso en la frente que la llenó de contento.

—¡No me comprarás con zalamerías! —se obligó a reprenderlo. Leonor salió

cerrando la puerta con fuerza para demostrar su enfado.

\* \* \*

Caía el atardecer, frío y ventoso, cuando Fernando y Francisca salieron de la Curia. A mitad de camino se encontraron con de la Torre, quien dijo:

—Han traído preso a Alejandro desde Catamarca.

Sabiendo el destino que esperaba al coronel Aparicio, enredado en una conjura contra el gobernador, Fernando prefirió no tratar el tema delante de su tía.

—Dentro de un rato nos encontramos en el bufete de Medina Aguirre —le propuso.

Antes de llegar a la casa, misia Francisquita tomó a Fernando del brazo y le preguntó, angustiada:

—¿Van a ejecutarlo?

Él prefirió decirle la verdad.

—Casi con seguridad, tía; han fusilado a Yansón, a Sardina y a otros hombres del Chacho... solo falta Aparicio.

—¡Dios mío, qué será de Leandra! ¡Sus hijos son aún muy chicos!

—Pues no debió meterse a sedicioso, ni aprovechar su cargo para conspirar contra Quebracho, que fue quien lo nombró comandante.

Desolada, Francisca ató cabos y pensó: «De esta, Manrique no se salva» y se alegró de haber hablado claro con él para no arriesgar a Sebastián en un malentendido. Hasta que todo terminara, su sobrino no debía aparecer en público ni recibir visitas.

Con una puntada en el pecho, hundió las manos en el manguito de piel. Dividida entre la amistad y el cariño de toda la vida por Quebracho, temía a su vez lo que él era capaz de hacer.

«Nadie piensa en las mujeres ni en los niños», se dijo, angustiada. Los hombres se metían en lides absurdas, perdían bienes y vida, y tanto el que tomaba el arma por sus ideales como el que firmaba la sentencia de muerte poco pensaban en las viudas y en los huérfanos que quedaban detrás, empobrecidos y aislados, signados por la sangre o el vínculo con el «traidor». En el caso de Fermín Manrique, su anciana madre quedaría desamparada y su joven prometida, desolada.

Los hombres hacían sus propias leyes, y estas eran incomprensibles para las mujeres.

\* \* \*

No eran días fáciles para Leonor. Mujer de temple, atenta a dominar su carácter, a llevar su vida con riendas cortas y a defenderse de las asechanzas de los sentidos,

ahora se sentía débil y angustiada. ¡Tantos años de negarse a amar, cuidando la honra de su marido y la de ella! Agradecida y feliz de haber compartido la vida con aquel hombre excepcional que fuera Clodio, que la había rescatado del vacío social para elevarla a una posición donde nadie podía hierla. Comprensivo, dedicado, que respetó siempre sus silencios y sus secretos. Poderoso, pero al mismo tiempo afable; de rara inteligencia, que le dio aquella hija que le traía dolores de cabeza, mas a la que admiraba por su valor y su carácter. «Qué extraño», pensó, «después de lo que pasamos bajo la ocupación de Oribe y de la persecución de Aveira, donde mostramos nuestro valor, nuestra predisposición a defendernos y también a ayudar a otros, de pronto, ante la paz, nos hemos vuelto, yo, pacata, y Nacha caprichosa e impredecible».

¿Sería esa la esencia de la femineidad: necesitar el ancla del amor por un hombre, la dependencia afectiva, el pertenecer a un compañero? Si en Ignacia era la distancia que los separaba con Fernando, en ella era la presencia de Monforte.

El cielo estaba gris, el frío tardío parecía colarse por puertas y ventanas y ella, sola con sus pensamientos, permanecía sentada en la penumbra del escritorio. Una de las criadas entró y le tendió una nota: Monforte le anunciaba visita.

Hizo prender los candiles y fue a arreglarse el peinado y a buscar un mantón de vestir. Fe avivó las ascuas del brasero y la mayordoma mandó preparar una bandeja con copas y bebidas espirituosas.

Mientras se perfumaba, oyó la aldaba y se quedó un instante en su pieza, esperando que lo hicieran pasar.

Cuando entró al escritorio, él la miró con ojos inquisitivos, como si estuviera buscando palabras para expresarse. Después, acercándose a ella, le tomó la mano, se la besó y la retuvo entre las suyas.

—Debo viajar y necesito hablaros.

Ella sintió un vacío sobre la cintura, como si fueran a despojarla de algo, como si algún lazo estuviera por cortarse.

Quizás, a través de la mano, transmitió a don Blas su decepción; sin soltársela, él le rodeó la espalda con el brazo y la guio hasta un sillón, acercando otro a su lado. La cabeza sobre el respaldo, ella volvió el rostro y cerró los ojos. De nuevo pesó el silencio, que él cubrió llevándose la mano de ella a los labios.

—Conocéis casi todo de mi vida, pero debo confesaros algo que ignoráis.

Y como ella intentara librarse —pensando que era casado—, don Blas sostuvo sus dedos con firmeza.

—Os amo más allá de lo que nunca imaginé amar a persona alguna, y no quiero que sospechas y suspicacias nos separen, si es que tengo la bendición de contar alguna vez con vuestro aprecio... no me atrevo a decir con vuestro amor. Por favor, miradme a los ojos; así sabréis que no os miento.

Y en voz baja, le explicó sus desapariciones repentinas y su condición de hombre confidencial del general Paz.

## 41. CAMINAR LA MUERTE

«Si estaba tranquilo en mi fortín, palo y palo con mi indiada, rodeado de mis más fieles milicos, sin tanto protocolo y alharaca de todos estos galerudos», rezongaba el gobernador Manuel».

Luis Carranza Torres, *La sombra del caudillo*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1842

En septiembre se supo que el gobernador López Quebracho, después de dos años de ausencia, regresaba del desierto. No todos en la ciudad estaban felices con la noticia; los seguidores de Arredondo y gran parte de los ilustrados federales temían su llegada, al igual que los pocos unitarios que no habían huido ante Oribe.

Demasiado rústico para una ciudad que creció al amparo de la universidad de los jesuitas; sin relación de sangre con las familias relevantes, su segunda mujer, una Arias de Cabrera, le otorgaba apenas un viso de respetabilidad.

Por otra parte, Córdoba aún no se había recuperado de la devastación a que las tropas llegadas de Buenos Aires la habían sometido: habían tenido un año para saquear, comprar a precio vil campos y estancias, imponer donaciones forzosas, incautar todo tipo de ganado y productos, a más de desplazar de sus cargos a los sospechados de no ser rosistas a ultranza.

A pesar de que durante la estadía del ejército federal Quebracho se encontraba fuera de la ciudad, esto no evitó que muchos ciudadanos sufrieran la injuria de la expropiación de sus bienes. Tal como le sucedió a don José Argüello, propietario de la estancia Casas Viejas, dueño de las canteras de Malagueño.

Por un decreto del 17 de mayo de 1841, se ordenó la confiscación de sus bienes al juez de primera instancia de aquella pedanía —don Cresencio Sosa— según estas instrucciones: «Pasaré Ud. a la mayor brevedad a la casa y morada de campo del muy salvaje unitario José Argüello y embargaré Ud. sus posesiones, con más todos los muebles y bienes semovientes, derechos y acciones formando al efecto un inventario prolijo e individual, con inserción de hornos, edificios, y latitud y longitud del terreno; realizado que sea los depositará en persona segura y federal neto, dando cuenta a esta comisión con las diligencias practicadas para su superior conocimiento y demás fines consiguientes. Dios guarde a Ud. Muy atentamente Pedro Antonio de Nis. Secretario Fernando Flores».

Lo triste fue que el secretario firmante, Flores, era primo hermano de Argüello. Aquella situación, tan común entonces, llevó a la separación de los miembros de muchas familias. Argüello, militar y político circunstancial —fue constituyente entre 1825 y 1826—, desde muy joven actuó junto a San Martín y Belgrano. Habiendo formado parte del Estado Mayor de Bustos, se vio obligado, con su mujer e hijos, a

emigrar a Chile. A pesar de que era ferviente federal, su relación con los «bustistas» lo enemistó con la gente de Quebracho.

En el inventario figuraba hasta «la huerta con su arboleda» y sus frutales, asentando que eran durazneros, vides, damascos, manzanos e higueras.

\* \* \*

Como el gobernador había anunciado el día de su arribo, los ministros le prepararon un digno recibimiento, a pesar del maltrecho erario público.

López Quebracho descendió a la ciudad por la Bajada del Pucará —tal como era uso y costumbre en una entrada triunfal—, tomó la calle llamada Reconquista y torció hacia la cuadra de la señorial casa que otrora fuera de Gutiérrez de la Concha, fusilado con Liniers en Cruz Alta. Aquel era su recorrido predilecto: había seguido ese camino en 1835, al hacerse cargo de la gobernación «sobre las lanzas de sus Terceranos». Como hombre de campo, era dado a observar la costumbre hasta la superstición.

Venía acompañado del escuadrón escolta, unos cincuenta negros fogueados en combates con el indio, montados en caballos blancos. Sujetaban, enhiestas, las largas tacuaras con sus gallardetes federales: era un grupo amedrentador, que se destacaba a la distancia; iban vestidos con pantalones rojos, chaqueta azul noche y gorros federales.

«Abría la marcha el propio mandatario, sobre un tordillo, vistiendo su uniforme de Brigadier general del ejército provincial. Casaca azul negra de cuello rojo alto, roja también en las mangas y pecho, con áureos laureles bordados. El oro sobre la sangre representaba la gloria que solo se alcanza después de la lucha...», escribiría mucho después uno de sus descendientes.

A la cintura llevaba el sable que el general Paz le había obsequiado en 1829, en su paso hacia Córdoba, cuando Quebracho era un simple comandante de milicias en los departamentos del Tercero. Aunque sin hacer alarde, no había prescindido del arma: los aceros y los caballos estaban por encima de las facciones políticas.

Siguiendo al gobernador, venía la bandera del escuadrón, donde las franjas eran de un azul oscuro, ya que el celeste había pasado a ser el color de los unitarios. En sus vértices campeaban cuatro gorros federales, y en su centro, un sol incaico. En la parte superior se leía «¡Viva la Confederación Argentina!» y en la inferior «Mueran los salvajes unitarios», ambas leyendas bordadas en oro.

A medida que atravesaban el rancherío que rodeaba a la ciudad, quinteros y pulperos, pardos de servicio, algunos negros, aguateros, matanceros, alarifes y peones se iban sumando a la tropa con gran algarabía: esa gente «con recursos tan escasos que apenas sobrevivían» —según el informe gubernamental de 1839— eran sus más fieles adeptos.

Sus modos campechanos hacían que se sintieran identificados con él,

especialmente cuando lo encontraban cabalgando al atardecer por las afueras de la ciudad, sin rehuir el trato con nadie, por más humilde que fuera. Por primera vez se sentían cerca de un gobernador, aunque fuese estricto con la religión y no tolerara a los «vagos y mal entretenidos», pues nunca negaba la ayuda a los más necesitados.

Por todo esto, se habían volcado en masa a la calle, llenando las veredas para aclamarle, mientras los perros callejeros corrían tras ellos alegremente, lanzando ladridos y enzarzándose en peleas.

Cerca de la Plaza Mayor se levantó un arco triunfal con flores y ramas de laurel, y frente a la Casa de Gobierno, funcionarios, comerciantes y vecinos respetables esperaban desde temprano, junto con las fuerzas de Guarnición, los Cívicos de Córdoba y el Departamento de Policía.

Allí, al aparearse con sus hombres, recibió los honores inherentes a su cargo; luego se dirigió al templo, donde fue bendecido por el obispo, y en cumplimiento de una promesa hecha dos años antes —en caso de volver con vida— entraron de rodillas desde el atrio hasta el altar para dar las gracias.

Al salir y siguiendo el protocolo, volvieron a montar y se dirigieron a caballo, por el Pasaje de Santa Catalina, hasta la Casa de Gobierno, ubicada detrás del Cabildo.

Contrastaba el entusiasmo de sus fieles con las fingidas sonrisas de sus enemigos solapados; entre ellos, los que no lo sabían, lo intuían: López, cansado de sediciones, venía decidido a utilizar las «facultades extraordinarias» que retenía desde el año 40, a pesar de que la Legislatura y el Poder Judicial estaban en funcionamiento.

Recibió el mando de su ministro general, Claudio Antonio de Arredondo, acompañado por Fermín Manrique, el fiscal de Estado. Con expresión impasible, paseó la mirada por sobre la cabeza de este, sin saludarlo ni dar muestras de conocerlo. Medina Aguirre y Eduardito Páez, que como funcionarios menores iban a presentar sus respetos, comentaron con Cáceres que la actitud del gobernador era inquietante y que su amigo Fermín, aunque lo disimulara, debía estar como en brasas.

Después de los saludos de cortesía, Quebracho entró a la Casa de Gobierno con paso firme. Palmeó con una sonrisa al negro desdentado, el encargado de la limpieza que se deshacía en reverencias, y con un parco ademán llamó a su lado a los que reconocía como más leales. Con ellos pasó a la gran sala y con un golpe seco puso el sable sobre la mesa del despacho —así como la primera vez había dejado el rebenque— para marcar la naturaleza de su poder. Regresaba a gobernar sobre ruinas.

\* \* \*

Misia Francisquita —al igual que otras familias— se encargó de mandar salutations, anunciando que no se atrevía a visitarlo pues prefería esperar que se acomodase después del viaje. Hacía énfasis en el contento que le daba saber que había retornado «con vida y en buena salud» ya que la Virgen de la Merced lo había cubierto con su manto. Le aclaraba que Sebastián aún estaba delicado, faltándole

algunos meses para que las tercianas aflojaran su rigor, como bien podía contarle el doctor Tamini. «Por otra parte, lo tengo a resguardo —le aseguraba—, sin visitas ociosas ni cosa que lo desvíe, como te aseguré en mi última carta, y así sabrás que te he cumplido».

Mientras esto escribía, misia Francisquita oía reír, a través de la ventana, a Consuelo, Ignacia y Elvira Medina Aguirre. Como Fernando ya había solicitado las dispensas, las jóvenes estaban vainillando las sábanas para el ajuar de Ignacia. Si no se equivocaba, pronto comenzarían con el ajuar de Consuelo, pensó satisfecha la señora. Por más que aún disimulaban, notaba el amor que había nacido entre Farrell y la joven.

Poco después fue a poner unos jazmines en la capilla doméstica, a los pies de la Purísima que Mercedes le dejara en testamento.

—No puedes quejarte —platicó con el espíritu de su amiga—, bien me he ocupado de tu viudo... aunque reconozco que mucho empeño no me llevó; están muy obstinados, y tan en sí, pues la soledad hizo lo suyo.

Encendió algunas velas y cuando Canela anunció el rosario se abrió la puerta de la sala y Leonor, Saint-Jacques y Sebastián se dispusieron a unirse a ellas. Extrañarían a Farrell y a don Blas, que lo había acompañado de regreso a Ascochinga: había un principio de incendio por la zona y Robertson necesitaba su ayuda. El día de Santa Rosa había pasado sin agua y con tormentas de tierra. La sequía se hacía sentir y se rogaba por la lluvia con preocupación.

\* \* \*

Por costumbre, desde la fundación de la ciudad, la gente principal era enterrada dentro de los templos. El virrey Sobre Monte —debido a las pestes sufridas— intentó construir un campo santo que debía estar ubicado a extramuros de la población, sin lograr el consenso de los funcionarios ni de los ciudadanos.

López Quebracho, aconsejado por médicos de su confianza —Gordon, Tamini y otros—, decidió llevarlo a cabo; Eusebio Cazaravilla, jefe de Policía, le envió el plano de un terreno, al oeste de la ciudad, lindante con El Pueblito.

Para fines de septiembre, se habían mensurado y tapiado dos manzanas cuadradas; se advertía a la gente que «por la salud y conservación de la población» no debía enterrarse cadáver alguno en otra parte, exceptuando a «las monjas que fallecieran de las “Terasas” y “Catalinas” y del “Colegio de Educandas”, que serán sepultadas en sus respectivos conventos». Había una capilla consagrada al patrón de la ciudad, San Gerónimo, doctor de la Iglesia, y se dispuso que el cementerio quedara bajo su protección.

Las dos facciones federales —la de Quebracho y la de Arredondo— habían llegado a un acuerdo cuando el gobernador a cargo entró a la ciudad y pasó a Arredondo al Ministerio. Quebracho seguía ignorando a Fermín Manrique, haciendo

alusión a que no olvidaba que fue el único que votara en contra de su reelección, dos años antes.

Manrique era un joven de esclarecida inteligencia y le exasperaba ver como gobernador, en la ciudad de los doctores, a aquel gaucho fiero con sus maneras rústicas, su mirar de soslayo, su poncho terciado al hombro y sus silencios pesados. El joven fiscal era también imprudente y no disimuló su disconformidad, empleando cierto sarcasmo con quienes lo habían dejado «de a pie» en su confabulación. Tentado por el ministro de Hacienda, José María Acosta, había consentido en tener algunos encuentros, que creía secretos, con los comandantes y oficiales de los departamentos del Oeste, y de Pocho: Alejandro Aparicio era uno de ellos; joven de estudios, de buen hablar y muy lector, que mantenían prisionero en el Batallón de Artesanos —los Patricios de Córdoba— situado donde terminaba la calle Ancha, a una cuadra del Monserrat.

Quienes estaban al tanto de la conspiración de Traslasierra consideraban a ambos sentenciados. Llegada la procesión de la Virgen del Rosario, no fueron pocos quienes los encomendaron a su cuidado: nadie se explicaba en la ciudad por qué Quebracho no había actuado aún contra Manrique.



## 42...ESTA VEZ CON PLOMO ARDIDO

«Ya lo llevan, ya lo llevan, ya lo van a bautizar./Esta vez con plomo ardido, sin pila ni capellán./Entre la luz y la sombra, pálidos marchan detrás/Diez soldados de alfeñique y un capitán de coñac./¡Y los soldados no saben qué bala lo matará...!».

Domingo Zerpa, *Romance al amigo fusilado*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
SEGUNDA MITAD DE 1842

Desde el colegio de las Huérfanas, cruzando la Calle Ancha hacia la Quinta Santa Ana, paralela a la calle de los Plateros, se encontraba la casa de Fermín Manrique. El joven fiscal de Estado vivía con su madre, doña Plácida, por entonces viuda.

El domingo 13 de noviembre, día de mucho calor, a la hora de la siesta, los pocos vecinos que tenían algo que hacer fuera de sus casas se sorprendieron al ver, dos cuadras más arriba, en el Paseo del Virrey, al gobernador de la provincia en compañía de un grupo de funcionarios, oficiales y soldados. Ninguno de los que luego se preguntaron sobre los sucesos de aquel día se explicaría esta reunión, y menos en día de guardar.

Eran las cinco de la tarde cuando Quebracho envió a su edecán y a dos dragones de la Policía con la orden de avisar a Manrique que se reuniera con él. Pocos minutos después regresó el enviado, comunicando que el joven «iría luego, pues estaba vistiéndose con un traje adecuado para presentarse ante él». Esta contestación irritó al gobernador —que no era de naturaleza paciente— y ordenó que lo llevaran de inmediato a su presencia. Regresó el funcionario a la casa de doña Plácida, entró con sus hombres sin hacerse anunciar, y arrastraron a Fermín, vestido de etiqueta —frac, guantes blancos y corbata—, a empujones por la calle.

Al llegar ante López Quebracho, Manrique había perdido parte de su empaque y estaba pálido y despeinado. Sin ninguna explicación, López hizo señas a un soldado y ordenó al detenido que subiera a la grupa de su caballo. Comprendiendo que su suerte estaba jugada, el joven le suplicó que le dijera qué delito había cometido. La respuesta fue mostrarle un papel, que puso ante sus ojos al tiempo que le preguntaba si reconocía letra y firma. Demudado, el reo asintió con la cabeza, pues había perdido la voz.

—Monte de una vez, y acabemos —dijo Quebracho sin mirarlo, e indicó a los soldados que partieran.

Desconcertado, uno de ellos preguntó:

—¿Y dónde, pues?

—Al cementerio —señaló el sargento a cargo.

—¿Lo maneamos?

Quebracho miró de arriba abajo a aquel hombre que resumía en sí cuanto detestaba de los cordobeses de la capital —galerudos, resabiados y altaneros— y dijo: «No ha de hacer falta. Irá mansito».

\* \* \*

Doña Plácida, despertada de la siesta por los golpes del edecán, demoró en componerse la ropa pero alcanzó a ver cómo se llevaban a empellones a Fermín y, desconcertada, atisbó a su amigo José María Acosta, un exfuncionario de gobierno, saltando la tapia de los fondos. Afligida, pidió a su sobrino Andrés, un muchachito de trece años, que sin mostrarse demasiado averiguara qué estaba ocurriendo. Al regresar, contó a su tía que llevaron a su primo a caballo.

La anciana se dejó caer en una silla y se cubrió el rostro: por las señas que le adelantara el muchachito, comprendió que nada bueno saldría de aquello. Poniéndose una mantilla negra sobre la cabeza, fue lo más rápido que sus viejas piernas le permitían a la casa de los Arredondo. Pero por más que llamó, que invocó los nombres de don Claudio y de su mujer, nadie abrió la puerta.

La conjura había sido descubierta y los vecinos espiaban a través de las cortinas o los postigos entreabiertos. La calle estaba desierta: los pocos que se atrevieron a salir regresaron a sus casas y se refugiaron en los últimos patios. Nadie quería ver a aquel joven elegante, de hermosa estampa que, engalanado como para una fiesta, iba a la muerte a grupas de un caballo negro. Nadie quería encontrarse con la anciana que nunca se había quitado el luto, con su mantón ceñido con mano temblorosa, tocando puertas y ventanas, nombrando en vano a los amigos de su hijo.

\* \* \*

En la capilla de San Gerónimo fray Domingo Berón, dominico, sacaba agua del aljibe cuando divisó la extraña procesión. Al distinguir al doctor Manrique, sintió que algo malo sucedería, y esperó al sargento, que se acercó y en dos frases explicó las órdenes encomendadas.

—Supongo que querrá confesarse —señaló, al tiempo que encendía un cigarrillo.

Uno de los soldados había ayudado al reo a bajar del caballo y este, atontado, daba vueltas sobre sí mismo, tropezando entre los terrones de tierra, mientras balbuceaba incoherencias a media voz.

El religioso se sintió impresionado ante la indiferencia de los guardias. Acostumbrados a matar o morir, aquel hombre de ciudad y trajeado, que posiblemente nunca había combatido, les despertaba menosprecio y no compasión: jugándose día a día el pellejo, no entendían que no tuviera en su última hora reaños

para enfrentar la muerte según se presentara.

Como el sargento quería que el reo cavara su tumba, el sacerdote lo convenció de que este, por su confusión mental, no podría hacerlo.

—¿O quiere usted convertir la sentencia en una salvajada? —lo amonestó.

El hombre clavó la mirada en las tapias y, luego de sacarse una hebra de tabaco de la boca, movió la cabeza. El cura respiró con cierto alivio cuando vio que los soldados, a una orden del jefe, comenzaban a cavar la fosa. Alentado por el gesto, le solicitó con voz persuasiva:

—Déjeme llevarlo a la capilla para que apreste su alma —y como el otro volviera a dudar, insistió—: Permítame que intente volverlo a la razón, así puedo darle la confesión. Si reacciona, querrá dejar un encargo para su madre. No ha tenido tiempo de poner en orden sus deberes terrenales. Dicen que lo malo de un hombre se apaga con su vida, pero lo bueno permanece: alguien devolverá a usted esa consideración cristiana.

Esta vez sin dudar, el sargento ordenó que trajeran a Manrique y lo dejó en manos del sacerdote que, tomándolo del brazo, lo llamó por su nombre y lo guio a la capilla. Encendió el vaso votivo, sacó de la alforja la caja de las hostias bendecidas, buscó la estola confesional y en la penumbra de la pequeña nave lo instó a postrarse junto a él, doblando ambas rodillas, y comenzaron a rezar el Yo, pecador...

Después de administrarle el perdón de sus pecados y la comunión, como siguiera oyendo el ruido de picos y palas, le preguntó si quería que llevase algún mensaje para su madre: todos sabían en la ciudad el amor y la dedicación que el joven tenía hacia doña Plácida.

—Hace días que no la veo —insistió Manrique, conteniendo los sollozos—. No quiero morir sin haberla abrazado por última vez...

Fray Domingo le recordó que acababan de sacarlo de casa de su madre hacía un par de horas.

—¡... pero no me despedí de ella!

Afuera, la tarde calurosa declinaba sobre un horizonte triste, empañado por el polvillo de la sequía.

El militar se asomó a la capilla y dijo al cura:

—Ya está. ¿Le mando dos hombres?

—No; yo lo guiaré —y tendiendo la mano, sostuvo con fuerza la de Manrique para ayudarlo a incorporarse. El condenado miró a su alrededor, atónito; desde las sombras, los ojos le brillaban de fiebre:

—¿Me van a fusilar? —preguntó.

El «sí» del sargento hizo eco en el recinto. Manrique se tambaleó y se sostuvo de la pared. Después de unos segundos, se volvió hacia el dominico. Con otra voz y enfocando la mirada, le encomendó:

—Dígale a mi madre que me perdone y rece por mi alma; que hay algo de dinero en lo de mi tío, que es para ella; que no dejo deudas y que nunca hice nada

deshonroso.

Sacó del bolsillo un reloj de oro y, poniéndoselo en la palma, cerró sobre él la mano del cura.

—Pongo en sus manos la promesa que hice a mi padre: déselo a ella.

Un soldado los apuró y Manrique lo siguió hacia el campo santo. Antes de enfrentar a los fusiles, se inclinó y dijo unas palabras en voz baja al sacerdote.

Lo llevaron hasta el tapial y le pusieron una venda sobre los ojos. Los dragones esperaron que el dominico dijera las últimas palabras: «Señor Jesucristo, recibe su espíritu...» y en cuanto se apagó su voz, el sargento bajó el sable que empuñaba en la diestra. Se oyó la descarga y el cuerpo cayó de bruces al suelo: le habían evitado la indignidad de ser muerto por la espalda, como a los traidores, solo porque era domingo. El sargento envainó el acero y a pedido del cura echó mano a la pistola, que calzaba cruzada al cinto, para darle el tiro de gracia.

Dos dragones lo arrastraron por los pies y lo tiraron a la fosa. El sacerdote le cubrió la cabeza con un pañuelo y permaneció al lado de la tumba mientras la tapaban. El sargento preguntó:

—¿Cuál fue su último mensaje?

—Unas palabras para su prometida.

Cuando la tropa se retiró, fray Domingo, sentado en un banco de troncos, rezó pidiendo ánimo para dar la trágica noticia a doña Plácida, a quien solía confesar de tarde en tarde.

Una luna borrosa se levantaba sobre las higueras cuando besó la cruz del rosario y fue por la mula, a decir a una madre que su hijo había recibido los últimos sacramentos y que había muerto recordándola.

\* \* \*

Aquella misma tarde Tola, que había salido a hacer un recado para las Núñez del Prado, trajo la noticia de lo que estaba sucediendo.

Martina ordenó a las chicas que no dejaran la cocina y que no hablaran con nadie del asunto. Sin reparo, sabiendo que la señora lo aprobaría, fue hasta su dormitorio y tocó la puerta; al verla dormida entró mientras murmuraba en la penumbra «señora, señora».

Misia Francisquita, que tenía buen oído, se incorporó en la cama. Se la veía despierta y lúcida, pues hacía días que presentía que algo malo iba a suceder.

—¿Apresaron a Manrique?

—Sí, lo sacaron de su casa y se lo llevaron al gobernador.

La negra se acercó y en voz baja le contó rápidamente lo que había dicho Tola.

—... se lo llevaron al cementerio nuevo, que ahí lo han de ajusticiar.

—Y de la madre, ¿qué saben?

—Anda tocando puertas la pobre. Nadie le abre.

Misia Francisquita comprendió que en sus palabras había una pregunta: ¿qué debían hacer si llamaba a su puerta? Aquello sería fatal para Sebastián; en su ignorancia, la mujer podía comprometerlos sin querer. La reflexión duró poco: antes que nada, debía pensar en su familia.

—Quiera Dios que no venga a tocar nuestra aldaba —dijo—. No podemos recibirla. Luego iré yo a verla y trataré de ayudar en lo que pueda. Alcánzame la ropa, voy a vestirme.

—¿Llamo a Canela?

—No, por Dios, me las apañaré sola. Quiero que te ocupes de que nadie salga ni entre a casa. Hoy no se recibe, salvo a la familia. Si preguntan, son mis órdenes. Y escucha, Martina: nadie, nadie en absoluto, debe decir una palabra de esto a Sebastián. Debemos escondérselo por un tiempo... No se recibirán notas ni criadas de razón, ni propios, salvo que sean de Fernando, Farrell o Robertson. ¿El doctor Saint-Jacques está en casa?

—Está en el escritorio.

—Dile lo que ha pasado, que no salga a la calle y que enseguida hablaré con él.

Sebastián había amanecido con fiebre y dormía intermitentemente desde que Tamini le administrara la quinina, al mediodía. En cierta forma era un alivio: en ese estado, no se enteraría de nada.

Misia Francisquita conversaba con Saint-Jacques cuando llegaron Leonor e Ignacia, escoltadas por Monserrat. Ambas estaban impresionadas, pues habían hecho amistad con Manrique. Más tarde, por la puerta intermedia entre las casas, llegaron las Núñez del Prado. Traían noticias: el joven amigo que se hallaba con Manrique cuando lo apresaron, José María Acosta, había salvado su vida huyendo por los fondos de la casa, hacia las sierras. Además, se sabía que el día anterior Quebracho había llamado al doctor Atanasio Vélez para preguntarle si conocía de una conspiración contra su persona. Vélez lo negó, pero sabiendo los calibres que calzaba el gobernador, escapó hacia Chile. Manrique, incapaz de dejar a su madre, prefirió arriesgarse.

—Quién fuera a pensarlo; Vélez en desgracia —dijo misia Francisquita, recordando que en el año 39, cuando este quedó a cargo del gobierno, el teniente coronel Elías Carranza entró a su despacho con cuatro hombres, exigiéndole que abandonase el cargo, en nombre de una de las revoluciones que le hicieran a Quebracho. Vélez se había trabado en lucha con él, los gritos atrajeron a la guardia, y los insurrectos fueron reducidos. Don Atanasio, a pesar de ser amigo de Carranza, lo remitió al gobernador, que ordenó su ejecución con el resto de los conjurados.

Nadie osó interceder por ellos. Solo Jenaro Carranza, sacerdote, hombre de gran educación, respetado y querido por los vecinos, se atrevió a escribir a su buen amigo Vélez pidiendo clemencia por su hermano. No recibió respuesta, pero las reglas de sangre se impusieron: Elías había sido fusilado. Jenaro escribió a Vélez recriminándole su indiferencia:

*Acabo de saberlo, y mi corazón palpita de horror. ¡Elías! ¡El pobre Elías ya no existe! Su amigo, su hermano, por quien nada hizo; ¿para quiénes entonces se reserva su indulgencia?*

*Con respecto a su persona no conservaré ni rencor, ni espíritu alguno de venganza; pero no se sorprenda Ud. que mi sensibilidad (que durará mientras viva) me separe para siempre de su vista, sino es que llega el caso de ser absolutamente necesario este sacrificio para hacerle algún bien.*

—Y ahora le tocó a Vélez —dijo Leonor, pensativa.

Misia Francisquita acentuó:

—Quizás recuerde al hermano de leche que dejó fusilar...

Julita Núñez del Prado puso la rúbrica a la idea, diciendo:

—Más vale que no se encuentre en la «otra vida» con Elías. Temperamental y memorioso como son los Carranza, le va a dar de coces en cuanto lo vea...

\* \* \*

Llegó el anochecer y la mayoría de las casas continuaron con las trancas puestas; por las calles desiertas solo se oía el trote de los caballos de los que patrullaban, el galope de algún chasqui y el disparo de las carabinas.

En casa de misia Francisquita, como en muchas otras, se contaban las horas sin saber si Manrique estaría en capilla o muerto. De nuevo familias desoladas, dolor y rabia y deseos de venganza; habría resentimiento y nuevos motivos para detestar al gobernador.

«¿Qué será de Quebracho si Rosas cae?», se preguntó Francisca. ¡Bien lo sabía! De tanto exigir sumisión, los que ahora lo adulaban para ponerse a resguardo se volverían desembozadamente en su contra.

Al enterarse de los sucesos, don Teodomiro, que velaba en su despacho con el padre Ferdinando, acotó:

—Es extraño el destino. Fermincito fue uno de los que bregaron para que se hiciera el cementerio; en los papeles está su firma.

El sacerdote, que había ido a comentar el suceso con él, bebió su manzanilla y agregó:

—Como les pasó a muchos de los que degolló Bárcena en el Matadero de la Cañada —y como su amigo lo mirara sin entender, le recordó—: ¿No recuerdas que Quebracho hizo una colecta para levantar la iglesia de San José, pero en cuanto llegó Oribe el proyecto quedó en la nada? Varios vecinos que contribuyeron con su dinero para la buena obra fueron asesinados allí.

—No es de maravillarse si digo: es extraño el destino... —repitió el viejo abogado, llevándose dos dedos a la frente.

## 43. TIEMPO DE ESPERA: ADVIENTO

«Por juicios temerarios, menosprecio del prójimo o de sus acciones; por envidia, aborrecimiento, displicencia, deseos de venganza. Es necesario declarar si estos sentimientos son voluntarios, si han durado, si han salido a lo exterior, dejándose llevar por el despecho, excusándose de perdonar».

Winterberg, *Ejercicio cotidiano para la mañana y la noche*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
FINALES DE 1842

El fusilamiento de Manrique conmovió a la ciudad; quedaba su madre, viuda y anciana, con pocos recursos y sin lazos de sangre, puesto que eran españoles; también se decía que Fermín estaba comprometido con la hija de Arredondo, quien ahora se encontraba en la mira de Quebracho, por su proximidad con el ajusticiado.

No quedó asentada ni una palabra que justificara la muerte del joven fiscal; no hubo proceso ni acta de defunción, tampoco se dieron explicaciones. El lunes siguiente quedó anotado que «estando vacante el puesto de fiscal de Estado, se nombraba al Dr. José Roque Funes».

La única prueba de que algo había pasado fue la requisa de la casa de Manrique, donde se encontraron libros comprometedores, ingresados furtivamente al país; entre ellos, los de Domingo Faustino Sarmiento, exiliado por entonces en Chile.

Se supo, en los círculos universitarios y políticos, que el Fraile Aldao había calificado, sin empacho y contra toda evidencia —el joven era federal—, que Manrique, implicado en un movimiento revolucionario contra el gobernador de Córdoba, era un «salvaje unitario».

Ninguno de los funcionarios que debieron dar razones para aquella ejecución lo hizo; ninguno de los que debieron pedir las se atrevió a hacerlo. Los mismos se presentaban en sus oficinas, refrendaban papeles e iban a la Legislatura como si aquel joven, entre los más brillantes que diera la Universidad de Córdoba, no hubiera existido.

Muchos vecinos esperaban la reacción de la familia Arredondo, pero tampoco allí hubo eco. Don Claudio, a pesar de ser íntimo del joven ejecutado y, se decía, próximo a tener parentesco con él, calló, siguió con su vida y no renunció al Ministerio hasta junio de 1843. Su hija y su mujer permanecían ausentes de toda actividad social.

Mientras tanto, la vida de Alejandro Aparicio, quien estaba prisionero, pendía de un hilo: ya no era sospecha, sino certeza, que el fusilado y él habían conspirado juntos.

Hasta mucho después nadie se enteró de que el mismo día que ejecutaron a Manrique, en el Litoral, Fructuoso Rivera —presidente de Uruguay— y Juan Pablo Mascarilla López —gobernador de Santa Fe— enfrentaron a las fuerzas rosistas con

soldados montados en pelo, armados de sables y lanzas. Ante su empuje, Urquiza, que peleaba por la causa federal, «debió emprender la retirada, con características de fuga, perdiendo caballos y equipos».

Pronto llegaría el momento en que los dos orientales enfrentados por el poder, Oribe y Rivera, se medirían en una de las más cruentas batallas dadas en territorio argentino: la de Arroyo Grande.

Eran días de malestar: la muerte parecía rondar cada casa, y ni siquiera el hecho de ser federal garantizaba estar a salvo de sospechas y represalias. Se sumaba a ello una sequía pertinaz, que encendía el fuego en la sierra y en el llano, matando reses, caballos y animales de corral. Zorros, corzuelas, chanchos del monte, jaguares y pumas huían, y a veces, asustados, se volvían peligrosos. Se perdían sembradíos y se consumían árboles cuya leña era muy necesaria.

En el aire ocre había un anuncio de Parusía, y no faltó quien achacara al crimen de Manrique los desastres naturales. El gobernador se dirigió entonces al obispo, Gaspar Martiarena, pidiéndole que se hicieran rogativas y novenas para que menguaran los males.

La realidad política de Córdoba parecía marchar al son de su gobernador, pero los tiempos difíciles no habían concluido.

\* \* \*

Por aquellos días misia Francisquita, como solía hacerlo habitualmente mientras se dedicaba a su labor de encaje, pasaba revista a la situación familiar. Todo se iba resolviendo favorablemente: a Fernando e Ignacia se les habían concedido las dispensas matrimoniales y ya corrían las proclamas; Sebastián mostraba una gran mejoría y mucho ánimo. Había recuperado colores y peso, pero lo que más le alegraba era verlo disfrutar de las pequeñas cosas: se había encariñado con un gato que encontrara en los galpones, le gustaba dedicarse a las plantas y pintaba con entusiasmo: a las criadas lavando o dando de comer a las gallinas, a Ignacia con su halcón en la muñeca, y a ella misma haciendo encaje. Martina mereció un retrato, y otro Severa, muerta hacía tantos años. Pero el que más le había gustado a ella era uno de Consuelo, de espaldas, volviendo el rostro para mirar sobre el hombro, con una sonrisa que anunciaba días felices.

Al cumplirse el año de duelo, Farrell le había hecho saber que pensaba rehacer su vida junto a Consuelo. Ella extrañaba a Mercedes, pero no decía nada pues los veía tan felices que no quería mentar a la difunta.

Mientras los mayores tomaban un vasito de granadina o limonada, los jóvenes hacían ronda en el patio y jugaban a las prendas, al gallito ciego, a las adivinanzas, y se reían de Saint-Jacques que a veces no entendía el lenguaje coloquial de sus amigos.

Y si no se equivocaba, a juzgar por miradas insinuantes, silencios súbitos y



ciertos regalos discretos que su hermana ostentaba, Leonor estaba enamorándose de Monforte. Y a él, evidentemente, ella le atraía. Sentía que la vida le debía algo a Leonor: su primer amor había terminado en tragedia y sus esponsales con el marqués de Zeltia fueron un acto «de razón». Bien se merecía el amor de un hombre hecho y derecho, que no andaba cazando mariposas ni escribiendo sobre la tristeza.

No podía dejar de pensar en las criadas, pues era su responsabilidad cuidar de ellas en cuerpo y alma: Martina le había contado que Canela andaba enamorada del ayudante de don Blas, Fares. Le alegraba que hubiera olvidado a Camargo, pues el correntino no parecía dispuesto a dejar a la mujer que tenía en El Pueblito. Y si se daba una relación entre Leonor y Monforte, mejoraría la situación de ambos: vivirían en la misma casa, formarían una familia, quizás hasta pudieran independizarse. Lo mismo sucedía con Monserrat y aquel riojano que seguía a Fernando, el que fuera llanista de Facundo Quiroga: Rosendo. Aquerenciados con Fernando y Nacha, estarían ligados a su bienestar: aquello la tranquilizaba.

No, no podía quejarse, pensó; en medio de las tragedias de muchas familias, ellos vivían, por el momento, en un remanso de paz. Recordó unas palabras de Luz, su sobrina, cuando vino a poner orden en las propiedades familiares: «Hay veces que me siento condenada a la alegría».

A pesar de todo, la ansiedad pesaba sobre su pecho: la situación de Aparicio, de su madre —doña Mercedes Escapulario—, de su esposa, Leandra Calderón, nuevamente encinta y con hijos pequeños, la desvelaba de por sí. Pero también temía que aquella antigua amistad de Aparicio y de Manrique con Sebastián pudiera ensombrecer arbitrariamente el destino de su sobrino.

Algo vino a dar un impulso a aquellos días que transcurrían entre vientos y calores sofocantes, mientras el río menguaba la corriente y en las algas babosas de algunos estanques se veían las panzas blancas de las mojarras o renacuajos moribundos. Al parecer, Fernando había tenido que enviar unos partes a Buenos Aires, para Rosas, por orden del gobernador de Córdoba, y entre la correspondencia iba una carta a Luz donde el Payo contaba a su hermana las novedades de la familia. Y por el mismo correo Luz había contestado a su tía asegurándole que, aunque no tenían fecha cierta, en cuanto se aquietaran los ánimos con Santa Fe viajarían a Córdoba, pues deseaban ver a la familia y muy especialmente a Sebastián.

\* \* \*

*Algo sabemos de lo que pasa en Córdoba, aunque el correo es casi inexistente. Además, nadie se atreve a contar lo que sucede, pensando que pueda caer en manos de Rosas u otros y se tome como una crítica, si se habla de las matanzas, o de una conspiración, si se dan noticias de los triunfos del*

*general Paz o Rivera en nuestro Litoral. Solo me he atrevido a escribirles porque el chasqui es hombre de Fernando.*

*Acá, en Buenos Aires, lejos por el momento de esas turbulencias, los vecinos continúan con sus costumbres. Aunque me he negado a asistir a los salones de Palermo, he oído que el «cielo criollo con relación», como le dicen ahora, está de moda y que la pareja en el minué que no tiene par, es la de Manuelita y Mendeville, ministro de Inglaterra, marido de Mariquita Sánchez, hombre, a mi parecer, desagradable. ¡Su mujer exiliada en Montevideo por amenazas mazorqueras y él bailando en Palermo!*

*Hablando de saraos: no sé muy bien por qué, pero están faltando velas de calidad. Toda Buenos Aires está más o menos a oscuras —aunque, en verdad, nunca tuvieron en las calles la iluminación de Córdoba—. Pero esta carencia ha llegado a los hogares: estamos usando velas de sebo y quinqués alimentados con malos aceites, que producen un olor desagradable y poca luz. ¿Puede creer, querida tía, que hemos vuelto a la iluminación de las vasijas de barro con grasa de potro y mecha de trapo, como en las tolderías? No tenemos otro remedio, para la puerta de entrada o la vereda, cuando se esperan visitas...*

Después de algunas acotaciones, su sobrina seguía:

*... pero todo eso y más le contaré cuando nos encontremos, que pido a Dios sea pronto. No sabe usted la alegría que me da pensar que entonces podré abrazar a mis hermanos. Aunque no siempre me he llevado bien con Inés...*

«¿No siempre? ¿Y cuándo fue que te llevaste bien con ella?», se sonrió para sí misia Francisquita, y siguió leyendo:

*... pero el pensar que quiere tanto al hijo del Payo, me ha hecho verla de diferente manera. Y mi hermana la monja, ¿ha mejorado, o sigue con esa conducta tan extraña? La muerte de tía Mercedes seguramente le ha dolido muchísimo, pues era ella quien siempre la visitaba en el monasterio y le tenía paciencia.*

«Tienes razón; Isabel debe sufrir mucho por su muerte. Al menos, Consuelo la visita seguido, en recuerdo de Mecha, y Laurita e Inés lo hacen cada vez que vienen a la ciudad», reflexionó Francisca, que mantenía un coloquio con la carta de su sobrina. Luz le pedía que le contara sobre Ignacia y Lucián; sobre ese pariente de Leonor que parecía tan interesante; de su padrino, don Quebracho, a quien le había prometido

unas cajas del vino que importaba Harrison de España; de cómo estaba Farrell y el buen mozo de Robertson...

Todos los hechos familiares se presentaron ante ella. Se secó unas lágrimas, recordando a los ausentes, a los que no vería nunca más y a los que estaban muy lejos: Edmundo, el hermano de Laura, en París; Ana y Carlitos, los hermanos de Luz, en Devon. «Y aquel morenito sinvergüenza, el que apadrinó Simón Viejo. ¿Cómo le llamábamos? ¡Ah, sí! Simón Chico. ¿Cómo le habrá ido en el país de los gringos? Avispado era...». En la próxima carta, recordaría preguntar por ellos.

\* \* \*

Aquella tarde Francisca llamó a cónclave familiar para organizar la fiesta de Navidad, pues faltaban solo dos semanas.

Fue Consuelo quien dijo, con voz clara y alegre, que sería la primera Navidad que Sebastián y Saint-Jacques compartirían con ellos. Bastián estaba muy emocionado y recordaba anécdotas de la niñez, de cómo Severa les enseñaba a cantar villancicos mientras el negro Simón Viejo armaba, con chala o barro cocido, animalitos y ángeles para el pesebre. Saint-Jacques sonreía cálidamente; en su fuero interno, agradecía a aquella Sagrada Familia que viera en la capillita de San Jerónimo del Sauce el alivio de poder recordar nuevamente los momentos felices vividos con su esposa.

Laura y Robertson, junto con Inés y Luis, prometieron viajar a Córdoba para compartir la fiesta religiosa; querían que los niños visitaran los distintos belenes que se mostrarían, tanto en los humildes ranchitos de El Pueblito como en las grandes casonas del centro de la ciudad.

Fernando había solicitado a Quebracho licencia para viajar a Córdoba y resolver su matrimonio, y este se la había concedido de buen grado; estaba seguro de que se llevaría con él a su mujer y aquello lo mantendría en el sur.

Monforte, de pie detrás de Leonor, llegado no se sabía de dónde, le preguntó en voz baja si había esperanzas de que lo invitaran. Ella se abanicó y dijo, burlona:

—¿Tendremos la suerte de que esté usted en Córdoba?

—Por vos, dejaría esperando al regente de España.

—La duda me tiene en suspenso... —se burló ella y, al levantar los ojos, se encontró con la mirada de su hermana.

Francisca, que los oyera, la dejó penar unos segundos para decir luego, como al descuido:

—Don Blas, espero que usted se nos una en esta celebración.

El invitado se apresuró a aceptar, asegurando que para él sería un gran honor. En ese momento llegó Farrell, contento porque pronto estaría lista la casa donde llevaría a vivir a Consuelo. En un aparte, le mostró un catálogo ilustrado que vendía por encargo muebles y enseres para el hogar: era del negocio de Harrison, que había adoptado una idea que desde hacía años tenía éxito en Gran Bretaña.

Emocionada, Consuelo se puso a mirar los diferentes estilos y las ofertas de venta. Aquello la entusiasmaba, pues en general las cosas se compraban sin ver, por encargo, y a la mejor voluntad del vendedor.

—Para que elijas a tu gusto, aunque no te dejaré decidir sola. Y rozándole los dedos, ocultos por el catálogo, le dijo:

—¿Qué te parece si vamos a ver la casa mañana?

—No se vería bien... —dudó ella, deseando desesperadamente hacerlo.

—Le diremos a Francisca que nos acompañe. Y puedes decirle a Antonia que venga. También le avisaré a don Teodomiro. Quiero que sepa que voy a tratarte como te mereces. Cuando veas las habitaciones, te darás una mejor idea de lo que tendremos que comprar.

Ignacia estaba enfurruñada en un rincón, con mal de ausencias. Aquella tarde habían salido con Monserrat, Casildo y el halcón, a la casa del Bajo de Galán. Se dedicaron a regar las plantas con agua del surgente y a asear las habitaciones. A pesar del tiempo seco y ardiente, había flores en el pequeño jardín, protegidas por los arbustos, lo que la llenó de emoción.

Mientras Casildo acomodaba a Zegrí en la halconera que le fabricara Fernando, Monserrat se dedicó a arrancar algunos yuyos y recoger frutas para llevar a los enfermos del Hospital San Roque. Melancólica, Ignacia se tiró en la cama, esperando que Fernando llegara y pudieran casarse de una bendita vez. Quería seguirlo, fuera adonde fuese, y no andar penando entre labores y rosarios.

Ajena a todo, misia Francisquita recorrió la sala con la mirada: entraban en Adviento, que era tiempo de Penitencia, pero también de Esperanza. Con este pensamiento, suspiró profundamente.

## 44. TEMAS DE AMOR: LA DUDA DE NO SABER

«Yo te invité a callar, con la mirada  
Suplicante de amor. Trémula, nada  
Me respondiste, y con el santo miedo  
De romper el encanto,  
Sobre tus labios colocaste un dedo...».

Enrique González Martínez, «El éxtasis del silencio».

CIUDAD DE CÓRDOBA  
FINALES DE 1842

**F**ernando, con varios de sus hombres a caballo, llegó a Córdoba una semana antes de Navidad. Entró por la Bajada de San Francisco y se detuvo en el convento de los seráficos, dando libertad a los suyos pero mandando a Rosendo con una nota que Monserrat debía entregar a Ignacia; en ella le decía que la esperaba en la quinta del Bajo de Galán, y que no avisara a la familia de su llegada. Rosendo, por su parte, debía avisarles a sus tías que lo esperaran al día siguiente.

Después de atar el caballo al palenque del convento fue a buscar a fray Mateo en la huerta, donde solía estar a esa hora de la mañana. Al verlo se quitó el sombrero, se le acercó y después de los saludos le dijo:

—Padre, necesito hablar con usted.

—Está fuerte el sol; sentémonos al reparo —dijo el franciscano y señaló un banco adosado a la vieja tapia—. ¿De qué se trata, hijo?

—Quiero pedirle consejo; tengo una duda atragantada.

Lejos de oídos ajenos, hablaron durante un buen rato; cada tanto, el cura metía la mano en la cesta, sacaba un durazno o un damasco, lo frotaba sobre la manga del hábito y se lo ofrecía a Fernando, tomando otro para sí. Tenían la actitud de dos escolares dándose un atracón de frutas robadas, con las manos pringosas y usando los pañuelos del cuello como servilletas.

El sol que pasaba entre las ramas encendía la cabeza de Fernando como si fuera la de un guerrero de otros tiempos y formaba un halo sobre los cabellos del sacerdote, recordando al santo de Asís.

Media hora después, se pusieron de pie; Fernando, rodilla en tierra, agachó la cabeza y fray Mateo lo bendijo. El cura se internó en el huerto y Fernando fue por su caballo. Dándole una moneda a un chiquillo que vendía roscas, le dijo que avisara al comandante Farrell que lo esperaba «en la casa nueva».

Como no quería que nadie se enterara aún de su llegada, dio un rodeo y entró por los fondos de la que fuera propiedad de los Bravo Díaz, familia del joven asesinado en 1840 por Bárcena, la noche de San Silvestre.

Recorrió las habitaciones que estaban casi listas, admirado de las mejoras. Se

alegró por Farrell, pero mucho más por Consuelo, a quien quería como a una hermana menor. ¡Bien merecían ambos la dicha que les esperaba! Bajo unos lienzos que levantó, curioso, vio los muebles llegados de Buenos Aires. En una caja había un juego de vajilla.

Estaba en el segundo patio, donde el comandante había armado un parral, cuando llegó su amigo. Se abrazaron palmeándose, se sentaron en un poyo antiguo y conversaron largo rato. Cuando se despidieron, don Eduardo se veía preocupado.

Salieron por separado; Fernando se dirigió al trote, por los aledaños, hacia la quinta de Galán. La casa lucía como habitada, indicando que Ignacia se había encargado de mantenerla limpia y aireada. Su vecina salteña se acercó a saludarlo y él le encargó unas empanadas.

Después de saborearlas con apetito, se lavó la cabeza y se dio un baño con agua del aljibe, fresca y vigorizante. Se había echado en la cama, envuelto en una sábana, después de servirse un vaso de ginebra y armar un cigarrillo, cuando oyó llegar a Ignacia.

Se estaba incorporando para recibirla cuando ella entró; quitándose el rebozo con que se había disimulado, se echó en sus brazos sin decir palabra. Él hubiera querido hablar con ella, pero ¿cómo resistírsele? ¡Qué dulces y cálidos y fervientes le parecieron sus besos después de estar separados, añorándola cada noche en medio de la llanura y los esteros donde campeaba las incursiones de los santafesinos! Ella entendería, alcanzó a pensar, y levantándola, cerró la puerta de una patada, perdiendo la sábana en el camino. En la penumbra del cuarto, celebraron el encuentro sin palabras: dejaron hablar a la pasión, a sus cuerpos, a sus sentidos. Ella lloró de felicidad en sus brazos y él se sintió como un hombre nuevo que dejaba atrás amores, recuerdos y tragedias. Lo que debía decirle se perdió en algún recodo de su conciencia.

Una vez sosegados, se recostaron desnudos, con las cabezas juntas, y permanecieron en silencio, abrazados, hasta recuperar el aliento.

—Las amonestaciones ya se han cumplido, y mamá y tía Francisca tienen preparado todo para que nos casemos —dijo ella, cuando pudo hablar. Había cruzado el brazo sobre su cintura, y oía el corazón de él latiendo con fuerza.

Con los ojos entrecerrados, extenuado del viaje, de la emoción y de hacer el amor, enredó los dedos en la cabellera de ella, que ya le llegaba a los hombros, mientras Ignacia enumeraba el ajuar, las sábanas y mantas, los quillangos y las toallas, los manteles y el vestuario completo.

—Nos va a casar el padre Ferdinando, en casa, que es la tuya. Tía Francisca y Quebracho, como tus padrinos de bautismo, nos han regalado los anillos de casamiento para que nos bendigan con ellos; Farrell se ha encargado de hacerlos grabar. Él y Consuelo serán nuestros padrinos de altar, pensé que estarías de acuerdo. ¿Y sabes qué más nos han regalado? ¡Un costurero muy completo! De parte de tía Julita, que dice que en Los Algarrobos tendré que apañármelas para tener tu ropa

compuesta. ¡Oh, me olvidaba de algo importante! Saint-Jacques nos ha preparado una caja de medicinas, con todo lo necesario para un caso de apuro, ya sea de mordeduras, heridas, males del estómago... Y no sabes, ¡Sebastián me ha retratado con Zegrí en el puño, vestida de halconera! Además, está pintando una vista de Los Algarrobos que luego quedará en la estancia. Consuelo me ha obsequiado un relicario de oro para que guarde un mechón de tu pelo y te lleve siempre conmigo. Y Farrell te dará un reloj de chaleco, también de oro, con tus iniciales...

Y besándolo en el nacimiento de la garganta, dijo con fervor:

—¡Qué dichosa soy!

Como Fernando notara que todavía tenía aliento para seguir con sus comentarios, guardó silencio.

—... ya han comenzado a preparar el convite. Laura hará su riquísima ambrosía, mamá unas natillas, tía Francisca encargó colaciones a las negras que eran de tía Mercedes, Martina preparará arroz con leche y cascaritas de limón, espolvoreado con canela...

Sintiendo que se le cerraban los ojos, él se volvió hacia ella, la abrazó blandamente y le susurró al oído:

—Sh... sh... durmamos un rato...

Ignacia calló, demasiado feliz para molestarse; además, aquel era el gesto de un esposo, no de un amante, y mientras oía la respiración profunda de él cayendo en el sueño, pensó en los años que tenían por delante, en las cosas que los unían, en la existencia aventurera y salvaje que él llevaba; en ese hombre alto como una torre, brusco y tierno cuando debía serlo, con quien compartiría la vida. Puso los labios bajo su cuello y repitió sin voz: «Hasta que la muerte nos separe, y después de ella, también».

\* \* \*

Aquella tarde Consuelo, algo preocupada, dijo a misia Francisquita y a doña Leonor que Antonia, su tía, la había mandado llamar porque el doctor Pizarro iría a verla. De paso, quería entregarle el vestido de novia de Ignacia, que ya estaba listo, y el de ella también. Con el permiso de las señoras se dirigió hacia su casa, inquieta por su tía. Le extrañó, al llegar, encontrar el caballo de Farrell en la puerta, y se alegró de verlo sin que estuvieran rodeados de gente. Podrían sentarse al fresco del patio y conversar sobre el futuro mientras Antonia les cebaba unos mates. Su tía no debía sentirse tan mal si el comandante la visitaba. La puerta de calle estaba sin cerrojo y entró sin poder contener la sonrisa. Pero al pasar al patio ambos se volvieron y la miraron con seriedad. Farrell se puso de pie y le tomó las manos. Su tía dijo:

—Creo que tienes que escuchar de tu prometido lo que Fernando pretende hacer.

Consuelo, que había temido por la continuidad de sus amores durante unos segundos, se avergonzó del alivio que sintiera al escuchar aquello. Llevada de la

mano por Farrell, tomó asiento entre ellos y con algo de énfasis preguntó:

—¿Y qué será lo que pretende ahora el Payo?

—Verás... Aunque no estoy de acuerdo, y ya se lo he dicho, él quiere...

Consuelo no alcanzó a escuchar lo que decía, porque el gato de Antonia saltó del árbol a la tapia y los perros del vecino comenzaron a ladrar furiosamente.

\* \* \*

En el Bajo de Galán, cuando caía el sol, Ignacia despertó de un sueño breve aunque profundo, y se halló sola en la habitación. No se oía a Fernando por la casa, y se sobresaltó. Descalza, se echó el mantón por los hombros y fue en busca de él. Uno de sus más profundos temores era que Fernando la abandonara a último momento para regresar a las lejanías del sur. «No, él no me dejaría», pensó, perturbada. Pero el silencio era tan perfecto, que tuvo la sensación de que se había ido mientras ella dormía. Al borde del llanto, salió a la galería y lo vio, en lo alto del terreno, vestido y sentado en el banco donde solían mirar al sol poniente. Estaba fumando.

Se quedó quieta; temía pronunciar su nombre y que la palabra sonara débil, hueca, o que su voz se negara a obedecerla. El cigarrillo parecía indicar que estaba juntando valor para decirle algo; comprendió que no quería escucharlo. Como si hubiera intuido su presencia, él se volvió a mirarla. Estaba serio; ni una sonrisa le atenuó la expresión.

Quiso correr hacia él, pero no tuvo fuerzas. Fernando se puso de pie; con calma, apagó el cigarrillo con la bota y bajó hacia ella. Cuando llegó a la galería, se tomó con las manos de la viga que sostenía el techo del alero y, mirándola a los ojos, le dijo:

—Debí decírtelo antes...; he estado pensando...

Ignacia sintió que las piernas le temblaban y que se desvanecía. Antes de perder el sentido, los brazos de él la sostuvieron y ella pensó: «La última vez».



## 45. TEMAS DE AMOR: EN MISTERIOSO RECINTO

«Un ala de presagio vuela por el recinto,  
Y tu alma y mi alma muy juntas, y muy lejos  
Del vulgar sobresalto, son como dos espejos  
Con una misma imagen en un cristal distinto».

Enrique González Martínez, «Mensaje trunco».

CIUDAD DE CÓRDOBA  
FINALES DE 1842

Los faroles de la calle no estaban encendidos, pues aún quedaba un rastro de luz en el cielo. Una calesa, conducida por un negro mayor, avanzaba al trote suave al final de la Calle Ancha. Al llegar al Regimiento, dobló a la izquierda, hacia la Bajada de San Francisco. Del otro lado de La Cañada, hacia la derecha, se levantaba, triste y premonitoria, la horca.

Los vecinos, debido al calor, buscaban alivio en los patios repletos de jazmines regados con el agua del surgente, y otros, que habían armado pérgolas en los techos, tomaban algún refresco bañados por una brisa que en la ciudad siempre llegaba al atardecer. Desde el sur se veía avanzar un frente de tormenta, y quizás por eso los pájaros inquietaban el aire con aletazos y chillidos.

El coche se detuvo detrás de la iglesia de San Francisco. Debajo de la sombra del centenario algarrobo, dos hombres se adelantaron a recibirlo.

El indio Ventura, que regresaba de llevarle miel y yerba a su madre, creyó distinguir al comandante Farrell; curioso como era, se escondió tras un tunal, acercándose disimuladamente. Conocía la calesa: era de alquiler, del cochero que tenía su negocio por la calle de la Policía.

Su innata malicia lo llevó a mantenerse oculto hasta desentrañar aquel misterio. El comandante Farrell —pues era él, nomás— se acercó al coche y extendió la mano para ayudar a descender a alguien del carruaje. Con enorme satisfacción, Ventura vio a una mujer, aunque le pareció mayor. ¿Qué hacía el comandante con una vieja, siendo que se iba a matrimoniar con esa bonita de ojos negros? Pero he aquí que el comandante volvió a extender la mano y otra mujer —esta vez evidentemente joven— la aceptó y quedó esperando al lado de la vieja. No podía distinguir quiénes eran, porque traían cubiertas la cabeza y la cara con mantillas oscuras. Tampoco podía escuchar de qué hablaban, porque los grillos aturdían con su chirrido: era temporada de seca y las lluvias demoraban en llegar. La tormenta que oscurecía el horizonte no era la primera que se desarmaba al cubrir la ciudad.

Cuando estaba por acercarse, creyendo que entrarían a la iglesia, otra mujer, también joven por sus movimientos, descendió del coche. Y entonces divisó la inconfundible figura de Fernando Osorio. ¿Qué podía significar aquello? ¿No era que

Chañarito estaba en el sur? ¿Y qué hacían detrás de la iglesia? Pero entonces Osorio, que lucía bien vestido, se acercó a la última de las mujeres y, tomándole la mano entre las dos suyas, se la besó. Ella respondió apoyando la frente sobre el pecho de él. Por la entrada que daba a la sala donde velaban a los muertos salió el padre Mateo y palmoteó a los hombres. Luego, con un ademán, indicó que lo siguieran.

Ventura se tomó unos minutos para reflexionar en lo que había visto. ¿Alguien habría estirado la pata? Tendría que ser de la familia Osorio, Farrell o Achával. Pero cualquiera de esos muertos habría conseguido que las campanas repicaran. Sin poder contener la curiosidad, se escurrió por el corredor, pero la sala de velorios estaba oscura y vacía. A lo lejos se oían las oraciones de los frailes, y más lejos aún, el ruido de platos y cubiertos con que los legos preparaban la cena.

Entró en la nave de la iglesia por la sacristía y oyó voces hacia la entrada del templo, ya cerrado, costumbre adquirida durante la invasión de Oribe. Aún quedaban refugiados en el convento, temerosos de Quebracho o de ser señalados, tal como sucediera con el joven Manrique, de unitarios. Algunas de estas personas se encontraban en la penumbra de la nave principal, rezando en voz baja.

La luz de la capilla de la portería le llamó la atención y allá fue. La voz del padre Mateo sonaba clara y con un dejo alegre. Espiando desde la entrada, vio a Farrell, a Chañarito y a la sobrina nueva de misia Francisquita. Las otras dos mujeres, a la abundante luz de las velas, eran la sobrina de don Teodomiro, la prometida del comandante, y su vieja tía, que siempre compraba en el mercado. De algún lugar habían sacado unas mantillas de color marfil, dejando las negras sobre un reclinatorio.

En el segundo escalón del retablo de la Virgen de la Candelaria se veían dos almohadones rojos. El comandante entregó al cura un cofrecito de plata, que abrió sobre el altar.

En aquel momento, dos frailes aparecieron dirigiéndose con cierta premura hacia donde estaban reunidos, y Ventura, ni lerdo ni perezoso, se metió en un confesionario, maldiciendo su mala suerte. Alcanzó a reconocer al cura que los ayudara a «limpiar» los mataderos de la mazorca, amigo de la renombrada doña Leonor. ¿Cómo se llamaba? Filemón, ese era el nombre. Ya había adivinado de qué se trataba todo aquello, pero no podía salir hasta que despejaran el recinto. Se resignó a esperar, pero al rato su impaciencia lo llevó a asomarse y escuchar desde las sombras. La voz del padre Mateo sonaba clara y segura mientras decía:

—Hijos: hoy que estamos bajo el patrocinio de la Virgen de la Buena Esperanza, que tantas bendiciones presagia, escuchad lo que por nuestro oficio ejecutamos. Os rogamos, oh Dios Omnipotente, continuéis favoreciendo con vuestra gracia a los que he de unir con un vínculo legítimo.

»Esposo: el Señor os entrega esta compañera, sed su generoso protector, y colocad el honor de vuestra fuerza en ser el amparo de su debilidad.

»Esposa: después de Dios, a nadie amaréis más abnegadamente que a vuestro

esposo; a vos está confiado el honor de su casa y de su nombre.

»Sed ambos diligentes en el cumplimiento de vuestros deberes y en el servicio y temor de Dios, y Él os colmará de sus bendiciones aquí abajo y os recompensará en el Cielo con la bienaventuranza eterna. Así sea.

Se oyeron frases de augurios y besos. Ganado por la curiosidad —¿quién se había casoriado, el comandante o Chañarito?— y haciendo gala de descaro, salió del confesionario y alcanzó a ver que la hija de doña Leonor entregaba a la sobrina de don Teodomiro un ramito de azahar envuelto en una cinta de encaje. La cara de Ventura se partió en una sonrisa de oreja a oreja. Al dar un paso más, se llevó por delante un portacirio cuyo pie sobresalía del rincón. El ruido provocó un silencio inmediato y los dos frailes se adelantaron rápidamente, para tomarlo de los brazos y ponerlo de pie. Farrell y Fernando aparecieron junto a ellos.

—Vaya, vaya —dijo Fernando con una sonrisa aviesa—. Pillamos al zorro en el gallinero.

—Chañarito, mil parabién, como dice don Eduardito, también horasbuenas para la niña de la lechuza, que las merece. Y para el general...

Los que rezaban en el templo se volvieron al oír las risas que venían de la portería.

Fernando puso la mano, dejándola pesar, sobre el hombro del pícaro.

—¡Cuántas palabras te han enseñado desde que te vi la última vez, indio ladino!

Presumiendo que el recién casado estaría de buen humor, Ventura se enderezó y saludó a todos con variadas reverencias.

—Y como sabemos que eres buenregonero —intervino Farrell, metiendo la mano en el bolsillo del chaleco— quiero que, cerrada la Oración, se sepa en la ciudad que Fernando Osorio ha desposado a doña Ignacia Arias de Ulloa. Te lo encargo como padrino de los novios, y como padrino, te pago con estas monedas.

El desvergonzado extendió la palma de la mano y tintineó el metal al caer sobre ella. Se deshizo en cortesías y ya se iba cuando Fernando le llamó la atención.

—Agarra —y le tiró una pequeña bolsa con dinero—. Para que no digas que soy tacaño en este día, el más feliz de mi vida.

Caminando hacia atrás, el indio preguntó a Farrell:

—¿Cerrada la Oración?

—No antes, o lo lamentarás.

—Así se hará, general —y se dirigió a la sacristía. Los últimos pasos los hizo corriendo, pero al pasar ante el altar mayor no olvidó santiguarse. Para hacer tiempo y cumplir con lo mandado, encaró para el Calicanto, a tomarse unas cañas en la pulpería de su tío. Ese anochecer los faroles de la calle se encenderían más tarde. Levantó el rostro para mirar cuán oscuro estaba, y una garúa fina, de bendición, lo mojó.

«Tenía que ser la Virgencita de la Esperanza», pensó regocijado, y besó la humilde cruz de madera que llevaba al cuello.

\* \* \*

Doña Francisquita, sacudiéndose el capote de los hombros, se dirigió hacia la salita de su hermana; sin tomar aliento, se sacó los guantes y le preguntó:

—¿Está tu hija en casa?

—¿No iba a lo de Antonia, a medirse el traje?

—Pues Canela pasó por allá, a llevarle unas cintas, y la casa está a oscuras.

—Andarán en lo de las Villalba, mostrando los vestidos.

—No están. Ya mandé a Tola a averiguar.

Se miraron, sin saber qué pensar. Francisca levantó la vista con inquietud.

—Leonor, ¿no sientes que pasa algo raro?

—¿Raro? ¿Raro como qué?

—¡Que tu hija no haya aparecido desde el mediodía, que Consuelo no mande recado y que Farrell no se haga ver!

—¿Pero qué quieres decir, qué imaginas...?

—¡Qué se han escapado!

—¿Piensas que Fernando y Nacha se han escapado con Farrell y Consuelo?

—¡No, tonta; sospecho que Farrell y Consuelo...!

—¿Y adónde irían?

—¡Ay, Leonor, qué mema eres, a El Oratorio!, ¿no te das cuenta?

De nuevo reinó el silencio, pero Leonor salió en defensa de los acusados.

—Consuelo no se permitiría eso nunca, bien lo sabes. Y me extraña que creas que Farrell pueda comprometer su reputación.

Un fuerte golpe del llamador las hizo callar. Fe de los Desesperados, que estaba encendiendo los candiles de la galería, fue a atender y volvió seguida por el comandante Farrell, muy bien vestido. Francisca, siempre desconfiada, creyó que se habían casado sin las proclamas.

—¿Ha pasado algo malo? —preguntó Leonor.

—Según cómo se vea —dijo él con una sonrisa—. En el zaguán hay una pequeña comitiva, que desea saludarlas. —Y sin esperar respuesta, se volvió y dijo a la criada—: Fe, diles que pasen.

Consuelo abría la marcha, y Francisca notó un ramo de azahares en su mano.

—¿No me decías tú que Consuelo no haría eso? —dijo, volviéndose hacia Leonor quien, perpleja, miraba a Antonia con mantilla blanca. En medio del sonido de pasos y medias voces, creyeron reconocer la voz del Payo.

Fernando sonreía mientras ellas se preguntaban cómo había llegado tan bien trajeado después de semejante viaje... hasta que descubrieron a su lado a Ignacia con una sonrisa deslumbrante. Ambos estaban tomados de la mano.

Leonor los miró sin estar segura de lo que aquello significaba y Francisquita no sabía si enfurecerse o reír: bien veía lo que aquellos dos habían hecho. «Tal para cual;

serán felices». Fernando, que la observaba, arrastró a Ignacia y sonriéndole sin empacho dijo:

—Bendíganos, madrina, porque nos hemos casado.

Hubo que traer las sales para Leonor, quien sintió un ahogo y se llevó la mano con el pañuelo a la frente, pero su sobrino —ahora su yerno— alcanzó a tomarla en brazos y acomodarla sobre un sillón. Clotilde, advertida por Fe de lo que sucedía, se apresuró a ir por las sales. Mientras le humedecían las sienes, la abanicaban y le desprendían un lazo del escote, Nacha se arrodilló a su lado y, tomándole la mano, le pidió perdón.

Volvió a sonar la puerta, y esta vez Nombre de Dios corrió a atender: era Monserrat, que hizo llamar a Farrell. Cuando el comandante regresó, todos hablaban animadamente y él, palmeando las manos, les anunció:

—Mi coche está en la puerta para llevar a las señoras. Francisca, amiga, me he tomado el atrevimiento de mandar a su casa empanadas y otras cosas ricas, ya que Sebastián no puede salir. Un matrimonio debe festejarse, aunque no como ustedes querían, sino como los prometidos desean. Ya deben haber llegado los invitados. — Sobre las cabezas de las tías, hizo una seña a Clotilde y a las morenas—: Ustedes también irán. Martina las espera.

Mientras Nacha, del brazo de su madre, se dirigía a la salida, Fernando ofreció el suyo a misia Francisquita.

—Por el amor de Dios, Payo, ¿por qué no nos avisaste?

—Tía, si usted sabe que las cosas tan serias no me gustan. Quería algo más simple, no que fuéramos un espectáculo para los vecinos. Soy bagual, y no puedo con mi genio. —Pero, zalamero, le preguntó—: ¿Algún día me va a perdonar?

—Algún día, algún día... —dijo ella, dudosa. Y alzándose de hombros, reconoció—: Peor hubiera sido que nos dieran «participación de fuga».

Se detuvo bajo el farol del zaguán y levantó el rostro hacia él. Fernando se emocionó al ver que, aunque lo disimulaba, tenía los ojos húmedos.

—¿Y quién te casó? No, no me digas nada. Ese cura roto, de pies sucios, con la sotana manchada. Y Nacha, de acuerdo, me imagino. ¿Quieres que te dé un presagio de lo que será tu vida con ella?

Y al verlo algo asustado —era muy supersticioso— le tocó la mejilla con la mano y le dijo:

—Vivirán de correría en correría; se meterán en líos, se pelearán como garduños, harán las paces como lince... pero serán muy felices, porque son como dos espejos: una misma imagen en un cristal distinto.

Al salir a la calle, él le dijo, presentando la frente al cielo:

—¡Mire lo que he conseguido, tía, casándome el día de la Buena Esperanza: que llueva! Deberían nombrarme alcalde.

La llovizna mojó las mejillas y los párpados de Francisca, que con un nudo en el pecho se largó a llorar de tal manera que su sobrino, preocupado, la abrazó

abarcándola entre ambos brazos: el recuerdo de aquel amor muerto tanto tiempo atrás había rozado los labios de la señora. Solo su sobrina Luz hubiera podido comprenderla, pero estaba muy lejos.

\* \* \*

Los vecinos de Córdoba quedaron anonadados al ver entrar, a principios del pasado octubre, al coronel Alejandro Aparicio. Lo traían custodiado, cubierto de polvo y extenuado. La gente se detuvo a ver cómo lo bajaban del caballo con las muñecas maneadas y lo introducían por el portal del cuartel del Regimiento, a los fondos del Cabildo. Como al más peligroso de los enemigos, se le puso centinela a la vista.

No era fácil aquella situación, ni para amigos ni para enemigos. De familia respetable, con lazos de sangre en otras provincias, admirado por su elocuencia y su pensamiento, su hombría de bien y su desvelo por los habitantes de Traslasierra, el encarcelamiento fue motivo de conmoción. Nadie olvidaba que era valeroso y buen militar, además de hijo, esposo y padre dedicado.

Como ya lo había hecho doña Plácida de Manrique por su hijo Fermín, ahora se veía a doña Mercedes Escapulario Luna, madre de Aparicio, y a la joven esposa de este, Leandra Calderón —en los meses mayores del embarazo—, haciendo antesala con la obstinación de las mujeres empeñadas en salvar a los suyos. Muchos las escucharon, aun sus oponentes. Más de un federal pidió por él, como el doctor Dámaso Gigena, quien fuera presidente del Tribunal Superior de Justicia, por entonces asesor del gobernador, a quien suplicó: «Ese hombre no debe morir, hay en su cerebro sustancia que puede ser útil a la Patria». Pero Quebracho, sus funcionarios, algunos jueces y ciertos prelados se mostraron incommovibles.

Ni Arredondo, a quien le tiraron el «peludo» de hacerle un consejo de guerra, ni el gobernador, que hizo consultar a Rosas sobre el destino del reo, querían cargar con aquella decisión. Si bien Quebracho había sido amonestado por el gobernador de Buenos Aires por haber mostrado benevolencia con muchos rebeldes, también sabía que gran parte de la sociedad no le había perdonado la ejecución de Manrique.

Acusado de «oprobioso salvaje unitario, revolucionario y traidor», era un milagro que después de cinco meses de encierro Aparicio continuase con vida. Rosas demoraba la respuesta, y el prisionero y su familia se consumían en la incertidumbre, aunque el coronel se distraía preparando su defensa.

Muchas mujeres preferían quedarse dentro de sus casas, culpando a la seca, al calor y al desgano por aquellos días, para no toparse con doña Escapulario y Leandra peregrinando por templos y oficinas, el Cabildo y el Regimiento.

## 46. AVENENCIAS Y RUPTURAS

«Con tan auténticas virtudes y tan auténtico amor, sin carecer además de amigos ni de fortuna, la felicidad de los primos casados ha de parecernos tan segura como pueda serlo la felicidad terrena».

Jane Austen, *Mansfield Park*

PROVINCIA DE CÓRDOBA  
PRINCIPIOS DE 1843

Por aquellas tristezas de las Aparicio y del «valiente coronel», como llamaba a Alejandro la gente de pueblo, las Osorio decidieron pasar la Navidad en La Antigua, aprovechando que los caminos se hallaban despejados de soldados, pues la lucha se había trasladado a la Banda Oriental.

Robertson y Laura, además de Inés y Luis, estaban muy contentos por la reunión familiar: hasta las Núñez del Prado se atreverían a ir.

Fernando solicitó a Quebracho permiso para que Sebastián y Saint-Jacques pudieran dejar la ciudad, deseo que le fue concedido, con la advertencia de que solo podrían quedarse allí mientras Francisca estuviera en Ascochinga.

En La Antigua las habitaciones se airearon, se sacudieron colchones, se solearon sábanas y mantas y se rescataron catres de los sótanos para que los niños dejaran las camas a los mayores.

Todas las mujeres jóvenes, amas y criadas, se dedicaron a hacer los platos tradicionales para aquellas fechas, mientras las señoras, sentadas al fresco de las galerías o del parral, hablaban de escándalos y esponsales. Leonor pensaba en Monforte, a quien, después de sus confidencias, se permitía extrañar.

Las Núñez esperaban llenar de flores la capilla, donde armarían el pesebre, que había sobrevivido a centenarias Navidades. Eleuterio, el «Tero», viejo medio tonto que andaba entre El Oratorio y La Antigua y daba de comer a los perros de los corrales, aparecía por aquellas fechas. Solía juntar huevos de pájaros durante todo el año, y en diciembre los pintaba y los enhebraba en guirnaldas para adornar las galerías.

Ya se estaban preparando las teas que iluminarían la noche, pues el padre Ferdinando oficiaría la misa del gallo al aire libre, para que los peones de Farrell y de Robertson, con sus familias, estuvieran presentes y pudiesen comulgar. Para ellos también habría festejos y comida.

Inés había enseñado a los niños villancicos y otras canciones santas, y Cora, algunas en camiare, la lengua de los comechingones.

Lucián, tranquilo bajo la paciencia de Laura e Inés, pero sobre todo de Cora — que lo llevaba a la ermita abandonada y le contaba cosas maravillosas, de animales que hablaban y ánimas buenas que venían a visitarla—, perdió la compostura al saber

que su padre se había casado con Ignacia. Y aquello, comprendió misia Francisquita, traería problemas: no veía en Ignacia esos sentimientos por los niños que la motivaran a dedicarse a él. Tampoco la imaginaba quedándose en la casa para cuidarlo o enseñarle, y estaba segura de que adonde fuera Fernando, ella lo seguiría.

El berrinche de Lucián, que no quería irse con ellos, fue mayúsculo; hubo gritos y pataleos de parte del niño, y un chirlo propinado por su padre para hacerlo callar. Robertson esperó que las cosas se calmaran, llevó al chico aparte y conversó con él. Sebastián, a quien preocupaba la situación de su sobrino, los observó, esperanzado en que la disposición del marido de Laura consiguiera que el rebelde se aviniese a obedecer.

Aquella noche sacó de su carpeta los dibujos que hiciera en Entre Ríos para sus hermanos menores, y se los regaló; Lucián quedó fascinado con los animales desconocidos, y a partir de allí se dedicaba a hacerle toda suerte de preguntas sobre el viaje por el río. No cabía en su cabeza un río de esas dimensiones.

Saint-Jacques, Consuelo y Farrell, por su parte, llevaban a los niños a andar a caballo en los petizos, mansos y trotadores, que compraran en Candonga. Lucián, entonces, tenía mucho protagonismo, pues ninguno cabalgaba como él.

Mientras tanto, doña Leonor trataba de convencer a Ignacia de que aconsejara a Fernando, pero la joven dijo que si él consideraba que debía llevarse a su hijo, ella lo apoyaría. Misia Francisquita la interrumpió abruptamente:

—Nacha, ¿estás dispuesta a quedarte en la casa con el niño, haciéndole de madre mientras Fernando se va a la ventura?

Ignacia enmudeció al enfrentarse con esa posibilidad.

Robertson e Inés, junto con Farrell, terminaron de convencer a Fernando de que, por el momento, convenía que el chiquillo se criara con sus primos, aprendiendo a leer y a escribir. Las lágrimas en los ojos de su hermana Inés, encariñada con Lucián, y la actitud de Robertson hicieron recapacitar a Fernando, pero lo que pesó en su determinación fueron las palabras de Cora:

—El mocito debe quedarse con la niña Inés. Todavía la madre le respira en el corazón, y dirlo justo donde la agarraron, no será bueno. A la Calandria le prometí ayudarlo, pero no es trabajo de un día.

Así aceptó Fernando que su hijo quedara en La Antigua, protegido por la tutela de Robertson, el cariño de Inés y la sombra benéfica de Cora. Pero en el fondo de su alma sintió el desgarramiento de lo que significara la muerte de Calandria y el torbellino que había traído su unión con Ignacia, quien, oyendo a los otros preocuparse por el desolado ánimo del chico, se recriminó su desapego por Lucián.

Una siesta en que lo vio internarse en el monte, por el cañadón que separaba la estancia de los Potreros del Alto, lo siguió a distancia, tratando de que él no la descubriera. Parecía conocer bien el camino, porque tomó atajos y saltó entre las piedras con soltura, ascendiendo hacia una meseta despejada entre matas y grandes rocas de granito con vetas rosadas. Una vez allí, el chico rodeó el lugar varias veces,



mirando hacia el cielo como buscando algo. De pronto, Ignacia se estremeció al oírlo dar un grito agudo y gutural, que semejaba el chillido de un ave de presa. Inmediatamente, Lucián se acostó sobre el pasto, quedando en una posición natural, como si hubiera caído del cielo. Sin saber qué esperar, Ignacia se resguardó en los peñascos circundados por matas de duraznillo, sombra de toro y garabatos. No imaginaba qué se proponía el chico, haciéndose el muerto y soltando aquellos alaridos. No demoró en oír la respuesta que llegó en un aleteo pesado que le heló la sangre. Un ave enorme surgió del horizonte como una nube oscura; sus largas alas negras tenían un borde blanco y la cabeza recogida sobresalía del albo collar de plumas. El cóndor planeó, displicente, sobre Lucián, como si atisbara signos de vida. Su sombra inmensa eclipsó el sol varias veces al sobrevolar la pequeña meseta, y Nacha comprendió que el ave se aprestaba a capturar la presa inmóvil. Desesperada, encontró un palo bastante largo y le ató su pañuelo en la punta; sabiendo cómo cazaban las aves de presa —caían como un rayo desprendido de las alturas—, corrió gritando y agitando sobre su cabeza la vara con el chal zumbando en el aire. De inmediato, el cóndor se elevó pesadamente y, luego de dar otro giro, se perdió tras la montaña. Lucián se incorporó, furioso, y arremetió contra Ignacia, pateándola y golpeándole la cintura con los puños, echándole en cara su intervención. Ella no se defendió, pero lo sostuvo firmemente de los hombros. Arrodillándose ante él, le dijo:

—¿No te diste cuenta de que te iba a llevar?

—¡Eso quería! ¡Quería irme con el cóndor! —gimió el niño, intentando desprenderse de sus manos.

—Pero ¡te iba a comer, ¿entiendes?, a comer! —Lo sacudió por los brazos.

—¡No; me iba a llevar con mi mamá, al cielo! ¡Quiero irme con mi mamá! —Se puso a llorar el niño y ella sintió que se le deshacía el corazón de dolor, y lo contuvo entre sus brazos apretadamente, a pesar de que él la golpeaba y la arañaba, entre furioso y desesperado.

Acunándolo contra el pecho, le acarició la cabeza y al notar que se tranquilizaba, le dijo que tenía que tener paciencia, porque un día su madre le mandaría un ángel, y no un cóndor, a buscarlo.

Sentados al borde de las piedras, él acurrucado contra ella, le contó, entre profundos sollozos, cuánto extrañaba a su madre. Hablaron largo rato, y al bajar de la sierra, le tomó la mano para guiarla por la torrentera.

Todos se sorprendieron al verlos llegar de aquel modo. Misia Francisquita se dijo que el rosario que había rezado pidiendo entendimiento entre el huérfano y su sobrina había producido el milagro de Adviento.

\* \* \*

La primera semana de enero comenzaron los regresos. Para entonces, Lucián, Ignacia y Cora habían emprendido caminatas a través de las sierras de El Oratorio. A

Lucián le encantaban las noches en que, bajo la Cruz del Sur, Ignacia, a su lado, rodeados por sus primos, los asustaba con los duendes de Galicia. Otras veces, Fernando lo sentaba en sus rodillas mientras Sebastián les contaba la historia de las estrellas.

De manera que cuando los recién desposados, con las señoras, Sebastián y Saint-Jacques, regresaron a Córdoba para preparar el viaje a la frontera sur, la relación de Lucián con Ignacia era estrecha y cálida. Intercambiaron regalos secretos —él le dio una cajita con la piel de una víbora de cascabel, que indicaba, según le dijera Cora, un cambio de vida, y ella su abrecartas toledano «para que abras los mensajes que tu padre y yo te vamos a enviar»—; después de hacerse rogar, el chiquillo consintió en besarle la mejilla.

En Ascochinga quedaban las señoritas Núñez del Prado, que debían cuidar de la reputación de Consuelo en su viaje de regreso. La joven y Farrell pasarían unos días más con Laura y Robertson, planificando su matrimonio, que se llevaría a cabo en pocos meses más.

\* \* \*

Ya en la ciudad, Armand impartió a la joven lecciones de primeros auxilios y eligió varios Tratados Prácticos de su padre que pudieran ayudarla en caso de necesidad.

Ignacia pidió a Sebastián que la guiara en la elección de lecturas —poemarios, novelas y comedias— para llevar a Los Algarrobos.

El traslado a la estancia no sería sencillo. Tenían que dejar la llave de la casa del Bajo de Galán a la vecina, quien se encargaría de mantenerla cuidada para cuando ellos vinieran a la ciudad, pues se habían apegado a la propiedad, afecto que compartían con Farrell, que solía ir a despejar la tumba de Florinda y de su hijo.

Debieron alquilar carretas para llevar armas, enseres, vestuario, los arcones con libros, los artefactos del halcón, agua para el viaje, pues continuaba la seca a pesar de alguna escasa lluvia. Cargaron también alimentos difíciles de conseguir en la llanura, cajones de vino que Luz y Harrison les mandaran de regalo, las pocas cosas de Monserrat y de Casildo. Y aquellos imponderables a los que las personas se aferran por sentimiento.

Antes de partir, Ignacia y Fernando fueron al Bajo de Galán, donde pasaron la mañana empacando. Hicieron el amor a la siesta con puertas y ventanas abiertas; mientras descansaban, abrazados, una bandada de mariposas color limón, y otras azules y moteadas, entraron por la ventana y revolotearon sobre ellos, haciéndolos reír. Luego, como espíritus benévolos, salieron en una larga cinta ondulante y se perdieron entre las ramas del granado.

Se levantaron al atardecer y se quedaron en el banco del alto, donde Ignacia leyó en voz alta alguna poesía; cuando el sol comenzó a descender, con las almas en

comunidad contemplaron las sierras que se perdían en las primeras sombras. El libro resbaló de la mano de Ignacia, y solo cuando el anochecer refrescó la huerta entraron y prendieron los candiles. Comieron algo que les mandó la vecina y rezaron dos cortas plegarias a Santa Rita. Se acostaron temprano, conversaron un rato en la oscuridad y se durmieron con las cabezas juntas, pensando en la vida que tenían por delante.

Partieron a la madrugada, despedidos por la familia y las criadas, Fernando asegurando a Sebastián que conseguiría que Quebracho los dejara viajar —a él y al francés— a Los Algarrobos. Doña Leonor y misia Francisquita disimulaban la congoja con estoicismo.

La aurora aparecía en el naciente como una fogata entre nubarrones embetunados.

Ignacia llevaba el pelo suelto y un chambergo viejo de Fernando colgando del cordel, a la espalda. Vestía aquel traje de amazona con que él la viera por primera vez, en el campo de batalla de Quebracho Herrado, con la falda abierta por delante, para poder montar a lo varón. Por las dudas que lloviera, llevaba el capote de su padre atado al recado. Haría el viaje montada en Zeltia, la yegua doradilla que Farrell le regalara cuando llegaron de España. Pero, para dejar descansar los caballos, Rosendo trajo remuda de la estancia.

Fernando se había puesto el traje de comandante, y bajo la chaqueta usaba los tiradores bordados, ¡quién lo diría!, por Ignacia. El azul noche del uniforme volvía sus ojos color pizarra. Como notó misia Francisquita, lucía salvaje y aguerrido, el sable a la cintura, las pistolas en la sobaquera que heredara de don Carlos, las botas altas lustradas con sebo, el facón en la montura y el poncho terciado sobre el hombro, al descuido.

No había caso, comprobó su tía; el sur, aquel sur áspero y violento, donde día a día tenía que conquistarse el derecho de habitarlo, lo llamaba. «Siempre será cimarrón», pensó, el corazón lleno de cariño por aquel sobrino tan apuesto, tan fuerte, tan valeroso. «Por suerte, nos queda Sebastián, que es la sensatez en persona», deliberó consigo misma, apoyándose en el brazo de él.

Leonor no cesaba de dar consejos a la pareja, afligida porque su hija se iba a un territorio que, desde que ella era niña, en vez de civilizarse había ganado en barbarie a través de la guerra.

Se dieron los últimos abrazos, los últimos besos y montaron a caballo. Monserrat, que se había acollarado con Rosendo, dirigía la carreta. Casildo fustigó al petizo mal encarado, que salió al trote con las orejas bajas detrás de la doradilla de Ignacia.

En los Altos de San Francisco se encontrarían con Rosendo y los peones que arreaban la tropilla de Fernando. Ciriaco Videla los esperaba a mitad de camino. Lienán se uniría al resto en Los Algarrobos, pues Fernando debía hacerse cargo de la comandancia del Tercero Arriba.

Las señoras, Sebastián y Saint-Jacques, las criadas de ambas casas, se quedaron en la puerta, diciéndoles adiós con la mano, mientras ellos daban vuelta a la manzana

para subir hacia la salida de la ciudad. Antes de azuzar a su cabalgadura, Ignacia se volvió y les dedicó una sonrisa que expresaba tanta dicha, tal deseo de vivir, que Leonor y Francisca se abrazaron sin poder contener el llanto.

Varias vecinas —y algunos vecinos— se habían levantado al alba para verlos partir a través de los postigos. Una de ellas, doña Carmela, la madre de Manuel Cáceres; otra, doña Dolorita, la madre de Eduardito Páez. Ambas matronas, junto con sus hijas, odiaban a las mujeres Osorio, aunque tenían debilidad por los varones de la familia.

—Siempre pensé que la hija de Leonor no valía nada. ¡Qué lamentable que el Payo se casara con ella! Es una descocada que anda con ese bicho al puño solo para que los hombres se fijen en ella. Porque alhajita no es. Y menos desde que la raparon. Una mujer sin su cabellera no es una mujer... —siseaba la viuda de Cáceres a sus hijas, que se empujaban entre ellas para ver a Fernando, por quien suspiraban—. Además, por lo que le contó el indio Ventura a Manuel, se casó con un vestidito con poco encaje. ¡Nada de cinta debe haber salido del escaparate de don Fidel! Y por ramo de novia, ¿qué tenía en la mano? ¡Un manojo lamido de azahares con unos cuantos helechos!

Su hija Clarita, que por dentro pensaba «¡Cómo querría estar en el lugar de Ignacia!», se sumó a su madre en las críticas:

—¡Ni un coro tuvieron para las bendiciones!

Otra de las niñas se santiguó:

—Para mí, casarse así trae mala suerte.

Con valentía, la hermana menor exclamó:

—¡La envidio; yo me hubiera casado con coro o sin coro, y hasta en un rancho, con tal de casarme con el Payo!

Con la última palabra, su madre le dio un coscorrón en la nuca y fue a buscar su mantón, pues había prometido ir a lo de Páez, que vivía en una calle por donde no pasarían los viajeros. Mientras llamaba a una de las criadas para que la acompañara, la señora murmuró: «¡Qué ojos abrirá Dolorita cuando se lo cuente!».

A despecho de tan mezquinos deseos, su ceguera le impedía ver la radiante felicidad que embargaba a la pareja y que seguramente signaría sus vidas.

El reloj de la Catedral comenzó a dar las seis de la mañana y un redoble de tambores la detuvo. Una de las criadas, al alcanzarle el mantón, le dijo:

—Pues hoy afusilan al valiente coronel Aparicio...

Cuando escuchó aquello, doña Carmela se quitó el mantón de los hombros. Alejandro había sido compañero y amigo de su hijo Manuel, y ella estuvo angustiada muchos meses, temiendo, ante cualquier ruido en la noche, que vinieran a arrancarlo de su cama.

Se reunió con sus hijas, las abrazó y las instó a rezar por el alma de Alejandro. Hizo cerrar puertas, postigos y ventanas, y con un nudo en el pecho unieron sus voces por el marido de Leandra, a quien tanto querían.

El coloquio con Dolorita podía esperar hasta la tarde.

## 47. PERO EL HONOR ES DEL ALMA...

«Quedaba un último recurso: la fuga. Todo estaba preparado: su esposa, única que podía visitarlo en la celda, le llevaría ropa para disimular su figura. Aprovecharía el obscurer, cuando el tañido de las campanas, con el redoble de tambores, indicaba el Ave María. En los patios del Cabildo hay entonces confusión por el relevo de guardias. Un buen caballo lo esperaría en la esquina; lo demás dependía de su destreza de jinete».

C. A. Barbieri, *Epopéya romántica. Córdoba en 1840-1843*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
OCTAVA DE LOS SANTOS INOCENTES  
(VÍSPERAS DE REYES)  
ENERO DE 1843

La noche anterior a la ejecución del coronel Alejandro Aparicio, el plan de rescate que pensaban llevar a cabo varios compañeros, en connivencia con su esposa y una amiga de ella, se vio frustrado cuando alguien pasó el dato a la guardia. La amiga de Leandra, a quien llamaban Gelita, había hecho cuanto estuvo en sus manos para salvarlo. Todo fue en vano.

El mayor dolor del sentenciado fue que le prohibieran un último encuentro con su mujer y su madre. De todos modos, puso su conciencia en paz y escribió a ambas: «Rueguen por mí a Dios Creador de la Naturaleza para que así Él como Uds. me perdonen los males y los sufrimientos que les he causado».

Sabía que debía morir a las seis de la mañana, como ordenaba la antigua costumbre española, y pasó la noche en vela, esperanzado en que quizás le permitieran hablar con ellas. Antes del amanecer, cuando aún el cielo estaba oscuro, el sacerdote entró en la celda a confesarlo y se sorprendió de no encontrar en el prisionero ni flaqueza ni odio hacia los que habían decidido su destino.

Cuando el reloj de la Catedral dejó oír sus sonos acompasados, una compañía de infantería y un escuadrón de caballería, con uniformes bermejos, se formaron entre la Catedral y el Cabildo. Por la ancha portada principal salió un piquete de soldados, los fusiles al hombro, rodeando al coronel Aparicio.

Las bayonetas de cubo, caladas en la punta de los fusiles, brillaron con las primeras luces del día que se iniciaba reflejado en sus metales.

Aseado, recién afeitado y bien peinado, no mostraba temor ni debilidad. Vestía camisa blanca, casaca guerrera de cuello alto con charreteras «lloronas», con los flecos que le pendían, pantalón militar y botas de cuero. El sacerdote marchaba codo a codo con él; había sido uno de los tantos que intentarían salvar su vida. Llevaba en la mano un crucifijo, que sostenía a la altura del pecho.

Cuando callaron los sonos del reloj, se oyó el redoble de los tambores y los «¡Firmes!» y «¡Atención!» ordenados por los oficiales.

Atravesando el centenario Pasaje de las Catalinas, una tapia cerraba el espacio entre el templo y el Cabildo; detrás de ella estaba el enterratorio de la Catedral. En medio de ese muro había una estrecha puerta pintada de verde oscuro. Frente a él se alineó el piquete de ejecución.

No hubo necesidad de llevar del brazo al coronel hasta el paredón, pues caminó, decidido, al lugar de ajusticiamiento. El sacerdote lo bendijo por última vez y él pidió besar la cruz.

Un soldado se adelantó a vendarle los ojos, pero el coronel lo rechazó con ademán sereno. No se le hizo el insulto de atarle las manos ni de fusilarlo por la espalda, como algunos federales intolerantes habían pedido. El respeto que despertaba en sus verdugos le permitió unos segundos de reflexión, con los brazos cruzados sobre el pecho. Levantó la mirada por última vez y contempló los altos de la Catedral y las nubes rojas sobre el naciente, que se desvanecían a medida que subía el sol. Luego bajó los brazos y gritó con fuerza: «¡Libertad; viva la Patria!», exclamación que fue ahogada por el estruendo de los fusiles.

Algunos soldados cerraron los ojos al disparar, y otros volvieron el rostro a un costado. «En la milicia, las órdenes no tienen por qué gustarle a uno; con que se cumplan, basta», pensaron varios. Así se hizo, y sobre la camisa blanca del coronel se dibujó una rosa púrpura. Abrió los brazos y cayó de frente sobre el suelo. Más de un soldado se santiguó, contemplando el cuerpo que parecía el de un Cristo boca abajo, y todos desearon ser aquel al que le había tocado en suerte el arma cargada de pólvora, pero sin munición, como se estilaba en los fusilamientos, para tranquilidad de las conciencias.

El confesor también se hizo la señal de la cruz y el muchacho del tambor lo oyó murmurar las últimas estrofas del «Romance al amigo fusilado»:

*... Pero el honor es del alma  
Y el alma es Eternidad...*

El toque del clarín anunció que otra víctima de la guerra fratricida acababa de caer bajo las balas. No lejos de allí, en el convento de las Huérfanas, donde Leandra se había criado, ella y su suegra lloraban desconsoladamente, mientras las monjas encargaban a las novicias que se llevaran los niños a la huerta y los entretuvieran allí.

## 48. BAJO LA MANSA LUZ DEL MISMO CIELO

«Feliz quien nace y muere  
Bajo la mansa luz del mismo cielo:  
Si en los zarzales el dolor le hiere  
Sus lares le propician el consuelo.  
La casona desierta,  
Las higueras del patio, la fragancia  
De la vid, el portillo de la huerta,  
El blanco amor que sonrosó en la infancia».

Ataliva Herrera, «Alma provinciana», de *Paz provinciana*

CIUDAD DE CÓRDOBA  
OCTAVA DE LOS SANTOS INOCENTES  
(VÍSPERAS DE REYES)  
ENERO DE 1843

**E**n Los Altos, la caravana de Fernando se encontró con Rosendo y el resto de los peones; el padre Mateo los acompañaba con un perro sarnoso que rescatara del tajo del Calicanto. Desmontaron y, con las riendas en las manos, bajaron la cabeza: las bendiciones repartidas alegremente por el franciscano fueron recibidas con docilidad.

Luego, el religioso sacó una petaca del bolsillo y antes de ofrecérsela a los hombres la entregó a Ignacia, que no dudó en dar un trago para luego pasarla a Fernando. Una vez vaciada por el último de los peones, Fernando la devolvió al franciscano con una limosna para los viejos soldados que él socorría. Se despidieron dejándolo en la cresta del camino, su rotunda humanidad contemplándolos desaparecer en la curva que punteaba el monte, rascando la cabeza del animal que se había apegado a él.

Fernando ordenó poner los caballos al paso de la carreta; sobre ellos, las nubes rojas y plomizas, que prometían lluvia, comenzaron a disiparse a medida que el sol inundaba el firmamento con una marea de oro.

No se habían alejado mucho cuando el tronar de una descarga de fusiles sobresaltó a Ignacia. Acortó las riendas e hizo volver a Zeltia, encarando hacia la ciudad.

—¿Qué fue eso, Payo? —preguntó, inquieta.

—Ejercicios de tiro —contestó él, rogando que ella no supiera que aquel día fusilaban al coronel Aparicio—. Sigamos; tenemos un buen trecho hasta el Tercero —la apuró, y taloneando al caballo, reanudaron el trote. Sin que ella lo notara, se persignó. Consideró de buena suerte haber salido de Córdoba antes de que aquel valiente cayera abatido por la convicción de sus ideales.



\* \* \*

El viaje fue lento a causa de la carreta, y a mitad de camino se cruzaron con Monforte de Lemos y su ayudante, Fares, que regresaba —de donde fuera que hubiese estado— a Córdoba. El encuentro les alegró y tuvieron tiempo de detenerse a comer algo mientras comentaban los sucesos en Córdoba y Monforte les daba noticias de lo que acontecía con la Liga del Litoral. En un momento en que Fernando se dirigió a dar algunas órdenes a sus hombres, don Blas preguntó a Ignacia por su madre.

—Notó su ausencia en Navidad... —le dijo ella, con un dejo de malicia.

La larga mirada que le dirigió el español, decidida y a la vez desconfiada, hizo reír a la joven, que se avino a responder sus preguntas.

Cuando regresó Fernando, este le preguntó si pensaba asentarse en Córdoba.

—Quizás acuda a vos en busca de consejo —dijo Monforte—. Tengo idea de poner un haras de buenos caballos. La tierra de Córdoba es noble para criarlos...

—Necesitará a alguien ducho en la cría y en el amanse —le hizo ver Fernando.

—¿Nunca os hablé de Fares? —Y entre dos mates, al que se había aficionado, le contó la historia de aquel, que encantó a Ignacia y dejó a Fernando preguntándose si no sería una patraña. Se separaron antes de la siesta y la joven aprovechó para enviar a su madre una nota contándole las peripecias del viaje.

Tras cuatro días de marcha dieron con Ciriaco Videla y sus hombres. A partir de allí, dejaron atrás la carreta, protegida por Rosendo y los peones y, después de otra muda de caballos, Casildo quedó con Monserrat para hacerse cargo del halcón. Fernando dijo a Ignacia que montara en Zeltia y él, a su vez, cambió el Oscuro por el Moro, pues quería entrar a sus tierras con este.

El regreso a la casa de su padre, al lugar donde creció, a la historia que le daba sentido a su vida, acompañado por la mujer que amaba y por último, el cargo de comandante, que le permitía quedarse en el sur, lo volvían bienhumorado, despertándole ideas y planes. Los espacios abiertos, las sierras que de vez en cuando cortaban la planicie por donde discurría el camino, lo llenaban de entusiasmo: la ciudad lo irritaba.

Acortaron a través de una lomada alta, y cuando llegaron a la punta que marcaba el desvío hacia el llano, detuvo al Moro, se empinó sobre los estribos e Ignacia se puso a su lado.

Mientras Videla y sus hombres emprendían el galope cuesta abajo, dando gritos de contento por estar de nuevo en sus pagos —habían patrullado la frontera con Santa Fe por meses—, Fernando se dejó caer sobre la montura. Con la voz enronquecida de emoción, dijo a su mujer:

—Los Algarrobos...

Ella no pudo articular palabra. Mientras los caballos, nerviosos, se aparejaron, él,

conteniendo las riendas en la diestra, pasó el otro brazo por los hombros de Ignacia y se inclinó sobre su boca.

Había algo de neblina en el bajo, por la llovizna que cayera al amanecer. En un golpe de viento que corría a ras de suelo, se despejó el paisaje y pudo verse la estancia, reinando en la vastedad del territorio, con aquella arquitectura única y soberbia. El sol rozaba los techos de teja, la copa de los árboles que la rodeaban, la torre del campanario de la capilla. La mano del viento tocó el badajo y un son metálico se dejó oír desde la lejanía, como recibéndolos.

Sin saber que repetía casi las mismas palabras que Luz Osorio dijera desde allí, doce años atrás, Ignacia miró la mansa claridad del cielo y murmuró para sí: «El último refugio, la tierra de los míos».

# Personajes reales y de ficción

(Por orden alfabético)

## **Acuña, José**

personaje real. Primer cirujano del cuerpo de Sanidad del Ejército de Reserva de Corrientes, bajo el mando del general José María Paz.

## **Acha, Mariano**

personaje histórico. Uno de los jefes unitarios de la Liga del Interior. Derrotó con quinientos hombres a Nazario Benavídez (gobernador y caudillo de San Juan) y al Fraile Aldao —que unían dos mil hombres— en la batalla de Angaco (San Juan). Días después, Acha fue sorprendido y vencido por Benavídez; se rindió a condición de que respetaran su vida. Este aceptó, pero el Fraile Aldao lo mandó ejecutar. Su cabeza fue puesta en una pica entre San Juan, La Rioja y San Luis.

## **Achával, Antonia**

personaje ficticio. Pariente pobre de los Achával, se encarga de dirigir la casa. Aparece en los libros anteriores.

## **Achával, Consuelo**

personaje ficticio, hija de doña Josefita, hermana de José María y sobrina de Antonia y del doctor Teodomiro de la Mota. También es amiga de Laura Osorio. De buena familia, sin bienes propios. Vive con misia Francisquita como señorita de confianza. Aparece en los libros anteriores.

## **Achával, Josefita de**

personaje ficticio. Viuda de Paulino Achával, madre de Consuelo y José María; hermana del doctor Teodomiro de la Mota. Señora venida a menos, muy chismosa. Aparece en todas las novelas.

## **Achával, José María**

personaje ficticio. Hijo de doña Josefita, etc. Amigo de Luz Osorio, aparece en los libros anteriores, con Hubert De Bracy (En tiempos de Laura Osorio); después de que el francés ataca a Laura y a Consuelo, dejándolas por muertas, decide entrar a la Orden de la Merced.

## **Achával, Paulino**

personaje ficticio. Padre de Consuelo y José María. Muy jugador. Fallecido después de dejar en la pobreza a su familia.

## **Alberdi, Juan Bautista**

personaje real. Diplomático, juriconsulto, periodista, narrador. Autor de Las Bases. Creador con Echeverría y otros de la Asociación de Mayo. Concurrente al Salón Literario de Marcos Sastre. Perseguido por Rosas, debió exiliarse en Montevideo. Uno de los más profundos pensadores argentinos. Vivió gran parte de su vida expatriado. Su obra, más de catorce tomos, fue de suma importancia para la formación de nuestra república y, actualmente, para la comprensión del tiempo histórico que le tocó vivir.

## **Allende Pazo, Luis**

personaje ficticio. Militar unitario, casado con Inés Osorio, hija de don Carlos. Malherido en el combate de Oncativo, pierde sus bienes por ser hombre del general José María Paz. Vive con su mujer y sus hijos en La Antigua, ayudando a llevar la estancia. Aparece en todas las novelas.

## **Aldao, el Fraile, José Félix**

personaje histórico. Perteneció a la Orden de los Predicadores, pero abandonó los hábitos. Mendocino; caudillo federal y gobernador de Mendoza en 1841. Participó de las guerras civiles. Fue amigo y colaborador de López Quebracho, gobernador de Córdoba.

## **Álvarez, José Francisco**

personaje histórico; abogado. Nombrado gobernador de Córdoba en la revolución contra López Quebracho en 1840; huyó, uniéndose a Lavalle, cuando Oribe, a cargo del Ejército Federal, entró en la ciudad. Fue muerto en San Juan cuando Benavídez venció al general Acha.

## **Álvarez, Juan Crisóstomo**

personaje histórico. Militar tucumano, sobrino del general La Madrid; combatió en la Liga del Interior. Luchó en la batalla de Angaco (San Juan). Huyó con La Madrid rumbo a Chile.

## **Aparicio, Alejandro**

personaje histórico. Cordobés. Se pronunció contra López Quebracho y se unió a otros complotados de la Liga del Interior. Tomado prisionero en Catamarca, fue traído a Córdoba y fusilado el 5 de enero de 1843. Dejó a su mujer, Leandra Calderón, embarazada y con varios hijos.

## **Aráoz de La Madrid, Gregorio**

personaje histórico. Tucumano. Guerrero de la independencia, general del Ejército de la Liga del Interior. Luchó al lado de Lavalle y José María Paz.

## **Arias de Ulloa, Aurelio**

personaje ficticio. Noble de Galicia, ya fallecido. Padre de Clodio Arias de Ulloa, suegro de doña Leonarda y abuelo de Ignacia.

## **Arias de Ulloa, Clodio**

personaje ficticio, hijo del anterior; marido de doña Leonarda (Leonor Osorio) y padre de Ignacia. Dueño del Pazo de Zeltia. Estudiante de las hierbas medicinales. Escribió un Tratado sobre la melancolía. Aparece en La trama del pasado.

## **Arias de Ulloa, Ignacia**

personaje ficticio. Joven nacida en el Uruguay, hija de doña Leonor Osorio —llamada también Leonarda— y de Clodio Arias de Ulloa. Emprende con su madre un viaje desde España hasta el Río de la Plata a mediados de 1840, después de abandonar a su marido, Alfonso, llevándose su halcón preferido. Llega a Córdoba sabiendo que su madre guarda un secreto, pero ignorando la naturaleza de este. Aparece por primera vez en La trama del pasado.

## **Arias de Ulloa, Leonarda (o Leonor Osorio de Arias de Ulloa, marquesa de Zeltia)**

personaje ficticio. Madre de la anterior. Dama de fortuna, decide regresar al Río de la Plata, por algún hecho de su pasado que no quiere comentar (La trama del pasado).

## **Arredondo, Claudio Antonio de**

personaje histórico. Cordobés, federal pero de una línea distinta de la de López Quebracho. Fue gobernador delegado mientras aquel patrullaba la frontera. Lo que cuento de él y de su familia (en La trama del pasado y Territorio de penumbras) es verídico. Casó con doña Secundina Bustos, hija del que fuera gobernador de Córdoba, Juan Bautista Bustos. El hecho que desencadena la locura de esta, la famosa noche de San Silvestre de 1840, es real, y está contado por varios historiadores. Se dice que una de sus hijas era la prometida de Fermín Manrique.

## **Arriola, Anselma Rosa Aguirre de**

personaje real. Mujer de gran belleza, simpatía e inteligencia; casada con Juan Mateo Arriola, político y funcionario de importancia en Corrientes. Residía en Goya y en su casa, conocida como «El Salón Arriola», se efectuaban veladas donde se discutía de política y literatura, y se escuchaba música. Amiga y confidente del general Paz, compartían el gusto por los clásicos del Siglo de Oro español. A su salón asistía lo más granado de la sociedad y gracias a estas actividades culturales, se llamó a la ciudad de Goya la «Petit París».

## **Aveira y Guzmán, Toribio**

personaje ficticio. Hombre siniestro, que odiaba a los Osorio y denuncia a Fernando Osorio como unitario embozado. Pretende despojarlos de sus bienes, aprovechando la ausencia de López Quebracho, de quien es pariente (La trama del pasado). Los verdaderos Aveira estaban emparentados con los López de Pampayasta.

## **Avellaneda, Marco**

personaje histórico. Legislador tucumano. Uno de los principales jefes de la Liga Unitaria. Tras la derrota de Lavalle en Famaillá —septiembre de 1841—, Avellaneda partió hacia Bolivia junto a sus oficiales. Entregado por su jefe de escolta, fue muerto junto con sus hombres. A él se le deparó una muerte atroz: se lo degolló por la nuca con cuchillo desafilado. De su piel se hicieron manecas para regalar a Oribe. Fue apodado el mártir de Metán. Maza fue ascendido a general por este hecho.

## **Bárcena, el Tuerto, Ángel Antonio**

personaje histórico, de pésima reputación. El gobernador López Quebracho lo soportaba porque era enviado del gobernador de Santa Fe. Los hechos sanguinarios que relato están documentados. Algunos estudiosos sospechan que, para entonces, padecía de *delirium tremens* (La trama del pasado y Territorio de penumbras).

## **Bedoya, Elías**

personaje histórico, militar unitario. Acompañó a Lavalle al norte. Se aposentó en la casa de la familia Zenarruza donde, días más tarde, una partida federal que lo buscaba tiroteó el portón, dando muerte al general Lavalle, que se encontraba allí. Acompañó sus restos y luego pasó a Chile.

### **Benavídez, Nazario**

personaje histórico. Gobernador federal de San Juan. Fue derrotado por el general Mariano Acha en la batalla de Angaco, pero contraataca y lo vence días después. Tuvo una larga participación en las luchas civiles. Se lo llamó el caudillo manso, pues no era dado a la crueldad.

### **Berón de Astrada, Tiburcio**

personaje histórico, gobernador de Corrientes. Resistió la política de Rosas sobre la navegación de los ríos. Se enfrentó con el general Echagüe, entrerriano, en Pago Largo (1839), y fue derrotado. Después de la batalla se degollaron ochocientos correntinos y él pereció de un lanzazo. De su cadáver se sacó una lonja de piel, de la que se hizo una manea que fue obsequiada a Urquiza.

### **Boedo, Dámasa**

personaje real. Joven de gran belleza, amante de Lavalle, siguió sus restos hasta llegar a Potosí (Bolivia).

### **Bonpland, Aimé**

personaje real. Naturalista francés amigo de Humboldt. Ambos recolectaron y estudiaron plantas e insectos americanos. En París fue contratado por Josefina Bonaparte, que lo nombró intendente de los jardines de la Malmaison. Regresó a la Argentina, trayendo semillas de hortalizas y frutales. En Corrientes fundó una colonia agrícola. Tenía muy buena relación con los indígenas. Fue amigo del general José María Paz e intervino como médico en algunas de sus batallas.

### **Borja Rius**

personaje real; boticario. Fue quien sahumó los restos del general Facundo Quiroga cuando lo desenterraron para enviárselos a Juan Manuel de Rosas (En tiempos de Laura Osorio).

### **Bravo Díaz, Lázaro**

personaje real. Pariente de José Javier Díaz, de Santa Catalina (Ascochinga). Degollado por el coronel Barcena la noche de San Silvestre de 1840. Los datos sobre él son verídicos (La trama del pasado).

### **Bravo de Rueda, Pedro y Miguel**

personajes reales, unitarios. Padre e hijo salvaron sus vidas gracias «a una misa», cuando el traidor Sandoval entregó a Avellaneda. El episodio fue relatado por Bravo de Rueda (h) a su pariente, un religioso mercedario. Anécdota verídica aportada por el actual archivero de la Merced, licenciado Alfredo Furlani.

### **Brizuela, el Zarco, Tomás**

personaje histórico. Militar y gobernador unitario de La Rioja y uno de los jefes de la Liga del Interior. Derrotado en 1841 por el general Benavídez en Sañogasta. Herido por su asistente, falleció antes de ser entregado al Fraile Aldao.

### **Bustos, Juan Bautista**

personaje histórico. Actuó en las Invasiones Inglesas, fue guerrero de la independencia y gobernador de Córdoba. Se enfrentó a Paz en las guerras civiles, peleando junto al general Quiroga.

### **Cáceres, Carmela Ortiz de**

personaje ficticio. Madre de Manuel, y de varias hijas menores. Señora amargada y envidiosa de las Osorio.

### **Cáceres, Clarita**

personaje ficticio, hija de la anterior y hermana de Manuel.

### **Cáceres, Manuel**

personaje ficticio. Amigo y abogado de los Osorio; socio de Medina Aguirre. Aparece en todos los libros. Hijo de doña Carmela y de:

### **Cáceres, Prudencio**

personaje ficticio. Procurador de la familia Osorio. Muere por malos tratos de las huestes de Echagüe cuando entran a Córdoba después de caer prisionero el general Paz. Casado con doña Carmela.

### **Calandria**

personaje ficticio. Bautizada Rosalinda; mulata liberta de la familia Osorio, mujer de Fernando, madre de Lucían. Asesinada por un «indio blanco» mandado por Aveira (La trama del pasado).

### **Calleja, Fidel**

personaje ficticio. Español; comerciante de ultramarinos en la ciudad de Córdoba. En La trama del pasado sufre los asaltos de las cuarteras que seguían a Bárcena.

## **Camargo**

personaje ficticio. Guaraní, ayudante del comandante Eduardo Farrell durante la guerra con Brasil. Al firmarse los acuerdos, sigue a su jefe a Córdoba. Hábil en recursos de combate. Amigo de los indios de El Pueblito. Aparece en los libros anteriores. Colaborador de Fernando Osorio en combate.

## **Cané, Miguel**

personaje real. Periodista, literato y abogado unitario, perteneció a la Asociación de Mayo. Exiliado en Montevideo. Allí nació su hijo, del mismo nombre, autor de Juvenilia. Fundó periódicos y colaboró con diversos medios.

## **Canela**

personaje ficticio. Negra libre, hija de Martina, criada de misia Francisquita Osorio. Ayudó a su señora a matar al negro llamado Beau Bouclier, criado de los De Bracy, asesino de Felipe Osorio, hermano de la señora (En tiempos de Laura Osorio).

## **Casaravilla (o Cazaravilla), Eusebio**

personaje real. Legislador federal y jefe de Policía en la época de López Quebracho. Durante las matanzas de Oribe ayudó abierta o encubiertamente a muchos perseguidos por este. Fue hombre de gran inteligencia, integridad y leal al gobernador. Aparece en las novelas anteriores.

## **Casildo**

personaje ficticio. Criado de las Arias de Ulloa. Se hará cargo de Zegrí, el halcón, y gracias a las enseñanzas de Ignacia se convertirá en su halconero.

## **Caviedes, Dionisio**

personaje real. Médico del cuerpo de Sanidad del Ejército de Reserva del general Paz en la batalla de Caá-Guazú.

## **Cepeda (los)**

personajes ficticios. Benito, Silverio y Zenón (hijo de Benito), peones por generaciones de Los Algarrobos. Hombres de confianza de don Carlos, ayudaron luego a Luz a mantener la familia en los años en que estuvo sola en la estancia, y después a Fernando en las incursiones contra la gente de Oribe. Aparecen en los libros anteriores.

## **Ciriaco, el Manco**

véase Videla, los.

## **Clotilde**

personaje ficticio. Criolla, ama de llaves de doña Leonor Osorio de Arias de Ulloa. Antes lo había sido de Robertson.

## **Cora**

personaje ficticio, tomado de varios personajes reales de la época. India de las sierras de Córdoba, herbolaria y dotada de poderes. Curandera y despenadora, llamada por la familia de los agonizantes, o por el sufriente, encargada de matarlo de manera indolora para abreviar el trance. Criada desde pequeña por los padres de Eduardo Farrell, después de encontrarla perdida en el monte. Vive en El Oratorio (Ascochinga). Aparece en todos los libros de la saga.

## **Corvalán, Félix**

personaje ficticio. Militar santafesino, unitario como su gobernador. Enfrenta una escaramuza con Fernando Osorio y cae prisionero, pero ayuda a este en una misión.

## **Correa de Bustos, Deolinda**

personaje real, llamada Difunta Correa, emparentada por su familia de origen y de casamiento con importantes familias de Córdoba y San Juan.

## **Cubas, Genoveva Ortiz de la Torre de**

personaje real. Esposa del gobernador de Catamarca, José Cubas, asesinado durante la represión de los ejércitos rosistas. Con el tiempo, tuvo una destacada actuación social.

## **Cubas, José**

personaje histórico, gobernador de Catamarca. Uno de los jefes de la Liga del Interior. Vencido por Mariano Maza (uruguayo), se puso precio a su cabeza; su mujer no escatimó esfuerzos para rescatarlo. Maza ordenó que fuese degollado junto con sus funcionarios y seiscientos prisioneros que no quisieron abandonarlo. La cabeza fue clavada en una pica. Las atrocidades que relato están documentadas.

## **Danel, Alejandro**

personaje histórico, nacido en Francia. Luchó durante la independencia y luego fue oficial del general Lavalle. Acompañó sus restos hasta Bolivia, para que no cayeran en manos de los federales. Fue el encargado de descarnar su cuerpo. En la ficción ha sido compañero del comandante Farrell en la guerra con Brasil. Estribe a este, relatando la muerte de Lavalle y de Marcos Ocampo, personaje de ficción.

### **De Bracy, Hubert**

personaje ficticio de gran maldad, de origen francés; atacó a Laura y a Consuelo, a las que casi asesina. A esta última le quedan secuelas del ataque (En tiempos de Laura Osorio).

### **De la Mota, Teodomiro**

personaje ficticio. Letrado de renombre; tío de Consuelo y de José María Achával, abogado de misia Francisquita y representante legal de Blas Monforte de Lemos. Aparece en toda la saga.

### **De la Torre, Ignacio**

personaje ficticio. Militar federal, bajo las órdenes del general Pacheco; mujeriego, simpático y jugador, valiente y osado. Amigo de Robertson y de Fernando Osorio.

### **De Unzaga, Pedro**

personaje histórico. Juez de Santiago del Estero. Participó en la sublevación contra el gobernador Ibarra. Confinado en El Bracho, junto con José María Libarona, padeció extremos sufrimientos. Muerto Libarona, se presentó a pedir clemencia a Ibarra, quien al verlo con el cuerpo llagado y la ropa despedazada mandó que lo mataran de inmediato.

### **Derqui, Santiago**

personaje histórico. Abogado y político. Consejero de los Reynafé. Juzgó al obispo Benito Lascano, quien lo excomulgó. Desterrado por Rosas, se exilió en Montevideo, donde fue secretario de Fructuoso Rivera. En 1840 el gobernador de Corrientes, Pedro Ferré, lo designó ministro en la provincia. En 1842 fue asesor letrado del general Paz en la campaña de Entre Ríos. Se casó en Corrientes con Modesta García de Cossio. Primo de Saturnina Rodríguez, fundadora de las Esclavas del Corazón de Jesús.

### **Dionisia**

personaje ficticio. Joven de origen africano, hija de un antiguo liberto de la familia Osorio, empleada en casa de doña Mercedes. Aparece en las novelas anteriores.

### **Domínguez, Luis**

personaje real. Poeta, historiador y legislador. Emigrado en Montevideo, colaboró en periódicos unitarios. Se destacó durante la presidencia de Sarmiento. Casado con Ana Cané, hermana de Miguel, fue también cuñado de Salvador María del Carril. Renombrado poeta.

### **Dulce, Gorgonio**

personaje histórico. Ministro de Catamarca, degollado por los federales junto con Cubas, su gobernador.

### **Echagüe, Pascual**

personaje histórico. Militar y gobernador federal de las provincias de Entre Ríos y Santa Fe. Entró a Córdoba cuando fue boleado el general Paz, y permitió desmanes en la ciudad. En la ficción, a manos de estos muere Carlos Osorio, patriarca de la familia. Acompañó a Oribe en la campaña contra el general Lavalle. En 1839, derrotó a Berón de Astrada en Pago Largo. Se enfrentó al general Paz en Caá-Guazú en 1841, siendo derrotado. Fue electo gobernador de Entre Ríos en 1842.

### **Echeverría, Esteban**

personaje real. Escritor romántico, perteneciente a la generación del 37. Concurrente al Salón Literario de Marcos Sastre. Debió exiliarse en 1841 en Montevideo. Con Alberdi y Juan María Gutiérrez fundaron la Asociación de Mayo, con filiales en varias provincias argentinas. Sus obras tuvieron la influencia de lord Byron y José Espronceda. Ellas son: Elvira o la novia del Plata, El matadero y La Cautiva y, sobre todo, El Dogma Socialista de la Asociación de Mayo.

### **Eleuterio Tero**

personaje ficticio basado en uno real de aquella zona. Viejo medio tonto que vive en las barracas de La Antigua. Les da de comer a los perros que cuidan los corrales.

### **Enmanuel**

personaje ficticio. Capitanejo ranquel amigo de Fernando, primer amor de su hermana Luz, asesinado por la familia; enterrado en Los Algarrobos. Aparece en Como vivido cien veces.

### **Fares**

personaje ficticio. Sarraceno, ayudante de confianza de Blas Monforte de Lemos.

## **Farrell, Andrew**

personaje ficticio. Escocés, refundido de varios británicos que llegaron interesados en la minería a este país. Casado con Eduarda Villalba. Recorriendo yacimientos de Ongamira, encuentra a una niñita desnuda y perdida, de la tribu de los comechingones, primitivos habitantes de las sierras de Córdoba. Bautizada con el nombre de Cora y criada en El Oratorio.

## **Farrell, Eduarda Villalba de**

personaje de ficción, ya fallecido. Tía de Mercedes, Adoración y Sagrario (véase Villalba, las); madre del comandante Eduardo Farrell. Ella crio a Cora y la protegió en su infancia.

## **Farrell, Eduardo**

personaje ficticio; hijo de los anteriores. Comandante del ejército de Lavalle en la contienda con Brasil. No quiere involucrarse en la guerra civil; tiene parentesco político con los Osorio y está casado con doña Mercedes Villalba. Vive casi siempre en su estanzuela, El Oratorio, de Ascochinga. Es pariente lejano, por su padre, de Robertson. Aparece en todos los libros.

## **Farrell, doña Mercedes Villalba de**

personaje ficticio. Esposa del comandante Farrell. Algo cursi y torpe, pero de gran corazón. Dirigía la Casa de Huérfanas en los primeros libros. En La trama del pasado ha sido desplazada por señoras «federalas». Hermana de dos solteras que viven con ella, Adoración y Sagrario (véase Villalba, las).

## **Fe de los Desesperados**

personaje ficticio. Morena, criada de los Osorio. Ahora, de doña Leonarda Arias de Ulloa. Aparece en los libros anteriores.

## **Ferré, Pedro**

personaje histórico. Como gobernador de Corrientes, apoyó al general Lavalle y al general Paz en su campaña contra Rosas. Derrotada la Liga Unitaria, Ferré y el general Paz quedan solos para enfrentar a Pascual Echagüe, del ejército federal. Luego de la victoria del general Paz sobre este, en Caá-Guazú, Ferré ocupó por un tiempo el río Paraná.

## **Fierro, Antonio**

personaje real. Encargado del fortín de El Bracho (selva del Gran Chaco), fuerte-prisión, donde estaban internados presos políticos santiagueños. Hizo imposible la vida a Agustina Palacio y a su marido José María Libarona, participando al gobernador Felipe Ibarra de cuanto hacían.

## **Florinda**

personaje ficticio. Morena, amante de Farrell, con la que él tuvo un hijo. Ella y el niño murieron durante una epidemia. Su nombre es mencionado en todos los libros de la saga.

## **García de García, Fortunata**

personaje real. Dama tucumana que rescató la cabeza de Marco Avellaneda. Lo que se cuenta de su vida es real.

## **Gaúna**

personaje basado en una persona real, de la misma época. En la vida real fue baqueano toba, de la tribu del cacique Colompotó, y puso a salvo a los militares de la Liga del Interior que se negaron a rendirse a Oribe, guiándolos por el Chaco hasta Corrientes. En la ficción, acompaña en su travesía de Santa Fe a Córdoba a Blas Monforte de Lemos, Armand Saint-Jacques y Sebastián Osorio.

## **González, Carancho, Vicente**

personaje histórico, representante de Juan Manuel de Rosas. Participó en la batalla de Quebracho Herrado, entre otras. Muy temido, se dijo que estuvo a cargo de los mazorqueros que llegaron a las provincias del Interior con Oribe.

## **Gutiérrez, Juan María**

personaje real. Jurisconsulto, estadista, historiador y poeta, miembro del Salón Literario de Marcos Sastre. Perseguido por Rosas, emigró a Montevideo, con los hermanos Varela, Cané, Echeverría, Alberdi y otros intelectuales unitarios; con ellos fundó la Asociación de Mayo. Colaboró en periódicos, trabajó como ingeniero y topógrafo. Su obra abarca poesía, biografías, folclore, cultura indígena y trabajos científicos.

## **Guzmán, Ramón**

personaje ficticio. Pretendiente de Leonor Osorio. Era el mejor amigo de Carlos. Se enfrentan en un duelo y Carlos lo mata. Eso desencadena un drama familiar que culmina en la huida de Leonor con el maestro de música.



## **Harrison, Brian**

personaje ficticio. Comerciante inglés, hombre de gran fortuna en el Río de la Plata y en Gran Bretaña; casado con Luz Osorio. Aparece en todos los libros.

## **Harrison, Edith de**

personaje ficticio. Inglesa. Casada con Thomas Harrison, cuñada de Brian.

## **Harrison, Thomas**

personaje ficticio. Hermano de Brian, casado con Edith, atiende los negocios de importaciones-exportaciones de la firma desde Cardiff, en Gran Bretaña. Él y su mujer se encargan de la educación y crianza de los hermanos menores de Luz, Ana y Carlitos, y del moreno Simón.

## **Harrison, William y Sarah**

personajes ficticios. Hijos de Thomas y Edith, compañeros de los hermanos menores de Luz Osorio que viven en Cardiff, con quienes se crían.

## **Herrera, Santiago**

personaje histórico. Jefe de la insurrección contra Ibarra en Santiago del Estero. Fue apresado y condenado al terrible suplicio del retobado (véase Apostillas).

## **Hornos, Manuel**

personaje histórico. Militar unitario; junto con los coroneles Salas, Ocampo y otros, cruzaron el Chaco hasta Corrientes, para unirse al general Paz. Luchó en la batalla de Caá-Guazú.

## **Indarte, Gaspar**

personaje ficticio. Militar federal, abandonado en Los Algarrobos moribundo. Bajo el cuidado de Severa y Luz, recupera la salud. Se convierte en amante de Luz, pero ella le pide que se vaya. Es el mejor amigo de Fernando Osorio. Aparece en todas las novelas.

## **Isidro**

personaje ficticio. Capataz de El Oratorio de Farrell; marido de Cora. Aparece en todas las novelas.

## **Ibarra, Felipe**

personaje histórico. Caudillo federal y gobernador de Santiago del Estero. Destituido por Santiago Herrera y Domingo Rodríguez ante el avance de Lavalle, regresa y castiga a los rebeldes, entre ellos a José María Libarona (marido de Agustina Palacio) y Pedro de Unzaga. Rigió durante treinta años su provincia, respondiendo a las órdenes de Rosas.

## **Lagos, Hilario**

personaje histórico. Militar fiel a la causa rosista. Se distinguió por su coraje. En la batalla de Famaillá prometió a los vencidos la vida si se entregaban, pero Oribe los ejecutó sin respetar su palabra. Lagos regresó a Buenos Aires a pedir a Rosas otro destino, cuestionando las matanzas de Oribe.

## **Larrey, Dominique**

personaje real; francés, médico cirujano. Actuó en las guerras napoleónicas. Contribuyó a la medicina bélica con nuevas técnicas y la creación de un coche-ambulancia que salvó cientos de vidas. El Estado francés le confirió el título de barón, además de una renta.

## **Lavalle, Juan Galo de**

personaje histórico. Militar; participó en las guerras por la independencia y luego contra Brasil. Hizo fusilar a Dorrego, lo que provocó la guerra civil. Cabeza del unitarismo, jefe de la Liga del Interior, al ser derrotado en Quebracho Herrado por Oribe se retiró hacia el norte. Su última derrota fue la batalla de Famaillá, y a partir de ese momento intentó llegar a Bolivia. En Jujuy, una descarga fortuita hecha por una partida federal, que ignoraba que él estuviera allí, acabó con su vida.

## **Leandro**

personaje ficticio. Hermano de Pascual, sobrino de Orancio Videla, capataz de Los Algarrobos. Pertenece a la peonada que por generaciones ha acompañado a los Osorio.

## **Lencina, ventura**

personaje ficticio. Hombre de confianza de don Felipe Osorio. Capataz de La Antigua. Antes que él, lo había sido su padre. Casado con Paula Ordóñez, mayordoma de la estancia.

## **Lienán**

personaje ficticio tomado de uno real. Capitanejo del sur de Córdoba, gran amigo de Fernando Osorio; dirige un grupo de lanceros ranqueles y tiene gran protagonismo en La trama del pasado. Aparece en todos los libros de la saga.

## **Libarona, José María**

personaje histórico; comerciante español, casado con Agustina Palacio, joven pretendida por Felipe Ibarra, gobernador santiagueño. Obligado a redactar un documento para la destitución de Ibarra, fue tomado prisionero y padeció crueles castigos. Murió loco, asistido por su valerosa mujer, en el inhóspito Bracho.

## **Libarona, Agustina Palacio de**

personaje real. Joven santiagueña, de gran belleza y educación, casada con Libarona. Prisionero este en El Bracho, ella se confinó con él en la selva y lo cuidó hasta su muerte, siendo maltratada por su fidelidad y devoción.

## **López, Mascarilla, Juan Pablo**

personaje histórico; militar federal, hermano de Estanislao López, fue también gobernador de Santa Fe. En 1841, decepcionado al ver que Rosas no constituía el país, se enroló en las filas unitarias. Participó en la batalla de Arroyo Grande.

## **López Quebracho, Manuel**

personaje histórico. Estanciero del sur de la provincia de Córdoba, nombrado comandante del departamento Tercero Arriba por el brigadier Bustos para defender la frontera de malones. A la caída de los Reynafé, Rosas lo nombró gobernador de Córdoba, cargo que ejerció hasta la batalla de Caseros. Fue leal amigo del general Paz, aunque no lo acompañó en sus campañas.

## **Mackay, Gordon**

personaje real. Médico escocés que se asentó en Córdoba, casado con una joven de la sociedad porteña. Tuvo varios hijos que entroncaron con reconocidas familias cordobesas. Muy respetado en su ámbito, hizo el reconocimiento del cuerpo de Quiroga cuando se descubrió su asesinato, y luego, cuando Rosas pidió sus restos. Actuó como médico forense del gobierno de Quebracho. Tuvo destacada actuación en epidemias y las primeras vacunas que se distribuyeron.

## **Madariaga (los hermanos) Joaquín y Juan**

personajes históricos. Militares correntinos. Comandantes de los departamentos de Mercedes y Curuzú-Cuatí respectivamente. Lucharon en Caá-Guazú y participaron en la batalla de Arroyo Grande, donde fueron derrotados junto a Fructuoso Rivera por el general Oribe.

## **Malandra y Mulita**

personajes ficticios. Venidos de La Higuera; hombres del guerrillero Luna (personaje real), que ayudó al general Paz cuando enfrentó a Quiroga. Boleado Paz en Calchín, ayudaron a Luis Allende Pazo, herido, a regresar con su mujer, Inés Osorio. Tomados prisioneros por Fernando, se pasaron a sus filas. Aparecen en todos los libros de la saga.

## **Manrique, Fermín**

personaje histórico. Abogado cordobés; profesor universitario y fiscal de Estado del gobernador López Quebracho. Pertenecía a los federales «bustistas» de Arredondo. Acusado de conspirar contra Quebracho, fue apresado y conducido al cementerio San Gerónimo, en construcción, donde se lo fusiló sin más trámite. Se dice que estaba comprometido con una hija de Arredondo.

## **Mármol, José**

personaje real. Poeta, narrador, periodista y político unitario, exiliado en Montevideo, junto con los fundadores de la Asociación de Mayo. Publicó escritos contra Rosas. Su obra tiene influencias de Byron, Chateaubriand y Zorrilla. Títulos: Amalia, El peregrino, Armonías.

## **Martina**

personaje ficticio. Esclava; mayordoma de misia Francisquita; amante en su juventud de Ignacio, hermano de su actual ama. Aparece en todos los libros. Conoce las historias secretas de la familia.

## **Mártires y Primitivo**

personajes ficticios. Esclavos liberados a la muerte de don Lorenzo Osorio, padre de Carlos, Felipe, Francisca y Leonor. Músicos, son contratados en las fiestas familiares. Ayudaron a Leonor a huir de Córdoba con Renzo, su profesor de baile. Mártires es padre de Dionisia, mayordoma de las Villalba. Aparecen en toda la saga.

## **Maza, Mariano**

personaje histórico. Soldado de Lavalle hasta 1828, luego pasó a las filas de Oribe. De carácter feroz y sanguinario, ordenó prolongar la agonía de Marco Avellaneda y en Catamarca hizo matar al gobernador Cubas y pasar a degüello a seiscientos prisioneros.

## **Medina Aguirre, Elvira**

personaje ficticio. Santiagueña, hermana de José Medina Aguirre, con quien vive en Córdoba. En la ficción, es amiga de Agustina de Libarona.

### **Medina Aguirre, José**

personaje ficticio. Santiagueño, abogado, socio del bufete de Manuel Cáceres. Inteligente e irónico. Funcionario del Cabildo y del Cuerpo de Policía de Córdoba. Lleva los asuntos de Fernando Osorio. Aparece en todos los libros de la saga.

### **Mondoñedo, Alfonso Gonzalo de**

personaje ficticio. Señorito español de mal talante, marido de Ignacia Arias de Ulloa. Antes de abandonarla por una tonadillera, le roba sus joyas. Apremiado por deudas, decide echar mano a la fortuna de los Arias de Ulloa recuperando a su mujer.

### **Monforte de Lemos, Blas**

personaje ficticio. Natural de Galicia, soldado de fortuna. Llega a Córdoba acompañado de su ayudante, Fares. Contrata como abogado a Teodomiro de la Mota, para que lo represente. Amigo personal del general Paz, ayuda a los unitarios como «agente confidencial».

### **Monserrat**

personaje ficticio. Mayorala de coches de viaje y empleada de las Arias de Ulloa. Tiene semejanza a un personaje real que vivió en Córdoba algunos años después.

### **Nombre de Dios**

personaje ficticio. Morena, criada de los Osorio, ahora con doña Leonarda. Aparece en los libros anteriores.

### **Núñez del Prado (Julita y otras)**

personajes ficticios. Parientas de los Osorio por doña Carmen, esposa de don Carlos Osorio. Vecinas de misia Francisquita. Para la época de la novela, eran «pobres vergonzantes», ayudadas económicamente por la Iglesia. Aparecen en toda la saga.

### **Ocampo, Marcos Mateo**

personaje ficticio. Prometido de Consuelo. Unitario, involucrado en la revolución contra López Quebracho. A la entrada de Oribe se une a Lavalle, acompañando sus restos hacia Bolivia.

### **Omara**

personaje ficticio. Mulata seductora, hija de Petronila, criada de los Medina Aguirre. Ayudante de Ponciana Vargas. En un tiempo, amante de Monforte de Lemos.

### **Orduña, Catalina, Luisa e Ignacia**

personajes reales. Tías de Saturnina Rodríguez, que fundaría las Esclavas del Corazón de Jesús.

### **Oribe, Manuel**

personaje histórico. General uruguayo, presidente de la Banda Oriental. Amigo de Rosas, cuando fue destituido por Fructuoso Rivera, aquel lo nombró comandante en jefe del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación, encargado de ahogar la rebelión en las provincias argentinas. Venció a Lavalle en Quebracho Herrado y en Famaillá. Famoso por su crueldad.

### **Osorio, Adelaida Cabrera y Cabrera de**

personaje ficticio, esposa de don Lorenzo Osorio. Aparece en los libros anteriores. Al ver partir a los jesuitas al destierro, hizo promesa de no morir hasta verlos de vuelta en Córdoba.

### **Osorio, Amalia Villalba Esquivel de**

personaje ficticio, casada con Felipe Osorio. Madre de Edmundo, Laura, Catalina, Javiera y Francisco. Muere antes de comenzar En tiempos de Laura Osorio.

### **Osorio, Ana**

personaje ficticio. Hija de Carlos Osorio y Carmen Núñez del Prado. Vive en Cardiff (Gran Bretaña) con la familia Harrison.

### **Osorio, Blanca Luna y Figueroa de**

personaje ficticio, segunda esposa de don Ignacio Osorio, fundador de Los Algarrobos. Enamorada de un indio, se volvió loca cuando su marido lo hizo matar. Su historia está recreada en mi relato «Tú, que te escondes», novela corta que aparece en el libro del mismo título.

### **Osorio, Carlos**

personaje ficticio; nieto del fundador de Los Algarrobos. Asesinado en 1831 por los entrerrianos que invadieron Córdoba cuando Paz fue tomado prisionero. Padre de Sebastián, Fernando, Inés, Luz, Isabel, Ana y Carlitos. Aparece en Como vivido cien veces.

## **Osorio, Carmen Núñez del Prado y Lezama de**

personaje ficticio, esposa de don Carlos Osorio y madre de Sebastián, Fernando, Inés, Luz, Isabel, Ana y Carlitos. Hermana de Julita (véase Núñez del Prado). Enloquece cuando matan a su marido. Muere en Como vivido cien veces.

## **Osorio, Edmundo**

personaje ficticio, hijo de don Felipe Osorio y de doña Amalia Villalba Esquivel. Primo de los hijos de don Carlos. Poeta, periodista. Exiliado en París con su primo Sebastián; frecuenta los salones literarios con Alejandro Dumas, George Sand, Federico Chopin, Víctor Hugo, y escribe a favor de los unitarios. Aparece en toda la saga.

## **Osorio, Felipe**

personaje ficticio. Casado con Amalia Villalba Esquivel; padre de Edmundo, Laura, Catalina, Javiera y Francisco. Dueño de la estancia La Antigua, de Ascochinga. Asesinado por Beau Bouclier, criado haitiano de los De Bracy. En su casa de Córdoba vive su hermana, misia Francisquita.

## **Osorio, Fernando (el Payo)**

personaje ficticio; hijo de Carlos y de doña Carmen, sobrino de misia Francisquita, primo de Laura, de Edmundo y de Ignacia Arias de Ulloa. Administra Los Algarrobos y dirige una partida de ranqueles que le llaman Chañarito. Aparece en todos los libros de la saga.

## **Osorio, Francisca de Paula (misia Francisquita)**

personaje ficticio. Matrona tutelar de la familia, hermana de Carlos, Felipe, Ignacio y Leonor. Soltera y de mucho empaque. Guarda el secreto de un amor trágico. Aparece en todos los libros de la saga.

## **Osorio, Inés**

personaje ficticio, hija de don Carlos y de doña Carmen, casada con Luis Allende Pazo. Viven en La Antigua. Tienen varios hijos. Cría a Lucían, hijo de Fernando y la difunta Calandria. Aparece en toda la saga.

## **Osorio, Isabel**

personaje ficticio, hija de don Carlos y doña Carmen, de extraño comportamiento. Monja de clausura, enajena los bienes familiares. Aparece en toda la saga.

## **Osorio, Laura**

personaje ficticio. Hija de don Felipe y doña Amalia, sobrina de misia Francisquita. Dueña de La Antigua a la muerte de su padre, casada con Robertson. Aparece en toda la saga.

## **Osorio, Leonor**

personaje ficticio, hermana de Carlos, Felipe, Ignacio y Francisquita. Siendo muy joven, a causa de ella su hermano Carlos mató en un duelo a su mejor amigo, pretendiente de la joven. Debido al escándalo, la familia quiso casarla con un hombre de mucha edad. Ella prefirió huir con Renzo, su maestro de baile. Luego casó con Clodio Arias de Ulloa, marqués de Zeltia, del cual tuvo una hija: Ignacia. Su historia se cuenta en los libros anteriores.

## **Osorio, Lorenzo**

personaje ficticio, casado con doña Adelaida Cabrera y Cabrera; padre de Carlos, Felipe, Francisca, Ignacio y Leonor. Gran lector. Fallecido; se lo nombra en los libros anteriores.

## **Osorio, Lucían**

personaje ficticio, hijo de la mulata Calandria y de Fernando Osorio. Aparece en toda la saga.

## **Osorio, Luz**

personaje ficticio, protagonista de Como vivido cien veces, el primer tomo de la saga de los Osorio; hija de Carlos, hermana de Fernando, etc. Casada con Brian Harrison, viven en Buenos Aires. Aparece en toda la saga.

## **Osorio, Sebastián**

personaje ficticio, hijo de don Carlos y de doña Carmen. Estudió en la Academia de Bellas Artes, en París. Unitario; con su amigo, el médico francés Saint-Jacques, peleó junto al general Paz en la batalla de La Tablada, debiendo exiliarse al ser tomado este prisionero. Vive en París con su primo Edmundo. De gran cultura clásica, es además pintor. Regresa a la Argentina en 1841, junto a Saint-Jacques, para unirse al general Paz. Lucha en la batalla de Caá-Guazú. Aparece en toda la saga.

## **Pacheco, Ángel**

personaje histórico. Militar. Participó en todas las campañas de la independencia. Rosas en su campaña al

desierto lo nombra segundo jefe del Ejército. En 1840 se unió al partido federal contra Lavalle. Las acciones de guerra son verídicas.

### **Padre Ferdinando**

personaje ficticio. Mercedario, pariente de los Osorio. Aficionado a la genealogía y a la heráldica. Bendice el matrimonio de Laura con Robertson. Aparece en toda la saga.

### **Padre Filemón**

personaje ficticio. Franciscano, hace el viaje con las Arias de Ulloa hasta Córdoba y queda en el convento. Ayuda a rescatar prisioneros de la Mazorca.

### **Padre Iñaki**

personaje ficticio. Dominicano, confesor de la familia de Luz. Aparece en los libros anteriores.

### **Padre Mateo**

personaje ficticio. Franciscano, capellán del Cabildo, amigo de Robertson y de Fernando Osorio. Ayuda a los soldados baldados o sin recursos.

### **Páez, Dolorita de**

personaje ficticio. Madre posesiva de Eduardito Páez, enemistada con los Osorio. Con los años, se convierte en una anciana inválida, a cargo de su hijo.

### **Páez, Eduardito**

personaje ficticio. Compañero del Colegio Monserrat de Fernando Osorio; pretendiente de Luz, la abandona a instancias de su madre, cuando conoce de los amores de esta con el indio Enmanuel, entregándose a la bebida. Funcionario menor del Cabildo. Ayuda a Fernando en su enfrentamiento con Aveira y Guzmán cuando este pretende confiscarle las propiedades. Aparece en toda la saga.

### **Pascual**

personaje ficticio. Peón de Los Algarrobos, sobrino del capataz, Oroncio Videla. Sirvió a Robertson antes de que se casara con Laura.

### **Paula**

personaje ficticio. Mujer madura, encargada de la servidumbre de La Antigua, donde nació. Está casada con Ventura Lencina, el capataz.

### **Paz, el Manco, José María**

personaje histórico. Militar, escritor. Perdió el uso de un brazo en la guerra de la independencia. Participó con Lavalle en la guerra contra Brasil y luego en las guerras civiles como unitario. Prisionero de Estanislao López en Santa Fe, se casó en prisión con su sobrina, Margarita Weild. Nunca fue vencido en batalla, y su táctica y estrategia se estudian aún hoy en las más famosas escuelas de guerra occidentales.

### **Peñaloza, el Chacho, Ángel Vicente**

personaje histórico. Riojano, oficial de Quiroga. Peleó en La Tablada y Oncativo. Luego se enroló en la Liga del Interior, apoyando a Lavalle. Después de la derrota de Rodeo del Medio pasó a Chile, pero regresó junto con Martín Yanzón, Alejandro Aparicio y Silverio Sardina, oficial de Acha. Su campaña estuvo destinada a derrocar a los gobiernos rosistas de las provincias cuyanas. Derrotado por Benavídez, huyó a Catamarca.

### **Petronila**

personaje ficticio. Negra, madre de Omara y criada de José y Elvira Medina Aguirre, a quien aprecia mucho. Boca suelta y conocida por su mal genio.

### **Pizarro, Modestino**

personaje ficticio, basado en un médico real, quien tenía las mismas convicciones políticas que le adjudico en el libro. Varias veces tuvo que exiliarse en provincias vecinas a causa de esto.

### **Ramires de Castro, Braz**

personaje ficticio. Juez gallego, tío de Ignacia; él la conecta con el halconero del emperador de Brasil. Es intermediario entre el aventurero Monforte de Lemos y doña Leonor. Aparece en La trama del pasado.

### **Renzo**

personaje ficticio. Italiano, maestro de música y de baile en Córdoba, se fuga con Leonor cuando ella escapa de su familia, y la lleva a Brasil. Aparece en los libros anteriores.

### **Rivera, José Fructuoso**

personaje histórico. Militar y presidente del Uruguay. Enemigo de Manuel Oribe. Comprometido con las luchas civiles argentinas desde 1829, apoyó a los unitarios pero fue derrotado por Oribe en la batalla de

Arroyo Grande en 1842, en la provincia de Entre Ríos.

### **Rivera Indarte, José**

personaje histórico. Poeta, periodista. Se unió a los jóvenes literatos de la Asociación de Mayo. Residió en Montevideo y atacó a Rosas por medio de pasquines, alegatos y poesías. Escribió un ensayo: «Rosas y su tiempo» y un listado de las personas asesinadas durante la tiranía, titulado «Tablas de sangre». En ellas pude constatar, a través de relatos o crónicas de familias de Córdoba, las víctimas de esta provincia y de otras aledañas. En 1841, Rosas recibió la «Máquina Infernal» —aparato mortal que falló en su intento de matarlo—, sospechándose que fue Rivera Indarte el ideólogo del atentado.

### **Robertson, Brandon**

personaje ficticio. Escocés, soldado de fortuna, informante de la Corona británica, emparentado con los Robertson, John y William, —personajes reales—, autores de Cartas del Paraguay. Marido de Laura Osorio. Dirige La Antigua.

### **Robertson Osorio, Agustina**

personaje ficticio, hija de Laura y Robertson.

### **Robertson Osorio, Felipe Eduardo**

personaje ficticio, hijo de Laura y Robertson.

### **Rodríguez Orduña, Saturnina**

personaje real. Perteneciente a una familia distinguida y devota. En 1840 vivía con sus tías Orduña. Fundó la orden de las Esclavas del Corazón de Jesús. Prima hermana de Santiago Derqui.

### **Rosas, Juan Manuel de**

personaje histórico. Gobernador de Buenos Aires, jefe del partido federal. Creador de la Mazorca. Hombre de mayor poder en la Argentina durante el segundo tercio del siglo XIX. Casado con doña Encarnación Ezcurra.

### **Rosas, Manuelita**

personaje real. Hija del anterior y de Encarnación Ezcurra. Centro de la sociedad porteña, encargada de atender a los visitantes extranjeros. La llamaban la princesa federal (véase la novela del mismo título de María Rosa Lojo.)

### **Rosendo**

personaje ficticio; hombre de Fernando; antes, lancero de Quiroga. Compañero de Monserrat, la mayoral de doña Leonor.

### **Ruderiquiz, Eitán**

personaje ficticio. Viejo estafalario, nimbado de misterios. Vive entre la Capilla de Santa Ana y el Paseo del Virrey. Respetado y consultado como agorero. Personaje de la novela inédita de José Ignacio Romero Díaz: Crónica del famoso y heroico coronel Simón Luengo, el Constante Revolucionario. Aparece en La trama del pasado.

### **Ruiz Moreno, José Ramón**

personaje histórico. Militar a las órdenes del gobernador de Santa Fe, Juan Pablo Mascarilla López. Fue representante de esta provincia, junto al doctor Santiago Derqui por Corrientes, en la alianza ofensiva-defensiva contra Rosas. Luchó en Caá-Guazú, donde su hermano Martín José, quien peleaba del lado rosista, cayó prisionero. El general Paz le concedió la libertad en reconocimiento a José Ramón, su aliado.

### **Saint-Jacques, Armand**

personaje ficticio; médico francés amigo de Sebastián Osorio, ambos intervienen en la batalla de La Tablada (1829). Casado con una heredera de la Baja Sajonia, al enviudar regresa a la Argentina junto con Sebastián (1841), enrolándose con el general Paz, en Corrientes. Adinerado, obsequia las ambulancias volantes creadas por Dominique Larrey —personaje real, lo que comento de él es verdad— al Ejército de Reserva del general Paz. Asiste a Sebastián en su enfermedad hasta su regreso a Córdoba.

### **Sandoval, Gregorio**

personaje real. Jefe de escolta del general Lavalle. Oriental agregado al Ejército durante la campaña de Buenos Aires. Malvado y cruel, contaba con una partida de saqueadores y facinerosos. Castigado por La Madrid, pasó a jefe de escolta de Marco Avellaneda, a quien traicionó, entregándolo a Oribe. Lo que cuento de él son hechos verídicos. Sus compañeros de correrías lo mataron, pues le temían.

### **Salas, José Manuel**

personaje real. Militar cordobés. Luchó junto a Lavalle; no siguió a su jefe hacia Bolivia, sino que prefirió cruzar el Chaco, llegar a Corrientes y unirse al general Paz. Combatió en la batalla de Caá-Guazú y luego

fue a proteger la frontera de Córdoba contra el avance de Oribe y Pacheco, que marchaban hacia Entre Ríos.

### **Sánchez de Thompson, Mariquita, María Josefa**

personaje real. Dama argentina, de gran cultura e inteligencia. Casada en primeras nupcias con su primo, Martín Thompson. En su casa acogió a personalidades intelectuales de su época. Viuda muy joven, contrajo segundas nupcias con Mendeville, cónsul francés, que tuvo un conflicto diplomático con Rosas. Exiliada en Montevideo, refugio de expatriados argentinos, tomó partido por la causa unitaria, donde su hijo Juan Thompson se alistó en apoyo de Ferré, gobernador de Corrientes.

### **Saravia, Dominguito**

personaje ficticio. Sacristán de la Merced, pobre aunque de linaje provinciano. Amigo de las Villalba y pretendiente de Sagrario.

### **Sardina, Silverio**

personaje histórico. Militar unitario de la Liga del Interior, con Acha. Participó en las batallas de Angaco y Rodeo del Medio. Cruzó la Cordillera con La Madrid. Cuando el Chacho Peñaloza fue vencido por el general Benavídez en la batalla de Manantial (Catamarca), fue tomado prisionero y fusilado en 1842. Estuvo enamorado de Deolinda Correa, la Difunta Correa.

### **Serafín**

personaje ficticio. Moreno, muchacho de todo servicio de los Farrell, sinvergüenza, confanzudo y bromista.

### **Severa**

personaje ficticio. Mayordoma de la casa de Carlos Osorio, madrina de Calandria y nodriza de Luz. Muerta, su ánima ronda la casa ancestral, y está relacionada con el gran jacarandá del patio.

### **Silverio**

véase Cepeda, los.

### **Simón Chico**

personaje ficticio. Moreno criado por Severa. Tiene la edad de los hermanos menores de Luz, Ana y Carlitos, con quien ha pasado la infancia. Viaja con ellos a Gran Bretaña. Por su vivaz inteligencia, Brian Harrison ordena que se le dé una buena educación para que el día de mañana tenga un puesto en su empresa.

### **Simón Viejo**

personaje ficticio. Esclavo liberto de más edad en casa de don Carlos Osorio. Querido por los niños, hace de padre de Simón Chico y es artesano: medio ciego, fabrica juguetes para los niños y talla y pinta las figuras de los pesebres. Muere por defender a su patrón cuando lo atacan los hombres del entrerriano Echagüe, al caer prisionero el general Paz. Lo entierran en el templo, al lado de don Carlos, como estipulaba en testamento, por su cariño y fidelidad a la familia.

### **Soria, Genoveva**

personaje real. Joven catamarqueña, famosa por su voz. En una velada impuesta por el coronel Mariano Maza, de reconocida crueldad, a cambio de sus canciones se atrevió a pedir la vida del prisionero Diego Chaves, su profesor de música, y le fue concedida.

### **Sosa, Aparicio**

personaje real. Cuidó del general Lavalle desde que era un cadete, salvándole la vida muchas veces. Fue el custodio del corazón del general, sumergido en un tacho de aguardiente, en su travesía por la Quebrada de Humahuaca rumbo a Bolivia.

### **Sotomayor, Solana**

personaje real. Riojana, casada con el gobernador Tomás Brizuela, el Zarco, aliado a la Liga Unitaria. Fue amante de Lavalle.

### **Tamini, Luis**

personaje real. Médico italiano; vivió muchos años en Córdoba, respetado en su profesión. Médico personal de Quebracho; luchó por la aplicación de la vacuna contra la viruela y el adelanto de la medicina hospitalaria en Córdoba.

### **Tola**

personaje ficticio. Morena, prima de Canela; en el libro de Laura, Beau Bouclier le marcó la cara porque se negó a tener amores con él. Vive con misia Francisquita.

## **Thompson, Juan**

personaje real. Hijo de Mariquita Sánchez y de Martín Thompson. Actuó junto a Ferré contra Rosas; amigo y colaborador de Derqui y del general Paz. En la ficción, amigo de Sebastián y Saint-Jacques.

## **Vallejo, Antenor**

personaje ficticio, basado en uno real de la zona. Baqueano y guía del sur de la provincia de Córdoba; hombre de Fernando Osorio.

## **Varela, Florencio**

personaje real. Escritor, periodista y poeta. Unitario, emigró a Montevideo en 1829. Allí contrajo matrimonio con Justa Cané. Sus escritos acrecentaron el enojo de los rosistas. Viajó a Europa, donde entrevistó al general San Martín. Fundó y dirigió El Comercio del Plata y colaboró con distintos periódicos y publicaciones. Regresó a Montevideo, recuperada por Oribe, donde fue asesinado por sus opositores.

## **Vargas, Ponciana**

personaje ficticio. Andaluza, sospechada de judía y zahorí. Conoce de hierbas curativas para todo tipo de enfermedades y vicios, y para curar tristezas de amor.

## **Vasco (el)**

personaje ficticio, basado sobre uno real de la época. Maestro de posta, se convirtió en proveedor de armas para estancieros, cabecillas locales, hombres desesperados por defender sus propiedades, y también para cuatrerros, bandoleros, guerrilleros federales o desertores unitarios, pero nunca a los ranqueles. Comenzó en Oncativo, recogiendo las armas que encontró después del combate.

## **Ventura**

personaje ficticio. Indio empleado del Cabildo. Conoce todos sus vericuetos. Cebaba mate y reponía las velas del alumbrado público. Facilita a Fernando, el Payo, sus ataques contra los mazorqueros.

## **Videla (los)**

personajes ficticios. Familia relacionada con los Osorio por generaciones. Ellos son:

### **Oroncio**

capataz de Los Algarrobos, hombre de confianza de don Carlos; casado con Juana, criolla de la zona. Sus hijos:

### **Aurora**

casada con un comerciante de Río Cuarto, donde vive; adopta los huérfanos que traen Fernando y Calandria de La Rioja.

### **Ciriaco**

manco desde el combate de Laguna Larga, hombre del general Paz. Oficial de Fernando Osorio, lo ayuda en La trama del pasado a enfrentar a los mazorqueros y liberar a los prisioneros de los «mataderos».

## **Villafañe, Benjamín**

personaje real. Abogado, periodista, político. Joven integrante de la Asociación de Mayo. Amigo de Crisóstomo Álvarez y Marco Avellaneda. Secretario de La Madrid en la Liga del Interior. Luchó en las últimas batallas de Lavalle. Emigró a Chile y a Bolivia, donde colaboró con distintos periódicos de ese país. Buen escritor, dejó sus memorias, Reminiscencias históricas, y otras obras.

## **Villalba, Adoración y Sagrario**

personajes ficticios. Hermanas de doña Mercedes y cuñadas del comandante Farrell, en cuya casa viven. Esperpénticas y casamenteras, amigas de Saravia, sacristán de la Merced.

## **Zenón**

véase Cepeda (los).



# Apostillas

## Tormentos y suplicios

«Los partes oficiales de los jefes federales no disimulaban estos crímenes, que con frialdad eran difundidos por la prensa. Por otra parte, las más altas autoridades federales (continuemos dándoles el nombre que ostentaban) propiciaban y aplaudían las matanzas, de modo que estas pasaron a ser una costumbre asumida por ellos como norma de conducta oficial. Los “salvajes” pocas veces incurrían en estos excesos, que de tanto en tanto marcaban la violencia de la lucha; pero nunca en la medida que lo hacían aquellos».

Isidoro J. Ruiz Moreno, *Campañas militares argentinas*, tomo 2, «La política y la guerra»

Si durante la guerra civil argentina (1829-1852) los ejércitos enfrentados — equívocamente denominados «unitarios» y «federales»— cometieron desmanes, podemos separar lo que eran actitudes comunes de la contienda de los excesos de los ejércitos rosistas comandados por los uruguayos.

Porque un ejército derrotado que huye no puede detenerse a torturar ni a tomar represalias; cuanto más, robará para subsistir, se apropiará de caballos, ocupará precariamente casas y hará algunos fusilamientos, pues todo su esfuerzo estará dedicado a ponerse a salvo, preferiblemente en otro país.

El general Tomás Iriarte cuenta en sus Memorias que tuvo fuertes discusiones con Lavalle, en desacuerdo por la libertad que concedía a sus hombres, entre los que se destacaba Gregorio Sandoval, oriental, jefe de escolta de aquel, quien junto con varios forajidos violaban a adolescentes, saqueaban y mataban a los civiles. Julia García Mansilla recuerda estos hechos en su novela *Tierra de silencios*. Sandoval, castigado por La Madrid, pasó a ser escolta de Marco Avellaneda, a quien traicionó, entregándolo a Oribe. Ya con Oribe, se convirtió en uno de sus «degolladores». Fue también Iriarte quien impidió que un grupo de soldados unitarios, que saqueaban un convento, violaran a las monjas y cometieran toda clase de tropelías.

Muy distinta es la situación del vencedor, que debe afianzar la victoria, imponerse sobre el terreno que ha conquistado o recuperado, y desalentar cualquier tipo de ayuda que pueda darse al derrotado. Eso, sin contar con las represalias y la venganza, que deben ser tan eficaces que intimiden al ciudadano, dejándolo sin opciones, y lo disuadan de colaborar con el enemigo.

La crónica de los tormentos y métodos con que el ejército de Rosas castigó a las provincias cuyos gobernadores se habían unido a la Liga del Interior está documentada por los propios autores, en los distintos partes que le mandaban a Rosas, como hicieron Oribe, Maza y muchos otros, que daban cuenta de lo hecho después del triunfo: con sus testimonios podría conformarse un libro de cientos de

páginas.

Distinguió a los federales el hecho de tener como comandante en jefe del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación a un uruguayo —Oribe— que contaba con hombres especializados en matanzas: por un lado, los mazorqueros que recorrieron el país con él y, junto a ellos, los «degolladores» venidos de países vecinos, al servicio de los generales orientales. Se recuerda a tres «degolladores» por sus apodos: uno al que le decían el Oriental, otro llamado el Paraguayo y un tercero, nombrado el Brasileño, expertos en ese trabajo.

Los de la Liga del Interior no tenían gente ducha en el degüello. Porque no cualquiera lo hacía. A la vista está que estos hombres eran necesariamente hábiles, puesto que en algunos casos, debiendo degollarse a un prisionero, los soldados se excusaron de hacerlo, sin que sufrieran castigo, aduciendo que no eran expertos en el trabajo. Casi todos los encargados de este cometido eran peones de los mataderos de reses, acostumbrados a hacerlo sin que les temblara el pulso.

Pues más de una vez la víctima daba su batalla: un soldado que había quedado paralizado de terror cuando el degollador, por la espalda, lo tomó del pelo y le echó hacia atrás la cabeza, reaccionó de pronto y dio un terrible cabezazo al verdugo, que se hirió a sí mismo, circunstancia que aprovechó el sentenciado para escapar. A pesar de que iba con las muñecas atadas, corrió por su vida y fue auxiliado por un compañero a caballo, que lo alzó en vilo, lo acomodó en la grupa y lo puso a salvo.

Previendo esto, algunos de los verdugos menos expertos —o más apurados en la faena— ataban a las víctimas de pies y manos y las decapitaban tiradas en el suelo, de rodillas, acostadas, etc., como muestran varios cuadros, algunos pintados en el momento del hecho.

El más temido de los degüellos era el que se hacía por la nuca y con cuchillo mellado o «sierra de carpintero desafilada», como reza un documento. El tormento podía durar horas, con la víctima consciente hasta el final. Era muy difícil de llevar a cabo, pues los músculos de la nuca son fuertes y era necesario seccionarlos hasta la columna vertebral, dar con la articulación entre las vértebras, separar la columna y llegar al gaznate. El dolor cesaba cuando se cortaba la médula espinal.

Otras veces el verdugo, nervioso, chapuceaba en su tarea y no quedaba otra salida que terminar el trabajo a golpes de machete o de facón.

Luego se colocaba la cabeza en una pica, en una bolsa de cuero o en un tacho con sal gruesa: esto indicaba que se iba a enviar a otra provincia, como obsequio a alguna persona importante. En ocasiones, alguien se presentaba en un salón con la cabeza de un recién degollado, en plena fiesta, lo que causaba pánico entre los invitados. Una de las primeras medidas que tomaban los ejércitos de ambos bandos era obligar a las mujeres de los vencidos —a las que unas horas antes habían dejado viudas o huérfanas— a recibirlos en sus hogares y a participar en los festejos del triunfo. Se veían conminadas a presentarse sin luto y con ánimo de bailar y cantar. Lo hicieron los ejércitos porteños en Córdoba, que no llegaron como heraldos de la Revolución

de Mayo, sino que entraron como fuerza de ocupación; lo hicieron los españoles, durante la guerra por la independencia, en Salta y Jujuy, y también los unitarios y los federales durante la guerra civil.

Fue tal el maltrato que se dio a las mujeres de los vencidos por los hombres de Oribe, que indignó a los oficiales argentinos bajo sus órdenes. Las humillaciones impuestas por los uruguayos obligaron a los jefes federales a intervenir en defensa de ellas. Hubo incluso un reto a duelo, donde grupos del mismo bando cruzaron sables para terminar con la cuestión.

El entonces coronel Hilario Lagos, irritado por esto y por las bárbaras matanzas infligidas a los vencidos —además de degollados, fueron muertos a palos o a hachazos, desmembrados, castrados y desollados vivos—, expresó: «... que se conocía era extranjero por la saña con que las verificaba». Por todo ello, con varios compañeros, pidió a Rosas otro destino.

«Cuerear», arrancar lonjas de piel al muerto, de la nuca a las nalgas, desde la garganta hasta el pubis, para hacer maneas, cabestros, hebillas para cintos y zapatos, lo mismo que cortar las orejas en vida y ponerlas en sal, era cosa común. Su destino: convertirse en obsequios macabros para jefes militares, gobernadores, para Rosas y su hija Manuelita.

Otro suplicio era el «retobado»: se mataba un buey o una res de gran tamaño, se extendía el cuero en el suelo, se colocaba en el medio a la víctima, con las piernas encogidas, el mentón sobre las rodillas y los brazos cruzados, luego se lo envolvía en él, dejándole la cabeza afuera, y ciñéndoselo apretadamente con un lazo, hasta reducirlo al menor tamaño posible. Se lo exponía al sol, el cuero comenzaba a contraerse y endurecerse, y el castigado moría asfixiado entre atroces dolores; para completar el martirio se ataba la pelota a la montura de un caballo y se lo llevaba rebotando a todo galope.

En la batalla de Arroyo Grande (6 de diciembre de 1842), una de las más sangrientas que se dieron en tierra argentina, el teniente coronel Tedesqui, correntino, prefirió suicidarse con su propia espada al ver los tormentos aplicados a sus compañeros.

Entre tantas aberraciones, un oficial uruguayo del ejército de Oribe dejó constancia, en carta cifrada para un amigo, de que con el cuerpo de Marco Avellaneda se había cometido canibalismo —utilizaron su grasa para cocinar—, de lo que fue testigo presencial. Y aseveró que no era la primera vez que se hacía aquello.

Se debe destacar la actuación del general Ángel Pacheco, el segundo al mando de Oribe, que se mostró considerado, reacio a derramar sangre si podía evitarlo, y dando oportunidad de dejar las armas y conservar la vida a muchos militares y civiles unitarios. Su comportamiento en Mendoza fue mesurado e incluso caritativo, y tuvo una fuerte discusión con el Fraile Aldao por la muerte de Acha y sus hombres, pues este no respetó la palabra empeñada por el gobernador Benavídez de conservarles la vida y la dignidad al entregarse.

Eran pocos los militares que, una vez acabada la batalla y rendido el otro ejército, respetaban las leyes bélicas —escritas o no—, como la actitud, ponderada por uruguayos y enemigos, que tuvo el general José María Paz después de la batalla de Caá-Guazú, donde soldados y oficiales entrerrianos, deshidratados e insolados, fueron atendidos por los médicos del ejército correntino antes que a los heridos propios.

Fue aquella una época oscura que, desgraciadamente, no terminó en Caseros.

## BIBLIOGRAFÍA (entre otros títulos):

**Aráoz de Lamadrid, Gregorio**

Memorias.

**Best, Félix**

Historia de las guerras argentinas.

**Demarchi, Rogelio**

Estudio preliminar al «Facundo» de Domingo F. Sarmiento.

**Díaz, César**

Memorias.

**Di Meglio, Gabriel**

¡Mueran los salvajes unitarios! La Mazorca y la política en tiempos de Rosas.

**Dumas, Alejandro**

La nueva Troya.

**Ferré, Pedro**

Memorias.

**Ferrero, Roberto A.**

Manuel López «Quebracho» y la época rosista.

**Iriarte, Tomás de**

Memorias.

**Libarona, Agustina Palacio de**

Infortunios de la matrona santiagueña. Heroína del Bracho.

**Lobato, Mirta Zaida y Suriano, Juan**

Atlas histórico, Colección «Nueva Historia Argentina».

**Navarro, Ramón Gil**

Memorias de una sociedad criolla.

**Páez de la Torre (h), Carlos**

«Detalles de la ejecución de Avellaneda», diario La Gaceta, Archivo 9741, Tucumán, domingo 31 de mayo de 1970.

**Páez de la Torre (h), Carlos**

Nicolás Avellaneda. Una biografía.

**Paz, José María**

Memorias póstumas.

**Remón Ruiz, Ángel (maestro de cetrería)**

Friso, el aprendiz de cetrero.

**Ruiz Moreno, Isidoro J.**

Campañas militares argentinas.

**Sáenz Quesada, María**

La Argentina. Historia del país y de su gente.

**Sáenz Quesada, María**

Mariquita Sánchez. Vida política y sentimental.

**Villafañe, Benjamín**

Reminiscencias históricas de un patriota.

**Villafañe, Benjamín (h)**

Las mujeres de antaño en el norte argentino.

## AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento a todos aquellos que han cooperado con datos, documentos, anécdotas, biografías e informaciones geográficas que hicieron posible mi labor. A ellos, genealogistas, historiadores y escritores, cuya erudición me guio por uno de los momentos históricos más difíciles de desentrañar de la historia de nuestro país:

Alberto Lindor Ocampo, Alejandro Moyano Aliaga, Alfredo Furlani, Ana María Martínez, Antenor Tey Castellanos, Arturo Zamudio, Carlos Páez de la Torre, Clara Díaz, Eduardo Bajo, Eduardo Manzano, Eva Figueroa Núñez, Francisco Díaz Núñez, Francisco J. Scaramelini Ortiz, Gonzalo Cané, Gustavo Sánchez Mariño, Gustavo Sorg, Hilario Lagos, Isidoro Ruiz Moreno, Julia García Mansilla, Luis Mezquita Errea, María del Carmen (Chichina) Ferreyra, María Sáenz Quesada, Mimí Villafaña, Pancana Castellanos, Perla Grimaut, Prudencio Bustos Argañaraz, Roberto A. Ferrero, Rodolfo Leandro Plaza Navamuel, Rogelio Demarchi y Viviana Ferreira Soaje.

A Anita Mulqui de García Castellanos, mi asistente, que fue el nexo entre mi necesidad y vuestra sapiencia.

Para mis amigos, y aquellos que colaboraron de distintas maneras para que pudiera llevar a cabo esta novela, según orden alfabético: Guillermo, Karina, María Celia, María José, Marisa, y Eugenia y Pedro, mis hermanos. Para mis alumnas y mis lectoras que colaboraron incondicionalmente, a veces desde otras provincias.

A Luis Carranza Torres, cuyo desinteresado aporte sobre don Manuel López Quebracho, su vida, personalidad y circunstancias de su época, fue de inestimable valor.

A Teresita Mendiburu y a Javier Montoya: sus críticas enriquecieron mi trabajo.



CRISTINA BAJO. Nació en Córdoba (1937), antes de cumplir los nueve años, su familia se trasladó a Cabana, en plena sierra de Córdoba, sitio que recuerda, hasta hoy, como su «última Thule», un lugar del cual es imposible olvidarse, y aún más difícil regresar.

Comenzó a escribir muy pronto, pero no hizo ningún esfuerzo para publicar, pues le parecía algo inalcanzable. Pese a esto, continuó escribiendo a través de los años, recopilando datos históricos y sobre la vida privada que va del siglo XVI al XIX. Mientras tanto, trabajó como maestra rural, se casó, tuvo dos hijos, bordó tapices infantiles, abrió una librería, diseñó ropa artesanal, protegió animales abandonados y plantó varios árboles, entre ellos, un sauce.

En 1995, sus amigos Javier Montoya y Silvina Rivilli deciden publicarle «*Como vivido cien veces*» a través de la fundación de una editorial (Ediciones del Boulevard). El libro agotó rápidamente cuatro ediciones. Luego, publicó su continuación «*En tiempos de Laura Osorio*», y una novela del siglo XVIII: «*Sierva de Dios, ama de la muerte*» (que ahora es denominada «*El jardín de los venenos*»). También recopiló un libro de leyendas para adolescentes: «*La señora de Ansenuza y otras leyendas*», y otro para niños: «*El guardián del último fuego*».

# Notas



[1] Prólogo de Félix Luna. Selección de textos y estudio preliminar de María del Carmen Ferreyra (biznieta de Navarro) y David Sven Reher (profesor de la Universidad Complutense de Madrid). <<